Ojo de buey, II

El golpe:
El derecho a la sonrisa (1933-1936)

El golpe:
El derecho a la sonrisa (1933-1936)

Cuando la juventud revolucionaria de Barcelona tomó las armas para demoler el capitalismo.

Libro II

Manu Valentín

Ojo de buey BARCELONA 2024

Primera edición: agosto de 2024

© Texto de Manu Valentín
© Ilustración de la cubierta: Pol Kauf y Manu Valentín a partir de una foto tomada por el escritor británico John Langdon-Davies en el Cuartel Bakunin (Pedralbes) a finales de julio de 1936. Imagen aparecida en su obra *Behind the Spanish Barricades*, publicada por el editor estadounidense Robert McBride en 1937. En la secuencia se aprecia a un grupo de milicianos anarquistas posando sobre un «tiznao», un automóvil blindado construido a base de chapas metálicas.

Diseño de la colección: Pol Kauf y Manu Valentín

Editado por Ojo de buey [by historia familiar]
info@historiafamiliar.es
www.historiafamiliar.es
Rocafort, 139 3º 2ª08015 – Barcelona

ISBN: 978-84-09-64170-3

Impresión y encuadernación: Amazon

A Víctor y Teodora, ellos saben por qué.

Índice

Glosario de entidades 8
El detonante 11
Introducción 20

I. Sin nada que perder 25

II. La gestación de un mundo nuevo 117

III. La sombra de Moscú 143

IV. Un pueblo todo, heroico y decidido 154

V. Atletas guerreros 163

VI. Toda la barahúnda de revolucionarios 195

VII. La cuidad en la que todos querían estar 210

Conclusión 226
Retratos 232
Bibliografía 234
Fuentes 240
Índice antroponímico 242

Glosario de entidades

III Internacional: Komintern (Internacional Comunista)
ACJ: Asociación Cultural Judía
AEP: Ateneu Enciclopèdic Popular
AIDC: Associació d'Intel·lectuals per la Defensa de la Cultura contra la Guerra i el Feixisme
AUS: Associació d'Amics de la Unió Soviètica
BOC: Bloc Obrer i Camperol
CADCI: Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria
CCEP: Comitè Català pro Esport Popular
CNT: Confederación Nacional del Trabajo
COOP: Comitè Organitzador de l'Olimpíada Popular
ERC: Esquerra Republicana de Catalunya (Esquerra)
FAI: Federación Anarquista Ibérica
FCDO: Federación Cultural Deportiva Obrera
FECL: Federación Estudiantil de Conciencias Libres
FET y de las JONS: Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista
FJS: Federación de Juventudes Socialistas
FST: Fédération Sportive du Travail
FSGT: Fédération sportive et gymnique du travail
ICE: Izquierda Comunista de España
IDR: Internacional Deportiva Roja
ILP: Independent Labour Party
JCI: Joventut Comunista Ibèrica
JJLL: Juventudes Libertarias
JEREC: Joventuts d'Esquerra Republicana-Estat Català
JSU: Juventudes Socialistas Unificadas
JSUC: Joventuts Socialistes Unificades de Catalunya
KPD: Partido Comunista Alemán (Kommunistische Partei Deutschlands)
KPO: Kommunistische Partei Deutschlands (Opposition)
PCC: Partit Comunista de Catalunya
PCE: Partido Comunista de España
PCF: Partido Comunista Francés

PCM: Partido Comunista Mexicano
PCP: Partit Català Proletari
PSOE: Partido Socialista Obrero Español
PSOP: Parti Socialiste Ouvrier et Paysan
PSUC: Partit Socialista Unificat de Catalunya
POI: Parti Ouvrier Internationaliste
POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista
RGASPI: Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social
SIA: Solidaridad Internacional Antifascista
SRI: Socorro Rojo Internacional
UGSOC: Unió General de Sindicats Obrers de Catalunya
UGT: Unión General de Trabajadores
UJCC: Unió de Joventuts Comunistes de Catalunya
UME: Unión Militar Española
UMRA: Unión Militar Republicana Antifascista
URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USC: Unió Socialista de Catalunya

El detonante

Mi abuelo Tomás me habló de ellos antes que nadie. Los recordaba con una mezcla de admiración y nostalgia, como si estuviera hablando de una tribu de hombres y mujeres hoy extinta, fantasmas de un pasado que no debíamos, ni podíamos, olvidar. Esto ocurría a mediados de los años ochenta en el extrarradio de la ciudad de Granada, al sur de España, y más concretamente en el barrio obrero de la Chana, donde pasaría los últimos años de su vida. Durante aquellos veranos abrasadores, agazapado en el letargo de la mortecina sobremesa andaluza, el espíritu combativo de Tomás resurgía con un tono alegre y jocoso, recordándome que los catalanes, muy al contrario de lo que decían sus vecinos, eran «gente cojonuda». A aquel nieto catalán, agotado por el daño que le causaban los improperios cargados de inquina que caían como plomo desde los pisos superiores y se colaban por la ventana de la habitación donde el niño dormía, le reconfortaban las palabras de su abuelo, que le parecían justas, serenas y liberadoras.

Habían pasado más de cincuenta años desde que Tomás, aún no sabemos cómo ni por qué, había sido destinado a la Compañía de Transmisiones de la 121ª Brigada Mixta de la 26ª División del Ejército Popular de la República, unidad que se había formado a partir de la reputada Columna Durruti, compuesta casi íntegramente por milicianos anarquistas, catalanes, valencianos y aragoneses.

El recorrido de Tomás en el curso de la guerra estuvo siempre colmado de lagunas. Era algo de lo que huía, le incomodaba y lo hacía sentir culpable. De hecho, en alguna ocasión, su hijo Víctor se había ofrecido a llevarle a alguno de los lugares por donde había pernoctado su unidad, pero nunca aceptó la oferta. Sin embargo, lo

que sí solía contar era que gracias a la guerra había aprendido catalán. A veces, ante la mirada atónita de sus nietos catalanes, introducía una serie de palabras aleatorias en su monserga matutina: «*Ets collonut!*», «*Malparit!*», «*Maldestre!*», para volver de nuevo, como si nada hubiese ocurrido, a su jerga madrileña, más bien seca, irónica y cortante.

Paradójicamente, fue mi abuelo —un joven militante de la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE)— quien me habló por primera vez de los auténticos artífices de la Revolución Española, esos jóvenes anarquistas de las barriadas obreras de Barcelona con los que hizo la guerra y de quienes aprendió el valor de la amistad y el compromiso.

Cuando bajaba la guardia, me contaba que en su unidad nadie daba órdenes, que todo ocurría espontáneamente, acomodándose la voluntad de los soldados a una armonía pura, innata, en la que se imponía el proceder de los tipos más justos y honorables del batallón. No hay duda de que estaba mitificando ese pasado, en su opinión, honorable. Pero también es innegable que había mucha verdad en sus palabras. Sentado en la cabecera de la mesa, con la camisa desabrochada y un halo de esperanza en su mirada, relataba sus andanzas por un mundo ignoto, del todo inaccesible para el común de los mortales. Con un poso de orgullo y melancolía, me arrancaba del sofá y me transportaba a lugares que no he vuelto a pisar jamás. Tan convincentes me parecían sus palabras, que cuando terminaba de hablar, me sentía embriagado de entusiasmo. Quería saber mucho más de esos hombres y mujeres que, como él decía, «frenaron el fascismo con sus propias manos».

Cuando estalló la Revolución de Asturias, en octubre de 1934, Tomás apenas contaba con dieciséis años. Habían pasado unos pocos meses desde la última vez que pisara las aulas del instituto. En la primavera anterior, en un arranque de indisciplina, había tomado la decisión de dejar los estudios. Este capricho —asumido a regañadientes por la familia—, sumado a una temprana afición por el deporte, en particular el boxeo, le reportó un sinfín de problemas con sus progenitores. Los desencuentros con Pepe, su padre —un sargento de la Guardia Civil que ejercía de contable— eran constantes, no había día que no acabaran a las greñas.

Debido a este ambiente enrarecido, Tomás pasaba la mayor parte del tiempo libre fuera de casa, sobre todo en el gimnasio, donde en pocos meses se convirtió en un respetado pugilista. Sus ídolos eran Paulino Uzcudun, Luis Rayo o Víctor Ferrand, los boxeadores del momento, pero también Álvaro Santos, como él, del barrio de Chamberí.

A los quince años, el joven Tomás comenzó a trabajar. La libertad tenía un precio, necesitaba dinero para ir donde y con quien quisiera. Desestimó la posibilidad de ayudar a su tío Andrés en el negocio familiar, una sastrería de renombre ubicada en el número 10 de la calle de las Infantas, en pleno centro de Madrid. Eso hubiera sido lo más cómodo, pero Tomás nunca actuó siguiendo el camino fácil, le seducía lo difícil, lo imposible. Orgulloso como era, decidió alejarse de la familia y se puso a trabajar por su cuenta, de botones, de mozo de los recados y de aprendiz en una imprenta.

Por las tardes, después de la jornada laboral, acudía sin falta al gimnasio Polis, situado en el número 28 de la calle Villanueva, al otro lado de Recoletos, a quince minutos de casa. Local regentado por la sociedad deportiva madrileña *Punching Ball*, entidad que había dotado sus instalaciones con aparatos y utensilios para el entrenamiento específico del boxeo, se convirtió sin proponérselo en su segundo hogar. Allí leería por primera vez *Correspondencia Internacional*, órgano oficial de la Internacional Comunista, distribuido clandestinamente por varios jóvenes boxeadores vinculados al gimnasio. Aparte de entrenar, Tomás acudía como espectador a un sinfín de veladas organizadas por toda la ciudad: en la sala Price, en la plaza de toros de Tetuán, en Las Ventas, etc. En este ambiente combativo y desafiante, entabló amistad con varios jóvenes militantes madrileños, algunos de ellos afiliados a la UJCE —por entonces, sólo quinientos en toda la capital—, entre quienes se encontraban dos excompañeros de las Escuelas Cristianas del Puente de Vallecas, donde había cursado la Educación Primaria: Antonio Fernández Rodríguez, «el Mula», yesero de profesión, y Manuel Pestino Landaluce, miembro activo de la Federación Cultural Deportiva Obrera (FCDO), que en aquel entonces atravesaba un lento e implacable proceso de bolchevización.

A principios de los años treinta, los Valentín Ramos abandonaron Chamberí —donde vivían en un tercer piso del número 4 de la calle García de Paredes— para trasladarse al domicilio de su tío Andrés Ramos Palomares, hermano de su madre Mercedes. Viudo desde hacía varios meses, Andrés había solicitado la ayuda de su hermana para cuidar de sus dos hijos, Andresito y Angelines. La vivienda se encontraba en la trastienda del mencionado negocio familiar, la Sastrería Palomares, ubicada en el primer piso de una elegante finca de la calle de las Infantas.

Cuando estalló la Guerra Civil, aquel caluroso 18 de julio de 1936, los Valentín Ramos seguían compartiendo piso con los Palomares. Pepe, el padre de Tomás, trabajaba por las mañanas en el Departamento de Ordenación de Pagos del Ministerio de Hacienda, y por las tardes se entregaba al disfrute efímero de los veranos madrileños: paseos por el Retiro y la Casa de Campo, escapadas a la sierra, vermuts en las terrazas de la Gran Vía, etc. Por su parte, el jovencísimo Tomás, ya plenamente politizado, dedicaba su tiempo a trabajar, entrenar y recorrer las calles con su cuadrilla en busca de brega, siempre en ese orden. Su rostro reflejaba los estragos de las constantes reyertas callejeras, en las que se enfrentaba diariamente a falangistas y jóvenes monárquicos alfonsinos. La nariz, parcialmente desviada, le aportaba un aire arrabalero que lo acompañó hasta el final de sus días. En esos meses previos a la sublevación militar, Tomás llevaba en su corazón un mundo nuevo, irrefrenable, colmado de una esperanza que hablaba de justicia social, fraternidad y solidaridad. Algo que su padre Pepe, tradicional y conservador, ni entendía ni quería entender.

La mañana del viernes 18 de julio, Tomás se despertó expectante. Desde hacía días, corría como la pólvora el rumor de un malestar cargante, ya insoportable, entre la oficialidad del Ejército, lo cual, haciendo caso a la tradición nacional, solo podía conducir a un levantamiento militar. El comité ejecutivo de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) —organización juvenil resultado de la fusión de la UJCE y la Federación de Juventudes Socialistas (FJS)—, había advertido a Tomás y a sus compañeros que se mantuvieran alerta. Algo gordo estaba a punto de pasar, debían estar preparados.

En la Gran Vía, a un paso de la vivienda de los Valentín Ramos, un joven vendedor de periódicos voceaba el titular de *Ahora* con una mueca de preocupación: «¡Se subleva el ejército de Marruecos!».

Al mediodía, Tomás y sus colegas de las juventudes recibieron una orden del comité de radio de las JSU: debían vigilar el acceso a los cuarteles. La probabilidad de una sublevación tomaba más fuerza que nunca.

Pepe dejó constancia escrita de la desaparición de su hijo en un conato de memorias redactadas en las postrimerías de los años setenta. En ellas, sopesaba que la huida repentina de su hijo la noche del 18 de julio había sido producto de un secuestro, más que fruto de una voluntad personal. Afirmaba que, a pesar de lo que indicaban los hechos, su hijo no había salido a la calle para enfrentarse a los golpistas por decisión propia, sino que había sido forzado por los dirigentes comunistas, quienes, según Pepe, le habían «lavado el cerebro de manera deliberada». Como vemos a continuación, Pepe nunca llegó a aceptar la militancia de su hijo:

> ... [L]a conmovedora búsqueda de mi hijo Tomás en julio de 1936 detenido por los rojos. Disfrazado con un mono en el que pinté visiblemente la hoz y el martillo. Visité, acompañado de mi hermana Pepita, varias cárceles de Madrid y, en una situada en el convento de Santa Engracia, vi detenido a mi jefe don Sebastián Royo, quién al verme abrió desmesuradamente los ojos e iba a dirigirme la palabra, pero yo, con un gesto de súplica, lo detuve, se dio cuenta de que si lo hacía me fusilarían como a él mismo le pasó al día siguiente. La alegría que experimenté al hallar a mi hijo y rescatarlo en la madrugada de aquel día...

Si atendemos a sus palabras, en las que subraya la alegría que sintió al «rescatarlo en la madrugada de aquel día», refiriéndose al 19 de noviembre de 1936 —la jornada anterior al fusilamiento del teniente coronel Sebastián Royo Salsamendi, jefe de la Comandancia de Madrid—, queda confirmado que Tomás estuvo desaparecido cerca de cuatro meses. Según el relato familiar, Pepe emprendió la búsqueda de su hijo en el momento en que pudo exi-

gir su regreso, amparado por una ley decretada por el gobierno republicano que obligaba a los menores de veinte años a abandonar las milicias. No lo hizo antes porque Tomás, debido a su obstinado carácter, nunca hubiera cedido ante las presiones de su padre. Por lo tanto, fue la fundación del Ejército Popular de la República, acaecida durante el mes de octubre, y la consecuente orden que obligaba a desmovilizar a los voluntarios menores de veinte años, lo que empujó a Pepe a ir en busca de su hijo.

Según cuenta mi padre, los Valentín Ramos, acompañados de los Palomares, se mudaron a Valencia a principios de 1937. Pepe había sido trasladado junto a su departamento, el conocido como «Ordenación de Pagos» del Ministerio de Hacienda, para estar cerca del gobierno. Una vez llegados a la capital del Turia, la familia se instaló en una modesta vivienda en Benimaclet, entonces una pedanía de la capital, sita en una explanada en la ribera izquierda del río. La llanura, salpicada de barracas solitarias donde destacaba el naranja de sus árboles frutales, parecía un sueño, un milagro tras la experiencia traumática de los bombardeos sobre Madrid.

Tomás y sus hermanas se acostumbraron pronto a la buena vida. Muy lejos les quedaba la angustia sufrida días atrás, ahora se imponía la inmediatez de la huerta valenciana, el aroma exótico de las moreras y el frescor de los nísperos.

Dos caminos carreteros salían de Benimaclet, uno los conducía a la capital, el otro los llevaba directamente al mar Mediterráneo, un mar dócil y templado, muy diferente de ese que la familia había probado dos veranos atrás en San Sebastián, al norte de España.

Tomás y sus hermanas vivieron su estancia en Valencia como un regalo. Las fotos de la época muestran sus gestos despreocupados y alegres, completamente ajenos a la guerra fratricida que los envolvía. El ambiente de la huerta les infundía una sensación de ligereza y libertad, como si estuvieran viviendo en un cuento de hadas. Sin embargo, aquella sensación como prestada no duró para siempre. Meses más tarde, Tomás, quizás persuadido por aquel deber que le perseguía sin descanso desde el asalto al cuartel de la Montaña, se inscribió como voluntario en la Escuela Popular de Guerra número 4, situada en Godella, a una hora a pie desde Benimaclet.

Dicha escuela ofrecía dos tipos de cursos separados: uno para oficiales de Ingenieros y otro para Ingenieros de Transmisiones. Fue en este segundo, donde Tomás aprendió a utilizar la radio, algo que le sería de gran utilidad en el futuro.

Estando en Valencia, en un momento indeterminado entre diciembre de 1936 y enero de 1937, fue llamado a filas, para poco después ser trasladado a la 42.ª Brigada Mixta —unidad creada el 1 de enero de 1937—, cuya misión era defender el Frente de Carabanchel, cubriendo el sector que iba desde la tapia sur de la Casa de Campo hasta el río Manzanares, muy cerca de Villaverde, el pueblo donde había nacido su padre. Semanas más tarde, y aún no sabemos por qué, fue destinado a la Compañía de Transmisiones de la 121ª Brigada Mixta de la 26ª División, donde acabaría coincidiendo con muchos de los protagonistas de esta historia.

La madrugada del 11 de marzo de 1938, el puesto de mando de la 26ª División recibió la orden de que tres batallones de la 121ª Brigada Mixta, entonces en la reserva, estuvieran listos para partir hacia Sástago, al sureste de la provincia de Zaragoza. Una vez allí, se encontraron con la desbandada republicana. Las tropas del Ejército Popular huían despavoridas por el avance franquista, en su mayoría efectivos pertenecientes a la 44ª División. En Sástago, los batallones de la 121ª tuvieron que combatir contra unas tropas enemigas que avanzaban sin encontrar resistencia. Aguantaron hasta el día 13, momento en el que se vieron obligados a cruzar el puente sobre el río Ebro, para luego dinamitarlo justo en el momento en que cinco tanquetas italianas pretendían cruzarlo.

A finales de mes, la 26ª División, cercada por las tropas franquistas, se vio abocada al más profundo desastre. Obligada a buscar refugio en la Sierra de Alcubierre, retrocedió hasta alcanzar el río Segre, donde al fin pudo hallar reposo. La 26ª División había abandonado Aragón definitivamente.

El 15 de abril, las tropas franquistas llegaban a Vinaroz, en la costa mediterránea. Cataluña quedaba completamente aislada del resto del territorio controlado por los republicanos. El Estado Mayor Central del Ejército Popular interpretó erróneamente que se trataba de una operación de importancia menor, pero la realidad de los

hechos consumó el desastre, la ofensiva franquista abrió numerosas brechas en el frente del Ejército del Este, ocasionando la desbandada de algunas de sus unidades. Para evitar una penetración masiva de los atacantes, se decidió enviar al V Cuerpo de Ejército bajo el mando de Enrique Líster, militar de probada confianza. Con el cuartel general en Castelldans, contuvo la ofensiva durante doce días, evitando que las tropas franquistas penetrasen masivamente por el vértice de los ríos Ebro y Segre. La lucha fue particularmente intensa a lo largo de estas jornadas de suma importancia para el devenir de la guerra. En el sector del Ebro, la crecida del caudal del río impidió momentáneamente que las tropas marroquíes del general franquista Juan Yagüe lo atravesaran, dando un respiro a las defensas republicanas.

El ataque franquista quedó estancado hasta el día 3 de enero, cuando un ataque de tanques alemanes forzó una retirada republicana en un sector clave del río Segre. Ese mismo día y a varios kilómetros más al sur, las divisiones de Yagüe lograrían cruzar el Ebro y establecer varias cabezas de puente. Más al norte continuaba la presión contra las líneas republicanas, aunque en esta zona las tropas fieles consiguieron aguantar durante varios días. De hecho, la 121ª Brigada Mixta fue especialmente felicitada por su actuación. Luego, prácticamente diezmada, el resto de la 26ª División se unió a la atropellada retirada de las tropas republicanas.

El grueso de la 26ª División atravesó la línea fronteriza el 10 de febrero de 1939 por el paso de Bourg-Madame, cubriendo la retaguardia.

Años más tarde, Ricardo Sanz, comandante de la División, recordaría la llegada a suelo francés:

> Así fue como el 10 de febrero de 1939 las fuerzas del X Cuerpo del Ejército, las únicas que quedaban en el sector norte de Cataluña, abandonaron el suelo de la patria. Entre ellas iba mi querida 26ª División, desfilando en compañías y batallones.
>
> Atravesaron la frontera catalana por 4 puntos simultáneamente: Bourg-Madame, Latour de Carol, Osséja y por el puente internacional de Llivia.
>
> Allí nos encontramos. El mando del X Cuerpo del Ejército y de la 26ª División, junto con sus respectivos estados mayores, seguían con la vista —desde tierras españolas— el paso de los soldados, de

aquellos bravos combatientes que no habían cedido el terreno sin antes luchar duramente. Los vimos internarse en las tierras de la República Francesa.

Pasaron todos, en orden perfecto.

Según publicó el periódico francés *La Dépêche du Midi*, el 6 de marzo de 1939, cuando la 26ª División pisó Francia por primera vez, contaba con nueve mil hombres. Tras pasar por el Centro de Tránsito de Latour de Querol y la fortaleza de Mont-Louis, fueron trasladados al Campo de concentración de Vernet d'Ariège, situado en el Prepirineo francés, entre los pueblos de Le Vernet y Saverdun, en la región de Ariège.

Entre los miles de prisioneros con los que Tomás pudo haber coincidido en el campo de Vernet, se encontraba un joven murciano que había forjado su militancia en las calles de Les Corts, un barrio al noroeste de Barcelona.

Yo era aún un niño cuando mi abuelo me relató la historia de un miliciano anarquista que había perdido a su hermano menor a manos de un policía de paisano. Aunque no recordaba su nombre, sí conservaba intacta la memoria del ímpetu y la generosidad de sus actos. Años más tarde, sumergido en la investigación sobre la politización de las barriadas obreras de Les Corts, pude finalmente poner nombre a ese miliciano desconocido: Ginés Zafra Fajardo.

Si lo pienso bien, puede que haya sido Ginés el verdadero detonante de esta historia. Ese joven, que, como decía mi abuelo, entendió que había llegado el momento de hacer la Revolución para «abolir el dinero, la propiedad privada y proclamar el Comunismo Libertario». Tomás me hablaba de él sin ponerle rostro ni nombre, convencido de que la esperanza de la humanidad dependía de mujeres y hombres anónimos como él, «dignos, generosos y determinados».

Mi abuelo Tomás, sin saberlo, plantó la semilla de una curiosidad que, tarde o temprano, tendría que satisfacer. ¿Quiénes fueron esos hombres y mujeres que en el verano de 1936 se lazaron a la calle a por el Todo?

Introducción

Este libro que tienes entre manos es el segundo volumen de una trilogía que narra la Revolución Española. La serie la conformaban tres tomos independientes e interrelacionados: *Los cimientos: La Contra[R]evolución Española (1931-1936)*, *El golpe: El derecho a la sonrisa (1933-1936)*, y *La huida: La Barcelona de Orwell (1936-1937)*.

En este segundo tomo, nos adentraremos en los entresijos del proceso revolucionario, explorando a fondo las barriadas obreras de la Barcelona previa a la Guerra Civil Española, hasta llegar al momento culminante que desencadenó la tan ansiada Revolución: la sublevación militar del 19 de julio de 1936.

Comenzaremos este recorrido abordando la sublevación militar desde la perspectiva de un grupo de jóvenes revolucionarios de las barriadas obreras de Les Corts. Nos adentraremos en los pasajes, ateneos y tabernas donde forjaron su militancia, explorando el movimiento confederal previo a la Guerra Civil Española y prestando especial atención al proceso de politización de quienes más tarde protagonizarían la tan ansiada Revolución. Seguiremos los pasos de militantes anarcosindicalistas y simpatizantes comunistas revolucionarios, en su mayoría jóvenes, que intentaron establecer una sociedad sin clases antes y durante la guerra. Luego, pondremos el foco en los enemigos de esta Revolución, tratando especialmente a los agentes de la Komintern que conspiraron para deslegitimar las ambiciones de los militantes revolucionarios, señalándolos como enemigos de la clase trabajadora. Repasaremos el Golpe Militar en Barcelona de arriba abajo, enfocándonos tanto en los golpistas como en los voluntarios antifascistas, en todas sus vertientes. Centra-

remos la atención en los atletas extranjeros que, una vez cancelada la Olimpiada Popular, se unieron al «pueblo en armas». Posteriormente, con la guerra ya en marcha, nos sumergiremos en la comunidad de voluntarios extranjeros que fueron llegando a España para enfrentarse a la amenaza fascista. Concluiremos el tomo con una radiografía de la Barcelona revolucionaria, la ciudad en la que todos querían estar.

El periodo republicano hasta el comienzo de la Guerra Civil se caracterizó por una exagerada movilización política y social, particularmente entre la juventud. Para poder entender este proceso de politización que tuvo especial impacto en las barriadas obreras de Barcelona, he echado mano de la metodología microhistórica, útil herramienta para comprender los procesos históricos. Partiendo de esta premisa, me he colado en los cuartos compartidos, tabernas, pasajes sin asfaltar y clubes deportivos, donde se cocinó la futura Revolución Social.

También he puesto el foco en unos atletas extranjeros que se sumaron al esfuerzo bélico de la República a través de una unidad militar propia, en su caso, desde el momento de su creación, bajo control comunista. A pesar de que el «Grupo Thälmann», nombre con el que se bautizó a esta unidad, se presentó en la prensa como el resultado lógico de un proceso libre y espontáneo, fue, en realidad, la continuación natural de un grupo de acción vinculado a la Asociación Cultural Judía, entidad respaldada por el Partido Comunista Alemán (KPD, por sus siglas en alemán).

Esta entidad, que había sido fundada poco después de la victoria electoral del Frente Popular, contó desde el primer momento con un órgano de poder bajo control comunista, entre cuyos miembros se encontraban los agentes de la Komintern: Francis Ferry, Sazja Kindermann, György Martin-Hajdu, Alfredo Herz y Hubert von Ranke. Sin embargo, a la Unión Soviética, firmante del Comité de No Intervención, y preocupada por no incomodar a las democracias occidentales, le interesaba esconder este intervencionismo en la política local y alentaba a sus agentes que mantuvieran un perfil bajo, camuflando su participación tras una máscara de confluencia y unidad. De ahí que, en el verano de 1936, transmitiera la idea de la espontaneidad en la formación de las unidades militares integradas

por voluntarios extranjeros. Esa idea primigenia, se reafirmó, dos meses después, en la fundación de las Brigadas Internacionales, iniciativa surgida el 18 de septiembre durante una reunión del Secretariado de la Komintern.

En los dos últimos capítulos de este segundo tomo, nos sumergiremos en una Barcelona que vive bajo control proletario, resultado de la victoria inapelable de la clase trabajadora. Lo haremos de la mano de unos voluntarios extranjeros que llegan con la intención de vivir en carne propia la experiencia revolucionaria.

Después de tres meses intensos, la Revolución comienza a diluirse por las presiones ejercidas por la coalición formada por el PSUC y ERC. Defensores del proceso revolucionario como Mary Low y Benjamin Péret, denuncian en sus escritos este asalto al sueño de la clase trabajadora. La Revolución tenía ya los días contados.

Pasamos, entonces, de una primera fase, desde mediados de julio hasta principios de septiembre, en la que las diferencias entre los ideales y la realidad habían desaparecido por completo, y donde predominaban el deseo y las ganas sobre los miedos y la incertidumbre, a una segunda fase, en la que la actitud se tornó más reflexiva y disciplinada. Las diferencias entre las fuerzas antifascistas, que habían sido aparcadas durante la euforia de las jornadas de julio, comenzaron a resurgir. Los desacuerdos, apenas calmados durante un mes y medio, volvieron a su estado natural, acentuándose las diferencias, a menudo irreconciliables.

A modo de advertencia, tal como queda evidenciado en la descripción presentada en el primer volumen de la trilogía, esta historia de Revolución Española no sigue una línea estrictamente lineal. En el primer tomo, por ejemplo, me dediqué a destripar la disputa por el control del relato revolucionario en el movimiento obrero local, adentrándome en la difusión del deporte popular en la Barcelona de la primera mitad de los años treinta, dando, para ello, saltos en el tiempo hacia atrás y hacia adelante. Lo mismo ocurre en este segundo tomo, donde, para entender el proceso de politización vivido en las barriadas obreras, llegamos incluso a la Semana Trágica de 1909, para luego, a comienzos de los años cuarenta, en el marco de la Causa General, comprender el fin de este movimiento, azotado por el Franquismo. Por otro lado, en el tercer y último to-

mo de la trilogía, me adentraré en la Barcelona de Orwell, la que va de diciembre de 1936 a junio de 1937, escenario del declive y destrucción de la ya vilipendiada Revolución, utilizando el mismo método.

Así, los tres volúmenes actúan como espacios abiertos donde a menudo hallaréis saltos en el tiempo, siempre impulsados por la dinámica natural del relato y la acción de los personajes. En otras palabras, la trilogía encierra historias trenzadas por un hilo conductor que va de futuro a pasado o viceversa, construyendo por el camino un palimpsesto del cual emergen voces solapadas que nos ayudan a perfilar una visión más profunda y global de lo ocurrido, tratando de no perder el hilo del relato.

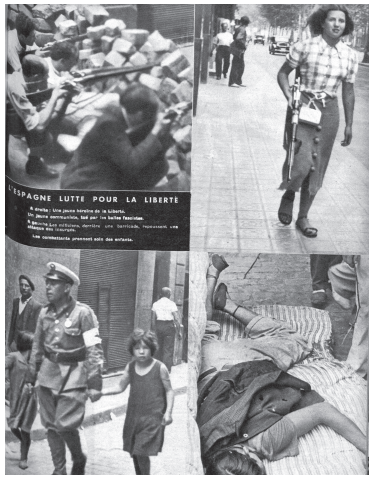
La trilogía abarca a grupos que no habían sido suficientemente considerados en trabajos previos, como son los agentes de la Komintern asentados en Barcelona antes de la Guerra Civil (Tomo I), los jóvenes revolucionarios del distrito de Les Corts (Tomo II), o la colonia de refugiados extranjeros antifascistas —en especial los comunistas ortodoxos— que en la primera mitad de la década de los 30 fundaron una asociación cultural como tapadera de sus acciones de agitación y propaganda (Tomo III). Asimismo, en el tercer volumen, sigo los pasos de los personajes secundarios que cita Orwell a menudo de pasada en *Homenaje a Cataluña*, prestando especial atención al rol desempeñado por unos individuos anónimos que tuvieron un papel protagonista durante la estancia de George Orwell en la ciudad, otorgando voz a la extensa comunidad de refugiados extranjeros que participaron activamente en el proceso revolucionario y, en algunos casos, en su propio fin.

Igualmente, cabe mencionar que debido a la reiterada enumeración de calles y para no frenar el ritmo de la lectura, he decidido escribirlas en castellano. En cuanto a los barrios, pueblos, ciudades y el nombre de los sindicatos, partidos y entidades políticas, he optado por utilizar el original, mayormente catalán y castellano. Como veréis, también he excluido las notas al pie, es decir, no se incluyen referencias bibliográficas ni documentales (tan solo al final del libro). Me costó mucho tomar esta decisión, pero después de escribir una primera versión incorporándolas, decidí evitar su uso, ya que aumentaba en demasía la extensión del texto y entorpecía la lectura.

Soy consciente del inconveniente que esto puede suponer para la academia, pero no he tenido otra opción. Estoy a vuestra disposición para cualquier esclarecimiento metodológico y documental.

Para concluir, me gustaría aclarar algo que considero importante. Aunque se trata de una trilogía que conforma un todo, que aspira a convertirse en una radiografía completa de la Revolución Española, no estáis sujetos a abordar los tres tomos, es decir, cada libro funciona de forma autónoma e independiente, por lo que no estáis obligados a recorrer el camino entero. Sin embargo, aunque así sea, aunque optéis por explorar tan solo una de las partes, os recomiendo que recorráis el trayecto completo, ya que contienen vasos comunicantes que se retroalimentan constantemente entre sí, manteniendo un diálogo que requiere de la respuesta del otro para alcanzar una visión más profunda y completa de la historia. Vayamos a por el Todo.

I. Sin nada que perder



A la izquierda, una fotografía tomada en las Ramblas de Barcelona durante la tarde del 19 de julio de 1936 por el atleta noruego Karl Evang, participante en la fallida Olimpiada Popular. La imagen muestra a una joven miliciana sosteniendo un fusil, posiblemente Elisa García Sáez, una militante de la UGT de diecinueve años que trabajaba en la fábrica de hilaturas Fabra y Coats. Once días después, esta fotografía sería publicada en la revista francesa *Regards*, acompañando un artículo del periodista Georges Soria, conocido agente de la Komintern. En el pie de foto se leía: «*Une jeune héroïne de la Liberté*» [Una joven heroína de la Libertad]. Elisa perdería la vida en Sariñena el 24 de agosto de 1936. Desde el 3 de enero de 1937, la antigua calle de las Monjas de Sant Andreu, barriada donde había crecido, llevaría su nombre rindiéndole homenaje.

I

Barcelona, 19 de julio de 1936. Al amanecer, envalentonada por las derrotas y humillaciones pasadas, una joven militante de la FAI se lanza en tropel a las calles para sofocar la sublevación militar que acaba de producirse en la ciudad. ¿Quién es? ¿Qué aspecto tiene? ¿Qué primera impresión causa en un desconocido? ¿Qué es lo que más ansía en este mundo? ¿Qué propósito le guía? Descrita por sus compañeros como «osada y alegre», una más entre los que, en los últimos meses, se habían dejado la piel para defender a sus compañeros encarcelados, la misma que había donado parte de sus ahorros a una mujer viuda, hundida, que había perdido a su hijo en la lucha desigual que mantenía la clase obrera contra las Fuerzas del Orden Público, y que, como ella, había sido señalada y estigmatizada por los voceros de la reacción, esa joven despierta y comprometida a quien la vida no le había puesto las cosas fáciles, conocida por amigos y camaradas como Concha Pérez Collado, sale ese domingo de julio a por el Todo, a conquistar ese mundo sin clases con el que había soñado desde su temprana infancia. Atrás quedaban ya los cinco meses que había pasado encerrada en la cárcel de mujeres de Reina Amalia, lejos quedaban las dudas e inseguridades de los suyos, las amenazas policiales y las mentiras de la prensa. En aquel amanecer de verano, después de años ocultos en las sombras, los jóvenes revolucionarios de Barcelona, se mostraban al fin dispuestos a protagonizar su particular asalto a la Bastilla.

La joven Concha, vecina de la barriada obrera del Camp de la Creu, encarnaba a la perfección la infancia pisoteada en los callejones sin salida del extrarradio. Criada en los patios y descampados, cacheada por primera vez a los trece años, detenida a los dieciséis y

condenada a los veinte por tenencia ilícita de armas, cargaba con un largo historial de militancia a sus espaldas. En julio de 1936, formaba parte del Comité de Defensa de Les Corts, una organización militar de base anarquista que se había fundada años atrás, durante la euforia antiautoritaria desatada tras la proclamación de la II República. La entidad, impulsada por la determinación de un puñado de militantes del distrito, se convirtió en un grupo armado de autodefensa, admirado y respetado por sus vecinos. Según lo dispuesto en un pleno fundacional de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), jóvenes y veteranos militantes anarquistas, hartos de los golpes recibidos y de la nefasta improvisación del pasado, decidieron unirse para poner fin a las constantes agresiones que padecían. Integrado, en gran parte, por residentes de las barriadas obreras, las conocidas como segundas periferias, espacios aislados de los servicios y equipamientos del centro, que, en el caso de Les Corts, englobaba a un vasto territorio sin apenas edificar, moteado de rieras, lodazales y descampados, que abarcaba de la Carretera de Sarrià, por el este, hasta la Riera Blanca, por el oeste, entre la fábrica de Construcciones Preckler, S.A. y el viejo horno de tejas de Vicente Piera, y en cuyo intermedio destacaban los barrios de Can Batlló, la Colonia Castells, el Camp de la Creu, Can Massians, Can Granota y Can Taner, aglutinaba a varias centenas de inmigrantes pobres, sin apenas alfabetizar, que, ante la situación en la que se encontraban, frustrados por la constatación de un ascenso social inalcanzable, apostaron por la acción directa como único y definitivo camino para cambiar sus vida y la de sus vecinos.

Se trataba, en su mayoría, de trabajadores no cualificados, tipos que, una vez asentados en Barcelona, empapados por la cultura y moral anarquista, se habían dedicado a construir un mundo alternativo al capitalista, autónomo y conscientemente contrahegemónico. Los Comités de Defensa, desplegados desde más allá de los lindes de la gran ciudad, desde La Torrassa hasta Sant Adrià, se presentaron ante la mirada esperanzada de las clases populares, como el brazo armado de sus reivindicaciones, el redentor de los desplantes sufridos.

Así pues, durante las primeras horas de aquel 19 de julio, los miembros del Comité de Defensa de Les Corts, hombres y mujeres de acción, habituales en las refriegas callejeras de los últimos meses,

ciudadanos aguerridos que desde hacía veinticuatro horas lideraban las huelgas revolucionarias que azotaban el país, sacaron los fusiles y escopetas de donde los tenían escondidos y, ante los ojos atónitos de sus enemigos, se lanzaron con entusiasmo a demoler el capitalismo.

La sublevación militar a la que se enfrentaban Concha y sus compañeros, era el resultado de una conspiración que se llevaba gestando desde hacía meses entre los círculos reaccionarios del Estado, tanto en el ámbito civil como el militar, y cuyos artífices, tras el triunfo inapelable del Frente Popular en las elecciones del mes de febrero anterior, tal vez apremiados por el temor urgido por las medidas socializantes que arremetían contra su *statu quo*, habían decidido acelerar el complot para que nada cambiara, para que todo se quedase como siempre había estado, «porque Dios así lo había querido». Así, con esa coletilla que señalaba el carácter divino de su privilegio, solían concluir sus arengas, como si el estado de las cosas fuera una pretensión exclusiva «del Altísimo», «el Todopoderoso», de lo contrario, auguraban, «el caos o la nada». De esa manera, aferrados a esa voluntad divina, habían actuado a lo largo de los siglos. Lo hacían con la intención de que esa desigualdad permaneciera intacta, inmune a los cambios, repito, para que nada cambiara.

Ante la ambición de las fuerzas reaccionarias, las bases de los sindicatos anarquistas, arrinconados por los jueces y las Fuerzas del Orden, monárquicas y republicanas, no importaba, conscientes de lo que se avecinaba, y, sobre todo, escarmentados por lo ocurrido en las fallidas insurrecciones revolucionarias de enero y diciembre de 1933, episodios en el que habían sido brutalmente reprimidos por las autoridades republicanas, se habían dedicado en los últimos meses a preparar un plan de defensa que contrarrestase cualquier agresión fascista que se produjera en la ciudad.

Juan García Oliver, líder anarquista, lo explicaría años después en sus memorias tituladas *El eco de los pasos*:

> Cuando los militares empezaron la preparación de su golpe de Estado, en el Comité de Defensa confederal de Barcelona les llevábamos una ventaja de casi un año y medio en el estudio de los planes para contrarrestar la sublevación militar [...]. Se imponía realizar una valoración lo más cabal posible del emplazamiento de los cuar-

teles de la guarnición de Barcelona, del número de tropas en disposición de combate, de las vías de acceso de las tropas, de los centros estratégicos susceptibles de ser tomados por los sublevados, de los medios de comunicación entre el ejército en la calle y sus centros de mando. Faltaba decidir un plan, susceptible de darnos la victoria, flexible y precavido. Los cuarteles de Barcelona eran fortalezas de reciente construcción en su mayor parte. No debíamos atacarlos, porque en ellos gastaríamos las escasas municiones de que disponíamos. Había que dejar salir las tropas a la calle y, ya lejos de sus cuarteles, atacarlas por la espalda, sin prisas, intermitentemente, para que fuesen ellas las que agotasen las municiones y les resultase difícil regresar a sus bases para reponerse.

Dos días antes de que los militares salieran de los cuarteles para tomar el control de la ciudad, Concha había entrado a formar parte del Comité de Defensa de Les Corts. Eso significaba, entre otras cosas, que estaba dispuesta a morir, pero también, como no, a matar. Este hecho, aparentemente irrelevante, suponía un cambio radical en la conducta habitual de las mujeres militantes. La decisión de tomar las armas y enfrentarse al enemigo no era algo puntual ni arbitrario, ni siquiera era fruto de un capricho o producto de una anomalía, era el resultado de un compromiso construido desde hacía tiempo, cimentado a lo largo de años de militancia y meses de formación en técnicas de combate y manejo de armas.

En la primavera de 1936, la agresión tantas veces presagiada, tenía, ahora sí, forma de Golpe de Estado. Era esa y no otra, la afrenta que todos estaban esperando. De hecho, la inmensa mayoría de los obreros militantes de la ciudad concebían la sublevación militar como una posibilidad cercana, casi inminente.

Otra mujer, en este caso, vecina de Gràcia y militante del también revolucionario Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), conocida entre sus camaradas como Otília Castellví, recordaría años más tarde aquella sensación de inminencia e inevitabilidad que lo inundaba todo (en *De las checas de Barcelona a la Alemania nazi*, Acantilado, 2008):

Hacía tres días [refiriéndose a los días que siguieron al asesinato de José Calvo Sotelo, líder del partido derechista Renovación

Española y cabecilla de la trama civil del Golpe Militar], que quienes militábamos en algún partido ya no salíamos de noche porque presagiábamos que algo iba a suceder.

Un día después del asesinato de Calvo Sotelo, *Solidaridad Obrera*, órgano de prensa de la CNT, se hacía eco de una nota publicada en el periódico *El Socialista*. En ella se hablaba de un plan elaborado por elementos fascistas «cuyas ramificaciones se extendían a personas muy influyentes», y cuyo objetivo, era «derribar al régimen republicano». El artículo insistía en la importancia del momento. Advertía que no se trataba de un rumor, sino de una verdad palpable: la democracia estaba en peligro. Por eso, constituyéndose como vocero de la base militante, el periodista proponía una cooperación entre el gobierno y las filas socialistas para que, juntos, pudieran hacer frente a la peligrosa amenaza fascista: «... ofrecemos al gobierno lo que somos y lo que tenemos», concluía. Al mismo tiempo, la *Soli* —así era conocida *Solidaridad Obrera* entre sus lectores—, máxima referencia ideológica y moral de la juventud revolucionaria de Les Corts, se sumaba a la preocupación de los socialistas, manifestando lo que sigue: «¡Camaradas!, no estamos ante un rumor, sino ante una realidad. ¡Hay que estar alerta!». En este caso, sin embargo, los anarquistas, lejos de ofrecerse al gobierno como habían hecho los socialistas, apostaban como de costumbre por la autodefensa: «... no se trata de defender al gobierno, ni la República en peligro, sino de defendernos a nosotros mismos». Los anarquistas tenían muy claro por y para qué luchaban. Al fin, había llegado su momento.

Esa misma noche, la del 14 de julio, un grupo de simpatizantes anarquistas se reunió en Les Corts en el Bar Los Federales para celebrar una asamblea de urgencia de la Agrupación Cultural Humanidad. El encuentro estaba presidido por el valenciano Vicente Granero Gimeno, un tipo curtido en mil batallas, envuelto en una aureola de determinación y eficacia. Le acompañaban una centena de correligionarios anarcosindicalistas que, ante la voz tensa e inquietante de su líder, mostraban sus ansias por entrar en acción. Puede que entre los presentes se encontraran los hermanos Anadón Acer, Juan y Alberto, de veinticuatro y veintidós años res-

pectivamente, residentes en el 1º 7ª del número 19 del Pasaje Massians. Hijos del difunto Pedro Anadón Lecina, un veterano anarquista que había llegado a la barriada años atrás procedente de Crivillén —un pequeño pueblo de Teruel—, habían amasado una legendaria reputación entre los jóvenes militantes. Puede, y esto es tan sólo una posibilidad, que acudiera también el gaditano Oliverio García Martínez, uno de los cabecillas de las Juventudes Libertarias del distrito, residente en los bajos del número 3 de la calle Montnegre, a un paso del convento de Loreto. Presumiblemente, llegara acompañado de su hermano Emilio y de sus grandes amigos José Pérez Collado y José Coloma Sospeda, reconocidos jóvenes de acción con un largo historial de detenciones a sus espaldas.

Si tiramos un poco más del hilo, es posible que también los acompañase el jovencísimo Gabriel Sánchez Cruz, de dieciséis años, residente en los bajos del número 4 de Quatre Camins, convertido en héroe tras el último encontronazo de los jóvenes del barrio con la policía. Sin duda, también acudieron los hermanos Rosquellas Corrons, Pompeyo y Esteban, domiciliados en los bajos del número 2 del Pasaje Roca. Tampoco pudieron faltar Mariano y Felipe Chillarón, padre e hijo, residentes en el número 123 del Pasaje Castells, comprometidos con la causa. Porque, ¿quién se iba a perder ese momento? ¿Quién, en aquellas circunstancias, se permitiría el lujo de quedarse fuera de juego en lo que se presuponía iba a ser la batalla definitiva? ¿Y si repartían armas y, por no acudir, se quedaban sin ellas? ¿Y si estallaba la Revolución?

El comedor de Los Federales estaba a rebosar, no se echaba en falta a nadie, los que faltaban era porque continuaban presos en la Cárcel Modelo. Cumplían condena por acciones de sabotaje, amenazas a la autoridad, tenencia ilícita de armas o atraco a mano armada, resultado de la lucha a tumba abierta que mantenían contra las Fuerzas del Orden y su régimen de explotación. La mayoría de los asistentes llevaban varios años de militancia a cuestas, más de la mitad habían pisado la cárcel en alguna ocasión, y muy pocos, se podían contar con los dedos de una mano, aún no conocían los calabozos de la Jefatura General de Policía de Vía Layetana.

Tres años antes, el 26 de junio de 1933, dos de ellos, José Pérez Collado y Oliverio García Martínez, aparecían ya citados en un

artículo de *Tierra y Libertad*, órgano de prensa anarquista. En la nota se adherían a una proclama conjunta de la juventud libertaria de Barcelona; el primero, José Pérez, representando al Ateneo Faros, y el segundo, Oliverio García, a unas Juventudes Libertarias de Les Corts que, poco tiempo después, abrirían su nueva sede en el número 106 de la calle Provenza, no muy lejos de la Cárcel Modelo.

Ese 14 de julio, a la misma hora que tenía lugar la asamblea de urgencia de la Agrupación Cultural Humanidad, en la sede del antes citado Ateneo Faros —en ese momento ubicado en el piso principal del número 9 de la calle Guardia, en el barrio de Atarazanas—, Federica Montseny, líder anarquista, impartía una conferencia sobre la labor cultural de los ateneos libertarios. Vicente Granero, ausente por encontrarse en el Bar Los Federales, había estado estrechamente ligado a las actividades del Ateneo Faros en los años anteriores. Al igual que otros tantos militantes de Les Corts, durante mucho tiempo huérfanos de oferta cultural anarquista, habían acudido en masa a este reputado ateneo libertario en busca de formación y entretenimiento. La propia Concha lo confirmaría en varias de las entrevistas concedidas a lo largo de su vida. En ellas explicaba cómo el Faros se había convertido en un referente para los jóvenes anarquistas de Les Corts. Así que, no fue hasta la fundación de la Agrupación Cultural Humanidad, ocurrida en el verano de 1932, cuando los vecinos de la barriada pudieron consumir cultura libertaria de forma recurrente. Hasta entonces, había sido otra entidad, embrión de la primera, la conocida como Grupo Cultural Recreativo de Les Corts, la que había ofrecido a cuentagotas cultura libertaria a sus vecinos. Lo había hecho en el Bar Los Federales, por aquel entonces sede oficiosa del Centro Republicano Radical de Les Corts. Allí, se organizaban charlas sobre esperanto, naturismo, educación, leyes o literatura, impartidas por destacados intelectuales anarquistas como Jaime Navarra, Ángel Samblancat o Tomás Cano Ruiz.

En un primer momento, la sede de la Agrupación Cultural Humanidad se ubicó en los bajos del número 16 del Pasaje Planell, en la parte baja de la Travesera Vieja de Les Corts, para más tarde, ya en 1935, trasladarse de nuevo al Bar Los Federales. El gran artífi-

ce de esta explosión cultural libertaria en las barriadas de Les Corts fue Vicente Granero, a quien los jóvenes revolucionarios seguían y respetaban. Amante del teatro y la literatura, impulsó la creación de un grupo de actores y actrices aficionados que se dedicaron a amenizar las veladas festivas de las barriadas obreras de Les Corts. La Casa Vicens, bar neurálgico del Camp de la Creu, sito en el número 40 de la calle Morales, acogió mucho de los festivales teatrales organizados por la agrupación.

Vicente Granero Gimeno, primer secretario del Comité de Defensa de Les Corts, se había instalado en Barcelona poco después del estallido de la Primera Guerra Mundial. Procedente de Chella, fue rápidamente acogido por sus paisanos valencianos. Afiliado desde 1922 al Sindicato de la Construcción de la CNT y asiduo a las charlas y reuniones clandestinas que se organizaban en la ciudad tras la prohibición del sindicato, se convirtió en difusor del ideario anarquista entre los vecinos de Les Corts durante la dictadura de Primo de Rivera, impulsando la politización de la Colonia Castells, convertida desde entonces en foco de irradiación libertaria.

Lo más probable es que gracias a su labor proselitista, muchos jóvenes de la Castells acabaron uniéndose al Comité de Defensa. Se trataba, en su mayoría, de inmigrantes valencianos, aragoneses y murcianos que habían llegado a Barcelona huyendo de la miseria del campo. Uno de ellos era el lampista zaragozano Santiago Burguete Train, conocido como «el Chispa», llegado a Barcelona a los dieciséis años. Tras pasar por Sarrià, a mediados de 1925 se trasladó a los bajos del número 8 del Pasaje Piera, justo en el momento en el que se inauguraba la última fase constructiva de la Colonia Castells. Llegó acompañado de su esposa Julia Oliveros Magallón, natural de Los Olmos, a quien había conocido cuando ésta trabajaba para una familia adinerada de la zona alta. Según cuenta en sus memorias el veterano anarquista José Berruezo —con quien participó en la reconstrucción clandestina de la CNT en suelo francés en 1941—, Santiago le había explicado que años antes, el 13 de octubre de 1909, estando preso en la Cárcel del Castillo de Montjuïc, había sido testigo de primera mano del fusilamiento de Francesc Ferrer Guardia, algo que nos habla, y mucho, de los años de militancia que

acarreaba a sus espaldas. Con el paso del tiempo, Santiago se convirtió en el responsable de la armería clandestina de la Colonia Castells, el secreto mejor conservado de la barriada. Pocos sabían que escondía las armas bajo tierra, en un agujero camuflado bajo una maceta de su pequeño patio.

Otro miembro activo del Comité de Defensa, y al igual que Santiago, vecino de la Colonia Castells, era el mecánico Sergio Somoza García, conocido por sus compañeros como «el Gallego». Natural de Gomariz, Lugo, casado con la también gallega Concepción López, se habían trasladado a Barcelona poco después de contraer matrimonio. Una vez en la ciudad, se habían establecido en los bajos del número 4 del Pasaje Piera, a un paso de los Burguete Oliveros. Allí mismo nacerían sus dos hijos, Miguel y Jorge.

Sergio y Santiago no estaban solos. Entre los militantes de la Castells destacaban también Francisco Piqueras Cisuelo, natural de Alcubierre, residente en el número 51 del Pasaje Barnola, los primos de éste, los Cisuelo Prul, así como Antonio Laguarda Martín, residente en el número 29 del pasaje Piera, o los hermanos López Parra, Manuel, David, José, Jesús, Miguel y Paco, residentes en el número 118 del Pasaje Castells.

Más allá de los límites de la Colonia, al otro lado de la Riera de Magòria, en la barriada del Camp de la Creu, nos toparíamos con más militantes anarquistas vinculados al Comité de Defensa de Les Corts. En el número 9 de la calle Morales, por ejemplo, encontraríamos al castellonense de cuarenta y cuatro años, Higinio Puchol Barreda. Instalado en Les Corts a la edad de ocho años procedente de Villanueva de Alcolea, llegó acompañado por sus padres y su hermano menor. Establecidos en un primer momento en la calle Carmelo, Miguel Puchol y María Barreda, padres de Higinio, se trasladaron poco después a la calle Morales. Desde el primer momento, tanto Higinio como su hermano menor Miguel, se implicaron en el movimiento libertario de la barriada. Con el tiempo, Higinio se convirtió en la mano derecha de Vicente Granero en el Comité de Defensa. De hecho, años más tarde, una vez estallada la Guerra Civil, su rúbrica aparecería en los comprobantes del subsidio militar entregado a los familiares de los vecinos que partían ha-

cia el frente. En cuanto al joven Miguel, se unió al grupo liderado por Josep Martorell, alias «El Ros», presentado en la prensa, como «el enemigo público número uno».

Si continuáramos el paseo por el Camp de la Creu y avanzaramos hacia el sur, en dirección a la calle Gelabert, nos encontraríamos a otro militante, el también aragonés Antonio Blas Alba, involucrado como Higinio, en el aparato organizativo del Comité. A unos metros del domicilio del citado Antonio, ya inmersos en el Pasaje Roca, hallaríamos en los bajos de los números 1 y 2, respectivamente, a dos familias profundamente comprometidas con la causa libertaria: los Pérez Collado y los Rosquellas Corrons. Los cabezas de familia, Juan Pérez Güell y Pedro Rosquellas González, dos veteranos anarquistas con ademanes de lucha y presidio, eran habituales de las movilizaciones barriales. Los hijos de ambos, Ana, José, Concha, Ángela y Juana, por los Pérez, y Esteban y Antonia, por los Rosquellas, crecieron en un ambiente extremadamente politizado, propenso a la militancia. Uno de sus vecinos, compañero de tropelías desde la infancia, hijo de los valencianos Vicente Olibes Caballero y Vicenta Marín Gómez, conocido por todos como «el Ricardito», se convirtió en uno de los primeros mártires de la Guerra Civil nacidos en la barriada, caído el 10 de octubre de 1936 en el Frente de Aragón.

Al sur de la confluencia de la Travesera Vieja de Les Corts con la calle París, en la parte baja del Pasaje Caba, encontraríamos a otros jóvenes adheridos al Comité de Defensa. Son el valenciano Lorenzo Valle Alfonso, residente en el 2º 1ª del número 19, y el aragonés Andrés Zaragoza Martínez, con domicilio en los bajos del número 15. También en los alrededores del pasaje, en el número 29 de la calle Salvador Vallverdú, veríamos a otro militante, el murciano Ginés Zafra Fajardo, quien, desde hacía un par de años vivía con su madre María, en luto perpetuo desde la muerte de Cosme, su hijo menor, asesinado a sangre fría por la policía. A escasos metros del domicilio de los Zafra Fajardo, a un paso también de la vivienda de Vicente Granero, sita en el número 27 de la Travesera Vieja de Les Corts, distinguiríamos el apartamento de los hermanos Guillén Bertolín, Jesús, Amado y Concha, quienes, en los últimos meses,

habían tenido un papel relevante en la organización de la sección barrial de las Juventudes Libertarias. Encaminándonos hacia el centro de la ciudad, ya en territorio de la Nova Esquerra de l'Eixample, atravesando el antiguo camino de Valldoncella, y justo después de rodear la Cárcel Modelo, nos toparíamos con la calle Vilamarí, considerada reducto de la militancia confederal. En el número 152, coincidiríamos con el veterano anarquista Francisco Berenguer Madrid, padre de Sara Berenguer. Ya por debajo de la calle Aragón, en el 106, localizaríamos al catalán Jacinto Mas Novell, y a tres pasos más, en el 102, identificaríamos a Félix Colomeda Sánchez y al jovencísimo Santiago Villa Aroca.

Si, desde allí, avanzáramos un poco más hacia el oeste, en los alrededores de la fábrica de tejas de los hermanos Massians, en el pasaje que lleva su nombre, donde a lo largo de los años veinte se habían establecido decenas de inmigrantes procedentes de las provincias de Murcia y Teruel, localizaríamos a otros tantos militantes anarquistas. En una sola finca del Pasaje Massians, por ejemplo, la situada en el número 19, encontraríamos a cuatro familias confederadas: en los bajos, al murciano Bartolomé Martínez Castaño, natural de Mazarrón; en el 2º 5ª, al turolense Antonio Barberán Albero, natural de Mas de las Matas; en el 2º 8º, a los hermanos Loscos Navarro, Benito y Visitación, naturales de Los Olmos; y en el 1º 7ª, a los antes mencionados hermanos Anadón Acer.

Como podemos comprobar, estamos ante una periferia completamente politizada, construida sobre sólidas bases de amistad y consanguineidad. Estos militantes de origen diverso forman una comunidad unida, capaz de sortear tantas dificultades como se presenten. El vínculo establecido entre los vecinos es sólido, firme, no hay forma de quebrarlo. Además, estos lazos no solo se alimentan en el ámbito específico del distrito, traspasan sus límites, van mucho más allá.

Y es que, las redes libertarias, como una maraña entreverada de savia anarquista, habían alimentado durante años cada rincón obrero de la ciudad. Los jóvenes libertarios solían frecuentar espacios más allá de los confines de sus barrios. Allí confluían con otros anarquistas, estableciendo lazos sólidos y duraderos, fortaleciendo

la conciencia de clase. Vecinos de la Colonia Castells, por ejemplo, bajaban al Ateneo Faros, situado durante muchos años en el número 17 de la Avenida Mistral, en el barrio de Sant Antoni, donde coincidían con militantes de la Nova Esquerra de l'Eixample y el Distrito V. Por su parte, militantes del Camp de la Creu acudían al número 12 de la calle Vallespir, sede del Ateneo Racionalista de Sants, donde asistían a las sesiones nocturnas organizadas por la prestigiosa escuela racionalista de Joan Roigé. Allí, a la vez que estrechaban lazos con gente del barrio vecino, descubrían el poder de la palabra y conocían a los teóricos del anarquismo. Al mismo tiempo, jóvenes libertarios del Prat Vermell se desplazaban juntos a la Torrassa, ya en L'Hospitalet. Lo hacían para asistir a las formaciones organizadas por el Ateneo Paz y Amor, donde, entre otras cosas, aprendían el arte de la «gimnasia revolucionaria».

Los vínculos no solo se fortalecían a través de la formación y la militancia, también, y a veces en mayor medida, en la práctica del ocio. Durante los fines de semana, asistían en grupo a los pinares de la playa del Prat o de Castelldefels, donde practicaban el naturismo y hacían deporte al aire libre. También se escapaban a las montañas del Garraf o el Montseny, donde potenciaban su vínculo con la naturaleza. En esta práctica, jugó un papel decisivo en el distrito de Les Corts, el conocido Grupo Cultural Excursionista Amanecer, entidad con sede en el número 20 de la Plaza Comas, que sació las ansias de exploración de los jóvenes del barrio. A su vez, asistían a los bailes vecinales organizados por las asociaciones de vecinos, o a los espectáculos de teatro y recitales de poesía promovidos por las entidades culturales. En estos recintos, jóvenes procedentes de las variadas barriadas obreras, nutrían sus vínculos y fidelidad.

Cuando los padres de estos jóvenes revolucionarios se instalaron en la ciudad en un momento indeterminado de principios del siglo XX, Barcelona se debatía entre el aburguesamiento de París y el ruido militante de Berlín. Llegaban a una urbe dividida, convertida en el mítico campo de batalla de la lucha de clases, la célebre *Rosa de Foc*, donde obreros y patronos se enfrentaban despiadadamente por imponer su visión del mundo. Segregados del centro, los recién llegados solo podían aspirar a ocupar un agujero en los márgenes, en

los límites aislados de la gran ciudad. No les quedaba más remedio que construir con sus propias manos un techo donde cobijarse. Se trataba de unos hogares improvisados, donde se amontonaban dos o tres familias con el temor a cuestas de ser expulsados en cualquier momento, pendientes del capricho de un juez o un policía expeditivo. Barracas destartaladas, habitáculos de madera y hojalata que salpicaban los descampados de tierra de nadie entre Can Granota y la Riera de Magòria, dibujaban un paisaje de pobreza y marginación en el distrito de Les Corts, prueba palpable de la desigualdad de una sociedad injusta y hostil.

Estos inmigrantes del hambre vivían apartados de los servicios que ofrecía la gran ciudad. Quedaban lejos de las paradas de tranvía y los dispensarios sanitarios, a la vez que eran excluidos de la oferta de ocio y cultura que disfrutaban con displicencia una minoría privilegiada de los conciudadanos. Con el tiempo, su mera existencia comenzó a ser un problema para el resto de vecinos, quienes los tachaban de foco de insalubridad y enfermedades. Separados de la paz y la buena vida, debían acostumbrarse a los cacheos arbitrarios y las miradas inquisidoras de las Fuerzas del Orden. Deambulando por el centro en busca de una oportunidad laboral que no llegaba, que se hacía esperar, debían estar alerta. Estaban en el punto de mira de la policía. No era extraño que fueran detenidos, juzgados y condenados sin base alguna. Una insignificante sospecha de un agente receloso era suficiente para que se los llevasen al calabozo. Eran miembros de una clase criminalizada, propensa, en palabras de sus enemigos, «a la delincuencia y el mal vivir». Este era el estigma que los acompañaba sin descanso. Señalados por el resto de la sociedad, observaban impotentes como el peso de la ley caía sobre sus hombros. Fue entonces, estigmatizados y castigados por el simple hecho de ser, de haber nacido y crecido en los suburbios, cuando muchos perdieron la inocencia. Lo hicieron de golpe, comprendiendo que la única salida era la autodefensa.

Sin embargo, a pesar de ser víctimas del señalamiento y la marginación, pese al hambre y el desprecio, lograron construir un mundo propio, alejado y más allá del control de sus enemigos. Lo hicieron mediante la creación de sociedades de socorros mutuos, asociacio-

nes de ocio, escuelas racionalistas, grupos excursionistas, ateneos libertarios, orfeones, y mucho más.

Estos inmigrantes de Murcia, Teruel, Almería o Castellón, aprendieron a sobrevivir con el apoyo incondicional de sus iguales, personas que, como ellos, habían venido a Barcelona en busca de un futuro mejor, paisanos que recién llegados los tuteaban en busca de una complicidad balsámica, tierna, reparadora, personas que los acogían en su casa y compartían el pan de una mesa escasa, a menudo vacía, sin compadecerse, mostrándose tal como eran, sin prejuicios ni manías. Juntos, arremolinados entorno a una fuente humilde, construida con sus propias manos, celebraban la vida.

En aquellos espacios comunes erigidos de forma colectiva, compartían sus alegrías, y también, como no, sus tristezas. Lejos del mundo oscuro y putrefacto que describían los medios de comunicación, el suyo era, en realidad, un mundo rebosante de luz, alegría y compasión. Un mundo formado por personas que, cuando era necesario, donaban parte de sus salarios ridículos, insignificantes, a quien lo necesitara, a menudo por encima de sus propias necesidades. Esa actitud, extremadamente generosa, la identificamos en la forma de actuar de sus vecinos, la advertimos, por ejemplo, en la manera en que los tenderos trataban a sus clientes, fiándoles a crédito sus productos, pagados a plazos, como hacía Inés Acosta, propietaria de la droguería del número 32 del Pasaje Castells, o Bartolomé Tur, dueño del café económico de la calle Morales, en el Camp de la Creu. Hombres y mujeres a los que no solo les unían sus privaciones, sino también sus logros recíprocos y moralizantes, victorias aleccionadoras como la paralización de un desahucio o la readmisión de un obrero despedido. Personas a quienes la dureza de la vida, presente desde el momento de su concepción, les había enseñado que actuando individualmente eran débiles, insignificantes, pero que, estando unidos, eran poderosos y difíciles de doblegar.

Así, conscientes de estar compartiendo una lucha común, movidos por las mismas necesidades y ansiosos por torcer una realidad que identificaban como injusta, comenzaron a afianzar su futuro en el compromiso de clase. Esta ligazón se fortaleció a lo largo de los años, poniéndose a prueba en la dura posguerra, cuando las necesi-

dades apremiaban. Un ejemplo de esta fidelidad la encontramos en las respuestas dadas por sus vecinos en el interrogatorio que sufrieron en el transcurso de las pesquisas de la Causa General, proceso impulsado a principios de los años cuarenta por el régimen franquista con el objeto de instruir los hechos delictivos cometidos en el territorio bajo dominación republicana. Según atestigua la documentación, no hubo, a priori, una sola persona en toda la Colonia Castells que señalase a alguno de sus vecinos. Ernesto López Martínez, domiciliado en los bajos del número 27 del Pasaje María, declaró que desconocía que hubiera habido daños a ninguna a persona o propiedad del pasaje, algo que certificaría María Soler Bolea, de 38 años y residente en el número 23. Joaquín Morcillo Martínez, cuchillero de 45 años, residente también en el número 23, hizo lo propio. Teodoro Belmonte Gómez, vecino puerta con puerta de los dos anteriores, selló el pacto de silencio, certificando lo antes dicho. Lo mismo ocurrió en el resto de los pasajes que aparecen en la documentación. No hay que olvidar, además, que, muchos de ellos, los más comprometidos políticamente, ya no estaban allí, habían abandonado la ciudad antes de que la ocuparan las tropas franquistas el 26 de enero de 1939. Ginés Zafra Fajardo, Juan Pérez Güell, Vicente Granero Gimeno e Higinio Puchol Barreda, fueron cuatro de las decenas de vecinos de las barriadas obreras de Les Corts que, antes de que terminara la Guerra Civil, conscientes del peligro que corrían si se quedaban en España, tomaron el camino del exilio. La mayoría, una vez pisaron suelo francés, fueron internados en campos de concentración. Para algunos, como Ginés, tendrían que pasar aún muchos años antes de que volviera a ver a su familia.

Aquella fidelidad vecinal, sin embargo, tenía sus grietas. Algunas salieron a relucir en la inmediata posguerra. Vayamos por partes. Oliverio García Martínez, el líder de las JJLL de la barriada, había sido detenido el 9 de enero de 1939 a las afueras del pueblo de Espluga Calva, en el frente de Lérida, durante el avance imparable de las tropas franquistas. Desde ese momento, había sido internado en un recinto provisional en Centelles, al noreste de Barcelona, para luego ser trasladado al campo de concentración de San Juan de Mozarrifar, en Zaragoza, desde donde, tras ser interrogado, sería

trasladado a la ciudad de León, al imponente Convento de San Marcos, habilitado por el régimen franquista como campo de concentración de prisioneros de guerra. El 1 de junio, estando recluido en San Marcos, Oliverio fue interrogado por los guardias civiles, Amancio Suárez Díaz y Emeterio de Prado Pablos. Oliverio, descrito por sus interrogadores como un joven de «veintidós años, de 1,70m de estatura, delgado, de tez morena, orejas grandes, ojos castaños y cejas muy pobladas», dejó constancia que desde los trece años pertenecía a la CNT, sindicato en el que había desempeñado el cargo de cajero, y que, en 1935, no recordaba cuándo exactamente, se había afiliado a la FAI. Al producirse el Golpe Militar, y de nuevo según lo descrito por los guardias, se había lanzado a la calle «para sofocar el alzamiento con los demás compañeros del sindicato». Formó parte del asalto a los conventos de las Carmelitas Calzadas y el de Nuestra Señora de Loreto, ambos en Les Corts. Luego se había incorporado a las Patrullas de Control de la Sección Segunda, con sede en el número 182 de la calle Aragón. Intervino en muchos registros y saqueos, llevándose consigo «cuanto oro y plata encontraba». Según lo escrito por los guardias, entre lo robado había un reloj de bolsillo que entregó a su hermano Emilio, otro de pulsera que dio a su tía Eustaquia, y otro más que regaló a su prometida Natalia Palacios, residente en el número 25 de la calle Gayarre, en el barrio de Sants. Respondiendo a la pregunta de quién lo acompañaba, Oliverio dio varios nombres. Dijo que algunos de sus compañeros de las JJLL de Les Corts participaron en los registros, estos eran «José Yzal, José Coloma, Antonio López, Aurelio Gómez y Juan Anadón». Al final del documento, aparte de la firma de los guardias, aparecía la rúbrica de Oliverio, por lo que daba consentimiento y veracidad a lo expuesto. Esta información iría enriqueciéndose con los informes policiales enviados desde la Jefatura Superior de Policía de Barcelona. En estos documentos salieron a flote aquellas grietas en la fidelidad vecinal que insinuábamos al principio. Una de estas fisuras nos la muestra el guardia urbano José Armengol Fortuny, quien, en noviembre de 1939, con la misión de indagar sobre la persona de Oliverio entre sus vecinos, había ido a charlar con algunos de ellos. En el informe elaborado tras su visita, escribía [TMT3 / Consejos de guerra. Ref. 38050]:

> Personado en la tienda de ultramarinos de la calle Montnegre número 4, encontrando al tendero que dice ser el dueño, afirma por referencias de vecinos de dicha calle que el tal individuo [Oliverio] era de las Juventudes Libertarias, como también de las Patrullas de Control [...]. Luego me personé en la carnicería de la misma finca, y encontrándome con su dueña, me manifestó lo mismo que el anterior, señalando los malos antecedentes del individuo.

Días después, otro agente, José Aldrich Yanguas, se personaba de nuevo en la tienda de ultramarinos del número 4 de la calle Morales. Su dueño, el murciano de cuarenta y nueve años Nicolás Gómez Martínez, se reafirmaba en lo dicho anteriormente, señalando que Oliverio era un joven de ideas extremistas y que, por ello, lo veía capaz de haber asaltado los conventos. La dueña de la carnicería, sin embargo, la valenciana María Llacer Santonja, matizaba un tanto su declaración, diciendo que Oliverio, a pesar de todo, «estaba bien visto por la gente del barrio, pues su conducta nunca había sido mala». Otro vecino, José Just Oliveras, dueño de la panadería situada en el número 22 de la calle Morales, certificaba que, durante las semanas que siguieron al Golpe, lo había visto pasearse con el uniforme de las Patrullas de Control con una pistola de grandes dimensiones al cinto. La madre de éste, María Oliveras Capestán, ampliaba el señalamiento, diciendo que, a pesar de no poder asegurar que el encartado había participado en el asalto a los conventos, sí lo creía capaz de hacerlo. Del mismo modo, el oscense Juan Robert Abadías, domiciliado en el número 12 de la calle Taquígraf Garriga, tenía la completa convicción de que Oliverio era uno de los cabecillas del Comité Revolucionario, y repetía lo mismo que los anteriores testigos, creyéndolo capaz de cometer los hechos delictivos que le imputaban. Sin embargo, el caso más flagrante de acusación lo protagonizó un expolicía vallisoletano con varias cuentas pendientes con los jóvenes revolucionarios de la barriada. Se trataba de Mauricio Salamanca del Amo, domiciliado en el número 3 de la calle Mas Pujó. Su animadversión venía de lejos. En la madrugada del 28 de setiembre de 1932, estando aún en el cuerpo, había vivido con gran preocupación el asesinato de su amigo y compañero Juan Ureña Cámara, residente, como él, en el distrito de Les Corts, con-

cretamente en el número 40 del Pasaje Castells. Al parecer, cinco individuos se habían abalanzado contra él al salir de su domicilio, asestándole varios disparos en el costado y dos navajazos certeros en el pecho. Como se trataba de un lugar sin apenas iluminación, el sereno del barrio, al escuchar las detonaciones y acercarse al lugar de los hechos, no había podido identificar a las sombras que desaparecieron en dirección a la calle Morales. Ureña había luchado por su vida hasta el último momento, eso certificaba la autopsia que le había practicado el forense de guardia del Hospital Clínico. Tras percatarse de los hechos, la Prefectura de Policía movió ficha inmediatamente. Envió a la Colonia a dos agentes de la Brigada de Investigación Criminal, quienes fueron acompañados por una camioneta repleta de Guardias de Asalto clamando venganza. Tras acometer una redada violenta y desproporcionada, y después de interrogar a cada uno de los allí presentes, se llevaron a dos vecinos detenidos: Ignacio Rubio Pardo, militante de la CNT de veintisiete años, natural de Farràs, Valencia, domiciliado en el número 129 del Pasaje Castells, y a un tal Cristóbal Andreu, a quien no hemos podido identificar. Las detenciones, sin embargo, no acabaron ahí. Arrestaron también al barbero cenetista Melitón Monroy Alonso, domiciliado en el número 31 de la Carretera Vieja de Sarrià, a unos pasos de la Colonia. Los tres detenidos negaron su participación en los hechos, alegando que eran víctimas de una venganza policial. Al día siguiente, la *Soli* salió como de costumbre en defensa de los detenidos, señalando que, tras el asesinato de Ureña, las autoridades se habían dedicado a difamar a los militantes anarquistas de la barriada, iniciando una campaña de cacería contra ellos.

Tras pasar tres noches interminables en los sótanos de Jefatura, el juez tomó declaración a los tres detenidos. Al comprobar su inocencia, les puso inmediatamente en libertad. Pero, la pesadilla aún no había acabado. Un día después, la policía volvió de nuevo a personarse en la Colonia, en esta ocasión, para llevarse detenido a Conrado Collado Romero, delegado del Sindicato del Ramo del Vidrio de la CNT, domiciliado en el número 101 del Pasaje Castells. En el registro de su vivienda, según anunció la prensa, encontraron armas, municiones y publicaciones extremistas. La cacería no se detuvo. Días más tarde, sería detenido Serapio Pérez Escuin, líder ce-

netista, también aparentemente relacionado con la muerte de Ureña. A la detención de Serapio, como era ya costumbre, le siguió una campaña de difamación en contra de su persona espoleada desde los rotativos conservadores: *La Veu de Catalunya*, *La Vanguradia* o *Diario de Barcelona*. Del mismo modo, una anoche antes del asesinato de Ureña, varios jóvenes de la Colonia Castells y del Camp de la Creu, fueron detenidos por colgar unos pasquines en los muros del Cuartel de Caballería de Alfonso XIII, sito en la cercana calle Tarragona. Horas después, aparecían en la prensa como «indeseables a los que había que erradicar».

No había duda, los jóvenes revolucionarios de Les Corts y las Fuerzas del Orden estaban en guerra, una guerra sin cuartel que no pararía de derramar sangre a lo largo de los años. Así, cuando el 28 de abril de 1943, en los últimos coletazos de las investigaciones iniciadas por el fiscal franquista, el expolicía Mauricio Salamanca del Amo testificó ante el juez, lo hizo movido por el rencor y la venganza:

> ... conoce al encartado [Oliverio] por razones de vecindad. Afirma que es un sujeto de ideología extremista, perteneciente a la FAI. Que al iniciarse el alzamiento tomó parte activa en contra de este saliendo armado a la calle a disparar contra las Fuerzas Nacionales. Una vez se organizaron las columnas anarquistas que salieron para el frente de Aragón, fue uno de los que organizaron en el barrio una centuria llamada Los Aguiluchos, siendo uno de los dirigentes del centro que tenían en el Pasaje Sagristà, esquina con la calle Gelabert, posteriormente trasladado a un convento sito en la calle de Deu i Mata. Siendo además el jefe de las Patrullas, y aunque esto no puede asegurarlo en grado cierto, sí que era uno de los principales de ellas. Viéndole el declarante vestido con el uniforme completo de la Guardia Civil, con pistola-ametralladora y espadín, el encartado fue uno de los primeros en asaltar el convento de Nuestra Señora de Loreto, interviniendo en registros, saqueos, detenciones y toda clase de hechos de extrema gravedad. Considerándolo por ello, como individuo peligrosísimo y capaz de cometer toda clase de fechorías.

Tres meses después, el prisionero Oliverio García Martínez, por entonces interno en la Cárcel Modelo de Barcelona, fue condenado

por la judicatura franquista a veinte años y un día de reclusión mayor. La represión no se detuvo ahí. Otra denuncia del expolicía Mauricio Salamanca del Amo —hubo muchas más—, tuvo consecuencias aún más graves, provocando la condena a muerte y el posterior fusilamiento de otro vecino: Mariano Chillarón Royuela. El 3 de marzo de 1939, cuatro semanas después de que las tropas franquistas ocuparan Barcelona, el falangista de última hora Mauricio Salamanca, acompañado del joven de veintiún años Juan Cunillera Martínez, domiciliado, como él, en el número 3 de la calle Mas Pujó, redactaban una carta a cuatro manos denunciando la implicación de Mariano Chillarón en los hechos delictivos ocurridos en las barriadas de Les Corts durante la Guerra Civil. Lo acusaban de haber pertenecido al Comité Revolucionario, en donde, según sus palabras, «se cometieron numerosos asesinatos y martirios a personas de derechas». Apuntaban, y esto fue lo que lo condenó a muerte, que Mariano había participado en el asesinato de Francisco Pagès Casals, yerno del propietario de la Sociedad Anónima de Industrias de Aluminio, cuya fábrica se encontraba en el número 10 de la calle Bergadà, a pocos pasos de la Colonia Castells. Varios vecinos de la colonia eran empleados de la víctima, quien había asumido el cargo de director de la fábrica tras su matrimonio con Agustina Blasi Hospital, hija del propietario. En los meses anteriores, algunos de estos empleados habían sido despedidos a causa de su militancia.

Fue en la puerta de acceso de la fábrica, y siempre según los denunciantes, de donde sacaron a la víctima a trompicones, para una vez en la vía pública, y ante la atenta mirada de Juan Cunillera, testigo de los hechos, dispararle una ráfaga a bocajarro, causándole la muerte al instante. Así, al día de que Juan y Mauricio entregaran su denuncia a las autoridades, miembros del Servicio de Información e Investigación de la FET y de las JONS del distrito, se personaron en la Colonia Castells con la intención de certificar la información recibida. Lo primero que hicieron fue tomar declaración a todos los vecinos del Pasaje Castells, ya que en el número 123 de esa calle vivía Mariano junto a su familia. Sus vecinos Pilar Melé Quinquillà, domiciliada en el número 126, Dolores Monforte Gargallo, en el 122, Antonio Belda Hernández, en el 120, y Teresa Casanovas Martínez, en el 126, declararon —según lo relatado por los agentes

falangistas— que Mariano, aparte de encontrarse entre los asaltantes del Convento de las Carmelitas, había ocupado un cargo destacado en las Patrullas de Control. Tras tomarles declaración, los falangistas procedieron con el registro del domicilio de los Chillarón, encontrando entre sus papeles personales una fotografía en la que aparecían tres jóvenes disfrazadas de milicianas, siendo una de ellas, Josefa Chillarón Sanz, hija mayor de Mariano. Encontraron también una carta manuscrita fechada «en Campaña» el 9 de noviembre de 1938 y, cuyo firmante, era un tal «F. Chillarón», que no era otro que Felipe Chillarón Sanz, hijo varón de Mariano. Destinado en la 126ª Brigada Mixta de la 28º División, y ascendido a teniente un par de días antes de que escribiera aquella carta, pudo huir a Francia antes de que acabara la guerra.

Tres semanas después de que tuviera lugar esa visita, y una vez que Pedro Trullàs, agente del Servicio de Información e Investigación, compilara los datos susceptibles de ser tenidos en cuenta en la resolución del caso, el juez instructor hizo público el auto del juicio de urgencia contra Mariano Chillarón Royuela y sus dos hijas. En él, se daba por hecho que Mariano, actuando como miembro del Comité Revolucionario, había participado en el asesinato de Francisco Pagès Casals, como dijimos antes, yerno de Salvador Blasi Rull, propietario de la Sociedad Anónima de Industrias de Aluminio. Quedaba demostrado también, según el juez, que Josefa, en los días que siguieron al Golpe Militar, había mostrado deseos de ir al frente, algo que corroboraba la foto donde aparecía vestida de miliciana. En cuanto a María, la menor de las hijas, no se encontró en ninguna de las declaraciones de los vecinos motivos suficientes para imputarla.

Semanas más tarde, Mariano recibió la noticia del veredicto del juez en una celda atestada de la Cárcel Modelo: «Condenado a Muerte», decía la notificación. Dos días después, la mañana del 26 de mayo, Mariano se enfrentaría a un pelotón de fusilamiento en el Fossar de la Pedrera, en el Castillo de Montjuïc. No iba solo; lo acompañaban diecisiete penados que, al igual que él, habían tomado una decisión errónea: quedarse en España. Cuatro de ellos eran viejos militantes confederales de Barcelona: el castellonense Mariano Bolos Navarro, albañil de cuarenta y seis años, residente en Sarrià;

el almeriense Luis Casas Cazorla, peón de cuarenta y tres, vecino de la barriada de Sant Andreu; Ricardo Ruiz Gomis, cochero de cuarenta y cuatro, vecino del Distrito V; y Fernando Vidal Martí, albañil de cuarenta y nueve, vecino de la calle Mediodía, también en el Distrito V.

Lo sucedido podría haberse evitado si Mariano, al igual que otros militantes con un compromiso similar o menor al suyo, hubiera decidido exiliarse. Pero optó por quedarse, quién sabe por qué. Quizás confiaba demasiado en la fidelidad de sus vecinos, sabedor de que no había cometido ningún delito. Pero no previó la implacabilidad del régimen, ni la traición de quienes durante mucho tiempo había considerado sus amigos. Porque, ¿quién iba a formular cargos contra él si no había matado a nadie, si, ni siquiera, había instigado a que otros lo hicieran por él? ¿Quién lo iba a denunciar si no se había llenado los bolsillos cuando pudo haberlo hecho, en los registros perpetrados en los primeros días de la Revolución? ¿Acaso ser testigo de un acto criminal, lo convertía en asesino?

Si había alguna culpa, quizás fue estar en el lugar y en el momento equivocados. Es probable que Mariano pensara en eso mientras se debatía en abandonar la ciudad en la víspera del 26 de enero de 1939, la noche antes de que las tropas franquistas entraran por la Diagonal. ¿Cómo imaginar el terror, cómo presagiar el grado de arbitrariedad de las detenciones, el cariz azaroso de las ejecuciones que vendrían? ¿Cómo anticiparse a la muerte cuando seguía con vida y aún le quedaba esperanza?

Los días que siguieron al día 26 de enero, tomó consciencia de su grave error. Solo tenía que abrir los ojos y mirar a su alrededor para darse cuenta de ello. La muerte podía a llamar a su puerta en cualquier momento, como así hizo.

Si nos fijamos en la edad de los diecisiete fusilados en esa mañana de finales de mayo de 1939, vemos con sorpresa que la mayoría superaba los cuarenta años. Apenas había jóvenes en los cuerpos desparramados sobre la tierra mojada de la fosa de Montjuïc. Solo uno de ellos, la joven de veintidós años Nieves Bouza Gil, hija de Luis y Florentina, obrera del textil y vecina del Poble Nou, fue acribillada a balazos esa misma mañana. El resto eran hombres mayores, tipos curtidos sobre los que pesaba la oportunidad perdida de la

Revolución. Eran los mismos que habían resultado victoriosos en las calles de Barcelona tres años antes, durante el «corto verano de la anarquía», y que ahora, ante la proximidad de la muerte, se entregaban a un destino trágico y fatal. Quizás esta sensación fuera el resultado de una fatalidad acuñada semanas atrás, cuando los cánticos de las tropas franquistas resonaron en sus oídos al pasar frente a las puertas de sus casas. Puede que estos hombres duros, entrados en años, habían sucumbido al imaginar a esos soldados penetrar en sus casas, destruyéndolo todo, también sus propios sueños.

Muchos de aquellos mártires de la clase obrera, quienes durante años habían soportado la represión de los regímenes monárquicos y republicanos, se habían jurado fidelidad en el fragor de la lucha vecinal. Algunos de los que lograron huir, como Felipe Chillarón Sanz, Miguel López Parra o Concha Pérez Collado, confinados al final de la guerra en campos de concentración franceses, habían forjado ese compromiso desde la más temprana infancia. Desde niños, coincidían a diario en los espacios comunes de la Colonia Castells: en los cuatro pasajes polvorientos que la dividían, María, Barnola, Castells y Piera; en la tienda de comestibles de la señora Acosta, donde solían hacer sus recados; en el concurrido lavadero de la Riera de Magòria, donde las niñas acompañaban a sus madres en las soleadas mañanas de invierno; o en las fiestas improvisadas a pie de calle, amenizadas con jotas, vino y bandurria.

Cuando se aburrían, los niños de la Castells se dejaban caer por los descampados enfangados de la calle Taquígraf Garriga, cerca de las fábricas de Carlos Framis y Salvador Blasi, donde se retaban y dejaban llevar. A veces, cuando el tiempo lo permitía, se acercaban a la generosa fuente de la esquina de la calle Morales con la calle Montnegre, inaugurada con pomposo regocijo por las autoridades, donde se colgaban de los árboles mientras escudriñaban la chimenea humeante de la fábrica de relojes de Juan Maurer. También, como no, coincidieron en la escuela, pero no todos, y no siempre. La mayoría de los niños, no así las niñas, aprendieron a leer y escribir en una escuelita fundada por el almeriense Francisco Jiménez, sita en los bajos de su domicilio, en el Pasaje Barnola con Montnegre. Las niñas solían abandonar antes los estudios, exigidas en muchos casos por sus padres, quienes se escudaban en las necesidades familiares.

También juntos, los niños de la Castells ingresaron en el mundo laboral. Hicieron de aprendices de barberos, torneros, albañiles, fundidores o ebanistas. Algunos, siendo aún muy jóvenes, entre doce y trece años, comenzaron a trabajar en las industrias de la vecina calle Morales: en FAMA, Fábrica de Artículos de Materiales Aislantes S.A., sita entre los números 14 y 16; en la fábrica de brochas de Enrique Fleichmann, sita en el 24; o en la de alpargatas de Vicente Hervás, en el número 9. Luego, casi inmediatamente, coincidieron en el mundo militante. Fue en la concurrida sala de reuniones del Ateneo Republicano Radical de Les Corts, sito en el número 152 de la calle Condes de Bell-lloch, en la Plaza del Centro, donde escucharon impávidos las charlas de entusiastas anarquistas como Antonio Ocaña, el albaceteño Armando del Moral o la carismática Amparo Poch. O más al noreste, en la Plaza del Carme, centro neurálgico de la barriada del Camp de la Creu, aprendieron en las aulas improvisadas del Ateneu Obrer sobre el espíritu cooperativista, guiados por la joven maestra libertaria Maria Palomera Giró. Continuando con su formación ideológica, calle abajo y hacia el este, en el mencionado Bar Los Federales, dirigido por el entrañable militante republicano «Pepet», brindaron entusiastas con sus primeras copas de vino por la Revolución.

Aquellos jóvenes, sin duda, formaban un bloque unido, capaz de soportar cualquier afrenta. Estos lazos sólidos, urdidos a conciencia ante una amenaza común, los acompañarían por el resto de sus vidas. Crecidos ante la misma adversidad, que, lejos de achicarlos, reforzaba su espíritu de lucha, los Felipe Chillarón, Pompeyo Rosquellas, Juan Anadón, Sara Berenguer, Concha Pérez y Rosario Sierra, criados en las barriadas obreras de Les Corts de principios del siglo XX, se lanzaron sin miramientos a conquistar la calle para imponer ese mundo tantas veces imaginado, un mundo que hablaba de fraternidad y justicia social.

Todos ellos, durante años, habían sido testigos de la humillación que perseguía como un fantasma a sus mayores. Padres, tíos y abuelos que solían ser presentados en los medios de comunicación como una plaga de inmigrantes desocupados que deambulaban por la ciudad «practicando hurtos y generando problemas». Lidiando a diario

con este estigma dañino, señalados por unas clases medias timoratas, que solían utilizarlos como chivos expiatorios de los problemas que acuciaban a la sociedad, estos mayores, convertidos en referentes por los más jóvenes de la barriada, habían tenido que dignificar su nombre a través de la acción política y el compromiso de clase.

Mientras eran reprimidos por las Fuerzas del Orden, encarcelados o condenados a un exilio incierto, sus hijos crecían solos, obligados a vivir rápido y a trompicones ante la ausencia de una figura paterna. Esos niños, amparados por manos amigas —vecinas que donaban sus ahorros para cubrir el alquiler de los más necesitados o que dedicaban parte de su tiempo libre a enseñarles a leer y escribir — se habían nutrido a lo largo de sus vidas de la moral y solidaridad anarquista, estableciendo así las bases de su futura militancia.

Esa solidaridad excepcional fue la misma que descubrieron años más tarde, en plena vorágine revolucionaria, una pareja de voluntarios extranjeros llegados a España para combatir el fascismo. Fue en el verano de 1936, cuando Margaret Greville Foster y Werner Droescher, tras una breve experiencia en el frente, encontraron refugio en el hogar de una familia anarquista de Les Corts. Ella, de nacionalidad inglesa, y él, alemán, habían sido recibidos con entusiasmo por una multitud al regresar de La Zaida, adonde habían llegado siguiendo los pasos de la segunda columna que había partido de la barriada semanas atrás, la conocida como los «Aguiluchos de Les Corts». Años más tarde, evocando aquella memorable generosidad, Werner inmortalizaría el episodio en su libro de memorias, *Odyssee eines Lehrers* (Múnich: Hirthhammer, 1976):

> ... durante el tiempo que convivimos con una familia de Les Corts, pudimos observar muy de cerca las bases del alma solidaria y cooperativista de los anarquistas españoles. Nunca podremos olvidarlo.

Fue en lo cotidiano, en la práctica revolucionaria diaria, donde esos niños de las barriadas obreras sellaron su compromiso con el comunismo libertario. Fueron ellos, y no otros, los que perpetraron la tantas veces soñada Revolución Social. Estos convencidos idealistas, no mucho tiempo después, durante «el corto verano de la

anarquía», dando respuesta a sus aspiraciones y promesas pasadas, y ante la oportunidad de instaurar aquel mundo nuevo tantas veces imaginado, ese en el que no faltaría el trabajo y en el que nadie se quedaría sin pan, tomaron las armas y pusieron rumbo hacia un campo de batalla que esperaban fuese tan decisivo como liberador. Esos militantes de base, «hombres y mujeres del mañana», tal como ellos mismos se definían, agasajados por una multitud volcada, incondicional, desfilaron en su despedida con una voracidad nueva, nunca vista. El odio hacia el capitalismo era su mantra, su combustible, un odio que, como diría el poeta Hans Magnus Enzensberger, «sus iguales del norte de Europa ya no eran capaces de sentir».

Al estallar la guerra y aparecer ante ellos una oportunidad que difícilmente podían dejar escapar, los jóvenes de las barriadas obreras de Barcelona, Madrid, Bilbao o Valencia, tipos y tipas inquietos, bregados en la lucha de clases, animosos en el estudio y ávidos por conocer lo inalcanzable, esos que no habían dejado de mostrar su repudio hacia ese mundo arcaico y limitado que los atosigaba sin descanso, no tardaron ni un solo segundo en alistarse. Cómo se iban a contener, cómo alguien se atrevía a pedirles que aguantaran, que mirasen hacia otro lado, cómo insinuar si quiera que ese pueblo dolorido en su carne, acribillado a balazos y golpeando con las fustas de la ignominia y las culatas de los máuseres, debía permanecer encerrado en casa, a verlas pasar. Llevaba mucha razón el presidente Manuel Azaña cuando decía que «el odio y la indignación de las masas era justísima». Sólo con una rectificación total de la política, sólo con el castigo de los culpables, sólo con la satisfacción de sus ansias revolucionarias, podría calmarse su indignación, no antes.

Esos jóvenes, al contrario que hoy, sabían identificar a sus enemigos. Convivían diariamente con ellos. Los veían en las fábricas donde trabajaban y en las mansiones donde servían. Sus patronos, los dueños del mundo conocido, representaban todo lo que ellos detestaban: la avaricia, la falsedad y el cinismo. Los imaginaban perfumados con sus trajes a medida y sus relojes de oro, alardeando de sus logros mientras recorrían la ciudad en sus automóviles de lujo. Seres desalmados y despiadados, dedicados en cuerpo y alma a saquearles, a robarles su tiempo y esperanza. Amparados por la Ley y las Fuerzas del Orden, usurpaban diariamente lo que esos jóvenes obre-

ros habían logrado con su dedicación y esfuerzo. Vividores constantemente halagados por los medios, evasores de impuestos, tenedores de grandes lotes de viviendas, especuladores insaciables, presentados ante la opinión pública como grandes benefactores que, como buenos cristianos, asistían a misa los domingos por la mañana y, por la noche, en secreto, se citaban con su querida de turno en el reservado de un hotel cualquiera. Esos caballeros impecablemente vestidos que cambiaban de acera al cruzarse, dios no lo quisiera, con el hambre y la desesperación, «les robaban el pan, el aire y el sol a los desgraciados».

Un primer grupo de esos jóvenes libertarios de Les Corts, una vez sofocada la sublevación militar en Barcelona, partió hacia el frente el día 25 de julio. Poco después, ya en Caspe, se unieron a la Columna Ortiz. La mayoría tenían nombres y apellidos comunes, eran hijos de familias humildes que, ahora, tras detener la agresión fascista, veían en la guerra una oportunidad para resarcirse de los males pasados. Deshumanizados por sus adversarios políticos a lo largo de los años y presentados como una «horda de leprosos hambrientos», tomaron plena conciencia de que había llegado su momento. Estaban preparados. El desprecio, hábilmente tejido por sus enemigos, no había logrado quebrantarlos. Juntos, hombro con hombro, habían mantenido intacta su dignidad. Acostumbrados al maltrato y la indiferencia, habían construido una coraza a su alrededor y se habían hecho fuertes. Esos jóvenes, forjados en la cultura de la resistencia antiautoritaria, habían perdido el miedo, y eso inquietaba profundamente, haciendo tambalear los cimientos del poder. El sistema empezaba a temerlos.

El repicar de sus pasos anunciaba un mundo nuevo, caracterizado por la justicia, la fraternidad y la alegría, pero también, y esto es importante, por la determinación. «El momento es ahora», se decían unos a otros a modo de convencimiento. No había que ser muy listo para darse cuenta de que, en el verano de 1936, sus ansias emancipatorias descolocaba a un gobierno republicano completamente desbordado. Sus dirigentes tenían miedo, mucho miedo. Aterrados ante el estallido de una Revolución, edificaron unos muros de contención inservibles, incapaces de detener el torrente que llegaba en tromba desde los suburbios de la gran ciudad. ¿Quién se

atrevía a pararles los pies, a decirles que esperaran, que habría un momento más adelante para hacer la Revolución? Nadie. Al menos, por ahora. La República los necesitaba; eran la carne de cañón indispensable para frenar el avance del fascismo.

Los jóvenes libertarios lo tenían muy claro. Eran plenamente conscientes de quiénes eran y de dónde venían. Formaban parte de la gran familia de los desposeídos, aquellos que habían sido arrastrados a los confines de la ciudad para no ser vistos ni oídos, y que, cuando eran necesitados, interpelados con buenas palabras y promesas incumplidas, eran utilizados y luego desechados en beneficio de los patronos de turno. Por eso mismo, se sentían extranjeros al pasear por los bulevares floreados del centro de la ciudad. Apostados frente a los escaparates rebosantes de Paseo de Gracia, notaban como la rabia recorría su cuerpo al imaginar la vida fácil e inalcanzable de sus vecinos. Sin embargo, esa sensación cargada de rabia e impotencia no les impedía ver lo que sí tenían, eso que habían amasado con determinación y orgullo desde la infancia: conciencia de clase.

Sus padres, y en algunos casos ellos mismos, eran inmigrantes que habían llegado a la gran ciudad huyendo de zonas rurales empobrecidas, devastadas durante siglos por la misma infamia corrompida, inmune a los cambios. Habituados a aparecer en la prensa como delincuentes comunes, condenados tan solo por su condición humilde, se encontraron con una nueva realidad tras haber logrado frenar el Golpe de Estado.

Una vez anulado el estigma y tras alcanzar su primera gran victoria en el campo de batalla, se presentaban orgullosamente al mundo con sus nombres ultrajados y difamados. Nombres que hoy, como un alegato, pronunciaré contra el olvido: el castellonense Benjamín Escrich Aparici, natural de Chodos, domiciliado en el 2º 1ª del número 24 de la calle Anglesola, casado con Amparo Rodríguez Suñer; el valenciano José Lacarte Sánchez, residente en el 1º 2ª del número 153 de la calle Vilamarí, soltero; el adolescente Antonio Mañas García, domiciliado en los bajos del número 8 del Pasaje Caba. Quién sabe dónde acabaron sus vidas, pisoteadas por el olvido. Hoy, el eco de sus pasos aún resuenan en los cuartos humildes de sus descendientes, en Santa Coloma, en la Ciudad Satélite o en Carabanchel. Nada ha cambiado.

Dos días después de la partida de los primeros voluntarios al frente, se formó en homenaje a los jóvenes libertarios de Les Corts una segunda columna anarquista, esta vez exclusivamente compuesta por residentes del distrito. La unidad, llamada «Aguiluchos de Les Corts», partió hacia La Zaida el 27 de julio, integrándose poco después en la Columna Hilario-Zamora. De los cien soldados que la integraban, siete eran mujeres, entre ellas las hermanas Libertad y Armonía Castro Sanz. Nacidas en Capdesaso, un pueblo de la comarca de Los Monegros, se habían trasladado a Barcelona con sus padres, Juan y Ramona. Ahora volvían a sus raíces, a la tierra que les había arrebatado la posibilidad de vivir. Las acompañaba una vieja amiga, en gran parte responsable de su militancia, la joven y decidida Concha Pérez Collado.

Concha nació el 17 de octubre de 1915 en el seno de una familia de tradición libertaria. A principios del siglo XX, los Pérez Collado se habían establecido en la barriada obrera del Camp de la Creu, una estrecha porción de terreno sin apenas edificar que abarcaba el espacio entre la Riera de Magòria y el Convento de Loreto, de este a oeste, y entre la Travesera de Les Corts a la calle Gelabert, de norte a sur, justo en el extremo más oriental del antiguo pueblo de Les Corts de Sarrià, desde el 1897 anexionado a la ciudad de Barcelona por orden ministerial.

El padre de Concha, Juan Pérez Güell, había nacido en el número 29 de la calle Sant Miquel, en el corazón del barrio de la Barceloneta, mientras que su esposa, Lucila Collado Ballester, era natural de Cirat, un pequeño pueblo situado en un valle escarpado del Alto Mijares, en Valencia. Para establecerse en la barriada, habían echado mano de una intrincada red de apoyo que funcionaba desde principios de siglo entre los inmigrantes valencianos que residían en los suburbios obreros de Les Corts. De hecho, muchos vecinos del Camp de la Creu procedían específicamente de dos comarcas valencianas: el Canal de Navarrés y el Alto Mijares (las listas del padrón municipal de Barcelona de 1920, 1924 y 1930, así lo atestigua; en ellas aparecen con asiduidad pueblos como Chella, Bixar, Enguera, Millares, Fanzara, Navarrés o Bolbaite, todos ellos pertenecientes a ambas comarcas). Así pues, los vínculos forjados entre estos vecinos, más allá del parentesco, tenían un peso impor-

tante en lo patronímico, es decir, la valencianidad se convertía en un elemento importante de cohesión vecinal. Hay que tener en cuenta además, que, aparte de ser especialmente joven, este colectivo inmigrante estaba formado mayoritariamente por trabajadores no cualificados, lo que marcó a fuego su paso por el cambiante e impredecible mercado laboral de la Barcelona de principios de siglo. Pobres y desarraigados, tendieron a casarse entre sí, como consecuencia natural de socializar preferentemente en ambientes de mayoría valenciana y de clase obrera, como lo confirma el registro civil de la época.

Los Pérez Collado, sin embargo, eran una excepción en esta regla. Juan Pérez Güell no era valenciano. Tan solo su abuelo paterno, Antonio Pérez, a quien nunca conoció, era nacido en Villajoyosa, Alicante. Baldomero Pérez Bofarull, su padre, y María Ángeles Güell, su madre, eran naturales de Valls, Tarragona. Habían llegado a Barcelona en algún momento indeterminado de 1878, poco después de haberse casado. Una vez en la ciudad, se establecieron en el barrio de la Barceloneta, donde es probable que tuvieran algún tipo de contacto, aunque no he podido confirmarlo. Tanto Baldomero como María Ángeles provenían de familias de bajos recursos, por lo que es posible que su mudanza a Barcelona tuviera principalmente una motivación económica. Se instalaron en el primer piso del número 29 de la calle Sant Miquel, cerca de la iglesia de Sant Miquel del Port. Allí mismo nació Enrique, el primero de sus hijos, para luego, dos años más tarde, el 17 de noviembre de 1880, hacerlo Francisca, la segunda. El 2 de enero de 1883, tres años después, nacería Juan, el padre de Concha.

No sabemos con certeza a qué se dedicó Baldomero tras su llegada a Barcelona. Es posible que trabajara como estibador, realizando tareas ocasionales en el muelle, o que, al igual que su hijo Juan y más tarde su nieto José, se desempeñara como fundidor en la creciente industria metalúrgica. Lamentablemente, no contamos con información precisa al respecto. Sin embargo, es evidente que la situación de la familia no era buena. Vivían en un barrio complicado. La Barceloneta, en aquel entonces, era una zona precaria, con altos índices de desempleo y crecientes tasas de mortalidad. Los avances que había traído a la ciudad la organización de la Exposición

Universal de 1888, les habían pasado por alto. Los vecinos de la Barceloneta vivían aislados, lejos de las mejoras que se habían producido en el centro. Ante tanta adversidad, Baldomero decidió aceptar la invitación de su hermano José y trasladarse con su familia al entonces independiente pueblo de Sants. Se instalaron en una casa de planta baja en el número 37 de la calle Sant Feliu de Guíxols, no muy lejos del domicilio de su hermano, situado en el número 12 de la antigua calle de Magòria, hoy conocida como Miquel Bleach.

Sin embargo, a pesar de los extenuantes esfuerzos para mejorar la situación familiar, la desgracia seguía persiguiéndoles. Avanzado el año 1896, cuando parecía que las cosas comenzaban a asentarse, los Pérez Güell recibieron una carta del Ministerio de Guerra. Enrique, el primogénito, debía presentarse a filas. Baldomero y María Ángeles se vieron incapaces de evitar el reclutamiento forzoso de su hijo, quien fue trasladado con urgencia a la lejana isla de Cuba, donde la monarquía española se desgañitaba por mantener las últimas migajas del imperio.

Pocos meses después de su partida, la familia recibió un sobre en el que destacaba el pomposo membrete del Ministerio de Guerra. En la carta que encontraron en su interior, les comunicaban que el soldado Enrique Pérez Güell, integrante del Cuerpo de Infantería María Cristina, había muerto en La Habana el 12 de septiembre de 1897, la causa, decían, «vómitos sanguinolentos». En realidad, el jovencísimo Enrique había sido víctima, como tantos otros, de su condición social. La pobreza que arrastraban sus padres, y antes, sus abuelos, lo habían condenado a muerte, convirtiéndolo de la noche a la mañana en carne de cañón de un imperio en decadencia. Este hecho, la pérdida de Enrique, destrozó la frágil salud de Baldomero, colmándolo de rabia. A partir de entonces, se le vio frecuentando los tugurios más sórdidos del barrio de Atarazanas, metiéndose en líos, buscando cualquier excusa para pelearse y descargar su ira. Apareció en varias ocasiones en los anuncios publicados por el secretario del Juzgado del distrito de Hospital, acusado de desórdenes públicos y delitos de lesiones. No tardaría en ingresar en prisión.

Juan, con un padre ausente, se hizo mayor al amparo de su tío José. En Sants, siguiendo los pasos de su abuelo, estudió para

fundidor. Poco después, comenzó a trabajar en uno de los numerosos talleres metalúrgicos del barrio. En este contexto, contagiado por las reivindicaciones obreras, se integró en la lucha sindical. Juan estaba siendo atrapado por el torbellino de la Revolución. Asistía a mítines, repartía octavillas, frecuentaba las charlas de los agitadores anarquistas que propagan sus ideas por ateneos, cafés y terrazas de toda la ciudad. Siempre era el primero en sumarse a las huelgas. No tardó demasiado en hacerse piquetero, frecuentando el Ateneo Obrero y el Foment Republicà de Sants, donde estrechó lazos con otros militantes. Fue por entonces cuando conoció a Lucila Collado Ballester, hija de Sebastián Collado, un inmigrante valenciano establecido en el Camp de la Creu, no demasiado lejos de su casa.

El 16 de noviembre de 1907, Juan y Lucila se casaron en la parroquia de Santa María de Sants y se mudaron a la casa de los Pérez, ubicada en el número 37 de la calle Sant Feliu de Guíxols. Allí nació su primera hija, Anita. Posteriormente, la familia se trasladó al Camp de la Creu, tal vez con la intención de estar más cerca de los Collado Ballester, con quienes mantenían una estrecha relación. En las calles de la barriada se topaban a diario con amigos y familiares. Los suegros de Juan, Sebastián Collado y Concepción Ballester, vivían en la calle Montnegre, mientras que una de las cuñadas, María Collado Ballester, lo hacía en el número 33 de la calle Gelabert de Coscoll, hoy calle Deu i Mata. Librada, otra de las hermanas de Lucila, se mudó con Juan y Anita, quienes se habían instalado a unos pasos de la familia, en los bajos del número 1 del Pasaje Roca. No mucho tiempo después, tras la muerte repentina de Lucila, enferma de tuberculosis, Juan se unió a la joven Librada, quien, a partir de entonces, se convirtió en la madre de los hijos que vendrían.

El Camp de la Creu era un barrio obrero fundado en los alrededores del complejo industrial del este de Les Corts. Años atrás, fábricas como Can Batlló y la industria química El Vidriol, habían promovido el asentamiento en esta zona aislada, apenas sin urbanizar, con el objeto de satisfacer la demanda de viviendas de sus trabajadores. La sensación de abandono obsesionó a sus vecinos desde el primer momento. A modo de ejemplo, el 9 de abril de 1904, en una

nota aparecida en *La Veu de Catalunya*, vemos expuesto este desamparo:

> ... los vecinos de la barriada del Camp de la Creu se quejan del abandono en el que los tiene el Ayuntamiento, ya que se hayan totalmente aislados de Barcelona, [...] especialmente es así cuando caen cuatro gotas y se ven obligados a llegar a casa con barro hasta las rodillas.

Un año después, los vecinos continuaban movilizándose para mejorar las condiciones de vida en el barrio. En esta ocasión exigían la instalación del alumbrado público, ausente en la mayor parte de los nuevos asentamientos, ya que cuando anochecía «se veían obligados a caminar en la oscuridad». Las quejas no se detuvieron ahí, continuaron a lo largo de los años venideros.

Durante esta época de acentuada crispación política, imaginamos a un Juan comprometido con la causa obrera. Es probable que frecuentara la Asociación Instructiva Obrera de la calle Morales, así como el Ateneo Republicano del Distrito VII, ubicado en el número 48 de la carretera de Sarrià. Era un rebelde, un activista desacomplejado que ansiaba erradicar de un plomazo cualquier atisbo de sumisión y servilismo. En él había ido creciendo la semilla de una nueva emancipación, una simiente capaz de derrumbar muros y mover montañas.

Juan tenía en su interior, como diría Alejandro Lerroux, «el pensamiento que ilumina y la voluntad que crea», ese espíritu que no se detenía ante sepulcros, ni altares, que, por mucho que lo hostigasen, no se arrodillaba ante nadie. Ese aliento que, si se lo proponía, era capaz de hacer saltar todo por los aires.

Juan no hacía ascos a la violencia, no le temblaba el pulso si tenía que enfrentarse al enemigo; si lo requería la situación, utilizaba puños, porras y pólvora.

En el verano de 1909, Juan vivió en carne propia su primera experiencia revolucionaria. No fue un mero testigo. Participó activamente en el particular asalto a los cielos de unas clases populares descontentas. Al igual que muchos vecinos del Camp de la Creu,

salió a la calle para abolir los privilegios de unas clases dominantes que, ellos creían, ancladas en el pasado. Se puede decir que Juan era ya, en ese momento, un exponente del nuevo anarquismo revolucionario, aún embrionario.

La chispa que prendió la ira de las clases populares ese verano de 1909 fue el decreto de movilización forzosa firmada el 10 de julio por el gobierno de Antonio Maura. La orden, que incluía el llamado a los reservistas de los cupos de 1902 a 1907, fue muy mal recibida por las barriadas obreras, quienes veían como las clases dominantes volvían a librarse del reclutamiento mediante la redención en metálico. Juan, con el recuerdo aún fresco de la muerte de su hermano Enrique, se sumó a las movilizaciones que recorrían aún tímidamente la ciudad: concentración en Canaletas y en el Puerto, manifestación en el Paralelo, etc. La mañana del 26 de julio, tras varios días de enfrentamientos contra las Fuerzas del Orden Público, Solidaridad Obrera, organización mayoritaria entre los trabajadores, convocó una huelga general en protesta en contra de la guerra y las detenciones masivas. El gobierno no tardó en reaccionar y declaró el Estado de Guerra. La crispación se disparaba sin freno.

En la madrugada del lunes 26 de julio, los obreros paralizaron las fábricas y salieron en procesión hacia el centro de la ciudad, exigiendo el retorno de los reservistas. Grupos de piqueteros hicieron su cometido y detuvieron por completo la actividad. A lo largo del día, los enfrentamientos iban en aumento. Se producían asaltos y saqueos indiscriminados a los comercios que se resistían a detener la actividad. En la Diagonal y el Paralelo se produjeron los primeros choques entre manifestantes y las Fuerzas del Orden y comenzaron a escucharse los primeros disparos. A última hora de la tarde, tras una escalada de violencia desproporcionada, la autoridad militar tomó los mandos de la situación. Comenzaron entonces a escucharse las descargas de fusilería y los cañonazos de la infantería. La multitud se defendía incendiando tranvías y cortando la circulación.

Al día siguiente, la huelga persistía. La ciudad estaba tomada por el Ejército y la Guardia Civil. En el Poble Nou, un grupo de manifestantes prendían fuego a una escuela de padres maristas; en Gràcia,

se levantaban barricadas, los manifestantes, parapetados tras las lombardas, respondían con armas de fuego a los disparos de los fusileros; y en el barrio del Clot, incendiaban la estación de tranvías. Con el paso de las horas, se sucedían, uno tras otro, incendios por toda la ciudad: el colegio de los Escolapios en la calle Sant Antoni Abad, el convento de las Jerónimas, etcétera. Fue durante la noche cuando ocurrió lo peor; a lo largo de más de diez horas, decenas de edificios religiosos fueron saqueados. Lo que en un principio parecía una simple movilización antibelicista se había convertido en una revuelta anticlerical espontánea y multitudinaria. La mayoría de los asaltantes eran jóvenes, tampoco faltaban las mujeres y los niños.

Durante esa misma noche, vecinos de las barriadas obreras de Les Corts asaltaron y luego incendiaron el Colegio de Nuestra Señora de Loreto, el edificio religioso más cercano al Camp de la Creu, apenas a unos metros de la calle Gelabert. No fue el único, seguidamente prendieron fuego al Convento de las Carmelitas Calzadas, sito en el número 59 de la calle Deu i Mata. Entre los asaltantes se encontraba la valenciana Vicenta Tena Ferrando, natural de Albocàsser, de 47 años, basurera de profesión y domiciliada en el número 20 de la calle Gelabert. La acompañaba el jovencísimo José Cañameras Balasch, de 13 años, vecino de los bajos del número 28 de la misma calle. Tras ellos también iban la valenciana María Palazón Sánchez, de 25 años, domiciliada en la calle Morales, y los hermanos Salvador y Agustín Santamaria Llanas, de 16 y 13 años, respectivamente, residentes en los bajos del número 7 de la calle de los Ángeles, hoy Constanza.

La comitiva no se detuvo ahí; el siguiente objetivo de los asaltantes fue el Asil del Bon Consell, un recinto religioso gestionado por monjas dominicas francesas, ubicado en el número 11 de la calle Joaquín Molist. Entre los perpetradores de este último asalto, se encontraban un padre y un hijo naturales de Ludiente, Castellón. Se trataba de Manuel Chiva Negre y Manuel Chiva Bou, residentes en el número 7 de la calle Montnegre. Es interesante destacar que el 18% del total de los detenidos en Barcelona por lo acontecido en la conocida como Semana Trágica eran de origen valenciano, la mayoría de la provincia de Castellón.

Un mes más tarde, el 8 de septiembre de 1909, apareció un artículo en *La Veu de Catalunya* tratando de esclarecer lo sucedido en el distrito de Les Corts. Lo firmaba un tal «P. Q.». En la crónica se reproducían todos los prejuicios clasistas y xenófobos reproducidos anteriormente en la prensa de los años treinta. La estigmatización, pues, venía de lejos:

> [...] Se ha dicho que la inmensa mayoría de la turba que asaltó conventos e iglesias quemándolo todo no era nacida en Cataluña. El que escribe, por un deber secretísimo, tuvo que desplazarse todos los días de aquella Semana Trágica, de la plaza de Cataluña a Les Corts de Sarrià. Por fuerza y desgraciadamente, tuvo que presenciar la quema de los conventos, quemados cuatro y cinco veces algunos de ellos, desde el de las Concepcionistas, por el lado izquierda del Ensanche, hasta el de Loreto. Me vi obligado diferentes veces a mezclarme con las turbas incendiarias. Escuché su lenguaje zafio, asqueroso y brutal. Sus gritos de revuelta y vivas a la República, sinónimo de exterminio y anarquía para muchos.
>
> Hoy confieso con la mano en el corazón que entre aquella turba no había gente bien vestida, los jóvenes elegantes no alcanzaban ni un tres por ciento del total. Había un grupo de trabajadores con vestimenta exótica, típica del trabajador barcelonés, con sombreros anchos, algunos, y todos con blusas cortas, ceñidas al cuerpo, este tipo de gente suponían un veinte por ciento. Se veía también un enjambre de gente indómita, de aire patibulario, vestida con desconcierto, hombres de ademán agresivo y decidido, estos llegaban al veinticinco por ciento. También había un puñado de niños espigados, vestidos como vagabundos, que suponían otro veinte por ciento. Tampoco faltaba un número de más de un quince por ciento de menestrales de ánimo caliente y resuelto, que gritaban posesos contra las monjas y los frailes. Y las mujeres, aunque parezca imposible, también se veían entre los asaltantes, atrevidas y valientes, renegando, maldiciendo y animando a los hombres a la destrucción y el robo.
>
> Así, pues, entre aquella multitud abigarrada de incendiarios, fueron más los que oí blasfemar y atizar los espíritus que no eran catalanes.

No podemos confirmar si Juan participó en los asaltos a los conventos, aunque es muy probable que así fuera. Tampoco sabemos con certeza si fue detenido. Sin embargo, lo que sí podemos certificar es que la represión que siguió a la Semana Trágica se hizo notar en la toda barriada del Camp de la Creu. Decenas de sus vecinos fueron interrogados y luego encarcelados, los sindicatos clausurados y prohibidos sus órganos de prensa. Manuel Chiva Negre y su hijo, por ejemplo, fueron condenados a diez años y un día de cárcel, así como Vicenta Tena Ferrando y María Palazón.

Puede que Juan encajara en esa descripción prejuiciosa, puede que su aspecto y sus modales se ajustaran a los de esos hombres patibularios que había descrito el periodista con despiadada inquina. Pero, es probable también que esa visión fuera solamente fruto del miedo, que surgiera como una necesidad para dar respuesta a lo incomprensible, a lo que escapaba de su encorsetado entendimiento. Señalando al diferente, al humilde, al extranjero, como el responsable de los males que azotaban a la sociedad, se redimían ellos mismos, evitando preguntarse por qué sucedía todo eso, por qué, de un día para otro, las gentes marginales tenían la osadía de retarlos, y no solo a ellos, sino también a su visión del mundo.

Juan, como la mayoría de sus vecinos, formaba parte de ese grupo estigmatizado, condenado al destierro y la culpa, que, según sus adversarios políticos, pululaba como zombis por los bajos fondos de la gran ciudad. Tipos, cuya simple existencia era un estorbo, un problema que debía ser resuelto con disciplina y mano dura. Aunque, en realidad —y esto era lo que no querían ver sus adversarios—, Juan y los suyos eran mucho más que eso, formaban parte de un mundo nuevo que osaba poner en duda lo que hasta entonces parecía inquebrantable, un mundo imposible donde la propiedad privada dejaba de ser esa verdad incuestionable que nadie se atrevía a poner en duda. Y ahí, precisamente, en esa actitud, radicaba su verdadero peligro.

Entre los desheredados y los propietarios existía una barrera insalvable. Tenían dos mentalidades distintas, dos voluntades opuestas, dos formas de pensar adversas tan profundas que era inviable un entendimiento. El abismo les separaba. Juan y los suyos estaban en guerra, en una guerra social que se lidiaba a diario y en todas partes.

Por eso, acorralados por las injusticias, los desposeídos comenzaban a entender que solo alcanzarían su liberación expulsando a sus explotadores de los órganos de poder. Luego, sobre las ruinas de ese mundo antiguo, construirían uno nuevo. Ante esta voluntad pública y notoria, los amos de los medios de producción, conscientes del peligro que se avecinaba, se aferraron aún más si cabe a sus privilegios, haciendo todo lo posible para que nada cambiara.

Sumergidos en este contexto de lucha y persecución, el 12 de abril de 1912, nacería el segundo hijo de Juan y primero de Librada. Lo llamaron José, el único varón de la familia. Luego llegarían Luisa y Engracia, aunque ambas, debido a enfermedades repentinas, morirían poco después, engrosando las cifras de la elevada mortalidad infantil en la barriada.

Luego, el 23 de mayo de 1914, nació Concha. Desde el principio, enfrentó un cúmulo de adversidades que se amontonaban una tras otra a sus espaldas: la falta de alimentos, la escasa y esporádica escolarización, el desprecio del casero, la humillación de las señoritas de turno. Creció ante la ausencia de un padre militante y una madre pluriempleada. Pero, no todo fueron desgracias, también se topó con referentes que le mostraron el camino. Mujeres resilientes que alzaban la voz pese a los desafíos que se enfrentaban a diario, que se sobreponían a los desplantes de los patronos con determinación y orgullo. Aprendió, sobre todo, de la solidaridad del barrio, de la generosidad de sus vecinos, siempre dispuestos a echar una mano a cambio de nada.

La huelga de 1919, la famosa Huelga de la Canadiense, supuso un halo de esperanza para la clase obrera y una victoria inapelable de la CNT. Tras lograr la readmisión de los obreros despedidos y conseguir la liberación de miles de detenidos durante el tiempo que duraron los paros, el sindicato logró que se implantara la jornada laboral de ocho horas. Los patronos, ardidos por la derrota, comenzaron a preparar su revancha. Juan vivió gran parte de esta época entre el paro y la clandestinidad. Retenido en la cárcel Modelo en repetidas ocasiones, compaginaba su militancia con trabajos esporádicos mal pagados que no satisfacían las necesidades esenciales de una familia numerosa. Por eso, ante las ausencias prolongadas de su esposo, Librada asumió sin reproches la responsabilidad de sostener a la fa-

milia. No obstante, nunca fue suficiente. Las circunstancias obligaron a los hijos pequeños a abandonar los estudios, algo que condicionó el resto de su vida. Sin embargo, a pesar de todo, Concha recordó haber tenido una infancia feliz:

> Tuve una infancia feliz. Jugaba en la calle con los niños del barrio e iba a la escuela cuando había dinero para pagarla. De todos modos, hay que decir que nunca fui una gran estudiante, pero sí amante de la cultura. He vivido casi siempre entre anarquistas. Mi padre era militante de la CNT desde la época de la dictadura de Primo de Rivera. En casa solíamos acoger a compañeros huidos, eran tiempos de la Ley de Fugas, lo que significa que los soltaban para ametrallarlos por la espalda. Vivíamos en un piso muy pequeño del barrio de Les Corts [Pasaje Roca, 1, bajos]. Recuerdo cómo mi hermano y yo espiábamos las conversaciones que tenían lugar al otro lado del ventanuco que separaba el comedor con el dormitorio, «que si han detenido a éste, que si el otro se ha escapado». Teníamos mucho miedo. De tanto en tanto venía la policía a hacer algún registro y aprovechaba para llevarse a mi padre. Media infancia transcurrió yendo a verlo a la Cárcel Modelo.

Concha apenas retuvo imágenes de su padre Juan, ausente la mayor parte del tiempo. En contraposición recordó con especial nitidez los grandes sacrificios que asumió su madre para sacar adelante a la familia: sus horas extras en la fábrica, su obstinada dedicación para cuidar a los suyos, sus esfuerzos titánicos, rozando muchas veces el desfallecimiento, para que ninguno de sus hijos se fuera a la cama sin llevarse algo a la boca. No podía decir lo mismo de Juan o su hermano José, dedicados casi exclusivamente a la militancia política, ausentes la mayor parte del tiempo.

No sólo Librada, también las otras mujeres de la barriada fueron partícipes de la crianza de los Pérez Collado. Lo fueron la murciana Ana María Muñoz López, vecina puerta con puerta del Pasaje Roca, o Rita Corrons Seuva, la madre de Antonia, Pompeyo y Esteban Rosquellas, residentes en los bajos del número 2 del pasaje, o las hermanas Asunción y Leonor Collado Badal, residentes en el número 4.

Existe un episodio extraño, difícil de explicar, registrado en el Padrón Municipal de 1924 de la ciudad de Barcelona, donde

Concha, José y sus hermanos menores aparecen residiendo en el poblado de barracas conocido como Grupo de Magòria, lejos de sus padres y su hermana mayor Anita, quienes, según consta en el censo, seguían domiciliados en el número 1 del Pasaje Roca, en la barriada del Camp de la Creu. ¿Por qué, qué había pasado? ¿Por qué los más pequeños residían lejos de sus padres? ¿Quién los cuidaba? En el año 1928, en el marco de la campaña que pretendía higienizar la ciudad, el Ayuntamiento ordenó el derribo inmediato de las barracas situadas entre las calles Rocafort y Entenza, próximas al Matadero Municipal, y las del Grupo de Magòria, situadas en la falda de la montaña de Montjuïc. Dos años después, en el padrón de 1930, encontramos de nuevo a toda la familia residiendo en los bajos del número 1 del Pasaje Roca.

Aunque tenían su casa en el Camp de la Creu, Concha y sus hermanos pasaban la mayor parte del tiempo libre en la vecina Colonia Castells. Erigida como el espacio de socialización y contención comunitaria por antonomasia de Les Corts, donde, según atestigua el recuerdo de sus vecinos, no había niño que no recibiera el apoyo y el cariño de sus mayores, fueran familiares de sangre o no, se convirtió en el hogar de los Pérez Collado.

Desde muy joven, Concha fue consciente de esta generosidad primigenia, adoptándola como propia, haciéndola suya. Soledad González, una de sus compañeras de juego, recordaría esa solidaridad años más tarde: «... toda la colonia [la Castells] era una, éramos una gran familia».

La Colonia Castells había sido el resultado de la iniciativa de un promotor inmobiliario, el valenciano Vicente J. Fenollosa, quien, aunque residente en Hostafranchs, tenía contactos con varias familias de propietarios de Les Corts. En realidad, Fenollosa actuaba a instancias de Maria Barnola, viuda del empresario Manuel Castells, y heredera, junto a su hija Dolors, de los terrenos donde debía construirse el complejo. El arquitecto encargado de diseñar la iniciativa, Josep Capdevila, había proyectado una serie de viviendas adosadas de una sola planta que, separadas por tres pasajes paralelos de cien metros de largo y dos y medio de ancho, abarcaban un espacio hoy delimitado por las calles Entenza, Ecuador, Montnegre y Taquígraf Serra. Lo que en un principio parecía concebido para satisfacer la

acuciante demanda habitacional de la clase trabajadora de la zona, se convirtió en un gran pelotazo inmobiliario que acabó por reducir el espacio destinado a cada inquilino, estableciendo una densidad poblacional de setecientos vecinos por hectárea, lo que acabó acarreando graves problemas de hacinamiento y salubridad. No era extraño de ver a dos, o a veces, tres familias, con o sin parentescos, conviviendo en el mismo espacio habitacional, un espacio, recordémoslo, que no superaba los 27 m². Sin embargo, los vecinos nunca se vinieron abajo, hicieron todo lo que estuvo en sus manos para mantener limpia y cuidada la Colonia. Conscientes de que las brigadas de limpieza del Ayuntamiento no se personarían, se organizaban para mantener limpios los espacios comunes, otorgándole dignidad y ganándose el respeto del resto de las barriadas. Sara Berenguer, amiga de Concha que, como ella, solía visitar la Colonia, recordaría años más tarde en *Entre el sol y la tormenta*, que los jardines de la Castells, regados diariamente por sus vecinos, «exhalaban el perfume de las flores y plantas que adornaban sus patios». En ojos de sus vecinos, la Colonia Castells estaba lejos de ser ese centro irradiador de maldad y delincuencia que describía a diario la prensa burguesa de la ciudad.

Tal y como señala Marc Dalmau i Torvà en su valioso estudio *L'expropiació de la ciutat popular*, en el Padrón Municipal de Barcelona de 1930, cuando Concha apenas contaba con catorce años, el 80% de los trabajadores de la Castells eran empleados no cualificados. Al mismo tiempo, y casi como consecuencia, la colonia se mostraba como una comunidad que recibía generosamente a los recién llegados, incorporándolos al entramado comunitario y haciéndoles partícipes de sus logros y aspiraciones, convirtiéndolos casi inmediatamente en su propia familia. La mujer jugaba un papel decisivo en el desarrollo de este proceso. Fueron ellas las que tejieron la identidad de grupo y fortalecieron los grados de parentesco de los recién llegados.

Un ejemplo de este importante rol jugado por las mujeres de la colonia, lo encontramos el 19 de septiembre de 1931 en la *Soli*:

> Un grupo de mujeres de la Colonia Castells, domiciliada en el Pasaje María, de la barriada de Las Corts, ha visitado nuestra redac-

ción para protestar por los abusos del propietario de dicha Colonia [puede que se trate de Maria Barnola y Maria Castells, propietarias mayoritarias del pasaje], que es un grupo de casas caras y malas a más no poder.

Dicho propietario, desde hace mucho tiempo, tiene a los vecinos que explota completamente abandonados. Con todo y pagarle, las casas carecen de agua; los retretes, con grave peligro para la salud pública, no funcionan, y está la Colonia tan abandonada, que estos días de lluvia era menester salir de las casas con agua y lodo hasta los tobillos.

El señor Anguera de Sojo [quien desempeñó el cargo de gobernador civil de la provincia de Barcelona entre agosto de 1931 y enero de 1932], paternal protector de los caseros, podría decirnos si no sería lógico que los vecinos de la Colonia Castells se negaran a pagar, no el sesenta por ciento, sino el ciento por ciento de los alquileres.

Pero como el gobernador es incapaz de hacer justicia, cuando se trata de la sacrosanta propiedad, a ruego del grupo de mujeres que ha visitado nuestra redacción, invitamos al alcalde de Barcelona a que haga una visita por el funcionariado de la Higiene Urbana. La salud y la dignidad de los vecinos de la Colonia Castells lo exige.

Al mismo tiempo, los cabezas de familia de este proletariado migrante, predominantemente joven, se afiliaban en masa a los sindicatos anarquistas, otorgando a la comunidad un carácter eminentemente militante. Así pues, la militancia de Concha surgió en este contexto politizado. Ella misma lo situó en abril de 1931, tras la proclamación la II República:

Mi bautismo como militante tuvo lugar durante la proclamación de la II República. Aquel 14 de abril estaba trabajando en un taller de artes gráficas en la calle París cuando de repente empecé a oír jaleo: era una manifestación. Venían cantando *La Marsellesa* e *Hijos del pueblo*. Abandoné el trabajo y bajé corriendo las escaleras que conducían a la calle. Escuché los gritos de «¡A la cárcel! ¡Vamos a abrir las puertas de la cárcel!»

Fue durante ese mes de abril rebosante de esperanzas, cuando Concha ingresó como delegada en el comité de Artes Gráficas de la CNT. Fueron sus compañeros, impresionados por sus dotes de lide-

razgo, quienes la escogieron como representante, convirtiéndose en la única mujer que participara asiduamente en las reuniones. Meses después, se afilió a la Federación Anarquista Ibérica (FAI), organización que en el seno de la CNT defendía posturas más radicales, abiertamente revolucionarias.

Tras la implantación de la II República, se desató la fiebre de escuelas racionalistas y ateneos libertarios por toda la ciudad: Sol y Vida en la barriada del Clot, el Ateneo Racionalista en La Torrassa, el Racionalista de Gràcia, el Amor y Paz de Santa Eulàlia o el Ateneo Cultural de Defensa Obrera en las casas baratas de Can Tunis. Los jóvenes anarquistas fueron la base y el brazo ejecutor de esta campaña de proliferación de la educación libertaria y popular. Los contamos por miles, eran la militancia hegemónica entre la clase obrera de la ciudad. No nos equivocamos si decimos que las barriadas obreras estaban en sus manos. Y buena parte de la culpa, la tenían los ateneos. Desde sus sedes, se difundían los ideales anarquistas e instruían a los futuros militantes. Los jóvenes formados al calor de estos centros irrigadores de cultura y ocio, se veían a sí mismos como los protagonistas de una Revolución en ciernes, a punto de estallar.

Concha Pérez, a los dieciséis años y acompañada de varios colegas de la barriada, espoleados por el entusiasmo generado por la recién proclamada II República, comenzaron a militar en el movimiento libertario, quedando vinculados desde el primer momento al Ateneo Faros. Allí pasaron buena parte de su juventud, asistiendo a charlas, participando en debates y tertulias literarias, formándose en la lectura de pensadores anarquistas. La propia Concha lo recordaría años más tarde:

> Leíamos los libros de Kropotkin, de Malatesta, pero también de algunos socialistas, leíamos piezas y luego las comentábamos, decíamos lo que nos parecía de esa idea o de aquella otra, todos daban su opinión. Recuerdo nos reuníamos dos veces por semana.

Acompañada de otros militantes de la FAI, algunos de ellos compañeros del Sindicato de Artes Gráficas de la CNT, participó en la fundación del grupo de acción anarquista «Sacco y Vanzetti». El

grupo alcanzó un gran éxito desde el principio, lo que los llevó a crear otros tres más: «Siempre Adelante», «Inquietud» y «Los Prácticos». En poco tiempo, actuaban en la ciudad quince grupos de acción, convertidos, a partir de entonces, en el brazo armado de la causa anarquista.

Así llegamos a 1933, momento en que Concha y sus compañeros participaron en la insurrección anarquista que estalló a principios de enero, la segunda de las grandes revueltas revolucionarias lideradas por la CNT en la España republicana. Encabezada, entre otros, por el líder anarquista Juan García Oliver, quien en las semanas previas había estado en el Ateneo Faros instruyendo a los jóvenes de la Castells en la teoría y práctica de la «gimnasia revolucionaria», acabó siendo un rotundo fracaso, terminando la mayoría de sus protagonistas en los calabozos de la Jefatura General de Policía de Vía Layetana.

A pesar de no alcanzar el éxito deseado, esa intentona revolucionaria acabó por despertar el alma combativa de los jóvenes del Ateneo Faros, quienes se habían contagiado del espíritu que había teñido las jornadas de lucha. Los jóvenes libertarios de Les Corts, a pesar de los embites sufridos, y tal vez gracias a ellos, estaban dando pasos agigantados en el arriesgado y excitante mundo de la militancia política. Agrupados en formaciones compactas, sin apenas conexión entre sí, ligados en todo momento al Comité de Defensa de Les Corts, se dejaron llevar por un instinto combativo que nunca más abandonarían.

El azote de la represión gubernamental que, tras el levantamiento de enero de 1933, se había desatado por todo el Estado, no amilanó a los jóvenes revolucionarios, quienes afianzaron aún más su lucha.

A finales de año, coincidiendo con una huelga en el puerto de Barcelona que acabaría en paro general, Concha y sus compañeros acudieron al muelle para obligar al dueño de una empresa de carga y descarga a, como ellos decían, «bajar la persiana». Tras consumar su objetivo, apenas una hora más tarde, la policía hizo acto de presencia. Comparecidos tras la llamada urgente de un socio del patrón, se aproximaban con los fustes en alto en tono amenazante. El grupo de piqueteros los miraba desafiantes, dispuestos a entrar en

combate. Los disparos al aire les quitaron las ganas. Los agentes les superaban en número y armas.

Uno de los concentrados, Rafael Arnau Martínez, un joven anarquista de la Colonia Castells, temiendo quizás a ser cacheado y que, por ello, le encontraran el arma que llevaba escondida, decidió entregársela a su compañera Concha, asumiendo que, simplemente por ser mujer, no la molestarían. Desafortunadamente, el presagio no se cumplió. Los agentes detuvieron a Concha y la cachearon con suma arrogancia, encontrando la pistola que ocultaba en su regazo. Por este hecho, acusada de tenencia ilícita de armas, la joven militante pasó cinco meses en la cárcel de mujeres de Reina Amalia, lo que acabó reportándole experiencia y un enorme prestigio entre sus compañeros.

Aparte de los antes mencionados Rafael y Concha, ese grupo de piqueteros estaba integrado por otros siete militantes anarquistas, todos ellos residentes en Les Corts: Oliverio García Martínez, Juan Anadón Acer, José Pérez Collado, los hermanos Granero, Vicente y José, y los Chillarón, Francisco y Josefa. Meses más tarde, una vez alcanzada la libertad gracias a la mediación del abogado anarquista Ángel Samblancat, las acciones del grupo se radicalizaron, declarándole la guerra a los patronos y a las Fuerzas del Orden.

Durante la combativa Huelga de Transportes, movilización que se prolongaría hasta bien entrado el 1934, los acontecimientos se agravaron todavía más, contando varias decenas de muertos a causa de los enfrentamientos. Los jóvenes revolucionarios de Les Corts, unidos por una afinidad inquebrantable y deseosos de entrar en acción, participaron en varios de los sabotajes que sufrían a diario las empresas del ramo. Convertidos en la fuerza que debía renovar y regenerar una militancia anquilosada y mitigada por la represión del Estado, los jóvenes de las barriadas obreras asumieron el liderazgo de las acciones, asumiendo sin reparos el uso de la fuerza. En voz del juez estadounidense Benjamin Lindsey, contemporáneo de los hechos, la juventud del periodo de entreguerras estaba acuñando la violencia como su principal estandarte:

> Antaño, la juventud apuntaba con su fusil de juguete, pero hoy lo hace con un fusil de veras y cargado. No os hagáis ilusiones, esta

> rebelión de la juventud actual es distinta de las otras; es la primera de su clase y cuenta con medios para imponer su voluntad.

El viernes 16 de febrero de 1934, el mismo día en que el semanario anarquista *Tierra y Libertad* publicaba un llamado del Ateneo Faros invitando a toda la juventud revolucionaria a actuar sin miramientos contra la amenaza fascista —«... no divaguemos más, actuemos, y actuemos tirando a la cabeza; con los fascistas no debe haber compasión»—, varios de los miembros más destacados del movimiento, la mayoría vecinos de Les Corts, se adelantaron a lo anunciado y entraron en acción en contra de la patronal del Ramo de Transportes. Fue en el cruce entre la calle Marina y la Gran Vía, cuando un grupo de jóvenes militantes trataron de prender fuego al tranvía número 56. En el momento en que se disponían a desalojar por la fuerza el vehículo, se toparon en su interior con dos policías de paisano, quienes, sin pensarlo dos veces, abrieron fuego de inmediato. En el tiroteo resultaron heridos José Granero, Juan Anadón y Rafael Arnau, quedando este último inconsciente en el suelo. En la huida fueron trasladados por sus compañeros a un piso franco de la calle París, donde les esperaba un médico al que solían acudir en casos de extrema necesidad. Rafael Arnau falleció sobre la mesa de operaciones. Los miembros del grupo ahí presentes, ante el temor de ser descubiertos, decidieron deshacerse del cadáver. Dos días después, *El Diluvio* anunciaba el hallazgo de un cuerpo calcinado en una zanja próxima al manicomio de Sant Andreu:

> Cerca de las siete de la mañana de ayer, varios transeúntes descubrieron en la carretera de can Gomis, en San Andrés, cerca del edificio del manicomio y junto a la cuneta correspondiente a su parte izquierda, el cadáver de un joven. Se hallaba envuelto en una manta y aparecía medio quemado desde el cuello a las rodillas. El muerto había sido trasladado allí, según se supone, en un taxi y luego lo rociaron con un líquido inflamable, prendiéndole fuego. Se trata de un joven que vestía pantalón a raya negras y blancas, llevaba puesto un abrigo marrón y alpargatas negras. El cadáver presenta el pelo quemado, pero deja ver que era rizado y negro.

El juez de guardia se personó en el lugar de los hechos y ordenó el levantamiento del cadáver y su posterior traslado al depósito judicial del Hospital Clínico. Desde el primer momento, la policía sospechó de que se trataba del joven que había resultado gravemente herido en el acto de sabotaje del tranvía 56. Los agentes señalaron que los autores habían tratado de hacer desaparecer el cadáver prendiéndole fuego, «por lo que lo trasladaron a la carretera de San Andrés, donde fue hallado». Debido a que la cara y las manos del joven no habían sufrido quemaduras de importancia, presumieron ante la prensa que podrían identificarlo sin problemas «en pocos días». No fue así. Tras varias jornadas fracasando en el intento, el día 23 de febrero, siete días después del hallazgo del cadáver, una mujer que respondía al nombre de Ángela García Torelli, de 32 años, se presentó en el Juzgado número 14 alegando que tenía información para identificar al difunto. Explicó ante la autoridad que había perdido a su esposo cinco meses atrás y que, para cumplir con el casero, se había visto obligada a alquilar una de las habitaciones del apartamento. Había puesto un anuncio en un diario local, y al poco tiempo se había personado un joven que dijo llamarse Rafael Arnau, de veintidós años. Había manifestado que era ebanista y que sólo deseaba ocupar la habitación para dormir, pues comía en una casa próxima al lugar donde trabajaba, en el barrio de Sants. Según le había explicado el propio Rafael, acababa de dejar una habitación en la calle Radas. En palabras de Ángela, el citado joven era «poco comunicativo, no llamaba especialmente la atención, tenía una rutina muy convencional, salía por la mañana a la hora de ir a trabajar y regresaba a dormir por la noche».

El último jueves, Rafael se había retirado a su cuarto más temprano de lo habitual y había pedido a Ángela que lo despertase a las tres y media de la madrugada, pues tenía que marchar a Terrassa para terminar unos trabajos, advirtiéndole que no se preocupara por si no regresaba el viernes por la noche, pues si sucedía tal cosa significaba que el trabajo no se había terminado. Desde aquel día, Ángela ya no supo más de su inquilino hasta que leyó en el periódico el llamamiento del juez. Ante las descripciones de los diarios y cediendo a los ruegos reiterados de varios de sus vecinos, se presentó en el juz-

gado. Fue entonces, cuando el magistrado, antes de mostrarle los efectos y las fotografías del difunto, solicitó a la testigo que le describiese cómo iba vestido Rafael en el momento de abandonar el domicilio. Ángela enumeró, una tras otra, las prendas que llevaba encima el cadáver. Ante su respuesta, el juez le mostró la fotografía, y al verla, reconoció la ropa de inmediato. Seguido, le pidió que diese algunos detalles más acerca de la vida de Rafael, a lo que ella manifestó que era «valenciano, retraído, no demasiado comunicativo, y que se pasaba las noches leyendo en su habitación». Entre sus libros recordaba el título de uno de ellos, uno que le llamó especialmente la atención, se trataba de *Siete domingos rojos*, de Ramón J. Sender, novela que narraba la historia de una huelga convocada como respuesta a la muerte de tres obreros en un altercado con la policía. Nada era casual.

Con la identidad del sospechoso en el bolsillo, la policía buscó su historial en los archivos de la Jefatura de Policía. Así fue como dieron con el rastro dejado por Rafael Arnau Martínez. Había nacido el día 22 de agosto de 1911 en Biar, un pueblecito de Alicante. Según informaban los atestados policiales, había sido detenido con anterioridad, concretamente el 26 de abril del año anterior, en el contexto de la famosa huelga de ebanistas; la razón, haber coaccionado y amenazado a los obreros de la empresa Aplicaciones y Accesorios Industriales, S.A., situada en el número 181 de la calle París. Según constaba en la ficha policial, Rafael había vivido durante un tiempo en esa calle, justo en frente de su lugar de trabajo, para poco después trasladarse a la calle Radas, en el Poble Sec. Concluía que había sido socio de un ateneo libertario, no concretando cuál, aunque sabemos que se trataba del Ateneo Faros.

No sólo Ángela, también su madre declaró ante el juzgado, aportando información muy valiosa. Explicó que pocos minutos antes de que se presentase la policía, tres individuos desconocidos se habían personado en su domicilio. Sin mediar palabra, entraron en su habitación y recogieron una maleta que contenía ropa y documentos de Rafael. La mujer se extrañó de la actitud de los intrusos, quienes le indicaron que no tenía nada que temer, que tan solo venían a recoger las pertenencias de su amigo, y que, si ponía inconvenientes y no se las daba por las buenas, se las llevarían por las malas.

Un día más tarde, tras percatarse de la información que aparecía en la prensa, Melchor Solanes, propietario de una ebanistería situada en el número 22 de la calle Riego, se presentó en el juzgado para certificar que Rafael Arnau había sido su empleado hasta el día previo a su desaparición. Testificó que, en alguna ocasión, había sido arrestado por coacciones, pero recalcó también que era un buen trabajador. Ángela Arnau, tía de Rafael, hizo lo propio, afirmando que Rafael había vivido en su casa, subrayando que era «un joven reservado de ideas avanzadas, pero incapaz de empuñar un arma». La prensa aportaba más información, afirmando que era hijo de Vicente Arnau, alias «El Paula», y de una tal Rosario Martínez, ambos fichados por la policía de Valencia. La prensa comenzaba a dibujar un pasado turbio, predestinado al lumpen y la delincuencia. En realidad, Rafael era un joven común de origen humilde, que había llegado a Barcelona en busca de nuevas oportunidades. Al principio, se instaló en casa de su tía en Esplugues de Llobregat, donde, según testificó la policía, había atracado un estanco. Un año después, en 1926, se trasladó a la Colonia Castells, donde comenzaría su largo camino de militancia.

Tiempo después de haberse iniciado las pesquisas policiales, el domingo 25 de febrero, varios agentes, unos de uniforme y otros de paisano, irrumpieron en el Bar Zaragoza, ubicado en el Pasaje Bassols, esquina con la calle Independencia, en el barrio de Sant Martí. Tenían la convicción de que la banda que había asaltado el tranvía 56 tenía allí su base de operaciones. En el bar, punto de encuentro habitual de los militantes confederales, fueron detenidos veintiocho sospechosos aquel domingo de invierno. Tres días más tarde, *La Veu de Catalunya* se hizo eco de la noticia, señalando a varios de los detenidos:

> Entre los individuos detenidos del Bar Zaragoza hay uno llamado José Barriendos Barriendos. Ha sido señalado como uno de los autores de los sabotajes que se cometían contra los tranvías. La policía ha citado a algunos empleados de la Compañía de Tranvías, que reconocieron al detenido. Fue señalado como el que capitaneaba el grupo. Iba acompañado por Rafael Arnau, muerto en el tiroteo con la policía. Este individuo fue el que entró con una garrafa de líquido y la vertió sobre el coche, al mismo tiempo que otro, pistola en ma-

no, obligaba a bajar a los pasajeros. Se dice que entre los otros detenidos hay también quienes han tomado parte en los sabotajes, de hecho, parece que alguno ya ha confesado.

Tras la detención, el Juzgado de Guardia puso a disposición judicial a José Barriendos Barriendos, quien, después de ser torturado en los calabozos de la Jefatura de Policía de Vía Layetana, declaró haber formado parte del intento de sabotaje. No obstante, días después, en su declaración ante el juez, se retractó de todo lo dicho anteriormente, manifestando que se había declarado culpable para evitar que continuara el maltrato. El juez, sin embargo, no lo creyó y ordenó que comparecieran en el juzgado los agentes de policía que iban en el interior del vehículo en el momento del asalto.

José Barriendos Barriendos, de veinte años, había nacido en Chiprana, Zaragoza. Tras la proclamación de la II República, sus padres José y Saturnina, aceptaron la invitación de Pedro Barriendos Navales, hermano de José, para trasladarse a Barcelona. Desde el principio, se instalaron en la barriada del Clot, donde ya residía la familia de Pedro. Allí, el mayor de los hijos, se involucró en el movimiento anarcosindicalista, convirtiéndose en asiduo del local del Ateneo Libertario, sito en el número 128 de la Avenida Meridiana.

Mientras la investigación seguía su curso, la madrugada del 7 al 8 de marzo, la policía llevó a cabo otro registro en el 1º 2ª del número 1 de la calle Aurora, en pleno Distrito V. Allí, detuvieron a otros cuatro individuos: José Granero Gimeno, vicepresidente del Ateneo Faros, y hermano del antes citado Vicente; Valeriano Cardona Jiménez, un barnizador de veinte años; Domingo Ruiz Montagut, empleado de *Tierra y Libertad*; y Pablo Pascual Adán, bibliotecario del Ateneo Faros. Los cuatro fueron presentados en la prensa como «peligrosos anarquistas». Sometidos a un minucioso interrogatorio, uno de ellos, José Granero, declaró que había participado junto a Rafael Arnau en el acto de sabotaje al tranvía 56 y, que había sido el día anterior, cuando su compañero le había propuesto la acción, quedando de acuerdo de encontrarse en el Paralelo esquina con Sant Pau, donde estarían esperándoles otros tres compañeros anarquistas. Una vez reunido el grupo, siguió relatando Granero, se habían subido al coche y dirigido hacia la Plaza de

Toros de la Monumental. Allí mismo, a punta de pistola, detuvieron el tranvía, desatándose posteriormente un tiroteo. Herido en el hombro, José Granero buscó cobijo en el interior del vehículo del grupo. El último en llegar fue Rafael, quien, a consecuencia de los impactos de bala recibidos, iba a duras penas arrastrándose por el suelo. Granero explicaría semanas más tarde ante la policía que habían sido sus compañeros, quienes, después de apearlo a él en la calle Aragón con Rocafort, los que se habían llevado a un malherido Rafael, casi moribundo, a un lugar que él desconocía. Al descender del vehículo en la calle Rocafort, Granero se topó con un viejo amigo, y con él se dirigió hacia una farmacia de la Ronda de San Pablo, donde compró yodo, tafetán y otras medicinas para desinfectar su herida. Durante varios días, aún convaleciente, permaneció escondido en diversos domicilios hasta que un compañero le recomendó se trasladara a un apartamento más seguro, el situado en la calle Aurora, donde finalmente fue detenido. Concluyó su testimonio asegurando que su compañero Rafael había fallecido en el interior del vehículo y no en una casa particular.

El martes 3 de abril, el Tribunal de Urgencia dictaba sentencia absolviendo de todos los cargos a José Barriendos Barriendos y condenando al resto de procesados, José Granero, Valeriano Cardona y Pablo Pascual, a dos años y cuatro meses de cárcel por los delitos de «coacción, incendio frustrado y tenencia ilícita de armas».

A partir de entonces, los vecinos de las barriadas obreras del distrito de Les Corts, entre los que se encontraban los tres condenados, comenzaron a ser víctimas de una campaña de estigmatización urdida desde los equipos de redacción de la prensa burguesa. Su principal propósito era que sus lectores identificaran a los barrios obreros con la delincuencia y el mal vivir. Tachaban a sus habitantes de «elementos extraños», poniendo especial hincapié en su procedencia «extranjera», murciana, aragonesa o valenciana, como si el lugar de procedencia de sus vecinos los predestinara a la delincuencia.

El 11 de abril, Josep Maria Planes, periodista de *La Publicitat*, periódico ligado a Acció Catalana, partido nacionalista con ínfulas xenófobas, firmó el primer artículo de una serie que llevó por título

«Gàngsters de Barcelona», con el cual pretendía asociar a la FAI con el pistolerismo y la delincuencia común:

> Son relativamente jóvenes. Algunos, para darse importancia, dicen que son pistoleros o militantes de la FAI. Es mentira. En todo caso, han sido expulsados de la FAI por indeseables. En su mayor parte son ladrones quinceañeros, entre los que algunos son invertidos profesionales. En grupos o en bandas siempre improvisadas, se lanzan a practicar atracos contra estancos, comercios, cobradores, bares y automóviles ocupados por parejas. Son los que operan por Horta, Pedralbes y la carretera de la Arrabassada. En general, lugares desiertos frecuentados por los enamorados. Estos son sus víctimas predilectas, por la razón que, en buena parte de los casos, razones de discreción elemental aconsejan no hacer ningún tipo de denuncia. Los atracadores de esta categoría suelen reunirse para intercambiar impresiones o tramar sus planes en los bares del Barrio Chino, La Criolla, La Muralla, algún establecimiento de Atarazanas, la Plaza de España o la montaña de Montjuic. También se les puede ver por la Riera Blanca, Can Granota o en la explanada de la Colonia Castells, donde se dedican a los juegos prohibidos [estos últimos lugares, todos ellos, estaban situados en el distrito de Les Corts].

Nuevamente, como si se tratara de un castigo gratuito y recurrente, los vecinos de las barriadas obreras de Les Corts eran señalados por la prensa de orden. Uno de los casos más sonados de discriminación que tuvo lugar en esta época, puso el foco en un joven de apenas diecinueve años que vivía con su madre en el número 29 de la calle Salvador Vallverdú. Se trataba del murciano Cosme Zafra Fajardo, quien, desde hacía pocos días, pertenecía a la Agrupación Cultural Humanidad. Cosme, asesinado a las puertas de su casa por un policía fuera de servicio, sería señalado y estigmatizado por varias de las publicaciones burguesas de la ciudad. Lo hicieron sin compasión alguna, mientras su cuerpo, aún caliente, yacía en el depósito de cadáveres del Hospital Clínico, esperando ser reconocido por algún familiar.

Poniendo el foco en el relato construido por los periodistas de la prensa burguesa, edificado con la intención de ensalzar un nosotros

«bueno y próximo» frente a un ellos «maléfico e invasor», que, hay que decirlo, tenía como principal objetivo deshumanizarlos, quitándoles de raíz la poca humanidad que, ante los ojos de sus enemigos, pudieran tener, vemos que los presentaban —sin pudor alguno— como un «cáncer que debía ser extirpado».

Con una rápida ojeada a la prensa de la época, identificamos fácilmente el origen del menosprecio que sufrían a diario estos jóvenes de las barriadas. Es evidente que la sociedad se alimentaba de estos prejuicios —con el tiempo convertidos en mantras— que lanzaban a diario periodistas sin escrúpulos desde el atalaya de los medios. «Son animales», decían, «subhumanos», «tenemos que echarlos de la ciudad». El 17 de julio de 1934, un periodista de *La Vanguardia* mostraba a Cosme como «un joven incendiario que había tratado de atentar contra un tranvía» y que, por ello, utilizando un eufemismo neutro y dañino, «había dejado de existir».

El policía, vestido con ropa de calle, había apretado el gatillo en varias ocasiones en el momento que Cosme le había dado la espalda, desoyendo una orden de alto, como de costumbre, arbitraria y fuera de lugar. Se trataba de un asesinato a sangre fría. No había duda, una vecina lo había visto todo desde lo alto de su ventana. Pero poco importaba, ningún juez se había dignado a prestarle declaración. El periódico del conde Godó respaldó desde el minuto uno el relato maquinado entre los periodistas y la policía, sosteniendo la teoría de que Cosme se había abalanzado contra el tranvía con una botella incendiaria en la mano «con la intención de prenderle fuego», y que, había sido entonces, cuando un agente, que casualmente pasaba por ahí, le había dado el alto. Era mentira, ningún tranvía pasaba por la calle por donde Cosme transitaba esa mañana, al menos le separaban cuatrocientos metros de la parada más cercana.

Según el periodista de *La Vanguardia*, «el sospechoso Zafra Fajardo», en lugar de detenerse ante el alto del policía, había sacado del bolsillo una pistola y disparado contra el agente, con tan mala suerte que se le había encasquillado. Había sido en ese momento, y siempre según la versión policial, cuando Cosme había arrojado la botella incendiaria contra el agente, quien la había esquivado, entablándose entonces un tiroteo «en el que terminó cayendo herido el incendiario». El artículo acababa enumerando el historial delicti-

vo de Cosme, señalando que semanas atrás había sido detenido junto a otros veintiocho individuos «mientras estaban celebrando una reunión clandestina en las afueras de Santa Coloma de Gramanet». Argumentando que su militancia era razón suficiente para que hubiera perpetrado el delito, justificando así el fatal destino del joven obrero, equiparando su compromiso político con una tendencia natural a la delincuencia.

Trasladado a la Casa de Socorro más cercana, los médicos refrendaron su muerte a los pocos minutos de su llegada. Esa misma mañana, Ginés, hermano mayor de Cosme, se presentó en comisaria con la intención de testificar. Manifestó que había reconocido el cadáver de su hermano en el depósito judicial del Hospital Clínico, y que, aunque reconocía su militancia anarquista, nunca había empuñado un arma. «Se llamaba Cosme Zafra Fajardo», había declarado ante la policía, «... tenía diecinueve años, y era barbero». En su declaración insistió en que se trataba de un simple trabajador que nunca se había metido en problemas. «Esta mañana salió de casa, como cada día, con la intención de acudir a su puesto de trabajo. Nada más.», concluyó.

El mismo día 17, la *Soli*, con la intención de honrar la memoria de Cosme, desmontaría los argumentos de *La Vanguardia* y la policía, señalando a un Guardia de Asalto, vecino del asesinado, como principal sospechoso de su muerte:

> Ayer a las once de la mañana, cuando el compañero Cosme Zafra Fajardo salía de su domicilio, número 29 de la calle Salvador Vallverdú [hoy Marqués de Sentmenat], fue requerido por un Guardia de Asalto que reside en la casa contigua, en el número 27. Con el propósito de provocarlo, el mencionado guardia, antiguo afiliado al Sindicato de la Construcción de Barcelona, se propuso cachear al compañero Zafra, negándose éste, puesto que el guardia vestía de paisano e iba de mangas de camisa. Seguidamente el guardia le conminó a que retrocediese, a la vez que disparaba las dos pistolas que empuñaba, produciéndole tres heridas graves, quedando muerto en el acto. Inmediatamente después de llegar hasta nosotros la noticia de este crimen, hemos enviado a un redactor del diario al lugar de los hechos. Según han manifestado los vecinos, alrededor de las once, el compañero Cosme Zafra descendía tranquilamente por la

calle Vilamarí cuando el guardia, vecino del citado Zafra, se dirigió corriendo hacia él empuñando dos pistolas, una en cada mano. Al darle el alto, al verse encañonado, le preguntó al guardia que era lo que se proponía con su actitud, contestándole aquél que quería cachearlo por si llevaba alguna arma. Después de cachearlo le ordenó que descendiera por la calle Vilamarí sin volver la vista atrás, disparando acto seguido las dos pistolas que empuñaba, cayendo Zafra ensangrentado en el suelo. Varios transeúntes que presenciaron la escena del crimen, entre ellos un hermano de la víctima [Ginés], intentaron socorrer al herido, pero el guardia en cuestión les conminó con las pistolas a que se alejaran del lugar del suceso. Mientras, el compañero Zafra se retorcía de dolor en el suelo hasta que dejó de respirar. El autor de la muerte de nuestro compañero, ayudado por otros guardias que llegaron después de haberse cometido el crimen, subieron a Cosme a un coche, conduciéndolo después al depósito judicial de cadáveres del Hospital Clínico sin esperar a que se presentara el juez y ordenara el levantamiento del cadáver. Varios agravantes concurren contra el autor de la muerte de nuestro compañero. Ha podido demostrarse que el crimen ha sido premeditado, si bien el guardia pretende justificarse diciendo que Cosme Zafra llevaba una pistola y una botella con contenido inflamable. En la barriada de Les Corts existe una agrupación cultural de carácter libertario que cuenta con la simpatía de todos los obreros de la barriada, la labor de esta agrupación ha disgustado mucho a los elementos de Esquerra [se refiere a Esquerra Republicana de Catalunya] y particularmente a seis ex obreros, hoy Guardias de Asalto, quienes diferentes veces han manifestado que pronto acabarían con los anarquistas y sindicalistas de Les Corts. El compañero Cosme Zafra fue amenazado reiteradas veces por el delito de pertenecer a la Agrupación Cultural Humanidad, que es la entidad a que hacíamos referencia, y quien más se distinguió en estas amenazas fue el autor de su muerte, vecino suyo, el cual ayer mismo consumó vilmente sus amenazas.

Al día siguiente, *La Vanguardia*, a modo de respuesta y prosiguiendo con su relato criminalizador, explicó que la policía había registrado la vivienda de la compañera sentimental de Cosme, encontrando «varios frascos de líquido inflamable y propaganda subversiva». La *Soli* no se quedó callada y al día siguiente denunció las «bellaquerías de la prensa burguesa», afirmando que ningún periodista de dichos medios se había personado en el lugar de los hechos

para recaudar información. Defendía que a Cosme lo habían matado cuando salía tranquilamente de su domicilio, en cuyas inmediaciones no pasaba ningún tranvía. Añadía que había sido víctima de la antipatía de un guardia llamado Miguel Martínez, vecino del propio Cosme, quien ya lo había amenazado en repetidas ocasiones. La *Soli* se preguntaba por qué motivo ningún periódico había dado el nombre del mencionado agente «si era público y notorio». Añadía también que, antes de ingresar en el cuerpo de policía, el citado Miguel había trabajado como peón de albañil en la construcción del mercado del Ninot, ejerciendo como confidente de su patrón.

En este contexto de crispación exacerbada, el recién nombrado consejero de gobernación, Josep Dencàs, líder del ala derechista de Esquerra, el mismo que, en palabras del vicecónsul italiano Alejandro Majeroni, «había mostrado [en varios de sus encuentros] una entusiasta admiración hacia la ética del fascismo», dio su opinión sobre lo sucedido:

> Como ya dije vamos a acabar con los incendiarios de tranvías. Las medidas adoptadas ya han dado resultados, pues un incendiario ha pasado a mejor vida [refiriéndose a Cosme]. Intentó quemar un tranvía empleando un líquido inflamable, y las fuerzas de Orden Público, al intentar evitarlo, le dieron muerte.

El objetivo de la nueva consejería era promover una política de persecución indiscriminada contra los grupos de acción anarquistas. En sus palabras, querían «limpiar la ciudad de indeseables», «de chusma», así es como los llamaban, «chusma», «subclase maligna», «inculta» y «bárbara». Lo hacían sin ningún tipo de arrepentimiento, mostrando en público y a cara descubierta su clasismo, sus prejuicios de clase, en ocasiones también su racismo, tratándolos de «extranjeros» que venían a Cataluña a contaminar la clase trabajadora local. No se escondían, les daba igual, de hecho, era habitual toparse con ese tufo xenófobo en sus declaraciones públicas. Lo hacían, por ejemplo, cuando asociaban a los murcianos con la delincuencia y el gansterismo, mientras ellos, catalanes de veinte generaciones, se presentaban como salvadores de la sociedad, héroes que venían a sanear la ciudad, cuando el saneamiento no era más que

una guerra sucia y a tumba abierta contra un anarquismo que tachaban de extranjero, invasor y descatalanizado. La cara visible de esta campaña era el temperamental Miquel Badia, mano derecha de Dencàs y exlíder de la organización paramilitar Escamots, nombrado recientemente jefe de los Servicios de Orden Público de la Generalitat. Amparados en la impunidad que les confería su cargo, el tándem formado por Dencàs y Badia se dedicó durante meses a reprimir violentamente a los huelguistas del transporte, desplegando un aparato represor que incluía torturas y amagos de fusilamiento. Esta campaña brutal diezmó las filas confederadas y les granjeó numerosos enemigos, algunos de los cuales se cobraron su venganza dos años después, cuando, a las tres y media de la tarde del 28 de abril de 1936, Miquel Badia fue acribillado a balazos junto con su hermano Josep en la calle de Muntaner.

En el fragor de la batalla mediática y policial, la *Soli* inició una campaña para dignificar la figura de Cosme. Lo hizo poniendo en duda la versión del asesino, el agente Miguel Martínez, quien, ante el juez, seguía afirmando que Cosme, su vecino, «le había disparado con una mano mientras con la otra sostenía una botella de líquido inflamable». Para la *Soli*, Cosme era un simple obrero que, como tantos otros, había llegado a Barcelona para ganarse la vida. Afirmaba que en los últimos dos años había trabajado en una barbería situada en el número 170 de la calle Sant Andreu, propiedad de un tal Fermín, quien, tras la muerte de su empleado, había ofrecido inmejorables referencias sobre él.

Tras consumarse la tragedia, los vecinos de la calle Salvador Vallverdú, acompañados por otros de la parte alta de la calle Vilamarí, se volcaron con los Zafra, quienes, desde el fallecimiento de Cosme, habían reducido drásticamente sus ingresos. Ginés, el hermano mayor, encadenaba trabajos esporádicos con largas etapas de desempleo. Lo mismo les ocurría a las hermanas, María y Maravillas. María, novia de Vicente Ferrero Robert, vecino del barrio, servía en una casa de la zona alta, mientras que Maravillas, casada con el también murciano Pedro Durán García, se dedicaba exclusivamente a las tareas del hogar. La madre, María Fajardo Romera, viuda desde hacía seis años, llevaba tiempo desempleada.

Desde que los Zafra Fajardo —inmigrantes murcianos originarios de Cehegín— se instalaran en Barcelona a finales de 1928, siempre habían residido en Les Corts. A partir de entonces, acogidos con extrema generosidad por sus vecinos, con quienes establecieron profundos lazos de amistad y solidaridad, siempre se sintieron protegidos y amparados. De ahí que, tras la muerte de Cosme, la barriada se volcara con las necesidades de la familia. El 1 de agosto, por ejemplo, una suscripción a favor de la madre de Cosme promovida desde la cortsenca Agrupación Cultural Humanidad, recaudó 188 pesetas. La mayoría de los donativos provenían de mujeres del barrio, entre ellas: María Soler, Vicenta Llorca, Isabel Gargallo, Carmen Lledó, María Val y la antes mencionada Concha Pérez Collado. Al día siguiente, se sumaron al cómputo global 16,30 pesetas de los compañeros anarquistas de Sant Adrià del Besós. El día 8, llegaron veinticinco pesetas desde Bilbao, a más de seiscientos kilómetros de distancia, enviadas por un tal Julián Alegría, obrero metalúrgico.

Estas muestras de solidaridad, muy habituales en las barriadas obreras de Les Corts, mostraban la relevancia del rol femenino en esta comunidad aislada y marginal. Nunca nadie se sintió solo o abandonado ante la presencia de las mujeres. Allí estaban ellas, dándolo todo a pesar de no tener nada; sus ahorros, tiempo libre y apoyo incondicional, convirtiéndose en un ejemplo mayúsculo para las que llegaban por detrás. María y Maravillas, las hermanas de Cosme, vivieron en carne propia esta actitud solidaria e incondicional, forjada con tesón y ahínco ante la adversidad.

En la barriada, las necesidades de un vecino cualquiera eran sentidas como propias, y como tales, eran afrontadas. Este sentimiento comunitario fue forjándose ante las dificultades y el señalamiento, y fue justamente ahí, en ese caldo de cultivo contrahegemónico, donde los jóvenes libertarios de Les Corts se quitaron de encima y para siempre la obediencia sumisa de sus antepasados.

Cosme Zafra Fajardo nació el 30 de abril de 1915 en Cehegín, Murcia. Hijo de Cosme Zafra Agudo y María Fajardo Romera, ambos también bautizados en la parroquia de Santa María Magdalena, aprendió desde temprana edad a vivir con lo puesto. Desde niño,

conoció en las calles de Cehegín el significado de la sumisión, pero también, como veremos más adelante, el de la mala suerte.

Su abuelo paterno, Juan Zafra Carreño, había sido uno de los grandes propietarios de la villa, descendiente por vía materna de los dueños de las Bodegas Carreño. Sin embargo, esa presumible ventaja inicial, no benefició por igual a sus descendientes. Después de la muerte de Juan, fue el primogénito, llamado igual que su padre, quien heredase la mayor parte de las tierras. Por ello, Cosme Zafra Agudo, quince años menor que su hermano mayor, se vio obligado a arrendar una pequeña porción de tierra para ganarse la vida. Se trataba de media fanega de vid y cáñamo, insuficiente para mantener a su familia. Lo mismo le ocurriría a Antonio, el segundo de los hermanos, aunque el peor parado fue José, el más joven, quien no tuvo más remedio que convertirse en bracero.

En la rama materna de Cosme, la de los Fajardo, las necesidades eran aún mayores. Los hermanos de su madre María, sus tíos Francisco, José y Ginés, eran todos jornaleros, por lo que sus ingresos dependían de la voluntad de los capataces del campo, quienes solo solían llamarlos cuando la situación lo requería, en general, durante la siembra y la cosecha. Con el paso de los años, la situación en el campo murciano se fue complicando. La crisis de la industria alpargatera de Cehegín y la consecuente disminución de la demanda de cáñamo, colocaron a la familia en una trágica encrucijada. Juan, el primogénito, tuvo que endeudarse para ser más competitivo, viéndose luego incapaz de devolver el préstamo pedido. Por otro lado, Antonio y Cosme, los dos hermanos restantes, se vieron obligados a dar a sus hijos en adopción, partiendo la familia.

En el censo electoral de Cehegín del año 1923, Cosme Zafra Agudo figuraba residiendo en la calle del Convento. Constaba que tenía cuarenta y seis años, no sabía leer ni escribir, y trabajaba como colono arrendando una pequeña porción de tierra con la que pretendía ganarse la vida. En ese momento, vivía con su esposa, María Fajardo Romera, y sus seis hijos: Juan Zafra García, fruto de su primer matrimonio, y los cinco restantes: Antonia, Maravillas, María, Ginés y Cosme.

Cinco años más tarde, en el censo electoral de 1928, Cosme aparecía ya como bracero, síntoma de que la situación de la familia

había empeorado. Algo había tenido que pasar, es probable que no hubiera podido afrontar los pagos del arrendamiento. Meses después, el 13 de julio de 1928, Cosme falleció, dejando sola a su esposa y a sus seis hijos en una situación que rozaba la indigencia. Ante tal circunstancia, María Fajardo decidió trasladar a la familia a Barcelona, donde ya residía un familiar. Sin embargo, no todos partieron con María; Juan Zafra García, bracero como su padre, y Antonia, casada con Francisco Abril Durán, decidieron quedarse en Cehegín. El resto de la familia emigró: Maravillas, junto a su esposo Pedro Durán García, así como María, Ginés y Cosme.

En Barcelona se establecieron en Les Corts, donde muy pronto fueron acogidos por sus vecinos. Allí, María Zafra Fajardo, la pequeña de las hermanas, conoció a su futuro esposo Vicente Ferrero Robert, de quien hablaremos más adelante.

Ginés, el mayor de los varones, no tardó en unirse al movimiento libertario del barrio. El 2 de agosto de 1933, aparecía ya citado en *La Publicitat* como militante «extremista». Según la nota periodística, había sido puesto a disposición judicial por coaccionar a unos obreros que trabajaban en las obras del Hospital Militar. Fue él quien introdujo a su hermano menor en la militancia libertaria.

Cosme Zafra Fajardo, hijo y nieto de campesinos sin tierra, había sido víctima del *Plà Dencàs*, ese plan que preconizaba la caza de los jóvenes revolucionarios en las plazas y calles de la ciudad.

Tres días después de su muerte, la mañana del 19 de julio de 1934, justo dos años antes de que la sublevación militar lo cambiaria todo, el cuerpo sin vida de Cosme esperaba en la morgue del Hospital Clínico para ser trasladado al Cementerio de Les Corts. Las autoridades se negaron rotundamente a informar de la hora exacta en la que partiría el féretro; temían se produjeran incidentes. No se equivocaban.

A primera hora de la mañana, alrededor de la salida habitual del Hospital Clínico, en un entrante de la calle Casanova, se habían apostado un grupo de Guardias de Asalto con la misión de contener lo que se preveía iba a ser una manifestación de alto riesgo. Frente a las fuerzas policiales, a lo largo de la mañana, se fue congregando una multitud de simpatizantes anarquistas que llegaban en oleadas desde los barrios obreros de la ciudad. Lo hacían en grupo, entonan-

do canciones revolucionarias y exigiendo justicia para su compañero asesinado. Desempleados, vendedoras ambulantes, aprendices de barberos, vecinas y vecinos de la Torrassa, del Prat Vermell, de Can Granota o la Colonia Castells, compañeros de lucha, amigos de la Agrupación Cultural Humanidad, se agrupaban evocando la figura de Cosme.

Finalmente, sin embargo, el féretro acabó saliendo por la puerta trasera de la calle Villarroel, en desuso desde hacía meses. Esta fue la artimaña que utilizaron las Fuerzas del Orden Público para desbaratar el homenaje y la concentración. La rabia fue en aumento en los días venideros.

Una semana después, Manuel Abascal, un vecino de Les Corts, denunció en la *Soli* el asesinato de Cosme:

> No tendríamos corazón si no mostráramos nuestra más enérgica protesta ante la muerte airada de un joven obrero. Esta muerte tiene todas las características de un vulgar crimen. Muchos de los vecinos firmantes hemos presenciado la muerte de este obrero, y estamos dispuestos a explicar lo sucedido, delante del juez y de quien haga falta. El joven trabajador Cosme Zafra ha sido asesinado. No queremos que este asesinato quede impune. Queremos que se exija la debida responsabilidad criminal al guardia que, abusando de su autoridad, se atrevió a asesinar a un hombre.
>
> No es cierto que el muerto intentara incendiar un tranvía, como en algunos diarios se ha dicho. Porque el tranvía está a más de media hora de donde ocurrió el suceso, y por lo tanto es imposible que intentara incendiarlo. Tampoco son ciertas las declaraciones oficiales, que aseguran que el Guardia de Asalto vio desde su casa a dos o tres individuos en la calle París que le insuflaron sospechas. Este guardia vive en los pisos interiores, y por eso, le es imposible ver lo que pasa en la calle. Salió, por lo tanto, tras el muerto con intención de consumar el crimen.
>
> Las balas recibidas por Cosme atestiguan que se ha cometido un crimen. Todos los balazos los tiene en un costado, siguiendo la trayectoria de su asesino, parapetado en una esquina [...]. El Guardia de Asalto no se contentó en consumar este bochornoso crimen. En su sed de sangre, amenazó a los que querían acercarse al herido, que en las agonías de la muerte, se revolcaba por el suelo. No lo condujo al

> Hospital al verlo herido, [...] dejó que se desangrara hasta que pereció.

A parte de Manuel Abascal, el artículo venía firmado por otros vecinos de Les Corts: Dolores Molinero, Emiliano Melero, José y Pura Teruel, Adelina y Ascensión Gimeno, Benito Lorca, María Sanicolás, Fulgencia Sánchez, Ignacio Pallarés, Valeriano Orduña, Teresa y Delfina Clemente, Leoncio y Modesto Manso, José Amadeo, María Sanz, Aurelio Jordán, Vicente Gómez y Tomás Rodríguez.

El 1 de agosto, ante la situación de desamparo de María Fajardo, madre de Cosme, los vecinos de Les Corts se volcaron de nuevo con ella, recaudando 189,75 pesetas, de las cuales veinticinco habían sido donadas por la Agrupación Cultural Humanidad.

Un día después, José Córdova, redactor *Tierra y Libertad*, resumía el sentimiento de impotencia que compartían los vecinos de Les Corts:

> Ahora le ha tocado caer al compañero Cosme Zafra. Y le ha tocado caer porque pertenecía y era militante de la CNT, pues entre esta y la Generalitat hay un odio a muerte [...]. Contra el compañero Zafra, este buen compañero que era el sostén de su madre que él tanto quería y que seguramente este rudo golpe acabará con ella, han usado, después del asesinato, el vilipendio y la insidia. ¿De dónde ha sacado la prensa burguesa que nuestro compañero Zafra fuera pistolero? ¿De dónde ha sacado que el compañero Zafra fuera un incendiario de tranvías? ¿Cuándo lo han visto con una pistola o incendiar un coche? Nuestro compañero Zafra tenía un nivel moral más alto que el de los periodistas que lo insultan. Zafra era todo un hombre, tanto en seriedad como en buenos sentimientos. Zafra era un trabajador honrado que ejercía el oficio de barbero en una barbería de San Andrés, situada enfrente de donde vive Dencàs, el actual consejero de Gobernación de la Generalitat de Cataluña. Y como trabajador, era militante del Sindicato de Barberos, desde donde hacia una extensa labor de proselitismo en pro de las masas explotadas. Como joven de elevados sentimientos y humanitarios, militaba en el Ateneo Cultural Humanidad, de la barriada de Las Corts, en pro de nuestro caro ideal, la Anarquía, que por ella ha perdido la vida en la hora que más falta nos hacía.

Veinte días más tarde, Manuel Abascal, el redactor del artículo de la *Soli*, fue detenido y obligado a presentarse ante el juzgado de guardia. Era un aviso para navegantes, el miedo a hablar se asentaba con fuerza entre los vecinos de Les Corts.

Meses después del asesinato de Cosme, debido en gran parte a una serie de desavenencias con su padre y hermano, Concha Pérez decidió abandonar para siempre el hogar familiar. Harta de acarrear con los quehaceres domésticos, sintiéndose ignorada tras reclamarles en numerosas ocasiones una distribución más justa en los deberes cotidianos, decidió trasladarse a un apartamento cercano, sito en la vecina calle Vallespir, donde comenzó una nueva vida.

No era sorprendente que Concha tomara esa decisión, era, de hecho, completamente comprensible. Aunque muchos de sus compañeros proclamaban públicamente el principio de igualdad entre hombres y mujeres, su conducta y comentarios fuera de lugar revelaban que sus palabras aparentemente emancipatorias carecían de sentido. Esa presumible igualdad era tan solo una ensoñación, una aspiración a la que encaminarse, poco más.

A los compañeros de Concha siempre les costó entender el verdadero significado de la liberación femenina. Llevaban a cuestas unos prejuicios sólidos, difíciles de erradicar. Ella los conocía bien, los había padecido en innumerables ocasiones; en casa, en el trabajo, en las reuniones clandestinas del sindicato. No era, pues, extraño que la trataran como una intrusa, una advenediza en un mundo reservado para hombres. No obstante, nunca se dejó amedrentar, su carácter y determinación echaban por tierra cualquier conato de machismo con el que se topaba. Solo hacía falta verla entrar en acción para comprenderlo. Aun así, a pesar de su voluntad inquebrantable, sabía perfectamente que todo estaba aún por hacer en el movimiento feminista.

Fue en este contexto, cuando Concha y el resto de los compañeros de la Agrupación Cultural Humanidad, decidieron implantar en el barrio una escuela libre y autogestionada. Se trataba de una iniciativa de los hermanos Carrasquer Launed, Félix, José, Presen y Francisco, inmigrantes aragoneses residentes en Sants. Apoyados en todo momento por los más jóvenes de la agrupación, los Carrasquer se hicieron con un edificio en ruinas situado en el número 184 de la

calle Vallespir, muy próximo a la Plaza del Centro. Allí, construyeron su proyecto educativo: la Escuela Eliseo Reclús. Concha lo recordaría años más tarde:

> Tuve la suerte de conocer a los hermanos Carrasquer. Uno de ellos, que era ciego [Félix], tenía en mente fundar una escuela. Esto me fascinó aún más que hacer la revolución, ya que parecía más factible. Pensé en hablarlo con los compañeros de Les Corts, esos chicos con los que íbamos de excursión [Pompeyo Rosquellas, Ramón y Mari Robles, Sara Berenguer, Conchita Martínez, etc.] porque pensé que tal vez apoyarían la idea. Se la presentamos y todo salió de maravilla. Les gustó mucho, así que empezamos a trabajar en ello. Formamos una comisión y encontramos un lugar en la calle Vallespir. Era un lugar en estado de abandono. Derribamos unos muros y empezamos a trabajar con pasión y ganas. Una vez terminado el trabajo, intentamos ordenarlo, pintamos todo y luego comenzaron las clases. Todo salió muy bien y la escuela funcionó de maravilla.

La libertad, la autogestión, la cooperación y la solidaridad se convirtieron desde el inicio en los pilares de un proyecto educativo que, en poco tiempo, se erigió en referente para el mundo confederal. Félix Carrasquer, el alma máter de la iniciativa, hablaría de él años más tarde:

> Teníamos cien niños y niñas, distribuidos en tres clases, parvulario y dos niveles. Empleábamos distintos métodos pedagógicos, sobre todo las técnicas Freinet, el método de proyectos de Kilpatrick y el método global de Decroly.

En junio de 1936, aquejada por una serie de problemas que la enfrentan con su patrón, Concha decidió cambiar de aires. Encontró un puesto de trabajo en una carpintería a tres pasos de su casa. Por esa época, sin embargo, y a pesar de los prejuicios de sus compañeros, su principal aspiración era convertirse en representante sindical. Desgraciadamente, no tuvo tiempo material para llevarlo a cabo. La noche del 16 de julio, un día antes de que se produjera la sublevación militar en Melilla, la vemos ya participando en la trans-

formación del Bar Los Federales en el cuartel general del Comité de Defensa de Les Corts. No estaba sola, la acompañaban varios de sus colegas de la Agrupación Cultural Humanidad: Higinio Puchol, Antonio Blas, los hermanos Granero, los Anadón Acer, los Rosquellas Corrons y su compañero Ramón Robles Masana.

En una entrevista concedida a *Solidaridad Obrera* setenta años después, Concha relataría ese momento que dejó un poso imborrable en su memoria:

> Aquello se veía venir. Cuando se levantaron en Marruecos ya llevábamos tiempo reuniéndonos en casas particulares y bares porque constantemente nos clausuraban los locales. En aquel momento, el Ateneo Faros estaba cerrado y creo que el sindicato también. La noticia del levantamiento en África nos cogió a los de mi grupo [«Siempre Adelante»] en casa de un compañero. Fuimos inmediatamente a uno de nuestros lugares de reunión, el Bar Los Federales. Allí coincidimos con gente del POUM, con la que siempre tuvimos mucha afinidad, con republicanos y miembros de ERC, pero pocos comunistas porque con ellos acabábamos siempre peleándonos. Una vez allí, organizamos una requisa de colchones y monos. Pasamos la noche del 18 al 19 como pudimos, durmiendo por turnos sobre los colchones en el bar.

Como ya vimos, Concha no fue la única joven implicada en el Comité de Defensa, encontramos también a su tocaya y amiga Conchita Guillén Bertolín, quien, tiempo después, se convertiría en secretaria de propaganda de la Federación Local de la organización anarquista Mujeres Libres, o a la jovencísima Sara Berenguer Lahosa, hija de Vicenta Lahosa Amorós y el albañil anarquista Francisco Berenguer Madrid.

Sara Berenguer experimentó desde niña la explotación laboral, algo que, en lugar de amedrentarla, forjó en su interior una sólida conciencia de clase. Comenzó a trabajar a los once años, primero en una carnicería del mercado del Ninot, donde sufrió acoso, y luego en un taller de confección de bordados, donde permaneció durante muchos años.

La mañana del domingo 19 de julio, acompañada de su madre, hermanos y novio, abandonó su domicilio del número 152 de la

calle Vilamarí con la intención de tomar un autobús que los llevase a la playa de El Prat, destino de recreo habitual entre los militantes confederales:

> Aquel domingo de julio por la mañana, mi madre, mis hermanos y mi novio, íbamos a bañarnos a la playa de El Prat. No recuerdo que mi padre nos acompañara. Bajando por la calle Tarragona, alguien que venía de la Plaza de España nos gritó: «¡Están disparando! ¡Es la revolución!». Pero nosotros continuamos calle abajo, cuando otra persona que caminaba en sentido contrario al nuestro, al vernos en plan de excursionistas, vestidos de blanco y con la mochila al hombro, exclamó: «No hay autobuses en la Plaza de España, han colocado un cañón que está disparando en dirección a la carretera de Sants». Nos miramos sin decir palabra, como si fuéramos autómatas, dimos media vuelta y regresamos a nuestra casa, pasando por delante del Cuartel Alcántara, situado en la misma calle Tarragona, donde aparentemente todo parecía en calma. En el barrio se notaba agitación. Idas y venidas de compañeros conocidos y menos conocidos: «Van a soltar a los presos políticos», oíamos decir. Mi inquietud fue constante. Por momentos se oía un murmullo persistente, yo salía cada vez a la puerta, para ver si veía a los presos, pues vivíamos cerca de la cárcel Modelo. Por la tarde continuaban los clamores: «¡Es la Revolución!» Y de nuevo: «¡De un momento a otro van a salir los presos!». Mi padre había desaparecido. Aquella noche no vino a dormir, tampoco lo vimos al día siguiente.

Francisco Berenguer Madrid, padre de Sara, era el hijo de un molinero de Chelva que a finales del siglo XIX se había visto obligado a emigrar a la capital de España. Nacido el 24 de septiembre de 1894, Paco, como solían llamarlo en la familia, frecuentó desde muy niño los círculos anarquistas madrileños. A los dieciocho años, para evitar el servicio militar, huyó a Francia. En París, siguió vinculado a la activa colonia de refugiados políticos. De nuevo en España, trabajó de peón de albañil, destacando en las movilizaciones obreras. Fue en ese momento cuando se enroló en los grupos de acción de la CNT. En 1917, con un puñado de intervenciones a su espalda, fue detenido durante una manifestación revolucionaria y trasladado a prisión. Estando entre rejas, esperando juicio, fue condenado a muerte por

desarmar a un agente en una reyerta carcelaria. Indultado, pasó a la clandestinidad.

En los días previos al Golpe Militar, Francisco frecuentó el Bar Los Federales. Allí coincidió con varios de sus compañeros de militancia: Santiago Burguete, Mariano Chillarón y Joaquín Vidal, los tres vecinos de la Colonia Castells. La noche del 18 de julio, aferrados a sus armas, esperaban impacientes el sonido de las sirenas de las fábricas, señal inequívoca que advertía del comienzo de la sublevación militar e invitaba a la acción revolucionaria.

Juan García Oliver, lo recordaría años más tarde en *El eco de los pasos*:

> Preparamos concienzudamente a todos los fogonistas de las fábricas para que, al mandato de nuestros Comités de Defensa de las barriadas, pusieran en funcionamiento las sirenas ininterrumpidamente, creando condiciones psicológicas óptimas para la lucha; sembrando el pánico entre los soldados y el entusiasmo entre los obreros.

Una calma tensa lo invadía todo. Al fin, tras muchas horas de espera, a las cuatro y media de la madrugada del día 19, los aventurados miembros del Comité de Defensa de Les Corts, estacionados en el Bar Los Federales desde la víspera, recibieron con alivio la noticia más esperada: los militares habían salido de los cuarteles.

Muchos de los soldados, reclutas de reemplazo, salieron engañados, no sabían que iban a protagonizar una sublevación militar. Los voluntarios de los Comités de Defensa tenían orden de esperar, debían permitir que los golpistas salieran de los cuarteles sin ser hostigados, era preciso que actuaran con cautela, hacerles pensar que nadie va a ir a su encuentro. Una vez los soldados se hubieran alejado de los cuarteles, debían salir a hacerles frente, emboscándolos en las calles de la ciudad.

Sin pensarlo mucho, arrastrados por una energía nueva, recién estrenada, que pronto, muy pronto, como un resorte, los puso en marcha, los voluntarios del Comité de Defensa de Les Corts se subieron a un camión recién requisado con la intención de asaltar el cuartel del Bruc. Debían recaudar el mayor número de armas posible, esa era su misión.

Imaginad por un momento sus rostros, concentrad la mirada en sus cicatrices, como diría el anarquista Abel Paz, «señales y recuerdos del hambre». Mirad sus caras de obrero, gesto común, acento de barrio bajo, fijad la vista en su mirada clavada en el cielo inmaculado de la mañana. Brillan en sus pupilas rayos fatales de ira, rabiosos, empuñan sus armas escasas, del todo insuficientes para enfrentarse a un enemigo poderoso, casi invencible. Imaginadlos canturreando una canción revolucionaria mientras se suben al camión que debe cambiar sus vidas, las del barrio entero, un vehículo que minutos antes habían acondicionado con colchones para protegerse de las balas enemigas, y que, una vez en el interior del vehículo, empapados en sudor, seguían cantando:

> ... acudid los anarquistas, empuñando la pistola, hasta el morir, con petróleo y dinamita, toda clase de gobierno a combatir y destruir...

Letras lacradas con sangre y fuego por un anarquista anónimo, quizás apellidado Aznar, un mártir libertario que, durante una noche de insomnio en 1932, escribió en la pared de su celda clamando justicia por las torturas sufridas en los sótanos de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, en la siniestra Vía Layetana. Letras que los conmueven casi hasta las lágrimas y les hacen recordar en los policías que estando bajo su custodia les habían dicho que el mundo no iba a cambiar tan pronto, ni tan rápido, y mucho menos por su insignificante y ridícula voluntad. Miradlos bien, vestidos de mono azul, sandalias de lona y cáñamo, ropa de obrero, pañuelo y gorro de obrero, con sus fusiles al hombro, esperando el llamado de una batalla que no llega, que se hace esperar, sumidos en un tiempo desconocido donde las horas han dejado de contar, se han detenido. Miradlos bien, aunque resulten abrumadores, incómodos. Fijaos en sus rostros, aunque sean difíciles de soportar. ¿No veis algo raro? ¿No notáis esa determinación, esa alegría contagiosa, cercana al arrebato, que, sin ellos saberlo, les está usurpando la cordura? ¿Acaso no sois capaces de ver esa fuerza que los convierte en soldados tan entusiastas como temibles, que, como locos perturbados, se muestran dispuestos a entregar su vida por un ideal? Yo puedo

verla, sentirla incluso. Pero, aunque esa fuerza esté ahí, no está sola, comparte el espacio con un miedo tenaz, persistente, que les viene persiguiendo desde las primeras horas de esa noche cerrada de julio. Un miedo que, en realidad, no es más que la sutil proximidad de la muerte, y que ahora está siendo reemplazado por otra fuerza inquebrantable que los arrastra a lo desconocido, sin tregua, hasta el final.

Esos jóvenes propensos al enfrentamiento, habituales en las reyertas callejeras, aficionados al cine y los baños de sol, lectores curiosos y fervientes defensores de la justicia social, los mismos que hasta hacía bien poco habían jugado a rayuela en las calles polvorientas de su barriada, sabían, están convencidos de ello, que no estaban solos. Luchaban juntos, hombro con hombro. Esos jóvenes eran el Todo, la Colonia Castells entera, el Pasaje Massians, las barracas de Can Granota y la Riera Blanca.

Ante la inmediatez de ese abismo que asomaba en el horizonte, no se intimidaban, se mantenían a flote, aferrados unos a los otros. Se conocían bien, habían vivido tantas cosas juntos, en el barrio, en el ateneo, en la cárcel. No había forma humana de separarlos, eran uno y cientos a la vez. Parecían muchos, demasiados, invencibles.

Fue justo en ese momento, al despuntar el alba, mirándose fijamente a los ojos, sintiendo la conexión electrizante de su mirada, cuando intuyeron que estaban dispuestos a morir los unos por los otros. Este pensamiento, que no era más que un deseo sincero, en lugar de asustarlos, les reconfortaba y llenaba de orgullo. Así, con esa energía prestada, sin pensarlo mucho, arrancaron el motor del camión y se pusieron en marcha. Entre la disyuntiva de la sumisión y la resistencia, habían decidido resistir. Eran los elegidos, la esperanza del ideal revolucionario.

El humo denso de los cigarros no tardó en invadir la cabina del conductor. La realidad comenzaba a alejarse, tornándose abstracta e indescifrable. Se acercaba el momento de la verdad, el sonido de las sirenas de las fábricas invadían el aire. Habían transcurrido más de tres años y medio desde la última derrota sonada. Miraban hacia atrás, a ambos lados y hacia un cielo donde comenzaba a asomar la primera luz del día. Registraban sus bolsillos en busca de aliento, y solo encontraban monedas, migas de pan y tres balas oxidadas.

«¿Qué pasará?», se preguntaban sabedores que estaba en juego todo lo que amaban, qué pasará, mientras dibujaban una sonrisa liberadora en sus rostros.

El camión, repleto de militantes entusiastas, dejó el número 95 de la calle Londres y se dirigió hacia la calle Gelabert. Al dejar atrás el Campo de Fútbol del Club Esportiu Catalunya, se encontraron con los primeros vecinos en las cercanías de la fábrica de Productos Químicos, S. A., quienes les saludaron con entusiasmo. A la altura de la calle Morales giraron a la derecha. Espoleados por los vítores de los allí presentes, subieron apresurados en dirección a la Plaza del Carme. Tomaron la calle Montnegre y pusieron rumbo al norte, hacia la Avenida Diagonal, por aquel entonces Avenida 14 de Abril. De camino, en la intersección de la Travesera de Les Corts, el grupo tuvo el primer encontronazo con el enemigo. Les disparaban desde las alturas del convento de Loreto, tac-tac, tac-tac, tac-tac... El repicar de las balas les sacudió por dentro. El conductor se aferró al volante, dando bandazos de un lado a otro tratando de esquivar la muerte. En pocos segundos alcanzaron la calle Entenza, que no abandonaron hasta llegar a la Avenida Diagonal. Allí mismo, según los recuerdos de Concha, se toparon con soldados leales que los recibieron con el puño en alto y un «¡Salud, compañeros!». Aunque, en realidad, bien podría tratarse de Guardias de Asalto, desplegados en las inmediaciones desde hacía ya un buen rato.

Casi tres kilómetros les separaban del cuartel del Bruc. Eran las seis de la mañana y las primeras luces del alba se colaban entre las ramas de los árboles. Clareaba el día. El camino se hizo eterno, pero, quién sabe cómo llegaron a su destino. Se escurrieron a trompicones del camión. Les alivió sentir las lombardas en la suela de sus sandalias. Inundaron sus pulmones con el aire fresco de la mañana. Aún nadie sabía lo que les esperaba.

Al pie del muro inexpugnable que circundaba el cuartel, aferrados a sus armas, alguna que otra escopeta de caza y unos viejos máuseres recuperados de las alcantarillas del Paralelo, con la adrenalina recorriéndoles las venas, todavía impresionados por el bautismo de fuego que habían vivido minutos antes, se percataron atónitos que habían llegado hasta allí para asaltar una fortaleza militar. En ese momento, quizás sobrepasados por la responsabili-

dad, les abordaron las dudas. Repasaban en su memoria las derrotas pasadas, resaltando la imposibilidad de su misión, la insensatez de sus actos. Trataban de erradicar de sus pensamientos esa advertencia del pasado, esa coletilla que había hostigado una y otra vez sus esperanzas, «con el ejército no se puede», repetida una y mil veces entre sus mayores, «con el ejército no se puede», llevada a cuestas como una maldición. Allí, en los pies del muro militar, descubrieron que habían llegado tarde, que otros compañeros se les habían adelantado. Se trataba de los miembros del Comité de Defensa de Sants, quienes, minutos antes habían tomado posiciones alrededor del recinto militar.

Concha, insuflada de valor, empuñando con determinación la pistola que le había regalado su padre años atrás, y que, con mucho esmero, le había enseñado a utilizar, se acercó al coro formado por los voluntarios de Sants. Uno de ellos le puso al corriente de lo sucedido. No iba sola, a su lado estaba su fiel compañero Ramón Robles Masana, de diecinueve años, hijo del valenciano Vicente Robles Gil y la catalana Rosa Masana Torrellas, residentes en los bajos del número 17 de la calle Anglesola. El amor y la revolución se daban la mano.

La situación era la siguiente. En el interior del cuartel permanecían atrincherados unos pocos militares golpistas que tenían la orden de vigilar a la tropa que se había mantenido fiel a la República. Los acompañaban un puñado de civiles falangistas, entre los que se encontraban los jóvenes José Segura Sanfeliu, leridano de dieciocho años, y Vicente Cardona Sanz, estudiante de farmacia de veintiuno. Ambos habían sido detenidos meses atrás como presuntos responsables de la muerte de los hermanos Badia, y poco después puestos en libertad sin cargos. Eran jóvenes que, como los que habían partido esa misma mañana del Bar Los Federales, estaban dispuestos a Todo, su propio Todo. Su misión era vigilar de cerca a los militares que, permaneciendo fieles a su juramento, se habían negado a participar en la sublevación.

En realidad, José y Vicente no estaban ahí por voluntad propia. Les hubiese gustado partir con el resto de los militares y civiles golpistas que habían salido del cuartel cuando el reloj sobrepasaba

quince minutos de las cuatro de la madrugada, hora escogida para consumar la traición. Ni siquiera estaban ahí debido a algún tipo de consigna o plan preestablecido, nada de eso, simplemente se les había hecho tarde. Por el camino, antes de llegar al cuartel, habían tenido que sortear un control montado por varios Guardias de Asalto posicionados en los alrededores del Canódromo Park, lugar designado como punto de encuentro entre los civiles golpistas. Minutos más tarde, ya en el patio del cuartel del Bruc, los jóvenes falangistas recibieron la noticia de que la columna había partido sin ellos.

Dos versiones se contraponen ahora sobre lo ocurrido esa mañana en el cuartel del Bruc: la de los falangistas José y Vicente, relatada por ellos mismos a principios de los años cuarenta en el marco de los juicios de la Causa General, y la de Concha, basada en una entrevista concedida el 17 de julio del 2006 a *Solidaridad Obrera*, cuando sobrepasaba ya los noventa y un años.

Según los testimonios aportados por José y Vicente, los golpistas pasaron la mañana y parte de la tarde del día 19 esperando órdenes de sus superiores en el patio del cuartel. Siendo la única noticia que recibieron la que les llegó desde el aire y horas más tarde en forma de octavillas. En ellas, los militares leales a la República, alentaban a los golpistas a rendirse, informándoles que los soldados de reemplazo quedaban libres de cumplir con su mandato militar, y los oficiales, por su intervención en la sublevación, serían fulminantemente destituidos. Esto provocó una deserción en cadena entre gran parte de la tropa. Las cuartillas habían sido lanzadas desde el aire por la Tercera Escuadra de Aviación, unidad militar bajo el mando del teniente coronel Felipe Díaz Sandino, estacionada en el aeródromo de El Prat. Esta escuadra resultó clave en la derrota del Golpe Militar, tanto durante los enfrentamientos como en las semanas previas, ya que Díaz Sandino, fundador de la UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista), había asesorado al Comité de Defensa de la CNT-FAI en la elaboración del plan para frenar la insurrección en la ciudad.

Entre las seis y las siete de la tarde del día 19, los falangistas José Segura y Vicente Cardona presenciaron con sus propios ojos cómo,

uno tras otro, los militares que los habían acompañado en su aventura golpista desertaban. Vistiéndose con la ropa que habían abandonado sus compañeros civiles durante la madrugada anterior, los reclutas pretendían pasar desapercibidos ante los ojos de los asaltantes. Entre las ocho y las nueve, los últimos oficiales golpistas que aún permanecían en el interior del cuartel, decidieron entregar la plaza a la Guardia Civil, estacionada desde hacía un par de horas en el exterior del muro. Minutos más tarde, tendría lugar el asalto definitivo. Sin encontrar resistencia, los milicianos confederales ocuparon la plaza entre gritos de euforia.

Por otro lado, atendiendo a la versión de Concha, una vez llegaron al cuartel a las seis de la mañana, había venido a recibirles un oficial que al parecer se había mantenido fiel a la República. ¿Cómo había conseguido sortear la vigilancia de los golpistas? ¿Existía acaso alguna zona del cuartel que había quedado al margen de su control? El relato de Concha argumentaba que, tras darles la bienvenida, el oficial los había acompañado al depósito de armas, haciéndoles entrega de «todo lo que quisieran». Por esa razón, habían podido cargar el camión de fusiles hasta los topes. Con la satisfacción de la misión cumplida, habían vuelto al Bar Los Federales. Según Concha, fue precisamente en ese momento cuando se dieron cuenta de que se habían olvidado la munición en el cuartel. A su regreso, armados con picos y palas, comenzaron a levantar barricadas en varios puntos estratégicos de la barriada: Travesera de Les Corts, calle Cabestany, en la zona conocida como Quatre camins, confluencia de las calles París, Salvador Vallverdú y Entenza.

Por la tarde, los milicianos se incautaron La Maternidad, al frente de la cual pusieron a Félix Carrasquer. Luego, le tocaría el turno al convento de las Carmelitas Calzadas, en el número 59 de la calle Deu i Mata. Allí mismo, se acabó trasladando la sede del Comité de Defensa de Les Corts, a partir de entonces Comité Revolucionario. A última hora, como ya dijimos, tuvo lugar el asalto definitivo al cuartel del Bruc. Los asaltantes lo acabarían rebautizando como Caserna Bakunin, en homenaje al líder teórico y espiritual del anarquismo, el ruso Mijaíl Aleksándrovich Bakunin.

Desde entonces, comenzaron a proliferar por la ciudad automóviles que horas antes habían sido confiscados por civiles armados.

Recorrían las calles con las siglas de las organizaciones antifascistas garabateadas en su carrocería. Se trataba de la nueva y fulgurante estampa de la Revolución, el sello que ahora acreditaba su flamante y advenedizo propietario. Aunque, si lo penamos bien, puede también que fuera un simple acto de profanación, un ultraje al símbolo de ostentación burguesa por antonomasia: los automóviles. Los Bentley, Mercedes Benz, Hispano-Suiza, coches de alta gama, irrumpían a toda velocidad haciendo sonar el claxon como si fuera un golpe de mazo directo y definitivo al corazón del capitalismo. Al volante ya no iba el chofer de turno, con su traje inmaculado y su trato reverencial, en su lugar viajaban jóvenes sin carné de conducir procedentes de las barriadas obreras. Algunos perecieron durante aquellas primeras semanas en accidente de tráfico. Decenas de coches siniestrados se agolpaban por las calles y plazas de la ciudad, dibujando una estampa apocalíptica. Aun así, a pesar de las advertencias de sus mayores, los jóvenes no se amedrantaron y siguieron recorriendo las calles haciendo sonar el claxon en actitud desafiante. Lo hacían mostrando sus fusiles al aire, asomando el cañón por las ventanas de los autos, apuntando hacia los balcones balaustrados de sus antiguos empleadores. Hacían hincapié en el hecho de que habían ganado. Tipos que apenas unas horas antes habían sido denigrados por la prensa de orden al ser tachados como «chusma» y «gentuza extranjera», y que, ahora, de un día para otro, se habían convertido en los amos de la ciudad.

En las semanas que siguieron a la debacle golpista, la zona alta experimentó una transformación palpable: los trajes lujosos, las corbatas y los sombreros de copa desaparecieron completamente de la escena pública. El pánico se apoderó de los barrios adinerados, dejándolos desolados, sin un alma en sus calles. Del recién establecido Comité Central de Milicias Antifascistas, del cual hablaremos más adelante, surgió un organismo que asumió el papel de un servicio alternativo de Orden Público: el Comité Central de Patrullas e Investigación, popularmente conocido como Patrullas de Control. Esta improvisada estructura policial, compuesta por civiles armados, se dedicó a hacer cumplir la ley llevando a cabo redadas punitivas en los hogares de los que habían sido previamente identificados como enemigos de la Revolución.

Aterrados, los antiguos amos de la ciudad, miembros del Círculo Ecuestre y del Club de Polo, accionistas mayoritarios de la Barcelona Traction, S.A. o del Banco de Barcelona, se preguntaban quién les ayudaría a detener su caída. Encerrados en sus fortalezas de la zona alta, con un nudo en el estómago y sin poder llevarse a la boca ni una muesca de la comida que se acumulaba en sus platos, clavaban la mirada en el transistor que repetía machaconamente las malas noticias: el asalto a las armerías de los cuarteles, la rendición de los militares golpistas y la resistencia del pueblo en armas. Suplicaban clemencia a su Dios, rogándole que lo que escuchaban no fueran más que rumores, medias verdades malintencionadas, una invención más de sus enemigos para desmoralizarlos y sembrar el pánico. Aferrados a la idea de que la sublevación triunfara y llegaran refuerzos de otras partes de España, se dieron cuenta, con el paso de los minutos, de que nada de eso ocurriría, de que nadie vendría a salvarlos. Fue en ese momento, cuando, ante las imágenes dantescas de una «turba de incontrolados» asaltando su casa, decidieron planificar su huida de Barcelona.

Francisco Lacruz, testigo del triunfo incontestable de las clases populares el 19 de julio de 1936, publicó en plena posguerra, en 1943, un libro panfletario titulado *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*. En él describiría a esos jóvenes revolucionarios como «seres infrahumanos llenos de taras psicopáticas». La descripción de Lacruz mostraba esa deshumanización sin escrúpulos que a lo largo de los años había ido alimentando la prensa de orden de la ciudad. Un mantra que identificaba a los jóvenes revolucionarios como la «Anti-España». Esta idea fue calando en el inconsciente colectivo de la sociedad española durante décadas. Dejemos que sea el propio Lacruz quien nos la muestre con toda su crudeza:

> En esta ciudad, creada por el esfuerzo de una burguesía laboriosa, población excepcionalmente dotada para la vida cómoda, disciplinada y grata, todo se había convertido en sórdido y torvo. Una multitud proletaria, agitada por los más ruines sentimientos revanchistas, imponía a la gran masa absorta por el terror su sentido plebeyo de la vida.

Estos hombres y mujeres estigmatizados, calificados antes, durante y después de la Guerra Civil, como sujetos indeseables, enfermos, representantes del mal, que «llevaban consigo el virus de la justicia social», frenaron ante la mirada atónita de sus enemigos una sublevación militar.

Pensándolo bien, el asalto al cuartel del Bruc no fue un acto razonable en modo alguno. Fue un completo y absoluto acto de fe, una fe amasada durante años a base de toneladas de rabia y maltrato acumulado. En la mañana del 19 de julio, hacía ya tiempo que los jóvenes obreros de Les Corts, aprendices de torneros, vendedores ambulantes, desempleados, hijos y nietos de los nadie, de los desheredados, habían dejado de ser títeres del destino, esos ilusos peleles que en los últimos tiempos se habían dejado arrastrar por el juego amañado de la política. Ahora, gracias a la convicción de sus ideales, habían desaprendido la dañina analogía de aquel futuro inevitable, escrito de antemano en los libros de Historia, que siempre les tenía reservado un lugar trágico en una celda de castigo. Ahora, esos jóvenes se veían a sí mismos como hombres y mujeres de acción que llevaban las riendas de su propio destino. Compartían, como si fuera un secreto a voces, la feliz promesa de un territorio aún ignoto pero asequible, un mundo mejor al alcance de su mano. Llevaban esperando esa mañana desde hacía meses, años, quizás décadas. No había duda, tenían hambre de gloria, y creían, como fieles devotos de una nueva e imparable religión, que aún no había nacido nadie que pudiera detenerlos.

Dispuestos como estaban a entregarlo todo, su propia vida si fuera necesario, los jóvenes anarquistas deambulaban por las calles de Les Corts como gigantes, hinchados por una confianza deslumbrante, avasalladora. Durante las primeras horas de la mañana del 19 de julio, esos jóvenes tantas veces despreciados por la prensa y las Fuerzas del Orden, deshumanizados a diario por sus adversarios, mostraron una fe nunca vista en sí mismos y en el futuro. Creyeron que no existía enemigo que pudiera derrotarles, que no había en los cuarteles suficientes armas ni soldados para aplacar sus ansias de victoria.

No hay duda de que esa confianza supuso un punto de inflexión en la batalla por Barcelona, suponiendo un antes y un después en

toda la lucha que vendría. Esa predisposición al enfrentamiento, a cambiar por la fuerza su realidad, surgió en la mañana del 19 de julio como una reacción espontánea ante una sublevación militar-fascista. Esa lucha en las calles de Barcelona, aunque aún no lo sabían, desencadenaría una Revolución que, por falta de entendimiento y, quizás, exceso de confianza, se iría diluyendo con en el paso de los días y por la presión estalinista.

Sí eran conscientes, en cambio, o al menos lo intuían, que cada victoria lograda en el campo de batalla en las jornadas de julio, por escasas que fueran, los acercaba un poco más al mundo sin clases que tanto anhelaban. Con el paso del tiempo, acabaron por entender la Guerra y la Revolución como un todo, un ente inseparable donde la una y la otra se retroalimentaban con el único objetivo de transformar la sociedad. Y era esta, y no otra, su verdadera obsesión: transformar la sociedad de arriba abajo.

Los Granero, Zafra o Anadón no estaban dispuestos a entregar sus vidas sin más, sin recibir nada a cambio. No iban a jugársela para salvar a un régimen republicano que sentían ajeno, incluso hostil, que los había perseguido y humillado sin descanso. Lo tenían muy claro, asaltaban las calles en defensa propia, lo hacían para proteger a los suyos, sus barrios y sus familias, a nadie más. Era un simple acto de autodefensa. Aunque, en realidad, iba mucho más. Querían transformarlo todo e implantar el comunismo libertario.

No había en ellos un ápice de condescendencia hacia la República, un ente abstracto que los había defenestrado una y mil veces. Eso lo sabían sus adversarios políticos, eran completamente conscientes de ello. Los jóvenes revolucionarios no darían su vida por un régimen burgués que los había perseguido y arrinconado, aunque se llenaran la boca con palabras como «Democracia» y «República», nada de eso importaba. Por eso mismo, en los momentos más delicados de esa mañana incierta, cuando el Golpe aún podía triunfar, los dirigentes de Esquerra se negaron a entregarles las armas que con tanto ahínco pedían. Es más, hicieron todo lo posible para quitarles las que tenían en las manos.

Esa mañana del 19 de julio, un río de jóvenes obreros de los suburbios bajaron al centro para plantar batalla a los golpistas. La

mayoría lo hicieron desarmados, a pecho descubierto. Eso sí, llevaban consigo una voluntad firme, a prueba de balas y metralla. La sublevación militar —quizás, pensaban— podría acarrearles la tan ansiada Revolución. En palabras del historiador Walther L. Bernecke, esos jóvenes:

> ... no luchaban por la democracia burguesa, sino por su superación, no por el capitalismo, sino por el comunismo libertario, no por la prosecución de la relación de dependencia salarial, sino por la incautación de las fábricas y la autoadministración en el ámbito sociopolítico.

Es decir, la suya era en esencia una lucha anticapitalista, querían destruir el sistema para construir sobre sus ruinas una nueva sociedad.

Y así fue. Al paso de esos jóvenes indolentes quedaba derogado el sistema. Abrasado, reducido a cenizas, debía reinventarse. El puente en llamas de la democracia burguesa se venía abajo, y con él la prudencia inútil de los intelectuales de izquierdas, quienes, timoratos, temían que la defensa de la República se les fuera de las manos. Ante el empuje de los desposeídos, como un efecto colateral e inevitable, las conductas complacientes del capitalismo se esfumaban, saltaban por los aires. Un mundo nuevo brotaba desde los pies ennegrecidos de sus antiguos siervos, ascendiendo impetuoso desde ese territorio fértil que habían regado con esmero, un mundo que ahora se imponía al resto. Esa mañana de julio, «el pueblo en armas», como a ellos les gustaba que les llamasen, cuerpo a cuerpo, como una masa firme y compacta, se lanzó al asalto de la ciudad como quien se sube al último tren de la Historia.

Tras dos días de lucha a cara de perro, se consumaba la derrota de los militares golpistas. La victoria del «pueblo en armas» no salió gratis, tuvo un alto coste entre sus filas. Más de trecientos cincuenta militantes anarcosindicalistas pierden la vida en las calles de Barcelona, algunos de ellos menores de edad.

En la calma que siguió a la batalla, los miembros del Comité de Defensa les Corts, ahora Revolucionario, ocuparon el Convento de las Carmelitas Calzadas de la Encarnación, incendiado durante la

jornada del 19 de julio. Situado en el número 59 de la calle Deu i Mata, se convirtió en la sede del Comité Revolucionario de Les Corts, también conocido como de los «Aguiluchos».

Gertrudis de la Creu, priora del convento, se vio obligada a abandonar el recinto a punta de pistola. No todas las monjas siguieron sus pasos, algunas decidieron quedarse junto a los milicianos para colaborar con ellos, quizás con la idea de construir un mundo nuevo, más justo. Según ellas, en las tareas que, casi como un sacrilegio, requerían los nuevos usos del convento: comedor popular, dispensario médico, centro de reclutamiento, etcétera.

No solo fue expropiado el Convento de las Carmelitas, otros recintos eclesiásticos del barrio cambiaron igualmente de uso: el Convento del Buen Consejo, sito en el número 11 de la calle Joaquín Molins, fue destinado a preventorio judicial de mujeres, mientras que el Colegio de Loreto, de gran capacidad —sus terrenos ocupaban cuatro manzanas del Ensanche—, fue utilizado como cuartel.

La joven anarquista Sara Berenguer lo recordaría en *Entre el sol y la tormenta*:

> Después de los primeros días del alzamiento militar se incautaron locales que los facciosos habían abandonado, conventos, iglesias y otros edificios, los cuales habían sido ocupados para las instalaciones de comedores populares, ateneos, Juventudes Libertarias, comités de barriada, sindicatos, etc. El Comité Revolucionario de nuestra barriada, que estaba instalado en el Bar Los Federales, cuyo propietario era el compañero Pep, afín a los ideales anarquistas, se trasladó al convento de las Carmelitas, calle Deu i Mata.

El 25 de julio, partió el primer grupo de voluntarios de Les Corts hacia el Frente de Aragón. Entre ellos iba el padre de Sara, el veterano anarquista Francisco Berenguer Madrid (en *Entre el sol y la tormenta*):

> ... De inmediato se hizo una llamada a los voluntarios para que se concentraran en diversos puntos de las barriadas de Barcelona. En nuestra barriada se formó un grupo. Acudieron armados con sus res-

pectivos fusiles al cuartel de Pedralbes, al que le dieron el nombre de Bakunin y de allí salieron. Entre ellos estaba mi padre. La columna tomaba el nombre de Columna Ortiz.

Ese mismo día, el Comité Revolucionario de Les Corts hizo un llamado desde la *Soli* para organizar urgentemente el distrito. La Revolución, aunque parezca contradictorio, necesitaba orden, un orden estrictamente revolucionario:

> Al pueblo:
>
> Trabajadores, vivimos horas graves. La reacción fascista quiere dar un golpe mortal a las libertades del pueblo.
>
> Nosotros estamos dispuestos a ofrendar hasta nuestras vidas por defender estas libertades. Para eso necesitamos la ayuda de todos los trabajadores. Necesitamos organizar urgentemente la barriada.
>
> Que todos los productores se pongan en contacto con las comisiones respectivas del Ramo a que pertenecen en la Federación de Sindicatos de esta barriada.
>
> Este Comité garantiza los intereses del pueblo en su aspecto moral y material. Y precisa de modo enérgico evitar todo acto de pillaje. Que nadie haga entrega de nada sin autorización de este Comité. Todo individuo o grupo que se dedique al robo será pasado por las armas. Todos cuantos tengan armas sin control de este Comité y no las entreguen inmediatamente, serán considerados facciosos.

Este llamamiento urgente, dirigido «al pueblo» en un momento de máxima tensión, revela el punto de inflexión al que llegaron los comités de defensa confederales cuando comenzaron a ser señalados por las tropelías cometidas por una minoría exaltada. En medio del caos, la voz del comité no solo convoca a la defensa organizada, sino que intenta imponer un marco ético frente a la tentación del pillaje y la violencia desbordada. Es un ejemplo nítido de cómo, incluso en los escenarios más extremos —como el estallido de una guerra civil o el avance del fascismo—, ciertos sectores populares procuraron mantener vivos los ideales de justicia, solidaridad y disciplina colectiva.

La apelación a «los trabajadores» como sujetos centrales expresa una concepción del mundo en la que la clase obrera no es solo

víctima pasiva de la historia, sino protagonista activa de su transformación. Al mismo tiempo, la severa advertencia —incluida la amenaza de ejecución— dirigida a quienes actúen al margen del mandato del comité, pone de relieve la compleja tensión entre la aspiración a la libertad y la necesidad de orden en contextos revolucionarios.

Dos días después del llamamiento, de nuevo desde la Caserna Bakunin, salió otra columna en dirección al frente. Estaba formada, casi exclusivamente, por vecinos de la barriada. Fue bautizada con el nombre de «Aguiluchos de Les Corts». Entre los cien integrantes, aparte de Concha Pérez y las hermanas Castro Sanz antes citadas, se encontraba también el manchego de diecinueve años, Edelmiro Manzano García, residente en una de las barracas destartaladas de la calle Cabrinetti, a un paso de la Cárcel Modelo. Lo acompañaban los hermanos Eleuterio y José Gómez, ambos residentes en el 4º 2ª del número 8 de la Travesera Vieja de Les Corts. Su familia les perdió la pista poco después de su partida; nunca más se supo de ellos. Desaparecieron sin dejar rastro, engullidos por el curso implacable de la Historia.

Diez días después de la marcha de «Los Aguiluchos», el sábado 8 de agosto, el Boletín de Información del Comité Central de Milicias Antifascistas, elogiaba la labor realizada hasta la fecha por el Comité Revolucionario de Les Corts. Liderado por Vicente Granero e Higinio Puchol, se volcó desde el primer momento con los más necesitados, abriendo comedores populares y ofreciendo trabajo a los desempleados. El boletín destacaba «la armonía y moralidad» con la que habían llevado a cabo todas sus actividades.

Mientras muchos jóvenes partían hacia el frente, la Revolución comenzaba a aposentarse en las barriadas obreras de Les Corts. No le costó mucho echar raíces, brotaba natural y rápidamente, tomando forma en las calles, en las fábricas ocupadas y en las villas expropiadas. Se hacía presente en el día a día. La podías reconocer en los nuevos modos en los que las clases populares se relacionaba con los órganos de poder. Se veía en las conductas de los antiguos amos, ahora humildes, huidizos y arruinados. Brillaba en los ojos vivos de los niños de la calle, que por fin parecían vislumbrar un mundo nuevo y al alcance de la mano. Relucía ostentosa en las banderas rojine-

gras que inundaban la calle, los balcones y los postes publicitarios. Los que antes de la guerra no tenían nada que decir, ahora hablaban, eran escuchados. Los mil veces perseguidos y ultrajados ahora impartían la Ley y la Justicia.

Sara Berenguer evocaría años más tarde los efectos transformadores de ese proceso revolucionario:

> Para la mayoría de las mujeres, sumisas e ignorantes, la revolución fue como un estallido de luz que vino a nosotras y nos abrió un camino que, hasta entonces, habíamos tenido vedado.

Una de las primeras medidas que tomó el Comité Revolucionario de Les Corts fue organizar una Comisión de Abastos. La ubicaron en la calle Calabria, esquina con la calle París, donde se habían incautado de un local. De nuevo, Sara rememoraría a los responsables de la comisión:

> José Carrasquer (padre) y Carlos Sanz pasaron a la administración y contabilidad de Abastos, cuyo responsable de compras era Bartolomé Guerra [...]. Ya conocía a todo el secretariado. Vicente Granero, secretario del Comité Revolucionario, Pompeyo Rosquillas, Miret —conocido como «Peret de Cervera»—, Paulino Sosa, Sergio Somoza, José Carrasquer, Higinio Puchol, Áurea Cuadrado y Félix Carrasquer. A «Peret de Cervera» pronto lo perdí de vista y no lo vi hasta casi al final de la existencia del comité. Había algunos más que no logro recordar. Para ayudar a las distintas labores, entre otros compañeros, uno de ellos era mallorquín, apellidado Tena, Francisco «el Moneta», el albañil, que siempre tenía algo que hacer, Conde, Monforte, etc. Al lado del ala izquierda del edificio central, situado en el mismo jardín, estaba la armería, de la que se ocupaba Santiago Burguete «el Chispa».

La estructura organizativa del Comité Revolucionario de Les Corts desempeñó un papel esencial para garantizar la prestación de servicios básicos a los vecinos más vulnerables, al tiempo que sostenía y potenciaba la lucha revolucionaria. Este comité se integró también en un organismo superior de coordinación que reunía a los secretarios de los distintos comités revolucionarios de la ciudad,

estableciendo así una red autónoma capaz de superar las dinámicas tradicionales de gestión, delegando el poder hacia el pueblo. Vicente Granero representó al distrito de Les Corts en este organismo, asegurando la articulación efectiva entre el comité local y la estructura centralizada de gestión revolucionaria.

Otro de los usos que tuvo el recién expropiado Convento de las Carmelitas, fue el de puesto de mando de una de las Patrullas de Control. Como ya dijimos, este organismo parapolicial actuaba como substituto de las Fuerzas del Orden Público descabezadas tras el Golpe de Estado. Creadas el 21 de julio por el Comité Central de Milicias Antifascistas, las patrullas dependían del Comité de Investigación, máximo órgano policial dirigido por Aurelio Fernández, de la FAI, y Salvador González Albadalejo, del PSUC.

Juan Pérez Güell, el padre de Concha, fue, según la policía franquista, uno de los patrulleros de la CNT que, hasta el 7 de junio de 1937, momento en el que se reinstauraron las Fuerzas del Orden Público, frecuentó el puesto de mando del Convento de las Carmelitas Calzadas. Detenido a la una del mediodía del día 27 de diciembre de 1955 en el sitio conocido por Dues Aigües, demarcación del término municipal de Vilallobent, a pocos kilómetros de la frontera francesa, fue interrogado y luego trasladado a la Cárcel Provincial de Girona. Se le acusaba de haber cruzado a territorio español por un paso no autorizado. Lo que sigue es parte del informe elaborado días más tarde por dos agentes de la Comisaría de Figueras (AHG170-478-T2-49376):

> ... la Comisaría en oficio del 31 de diciembre último, da cuenta de haber sido puesto a su disposición Juan Pérez Güell, nacido el 2 de enero de 1883 en Barcelona, hijo de Baldomero y María Ángeles, detenido por paso clandestino de fronteras. Se trata de un exilado político que solicitó su repatriación con anterioridad y del que la Comisión Interministerial de Repatriaciones en 30 de diciembre de 1948, acordó la No Admisión por no encontrarse comprendido en los beneficios vigentes. Procede, por tanto, que el referido exilado sea puesto a disposición de la Autoridad Militar, a las que se remitirá al propio tiempo copia de los antecedentes que a continuación se consignan: 01/09/1948 - Solicita repatriación mediate declaración ju-

rada suscrita en el Consulado en Perpiñán; 26/10/1939 - Filiación de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, en la que figura como elemente activo de las patrullas de control, habiéndose ocupado en su domicilio objetos diversos producto de robo durante la dominación marxista; 03/12/1948 - Oficio de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona comunicando que el reseñado, durante parte de la guerra de liberación residió en la calle de Masferrer número 6, estando considerado como individuo exaltado dentro de la CNT; se sabe que fue patrullero y como tal pueden serle atribuidos los desmanes y delitos de sangre cometidos por las patrullas de control, pues era de los principales elementos del comité existente en el Convento de las Hermanas Carmelitas de Las Corts.

No obstante, el primer interrogatorio tuvo lugar días atrás en la Comisaría de Puigcerdà, lugar donde había sido trasladado por los guardias fronterizos después de haber sido apresado (AHG170-478-T2-49376):

Juan Pérez Güell, de 72 años, casado, de profesión fundidor, domiciliado en la calle de la Paja, número 23, 1º 2ª, residiendo actualmente en el pueblo de Vilafranca (Pirineos Orientales, Francia).

Interrogado por las disposiciones generales de la ley, manifiesta no haber sido detenido ni sancionado judicial ni gubernativamente.

El GNN [Golpe Militar] le sorprendió en la capital de su naturaleza, en ella permaneció durante la Guerra de Liberación. Manifiesta que por razones de trabajo perteneció a la CNT, sin que se mezclara en asuntos políticos, así como tampoco haber tomado parte en la Guerra, desplegando su actividad como fundidor en una fundición de hierro denominada Francisco Espí, en la que permaneció hasta el año 1939, y que próximo a liberarse la citada capital por las fuerzas nacionales éste huyó a Francia cuando la retirada del ejército rojo, cruzando la frontera por Le Perthus. Una vez en Francia fue trasladado a Normandía, en donde permaneció por espacio de unos diez meses empleado en trabajos agrícolas; de aquí a Ruan en dónde trabajó en un lapso de tiempo entre ocho y diez meses en una fundición, cuyo nombre no recuerda y que al iniciarse la Guerra de Alemania con Francia, fue puesto en completa libertad, ya que estaban sometidos a vigilancia policial, pasando en esta ocasión a residir en Rivesaltes en donde fue empleado en una Compañía de Electricidad denominada Tech y en otra conocida por Feller, trabaja

entre ambas empresas por espacio de un año; con posterioridad pasó a residir a Vilafranca, en donde ha permanecido hasta el día de ayer veintiséis de diciembre de mil novecientos cincuenta y cinco. El tiempo permanecido en esta última localidad fue empleado por un tal José Tesona, en trabajos agrícolas.

Preguntado sobre el particular, manifiesta que en su rodar por Francia no ha tenido frecuentes relaciones con exilados españoles, que siempre estuvo al margen de todo acontecimiento y que únicamente conoce a dos españoles, uno de ellos llamado Susia y el otro Bergés, con los que tenía algunas relaciones. Manifiesta que durante su exilio en Francia nunca vino a España, y sin embargo recibió dos visitas de su esposa llamada Librada Collado Ballester, ésta provista de pasaporte verificó su primera visita el 3 de diciembre del 1954 y la segunda el día 24 de diciembre de 1955; agregando que en esa ocasión decidió venir con su esposa a residir definitivamente a España, país al cual ella efectuó la entrada legalmente por Puigcerdá, y él la efectuó a campo través y clandestinamente, añadiendo que lo hacía indocumentado porque tenía solicitado del Consulado Español en Perpiñán, los documentos necesarios para su legal entrada y que estos le tardaban demasiado, motivo por el cual fue detenido a las trece horas del día 27 de diciembre, en el sitio conocido por Dos Aguas, demarcación de éste puesto y término municipal de Vilallobent.

Registrado minuciosamente le fue hallada la siguiente documentación: *Carte Ordinaire de Travail*, *Carte de séjour de Résident Ordinaire* con el numero EC 10682, Certificado de Nacionalidad del Consulado español en Perpiñán y una salutación del mismo consulado dirigida al interesado haciéndole saber que había tenido resolución favorable su solicitud y Tarjeta española de abastecimientos expedida a su nombre en Barcelona el día 1 de enero de 1945, Serie B-1 217117 (Carecía de numerario).

El informe estaba firmado por el comisario Isaac Gil Bolaños, recientemente designado en el puesto. El agente manifestaba en una diligencia adjunta, que su intención era volver a interrogar a Juan. Pretendía con ello aclarar la posesión de la Tarjeta de Abastecimiento y Transportes, expedida a su nombre en Barcelona. Algo que era imposible, ya que, según constaba en los archivos policiales, no había vuelto a pisar territorio español desde su marcha precipitada en diciembre de 1938.

Muchas preguntas se acumulaban en mi cabeza tras lo relatado en los informes. ¿En qué momento los Pérez Collado habían dejado su domicilio del Pasaje Roca y se habían instalado en otro mucho más amplio en la calle Dolors Masferrer, también en el distrito de Les Corts? ¿Qué rol había tenido Juan en las Patrullas de Control? ¿Había trabajado en la Fundición de Hierro de Francisco Espí, o era tan solo una coartada? Según, testificó él mismo en el interrogatorio, Juan había abandonado Barcelona poco antes de que entraran las tropas franquistas. Luego, siguiendo al ejército republicano, había puesto rumbo a Francia. No precisaba en qué momento, afirmaba que «próximo» a la entrada de las tropas franquistas, nada más. Por aquel entonces, su hija Concha ya estaba en el país vecino. Había llegado unas semanas antes, y según confirmaría ella misma, no lo había hecho sola. Había abandonado Barcelona el 26 de diciembre de 1938, poco después de deshacerse de toda la documentación que la pudiera comprometer.

Si lo pensamos bien, es muy posible que Juan y Concha hubieran huido juntos. Es una posibilidad bastante razonable. Veamos por qué. Concha relató que, una vez cruzada la frontera, había sido trasladada por las autoridades francesas a una colonia de refugiados situada en Liévin, en el Departamento de Pas de Calais, muy próximo a la Región de Normandía. Allí permaneció durante nueve meses. Luego fue trasladada al Campo de Concentración de Argelès-sur-Mer, al sur de Francia. Por su parte, Juan declaró que, una vez cruzada la frontera, había sido trasladado al norte, a Normandía, donde, según él, había trabajado «durante diez meses» en diversas explotaciones agrícolas. Luego, decía, sin precisar demasiado, que se había trasladado a Ruan, donde había trabajado en una fundición. Algo que no era cierto, ya que Juan, al igual que Concha, había sido trasladado al Campo de Concentración de Argelès-sur-Mer. Así mismo lo atestigua el registro de entrada del campo. ¿Cruzaron Juan y Concha juntos la frontera francoespañola en un momento indeterminado de finales de diciembre de 1938? ¿Llegaron juntos a Liévin? ¿Compartieron nueve meses más tarde el transporte rumbo a Argelès? ¿Por qué Juan mintió a los agentes franquistas que lo interrogaron el 27 de diciembre de 1955, qué escondía, qué temía?

Más de quince años antes, el 22 de julio de 1939, mientras Juan pasaba el rato en la colonia de refugiados españoles de Liévin, el Jefe Superior de Policía de Barcelona, Luis Martí Olivares, firmaba una orden de busca y captura contra su persona:

> Juan Pérez Güell, vivió en la calle Masferrer, 6, bajos. Elemento destacado de la CNT, perteneció a las Patrullas de Control.

Tras su paso por Argelès, los caminos de Juan y Concha se separaron. El primero, tras conseguir la libertad, se trasladó a Rivesaltes, donde comenzó a trabajar para una compañía eléctrica. Concha, por su lado, consiguió instalarse en Marsella, donde ya le esperaba su amiga Fifí. Allí nació Ramón, su primer hijo, fruto de la relación que mantenía con el médico español Isidoro Alonso, a quien había conocido en el Consulado Mexicano. En septiembre de 1942, harta quizás de la incertidumbre que carcomía su vida, necesitada, tal vez, de su familia, decidió volver a España. Lo hizo sin Isidoro, acompañada tan solo de su hijo Ramón.

En Barcelona se reencontró con su madre y hermanas. La situación de la familia era terrible, habían perdido la casa y el trabajo, a duras penas podían mantenerse. Vivían de la voluntad de sus vecinos. Compartían un cuartucho húmedo y minúsculo de una finca de la calle de la Paja, en el Distrito V. Un lugar donde no había, ni siquiera, espacio para la esperanza. «Demasiadas bocas para alimentar», recordaría Concha. Abrumada por los quejidos de hambre de su hijo, no tuvo más remedio que darlo en acogida. Se sentía hundida, atrapada en un estado de parálisis perpetuo. No había forma de enderezar su vida, no encontraba nada en lo que aferrarse. Tardó más de un año en recuperar la custodia de Ramón. Lo consiguió gracias a la intervención de sus empleadores, una familia de refugiados judíos para quienes trabajaba.

Por aquel entonces, el 16 de agosto de 1944, la familia recibió otra noticia terrible, José, el hermano de Concha, recluido desde hacía meses en un Batallón de Trabajo, fue condenado a doce años y un día de reclusión menor por el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo. La rabia era ya incontenible.

Concha, independizada de su familia, se mudó con su hijo Ramón a un pequeño piso del Distrito V. Fue entonces cuando se reencontró por las calles del centro con un viejo amigo, el cenetista Maurici Palau Casas, antiguo compañero del Ateneo Faros. Miembro, como lo fue su padre, de las Patrullas de Control, acababa de salir de la cárcel tras cumplir seis de los doce años y un día de su condena. Con él construyó una vida de pareja que se prolongó a lo largo de treinta años. Parecía que todo comenzaba a enderezarse. Fue entonces cuando Juan, detenido en Villallobent tras haber intentado cruzar clandestinamente la frontera, quedó a disposición de la justicia franquista. Había cambiado mucho desde la última vez que lo había visto Concha, ahora era un hombre arrugado y hundido, que sobrepasaba los setenta y dos años y padecía severos problemas de salud. Finalmente, tras mucha incertidumbre, el 2 de enero de 1956, el director de la Prisión de Girona, firmó la admisión de su ingreso en la cárcel. Como en los viejos tiempos, Librada, Concha y sus hermanas, fueron a visitarlo. Ahora, sin embargo, se encontraron con un hombre mayor, derrotado, a quien no le quedaba más remedio que aceptar lo que se le venía encima.

*

En julio de 1936, como el resto de sus compañeros del Comité Revolucionario de Les Corts, el murciano Ginés Zafra, hermano del difunto Cosme, partió al frente desde el recién conquistado Cuartel Bakunin. Desconocemos su recorrido durante los primeros meses de guerra, pero sí sabemos, en cambio, que el 27 de abril de 1937, en el contexto de la militarización forzosa de las milicias antifascistas, fue incorporado al 474º Batallón de la 119ª Brigada mixta , en la 26ª División. El 25 de mayo de 1938, fue ascendido a cabo, y el 30 de julio a sargento. Pocos meses más tarde, ante el avance imparable del enemigo, fue testigo del derrumbe del Ejército Republicano.

El 11 de febrero de 1939, el grueso de la 26ª División, integrada fundamentalmente por anarquistas, atravesó la frontera por el paso fronterizo de Bourg-Madame, cubriendo la retaguardia. Según publicó el periódico francés *La Dépêche du Midi*, cuando la 26ª

División pisó por primera vez Francia contaba entre sus filas con nueve mil hombres. Entre ellos, aparte de Ginés, se encontraba otro joven anarquista de Les Corts, Miguel López Parra, vecino de la Colonia Castells. Estos son sus recuerdos sobre el tránsito a Francia (En *Campos de Concentración de Francia*, CELL Federica Montseny, 2022):

> En el curso de nuestra vida existen días memorables, podríamos aceptar que el más esplendoroso pueda ser el de la fecha de nuestro nacimiento, pues desde ese instante empezamos a respirar por nuestra propia cuenta, liberándonos de nuestra celda materna en favor de la Libertad. Pero el 11 de febrero de 1939, con la angustia en el corazón y los pulmones a punto de estallar, nos precipitábamos, a marchas forzadas, por las laderas del Pirineo gerundense, sin ninguna dirección fija, aunque sí con un objetivo, conseguir la línea divisoria de nuestra frontera con Francia. El Fascismo Internacional nos había derrotado. Rotas las líneas de defensa de nuestro ejército, corríamos a la deriva buscando la única tabla salvadora que teníamos a nuestro alcance. A quinientos metros de nuestras siluetas iban las fuerzas franquistas, empujándonos hacia Francia. Éramos las últimas fuerzas que abandonaban el territorio catalán por la zona de Puigcerdà. Yo iba encuadrado al Cuarto Batallón de la 119 Brigada Mixta de la 26ª División (Columna Durruti). Las noticias que nos llegaban de Francia eran totalmente desfavorables a nuestra entrada en el país vecino.

Tras pasar por el centro de tránsito de Latour de Querol y la fortaleza de Mont-Louis, los hombres de la 26ª División fueron trasladados al Campo de concentración de Vernet d'Ariège, situado en el Prepirineo francés, entre los pueblos de Le Vernet y Saverdun. Entre catalanes, valencianos y aragoneses, mayoría en la 26ª División, se encontraba también un madrileño de veinte años. Se llamaba Tomás Valentín Ramos. Era mi abuelo.

Estamos en el mes de febrero de 1939 y la campiña francesa está teñida de blanco. Tomás forma parte del numeroso contingente de la retirada republicana. Desde ese momento y hasta el final de sus días, cargó para siempre con el estigma del vencido. Mi abuelo solía recordar vivamente aquel episodio que, aún muchos años más tarde,

seguía colmándole de humillación e impotencia. Rememoraba ante mis ojos atónitos aquel «*Allez! Allez!*» que vociferaban los gendarmes a su paso. Yo lo miraba como quien mira a un héroe derrotado, lo imaginaba encorvado y cabizbajo, avanzando en fila india por una senda blanca que lo conducía hacia un destino culposo e incierto. Esas primeras semanas en Vernet fueron especialmente difíciles para los refugiados republicanos, enfrentados al hambre, al frío y a las enfermedades. El 4 de marzo murió el primer prisionero del Campo, se llamaba Abel Navarro Tortajada y tenía cuarenta y cuatro años.

Durante los meses que Tomás pasó en Vernet, desestimó la posibilidad de emigrar a México, algo de lo que se arrepintió el resto de su vida. Tal como me explicaría años más tarde, había sido su capitán quien le había propuesto embarcarse hacia América. Decían que el gobierno mexicano estaba abriendo las puertas a los refugiados republicanos, y que la vida en tierras mexicanas era liviana y sencilla. Tomás, paralizado por la incertidumbre, decidió quedarse en el campo y esperar. El 17 de junio de 1939, gracias a la mediación de la Cruz Roja, envió una carta a la dirección del domicilio familiar en Madrid, número 10 de la calle Infantas, esperando encontrar una respuesta. La carta, sin embargo, nunca llegó a destino. La situación se tornaba, día a día, más insostenible. ¿Qué podía hacer? Tenía veinte años, y se encontraba solo, débil y hambriento. Quizás por eso mismo decidió aferrarse al rumor que llegaba desde el otro lado de la frontera, asegurando que el régimen franquista sería benevolente con los soldados que no tuvieran delitos de sangre. Finalmente, el 23 de julio, Tomás se unió al convoy que había organizado la gendarmería francesa y cuyo destino era Hendaya, en la frontera francoespañola. El 25 de julio, los soldados republicanos cruzaron la frontera, siendo inmediatamente detenidos por la policía franquista y trasladados al Campo de Concentración de Irún. Una vez allí, Tomás y sus compañeros fueron clasificados en dos grupos. Uno de ellos, el más numeroso, estaba integrado por hombres que habían servido en las filas del ejército republicano. Estos tenían la denominación oficial de «presentados por la frontera». Tomás era uno de ellos.

Esta carta, fechada el 4 de agosto, fue la primera que Tomás escribió a su padre desde el Campo de Concentración de Irún:

> Mi querido padre: Después de infinidad de tiempo al fin puedo escribirte. Desde luego que no ha sido culpa mía, pues en Francia no tenía dinero para el franqueo, y en España no lo hice antes porque no me acordaba del pueblo en el que estás destinado. Ya me hago cargo de lo que habrás sufrido, pero espero que podrás desquitarte en cuanto estemos todos juntos. Yo también he pasado lo mío, sobre todo pensando en vosotros. Estoy provisionalmente en las oficinas del campo. Estoy muy bien, inclusive con una libertad relativa. Puedo salir del campo, pero no circular por la población. Hace días escribí al tío Pío, y por ahora no he tenido respuesta. Hoy he recibido carta desde casa en la cual me envían dos avales, uno de Manolo, y otro de un amigo suyo. No sé el tiempo que estaré aquí. Si cuando termine me enviarán a otro campo o me enviarán a casa.

Mientras mi abuelo se arrepentía en el Campo de Irún de la decisión tomada días atrás, Ginés Zafra, el miliciano con quien pudo haber coincidido en Vernet, abandonaba el Campo sin dejar rastro. Mientras saltaba de un trabajo a otro y deambulaba por el sur de Francia como un prófugo más, los alemanes conquistaron el país vecino en seis semanas. Ginés decidió entonces ingresar en la Resistencia. Cinco años más tarde, al concluir la II Guerra Mundial, sería galardonado con la Cruz de Guerra. Se había convertido en un héroe de guerra. El joven revolucionario de Les Corts, aquel antiguo exponente de la «chusma» arrabalera, había sido condecorado por el Gobierno Francés. En el momento de la entrega del galardón, subido a una tarima y rodeado de sus camaradas, Ginés —tal como relató la prensa— permaneció en silencio, mudo, mirando al infinito. Puede que se acordara de su hermano Cosme, había sido él quien lo había mantenido con vida en los momentos difíciles, la llama ardiente que había iluminado el camino en la oscuridad de la noche. Porque el cuerpo moribundo de Cosme nunca dejó de estar presente en sus recuerdos, pero también, como no, en sus pesadillas.

II. La gestación de un mundo nuevo

El domingo 28 de septiembre de 1936, en la plaza antes conocida como Navas, en el barrio del Poble Sec, se celebró un acto en homenaje a Germinal Vidal i Lafarga, líder de la Joventut Comunista Ibèrica, quien había caído en combate el pasado 19 de julio en la plaza Universidad. Durante la ceremonia, se descubrió una placa que rebautizaba la plaza con su nombre. En el acto, intervinieron Wilebaldo Solano, secretario general de la JCI, y el dirigente poumista Andreu Nin, recientemente designado Consejero de Justicia de la Generalitat [ANC1-42-N-14828].

II

Horas antes de la madrugada del 19 de julio de 1936, las calles de Barcelona experimentaban la fiebre de la espera, una espera inquietante que postergaba cada una de las decisiones pendientes por tomar. Los Comités de Defensa de cada barriada y las sedes de los partidos y sindicatos antifascistas llevaban horas movilizándose para conseguir armas en Sants, La Torrassa, Sant Andreu, Les Corts o el Poble Nou. La negativa de Frederic Escofet, Comisario del Orden Público de la Generalitat, no había disminuido un ápice su empeño en conseguirlas. Además de hacer acopio de sus propios arsenales clandestinos, que habían ido aumentando en los últimos meses, la noche anterior, la del 18 de julio, militantes confederales habían usurpado algunas armas reglamentarias de los serenos que deambulaban temerosos por la ciudad.

Al día siguiente, *La Veu de Catalunya* señalaba que tres desconocidos, pistola en mano, se habían dedicado a robar las armas reglamentarias de los vigilantes de la barriada del Poble Sec. En la calle del Cano, por ejemplo, la víctima fue el sereno de cuarenta y seis años, Narcís Pascual Cabrero, domiciliado, según la prensa, en el número 49 de la calle Radas. Al parecer, le habían sustraído una *Parabelum* a punta de pistola. En la calle Vila i Vilà, le sucedió lo mismo al vigilante Josep Tarrazón Sagristà, domiciliado en el número 26 de la calle Amalia. En la calle Cabañes, la víctima fue Josep Llopis Pérez, un vigilante veterano de cincuenta y ocho años, domiciliado en los bajos del número 12 de la calle Francia Chica. Inflado de valor, corrió tras sus agresores sin obtener recompensa.

Esa madrugada, mientras la compañía encabezada por el comandante golpista Enrique López Belda aguardaba la señal de partida en

el patio del cuartel del Bruc, a nueve quilómetros de distancia, al otro extremo de la Avenida Diagonal, en el barrio del Poble Nou, se celebraba una reunión de urgencia entre los responsables del Comité de Defensa de la CNT-FAI. El lugar escogido para dicho encuentro, fue el domicilio del veterano militante de la FAI, Gregorio Jover Cortés, alias «el Chino», sito en el número 276 de la calle Pujadas, esquina con Espronceda. Acompañaban a Jover, los cabecillas del movimiento confederal de Barcelona, destacados hombres de acción, cuyos nombres resonaban como tambores llamando a la guerra en las mentes despiertas de los jóvenes revolucionarios: Juan García Oliver, Buenaventura Durruti, Antonio Ortiz, Francisco Ascaso, Ricardo Sanz y José Pérez Ibáñez.

Llevaban varios días sin dormir, febriles, abrumados por el peso de la espera, ansiaban como nunca la llamada de las armas. Allí, en ese apartamento humilde, sentados unos frente a otros, compartiendo vino y un pan con butifarra que se vieron incapaces de acabar, los líderes del movimiento anarcosindicalista de Barcelona recibieron la noticia más esperada: los militares golpistas habían abandonado los cuarteles con la intención de tomar la ciudad. En ese instante las sirenas de las fábricas comenzaron a sonar; la chispa había prendido, la guerra había comenzado.

Esa mañana, los famosos líderes del anarquismo revolucionario, curtidos en mil batallas, no lo sabían, pero el mundo tal y como lo conocían estaba a punto de cambiar. La mecha de la Revolución prendió en el momento exacto en que los militares decidieron abandonar los cuarteles. Algo, por otra parte, que los militantes confederales llevaban horas esperando. De hecho, según los últimos informes que habían recibido, sabían perfectamente que lo harían al amanecer.

Ante la afrenta de los militares, que bien podría acarrearles si perdían, cárcel o muerte, en lugar de venirse abajo, los desheredados, los nacidos sin futuro, arrinconados durante lustros en los márgenes más infectos de la sociedad, tachados en la prensa burguesa como terroristas sin escrúpulos y delincuentes sarnosos, «la subclase dañina que pervertía a la buena y honesta clase trabajadora catalana», se lanzaron a la calle sin temerle a la muerte. Su misión, muy lejos de defender la legitimidad republicana, no era otra que trans-

formar la vida de la gente, su propia gente. Como vimos, no tenían nada que perder.

Los destacados miembros de los grupos de acción, conocidos popularmente como «grupistas», profesionales de la lucha armada, los que habían decidido defenderse en lugar de poner la otra mejilla, los mejores exponentes de la aclamada autodefensa obrera, los mismos que solían amar y vivir con exceso, todo con exceso, hasta desfallecer, estigmatizados durante años por el poder monárquico y republicano, decidieron dar una oportunidad a sus sueños y se lanzaron a la calle a hacer la Revolución. Su momento, por fin, había llegado. Fue entonces cuando una generación entera, no exenta de golpes, privaciones y humillaciones, puso en práctica lo que los teóricos ni siquiera se habían atrevido a imaginar. Porque, si las teorías no servían para combatir, entonces —decían sin rodeos— no servían para nada. Así de tajantes se mostraban, despreciando las palabras huecas de algunos de sus dirigentes. Por eso mismo, insistían, «había llegado el momento de la acción».

Mientras en la barriada obrera del Clot se alzaban barricadas al son de canciones revolucionarias, en la calle Fiveller —hoy en día Ferran—, a escasos metros del núcleo de poder, una multitud ávida de revancha asaltaba sin hallar resistencia varias armerías: Beristain en el número 1, Schilling en el 23 y Laplana en el 15. Ante la determinación de los asaltantes, los agentes del Orden Público que deambulaban por la ciudad se mostraban incapaces de hacerles frente. En las calles ya no había rastro de autoridad, ni policías, ni vigilantes, tampoco serenos, todos habían desaparecido. Algunos, incluso, se habían unido a la masa, confraternizando con los que consideraban hermanos de clase. Juntos tomarían las calles empuñando pistolas y escopetas de caza. Eufóricos y decididos, pretendían poner freno a los militares golpistas. Uno de ellos, el joven Miquel Coll, obrero textil vecino de la barriada del Poble Sec, salió de su casa al escuchar el estruendo de las sirenas. Recorriendo a gran velocidad la calle Sant Pau de este a oeste hasta alcanzar las Ramblas, en la esquina con Fiveller presenció cómo una masa asaltaba la famosa armería Beristain. No lo dudó y se sumó al tumulto. El miedo comenzaba a cambiar de bando, nada ahora parecía imposible.

Con la experiencia a cuestas del intento fallido de la Revolución del 6 de octubre de 1934, los militares no lo tendrían tan fácil. Se habían terminado para siempre los paseos triunfales. Aquel verano de 1936, los golpistas se toparon con una clase obrera dispuesta y preparada para el enfrentamiento. Algo, por otra parte, que los militares ni siquiera esperaban.

Como de costumbre, los habían subestimado. Los jóvenes revolucionarios, con el recuerdo amargo aún reciente de las insurrecciones fallidas del 1933 y 1934, llevaban la lección muy bien aprendida. Tal vez por eso, a primera hora de la mañana del día 19 de julio, los Comités de Defensa, transformándose con el paso de las horas en Revolucionarios, habían comenzado a organizarse, levantando barricadas, cortando calles y acaparando armas para ejecutar un plan que llevaban semanas, sino meses, preparando. Los jóvenes revolucionarios de las barriadas habían recibido entrenamiento militar e instrucción en el manejo de las armas. Formación que había sido impartida por «grupistas» experimentados y auspiciada por los ateneos libertarios. Desde hacía meses, por ejemplo, habían acondicionado un campo de tiro a las afueras de la ciudad al que acudían clandestinamente jóvenes ávidos por aprender a disparar.

Las memorias del militante anarquista Abel Paz, revelan que los preparativos para hacer frente a un cada vez más probable Golpe Militar, habían comenzado una semana antes del levantamiento. Señalaba que la noche del 13 de julio, poco después del asesinato de Calvo Sotelo, una veintena o treintena de militantes de las Juventudes Libertarias de la barriada del Clot, habían establecido contacto directo con compañeros de otras barriadas para coordinar la defensa de la ciudad. Otro acontecimiento que refuerza la teoría de la previsión, lo encontramos en el Ateneo Libertario de la Barceloneta, donde esa misma noche, la del 13, habían decidido montar una guardia permanente e ininterrumpida en las puertas de su sede. Esta necesidad de anticipación venía de lejos, estaba bien arraigada en la conciencia colectiva del movimiento obrero. De hecho, cuando a finales de febrero los militares golpistas de la Unión Militar Española (UME), amparándose en la amenaza de una dominación rusa, comenzaron a plantearse la posibilidad de un gol-

pe de efecto definitivo, el Comité de Defensa de la CNT les llevaba casi un año y medio de ventaja. Llevaban meses preparando un plan que contrarrestase una hipotética sublevación militar en la ciudad de Barcelona. En realidad, la anticipación llegaba tan lejos que semanas antes del Golpe, y según algunos testimonios cenetistas, varios militantes se habían dedicado a vigilar los cuarteles, y no solo desde fuera, sino también desde dentro.

La noche antes del Golpe, el anarquista Juan Yagüe, secretario del Sindicato del Transporte Marítimo, había liderado el asalto a los pañoles de los buques atracados en el muelle, consiguiendo alrededor de ciento cincuenta fusiles, que luego esconderían en el Sindicato del Ramo del Transporte, situado en la Rambla de Santa Mónica. Al mismo tiempo, los estibadores de la Unión General de Trabajadores, conocedores de la existencia de un depósito de dinamita almacenada en el puerto, decidieron requisarlo, pasándose la noche entera fabricando bombas de mano caseras. La clase obrera militante, consciente de lo que se avecinaba si vencían los militares golpistas, dejaron a un lado por un momento las discrepancias ideológicas que arrastraban desde hacía tiempo y, unidos, se lanzaron a tomar las calles. El líder anarquista Abad de Santillán reconocería al término de la guerra que «ante la amenaza, esta vez común, olvidamos todos los agravios y dejamos en suspenso todas las cuentas pendientes».

Del mismo modo, en la tarde del sábado 18 de julio, los militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), conocedores de la sublevación militar que se había producido en Melilla, acudieron en masa a sus respectivas sedes a la espera de órdenes y acontecimientos. El Comité Ejecutivo del partido se reunió con urgencia en su sede de la Plaza del Teatro. Allí se encontraban, entre otros, el secretario general de la Joventut Comunista Ibèrica, Germinal Vidal, y los militantes de base, Antonio Agulló Soriano y Francesc Batista Roca. El POUM se había organizado para la lucha bajo las órdenes de un militar que había participado junto a Francesc Macià en la preparación del fallido Complot de Prats de Molló, el rubinense Josep Rovira.

A lo largo de aquella calurosa mañana de verano, desde las ventanas del local del POUM, comenzaban a vislumbrarse los primeros

movimientos entre los militantes cenetistas del Sindicato del Transporte, situado justo en frente, al otro lado de la Rambla de Santa Mónica. Por fin, a primera hora de la mañana del 19 de julio, Josep Rovira recibió la noticia de que los militares habían salido de los cuarteles. De inmediato se pusieron en marcha. Con Rovira a la cabeza, seguido por miembros del comité ejecutivo, como Germinal Vidal, Miquel Pedrola, Daniel Rebull y Francesc Batista, provistos de las armas que habían acumulado en los últimos años en arsenales clandestinos o sustraídas esa misma mañana de las armerías de la calle Fiveller, pusieron rumbo hacia la parte alta de las Ramblas, direccionándose desde Canaletes a la Plaza Universidad por la calle Pelayo. La plaza estaba ya tomada por los sublevados. Un escuadrón del regimiento de Caballería de Montesa, sumado a un contingente del Cuartel del Bruc reforzado por un grupo de voluntarios civiles, entre los que se encontraban los falangistas Félix Cameno y Miguel Ángel Luna, habían ocupado minutos antes el edificio histórico de la Universidad de Barcelona, emplazando ametralladoras en sus alturas. Los golpistas, superiores en número en ese momento, se habían hecho fuertes dominando el perímetro de la plaza. Desde las cinco menos cuarto de la madrugada, tenían ocupado todo el edificio. En el momento en que se produjo el asalto, el edificio no estaba vacío, había gente en su interior. Se trataba del sereno Bernat López, el conserje Eduard Moltó y el portero Josep Viñolo, los tres acompañados de sus respectivas familias, residentes en las plantas superiores del edificio. Días más tarde, Moltó y Viñolo, testigos de la irrupción de los militares rebeldes, relataron lo sucedido a un periodista de *La Publicitat*:

> A las cinco menos cuarto de la madrugada del domingo se presenta en Plaza Universidad una compañía de sublevados, formada aproximadamente por unos ciento cincuenta hombres, comandados por un comandante, dos capitanes, y muchos oficiales que intentaron entrar al edificio universitario. Como las puertas estaban cerradas, comenzaron a descargar sobre ellas golpes de culata de los fusiles, haciendo estallar los cristales de la entrada principal. Fue entonces cuando se les franqueó el paso. El sereno, obedeciendo la orden del comandante rebelde, avisó a sus compañeros, los cuales

> fueron obligados a quedarse en la planta baja, y encargaron al portero Viñolo que respondiese al teléfono con la orden expresa de contestar a todas las comunicaciones con un «No podemos decir nada».

Fue entonces cuando López, Moltó y Viñolo pudieron observar detenidamente a los sublevados, percatándose que algunos de ellos no eran militares, sino civiles disfrazados. Como testificaron horas después, los voluntarios llevaban una guerrera ridículamente grande y algún que otro casco, poca cosa más. Algunos vestían la típica chaqueta oscura que solían lucir los falangistas. Moltó y Viñolo prosiguieron así su relato:

> Los rebeldes se apoderaron de las llaves de todo el complejo y comenzaron a ocuparlo, lo mismo ocurrió con la plaza, donde se hicieron fuertes, contestando inmediatamente el ataque que iniciaron varios paisanos desde la Gran Vía y la Ronda de Sant Antoni. Los fascistas instalaron una ametralladora bajo una de las palmeras de la plaza, y dos más en las torres del Servicio Meteorológico de la Universidad y otra en el campanario, desde donde atacaron las fuerzas leales. Se ha dicho en alguna parte que algunos de los paisanos rebeldes eran estudiantes, pero no conocimos ninguno.

Hoy podemos confirmar que Moltó y Viñolo estaban equivocados. Sí que hubo estudiantes inscritos a la Universidad de Barcelona entre los asaltantes. Al menos dos, los antes citados Félix Cameno Gutiérrez de la Higuera, estudiante de ingeniería de 23 años, y Miguel Ángel Luna Margenat, un estudiante de Derecho quien, a su vez, ejercía de oficial de complemento del ejército.

Aprovechando su superioridad, los rebeldes se dedicaron a capturar a todos los transeúntes que deambulaban por los aledaños de la plaza, interrogándolos en el interior de la Universidad. Los sospechosos, aquellos que llevaban en la solapa algún tipo de acreditación que los vinculaba con alguna entidad obrera, eran conducidos a otra sala y apaleados. Entre los detenidos figuraron, entre otros, el militante de Esquerra Republicana de Catalunya, Enric Fontbernat, quien, al día siguiente, caería muerto en el asalto definitivo al

Cuartel de Atarazanas, o el famoso líder anarquista Ángel Pestaña, en ese momento una figura sin relevancia en el movimiento obrero.

A pesar de su dominio inicial, las primeras bajas estuvieron del lado de los rebeldes. Se trataba de cinco militares que habían dado el alto a un grupo de civiles que paseaban por la plaza sin percatarse de que había caído en manos de los sublevados. Uno de ellos, al parecer militante de Estat Català, sacó su revólver y disparó contra los soldados, matando a dos en el acto e hiriendo a los otros tres. Agotadas las municiones, fue detenido y fusilado inmediatamente junto a sus acompañantes. Pocos minutos después, debido a la presión ejercida por las fuerzas leales, los sublevados se vieron obligados a retirarse de la plaza, instalando la ametralladora a las puertas de la universidad. A partir de entonces, los golpistas se hicieron fuertes desde la ubicación privilegiada que ofrecían las altas torres del recinto.

Desde lo alto, parapetados en una posición muy ventajosa, los golpistas observaron la llegada de un grupo de milicianos que corrían fusiles en mano por la calle Pelayo. Se trataba de los militantes poumistas que habían partido minutos antes de la Rambla de Santa Mónica. El grupo, sin protección ni cobertura amiga, se vio sorprendido por el fuego cruzado del enemigo. Escoltado por varios militantes, Josep Rovira, el líder del grupo, buscó refugio en el portal de un bloque de viviendas. Desde dentro, aún perturbado por el estruendo de las detonaciones, observó como varios compañeros caían desplomados por los disparos de las baterías enemigas. Los reconoció de inmediato, se trataba de Antonio Agulló Soriano, Francesc Batista Roca, Pedro Rabassó Soler, Germinal Vidal Lafarga y Timoteo Urieta Bono.

Timoteo tenía apenas veintinueve años cuando fue abatido aquella mañana en la Plaza Universidad. «Había muerto de pie, tal como había vivido», así lo recordaría días más tarde su hermano Nicolás en el homenaje que le rendió el barrio en el que se había criado. Militante de la JCI, Timoteo trabajaba como operario en la Casa José Boluda y, según nos consta, estaba soltero. Hijo de los inmigrantes aragoneses, Juan Urieta Giménez y Carmen Bono Allepuz, era el quinto de ocho hermanos —Antonio, Florentino, Francisco, Juan, José, Timoteo, Nicolás y Carmen—, casi todos, militantes revolucionarios. Tras abandonar su Zaragoza natal, poco antes de la

Primera Guerra Mundial, los Urieta Bono se habían establecido en el barrio del Raval, en el número 4 de la calle de la Cendra. Como la mayor parte de sus vecinos, los Urieta Bono no lo tuvieron nada fácil. Antonio, el mayor de los hermanos, fue detenido en numerosas ocasiones por hurtos y sabotajes. El 19 de junio de 1916, por ejemplo, recién cumplidos los dieciséis años, había sido arrestado por una pareja de vigilantes del barrio de Sant Andreu al ser sorprendido con maquinaria robada procedente de la Estación del Norte. Dos años más tarde, el 23 de mayo de 1918, fue nuevamente apresado por haber sustraído una pluma estilográfica en un local de la calle Condes de Asalto, hoy Nou de la Rambla. El segundo de los hijos, Juan, marcó a fuego el compromiso de clase en el resto de la familia. Ebanista de profesión y afiliado a la CNT, trabajó durante años en la ebanistería Roca Angerri, convirtiéndose en un respetado hombre de acción del sindicato confederal.

En el momento de su muerte, Timoteo compartía piso con dos de sus hermanos, Florentín y Nicolás, en un humilde inmueble del número 12 de la calle Aurora, también en el Raval, en el estigmatizado Distrito V. Nicolás, afiliado al Sindicato Único del Ramo de la Ebanistería, había destacado como hombre de acción en la lucha sindical, protagonizando operaciones de sabotaje durante la huelga del sector de la ebanistería, una de la más largas y combativas de la primera mitad del siglo XX. Esta movilización, impulsada en gran parte por el Sindicato de la Madera de la CNT, bebía de la constante precarización que estaban sufriendo los ebanistas, quienes, en poco tiempo, y causa de la paulatina mecanización del sector, habían pasado de ser artesanos altamente cualificados, casi insustituibles, a obreros sin cualificar, provocando la transformación del sector, y modificando la correlación de fuerzas entre la patronal y los sindicatos, dejando a los obreros en una situación de desamparo y desprotección absoluta. Ante esta situación, el 9 de noviembre de 1932, y después de que los ebanistas presentasen las demandas requeridas al Colegio de Artífices, la patronal mayoritaria del sector, los anarquistas decidieron convocar una huelga indefinida ante la disposición de los patronos de no aceptar la negociación y derivar el litigio a los Jurados Mixtos. Debemos tener en cuenta que estos jurados habían sido creados a propuesta del Ministerio de Trabajo re-

publicano, por lo que eran considerados como un instrumento ajeno a la CNT y completamente extraño para la inmensa mayoría de la clase trabajadora barcelonesa. De hecho, los anarquistas no le daban legitimidad alguna, ya que consideraban que actuaba bajo los designios de la patronal. Por eso mismo, los cenetistas siguieron apostando por una negociación directa con los patronos, sin voceros ni intermediarios. Esta actitud generó graves conflictos entre los anarcosindicalistas y los delegados de la Unión General de Trabajadores (UGT), con quienes tuvieron varios encontronazos por las calles de la ciudad. No olvidemos, además, que la UGT, sindicato ligado al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), y en consecuencia, vinculado también al Ministerio de Trabajo —el ministro de la cartera, Francisco Largo Caballero, había ejercido de secretario general de la UGT— sí reconocía la legitimidad del Jurado Mixto, presentándose a sí misma como su principal valedor.

Meses más tarde, el 2 de abril de 1933, cuando la huelga ya estaba llegando a su fin, momento en el que el ochenta por ciento de los patronos habían firmado las bases requeridas por el Sindicato, el periódico *La Vanguardia* se hizo eco de la detención de Nicolás Urieta Bono, hermano pequeño de Timoteo. Nicolás había sido arrestado por tomar parte, junto a dos compañeros del ramo, en los piquetes contra una ebanistería ubicada en el número 5 de la plaza Letamendi, propiedad de un tal Pere Fortuny, quien, desde el comienzo de las movilizaciones, había decidido dar la espalda a la huelga para, según sus palabras, «... estar al día en su producción».

Tres días después, estando Nicolás en el calabozo a la espera de juicio, Francisco Eyre Valera, juez instructor del caso, dictó la orden de su ingreso a prisión sin fianza. Eyre había tomado declaración a los tres sospechosos, Nicolás Urieta, Acracio Blanch y Juan Domingo, quienes habían negado su participación en los hechos. Del resultado de la diligencia judicial, resultaron nuevos cargos contra Urieta. Tenían que ver con otros hechos delictivos, dictando contra él auto de procesamiento y prisión sin fianza.

El juez Francisco Eyre, que había sido nombrado por el gobernador civil para frenar de cuajo la violencia anarquista, era un letrado de carrera que había comenzado a prestar sus servicios como juez de instrucción en el mes de mayo de 1929. En 1933, dos años

después de haberse proclamado la II República, había sido nombrado presidente y vicepresidente de los Jurados Mixtos de la Metalurgia de la provincia de Barcelona, convirtiéndose en un fiel aliado de la patronal. Al estallar la Guerra Civil, fue cesado de su cargo, siendo reincorporado poco después —aún no sabemos por qué— como juez especial para investigar casos en los que estuvieran involucrados ciudadanos alemanes (entre otros, por ejemplo, el caso del desaparecido Kurt Landau, líder austríaco de la Sección Extranjera del POUM, a quien trataremos en el tercer tomo de esta trilogía).

En plena Guerra Civil, el 1 de febrero de 1938, Francisco Eyre fue nombrado Juez Especial de Teruel con el objeto de determinar las responsabilidades de los rebeldes cuando la ciudad estuvo bajo control de los militares golpistas. Tres meses más tarde, sin embargo, el Ministerio de Justicia republicano decretaría su cese como funcionario judicial, quedando en la situación de disponible. Se le acusaba, junto a otros jueces, de traición y espionaje a favor de los golpistas. Una vez acabada la guerra, el 22 de mayo de 1939, el Boletín Oficial del Estado hizo oficial que Francisco Eyre había sido readmitido al servicio activo de la carrera judicial, siendo nombrado juez de primera instancia de Barcelona. Poco después fue nombrado Juez Civil Especial de Responsabilidades Políticas de Barcelona, un cargo clave en la temprana represión franquista.

Volvamos ahora al 13 de abril de 1933, momento de la detención de Nicolás Urieta y sus camaradas, cuando la *Soli*, consciente de la campaña orquestada por la patronal, salió en defensa de sus afiliados detenidos, señalando la conspiración que se llevaba a cabo en su contra:

> Las viejas prácticas a que tan acostumbrados estábamos en tiempos de la nefasta Monarquía, han sido heredadas por los que actualmente gobiernan en España en nombre de la República democrática y laica de los trabajadores. Las mismas tácticas y los mismos procedimientos usan cuando se trata de ultrajar a honrados trabajadores. Veamos, por ejemplo, lo que dice la prensa mercenaria de algunos compañeros presos de la huelga de ebanistas. Sin reparo alguno han sido tildados de malhechores y atracadores los camaradas Acracio Blanch, Juan Domingo y Nicolas Urieta. Ante tal infamia no pode-

> mos permanecer en silencio, nuestro deber está en salir en defensa de la dignidad ultrajada sin regatear esfuerzos.

Tal como señalaba el periódico confederal, tras meses de huelga ininterrumpida, la mayoría de los patronos habían aceptado ya las bases propuestas por el sindicato anarquista. De hecho, el 17 de abril, eran ya el noventa y cinco por ciento del total. Así pues, los ebanistas habían conseguido negociar con los patronos sin la intermediación del Jurado Mixto, lo que suponía una afrenta al gobierno y una humillación para la UGT. Finalmente, los anarquistas le estaban ganando el pulso al socialista Francisco Largo Caballero, flamante ministro de Trabajo. Atrás quedaban diecisiete semanas de lucha, hambre y cárcel para muchos ebanistas, tiempo en el que sus familiares habían subsistido gracias a la solidaridad de los que aún seguían en libertad.

Todo había comenzado meses atrás con la consigna de que cada huelguista debía convertirse en «centinela en la puerta de su taller», procurando que nadie comenzase la jornada laboral y se adhiriera, quisiera o no, a la huelga. Dos días después de hacerse pública dicha consigna, a las diez de la mañana del día 16 de abril, en la calle Pelayo esquina Gravina, se produjeron las primeras detenciones. Tras tomarles declaración, la policía informó a la prensa de que se trataba de dos obreros ebanistas. Sus nombres eran Francisco Marrugat y Miguel Montes, dos hombres de acción de la CNT, vecinos del Distrito V, que contaban con un largo historial de lucha y sabotajes a sus espaldas. Marrugat y Montes fueron conducidos a la Jefatura Superior de Policía al comprobarse que habían coaccionado a varios trabajadores de los Almacenes Alemanes.

Francisco Marrugat, nacido en Barcelona en 1912, hijo de Miguel y María, residentes en el número 50 de la calle Joaquín Costa, destacó desde muy joven por su activismo político. Convertido en uno de los militantes más activos del Sindicato del Ramo Gastronómico, donde coincidió con Juan García Oliver, se afilió poco después al Sindicato de la Madera. El 19 de julio de 1939, cuatro meses después de haber concluido la Guerra Civil, en el marco del juicio sumarísimo en el que Francisco estaba siendo acusado de asesinato,

el comisario jefe del Distrito V envió un informe al fiscal para determinar su historial delictivo. Decía así (ATMT3 – 015657 / 2786):

> Tengo el honor de remitir a usted diligencias n. 2653 y n. 2659 del detenido Francisco Marrugat Añón, del que constan sus circunstancias personales en las mismas, y sobre el que se ha observado siempre una conducta muy irregular desde los primeros años de su adolescencia. Ha vivido en el ambiente del Barrio Chino de esta ciudad en el que asimiló completamente los usos de las gentes en contra de la Ley y al margen de ella que viven y merodean en el Barrio de Atarazanas. Ha pertenecido primero a la Sección de Cocineros de la CNT y posteriormente al Sindicato de la Madera, Sección de Barnizadores, de la misma organización. Ha sido detenido y puesto a disposición del Juzgado de Instrucción de esta plaza por haber intervenido en huelgas como elemento coercitivo y violento utilizado por los sindicatos de la CNT.

Francisco representaba la rabia acumulada de una casta de jóvenes obreros que habían padecido las palizas y humillaciones de las Fuerzas del Orden monárquicas, primero, y republicanas, después. Una generación estigmatizada que, al contrario de sus predecesores, había perdido el miedo, mostrándose dispuesta a no recular, a ir de frente, capaces de alcanzar lo que hasta entonces se creía imposible, asaltándolo por la fuerza. Esa agresividad incontenible la podemos intuir en los retratos de sus fichas policiales, la entrevemos en sus gestos, en su mirada firme, altiva, retadora. La encontramos también en su actitud díscola ante la autoridad, a la que ya hacía mucho tiempo habían dejado de respetar. Atrás quedaban los complejos de otra época. No había en ellos rastro de la sumisión de sus ancestros, nada donde perpetuar el privilegio que los había anulado durante generaciones y, que ahora, ante la incomprensión de sus adversarios, parecía resquebrajarse por su insólita e inesperada determinación.

Francisco, al igual que Miguel, no eran personas que vivieran una vida de forma individualizada, formaban parte de un grupo compacto, hermanado, afianzado por vivencias comunes. Eran personas que habían padecido las mismas humillaciones día tras día durante años, en la escuela, en la calle, en el servicio militar, y que

ahora, conscientes del mundo y las injusticias que en ellos se arraigaban, compartían unos objetivos comunes que no estaban dispuestos a renunciar. Pero lo más importante, no era tanto el objetivo y la lealtad que se procesaban unos a otros, sino como alcanzaban ese cometido, que métodos utilizaban. Ahí radicaba el cambio de mentalidad de esos jóvenes obreros, fundamental para entender el proceso revolucionario que estallaría pocos años después, durante el verano de 1936. Eran hombres y mujeres de acción, y eso, ya era mucho en un mundo en el que los objetivos se asaltaban por la fuerza o no se alcanzaban.

Las detenciones en el marco de la huelga del Ramo de la Madera no se detuvieron, continuaron a lo largo de todo el otoño y parte del invierno de 1933. El 17 de noviembre, le tocó el turno a Andrés Vicente, un joven ebanista de apenas diecisiete años, empleado en un taller de la calle Provenza, que, con la intención de negar el acceso a su lugar de trabajo, se había parapetado en la puerta de entrada del taller.

Las dos primeras semanas de huelga fueron especialmente conflictivas. Se produjeron sabotajes y coacciones; se lanzaron petardos y bombas; y se asaltó a punta de pistola. Uno de los establecimientos afectados durante esos días, fue el taller de ebanistería de la sociedad Ramos y Peralta, ubicado en la calle Tapias 8, siendo levemente herido Juan Ramírez, aprendiz de dieciséis años. Ese mismo día, otro taller ubicado en la calle de Rolanda, en la barriada de Sants, sufrió graves desperfectos por la explosión de un petardo que había sido colocado junto a una ventana. Como represalia, en la noche del 22 de noviembre, en las puertas del local del Sindicato del Ramo de la Madera, sito en la calle Rosal 33, fue detenido Manuel Salvador, su secretario general.

A la mañana siguiente, como si formara parte de un plan orquestado de antemano, el Jurado Mixto hizo público un manifiesto donde se acordaba que los patronos estaban obligados a facilitar herramientas a sus operarios, y que si alguno de ellos prefería trabajar con las de su propiedad, percibiría semanalmente una indemnización de cincuenta céntimos. Añadía además que se debía cumplir con los festivos propios de las fiestas nacionales, y que la semana de trabajo no debía sobrepasar las cuarenta y ocho horas. El manifiesto

acababa recomendando a los huelguistas que se reintegraran al trabajo, de lo contrario, les advertía, «su caso estaría conceptuado como abandono del puesto de trabajo».

A pesar de lo anunciado por el Jurado Mixto, el Sindicato del Ramo de la Madera siguió negociando con los patronos al margen de lo estipulado por la Ley, desplegando su estrategia de presión y coaccionando a los empresarios que aún no habían secundado las Bases del Sindicato. Al día siguiente, por ejemplo, el taller de ebanistería de José Villajasana, sito en la calle San Luis 49, sufrió el asalto de cinco individuos, quienes, pistola en mano, amenazaron al dueño con darle muerte si no ordenaba a sus operarios que secundasen el paro. Días después, el 26 de noviembre, la Sección de Ebanistas del Sindicato de la Madera, acordó que, a partir de ese día, la huelga solo se mantendría en esos talleres cuyos patronos aún no habían aceptado las Bases del Sindicato, a la vez que advertía que no concluiría del todo hasta que el último de los detenidos fuera liberado. Ante esta situación, Largo Caballero, temeroso de que el conflicto llegara a solucionarse al margen del Jurado Mixto, inició una campaña de acoso y derribo contra el Sindicato de la Madera de la CNT. El Colegio de Artífices se puso de su parte haciendo pública una nota en la que ponía en tela de juicio todo lo conseguido hasta ese momento por el sindicato anarquista, legitimando las demandas ugetistas, y denunciando que los tratos alcanzados al margen del Jurado Mixto estaban al margen de la Ley.

Al mismo tiempo, Largo Caballero amenazaba públicamente a todos los empresarios que tuvieran la osadía de plantearse solucionar el conflicto laboral al margen del Jurado Mixto, entidad que era presentada por los voceros de la CNT como una «madriguera de enchufados», repudiados tanto por los patronos como por los obreros. La represión desplegada por el gobierno fue inmensa: amonestaciones, multas, coacciones, etc. Sin embargo, a pesar de que se pusieron en práctica una gran variedad de procedimientos coercitivos, los sabotajes siguieron adelante: el 29 de noviembre, una pareja de guardias de seguridad recogió un petardo camuflado en la puerta de la ebanistería de Francisco Arasa, sita en el Distrito Universidad; en la madrugada del domingo 1 de diciembre, fueron rociadas con

aguarrás las puertas de una ebanistería de la calle Floridablanca; dos días después, la policía arrestó a cuatro huelguistas acusados de coacciones frente a una ebanistería de la calle Calabria; y el 8 de diciembre, agentes del Orden Público detuvieron a los presuntos autores de un atentado contra un almacén de muebles ubicado en el Pasaje Sagristà, los militantes cenetistas Julio Zabala Arbe y Pompeyo Rosquellas Corrons, ambos vecinos de la barriada del Camp de la Creu.

Los sabotajes de la CNT tuvieron también sus efectos colaterales, víctimas que, en muchas ocasiones tuvieron la mala suerte de pasar por ahí. Este fue el caso, por ejemplo, de dos vecinas del Poble Sec, Juana Lletget y Carmen Sánchez, de quince y veintisiete años respectivamente. En la mañana del 23 de diciembre de 1932, mientras ambas se dirigían a sus quehaceres cotidianos, pasaron por delante del número 44 de la calle Blasco de Garay con tal mala suerte que en ese preciso instante estalló un artefacto explosivo frente a la puerta de la ebanistería de José Folqué. Bañadas en sangre a causa de las esquirlas de la metralla, fueron trasladadas por los vecinos a la Casa de Socorro de la calle Rosal, donde serían atendidas por el médico de guardia, quien apreció en ambas «heridas de consideración». Una de ellas, la mencionada Juana Lletget, residente en la calle Murillo 9, presentaba una herida en la nariz, la otra, Carmen Sánchez, con domicilio en la calle Blasco de Garay 55, tenía un corte profundo en el antebrazo derecho. Una vez efectuada la primera cura, fueron trasladadas en coche ambulancia al Hospital Clínico, donde ingresó Juana, no así Carmen, quien acabó siendo trasladada a su domicilio. La explosión del artefacto produjo la rotura de gran número de vidrios y destruyó parte de la puerta de madera de la ebanistería. En la fachada de las fincas de la acera de enfrente, aún hoy se perciben los impactos ocasionados por la metralla.

Un año y medio después de que se diera por finalizada la huelga del sector, al mediodía del lunes 7 de enero de 1935, la policía llevó a cabo otra redada en el Bar Los Federales. El objetivo principal de las fuerzas de Orden Público era detener a Josep Martorell Virgili, alias «el Ros», presentado ante la opinión pública como «el enemigo público número uno».

Se trataba de un joven de Sabadell de veintiún años, «rubio, fino y audaz», a quien adjudicaban una multitud de atracos y sabotajes.

La policía se había presentado en el bar tomando las medidas pertinentes para que nadie huyera por la puerta trasera que daba acceso al Pasaje Sagristà. Con dos agentes de paisano convenientemente disfrazados en el interior del local, los uniformados hicieron acto de presencia registrando a todos los clientes. La reacción no se hizo esperar. A un individuo al que pidieron la documentación tuvieron que sacarle la mano del bolsillo cuando se disponía a dispara. Sometido, fue conducido a una habitación contigua, donde nuevamente lo volvieron a registrar, encontrándole otra arma y varios cargadores. Dijo llamarse José Serrano Castroviejo, natural de Navarrete, La Rioja, de 30 años. Poco después, sin haberse percatado de la redada, entraron al bar dos viejos conocidos de la policía, se trataba de Francisco Morales López y Nicolás Urieta Bono. Debido a sus antecedentes, la policía informó a la prensa que bien pudieran formar parte de la banda del mencionado Martorell, añadiendo que cualquier asiduo del bar, por el simple motivo de serlo, se convertía en sospechoso de formar parte del grupo. A las tres y media, a punto de concluir la redada, y sin que los suyos pudieran advertirle de la presencia policial, el joven Martorell, con el cabello y las cejas teñidas, vestido como de costumbre, con boina, camisa de seda y gabardina, entró en Los Federales con la templanza acostumbrada. Al segundo, sin tiempo para reaccionar, escuchó el alto de la policía. Instintivamente, palpó en su bolsillo el frío metal de su pistola. En un segundo calculó sus posibilidades de éxito, concluyendo que era una temeridad. Resignado, se entregó. Los agentes, tras un escueto interrogatorio, se llevaron a Comisaría a quince sospechosos, nueve de los cuales acabarían siendo liberados poco después. Entre los detenidos encontramos a Miguel Puchol Barreda, el hermano de Higinio, el futuro secretario del Comité Revolucionario de Les Corts. Al día siguiente, *La Veu de Catalunya* relataría lo sucedido, tachando al joven Martorell como «un delincuente forjado en atracos y actos de sabotaje».

Josep Martorell había sido detenido por primera vez a los diecinueve años, en el contexto de la huelga revolucionaria del Ramo de la Madera. Lo habían interceptado en la intersección de la calle

Rocafort con Gran Vía, poco después de haber hecho explosionar una bomba en la fábrica de muebles del empresario Clementino Pitart. Le acompañaba su amigo y camarada Francisco Leal Verdú, asiduo como él de la Colonia Castells.

Josep Martorell Virgili, nacido el 26 de febrero de 1914 en Sabadell, hijo de Ramon y Susanna, oficiaba de mecánico electricista en el momento de su detención. Establecido en Barcelona desde muy joven, vinculado a las Juventudes Libertarias, se convirtió en uno de los socios más activos del Ateneo Faros cuando éste aún tenía su sede en el Distrito V. Luego, cuando la entidad se trasladó al número 17 de la Avenida Mistral, vivió en carne propia un profundo y decisivo proceso de radicalización. Allí mismo, rodeado de libros y utopías, forjaría su compromiso de clase.

Tras sus primeras detenciones, Martorell se definió a sí mismo como «un hombre de ideas y nada más». Algo que levantó sospechas en varios de los periodistas que, a diario, se dedicaban a embrutecer la militancia anarquista, como fue el caso de Gerardo Trillas Blázquez, de la revista *Crónica*, o Josep Maria Planes, de *La Publicitat*. Ambos solían tachar a Martorell de ignorante, decían que era un tipo sin escrúpulos, forjado en el malvivir de los bajos fondos. Lo presentaban como un delincuente dispuesto a cualquier cosa con tal de enriquecerse. Se olvidaban, sin embargo, de que era un hombre de letras, un lector de Bakunin, Kropotkin o Reclús, un tipo preocupado por los altos índices de analfabetismo y desnutrición que sacudían la barriada donde vivía.

Josep Martorell, el «Ros», fue uno de los primeros presos liberados de la cárcel Modelo la mañana del 19 de julio de 1936. Dominado por un profundo deseo de venganza, borracho de libertad, se lanzó a la calle con una idea fija en la cabeza: conseguir un arma. Llevaba en prisión desde hacía más de un año, desde que fuera detenido en el Bar Los Federales, allá por el mes de enero de 1935. Condenado a treinta años por intento de robo y homicidio de un vigilante durante el fallido atraco a la Casa Donat, protagonizó varios conatos de fuga antes de salir en libertad aquella mañana inolvidable de julio.

Un día después de salir de prisión, tras veinticuatro horas de lucha ininterrumpida en las calles de Barcelona, «el Ros», acompaña-

do de sus compañeros de acción, Francisco Morales López y Miguel Puchol Barreda, participó en el asalto definitivo al Cuartel de Atarazanas.

Aquella tarde del 20 de julio, tras la victoria aplastante de los militantes anarquistas, con la ciudad aun rezumando a pólvora, cinco de sus miembros más destacados, Juan García Oliver, Diego Abad de Santillán, Buenaventura Durruti, José Asens y Aurelio Fernández, se presentaron en el Palau de la Generalitat con sus armas al cinto. Lluís Companys, presidente de la Generalitat, consciente de la debilidad en la que se halla su gobierno, los había convocado para, una vez dialogar con ellos, reunirse con el resto de las organizaciones antifascistas que habían participado en la lucha callejera. Temeroso de la fuerza acumulada por los militantes anarquistas, quienes, en pocas horas, se habían adueñado de treinta mil fusiles al asaltar los arsenales militares, se vio obligado a brindarles el poder en bandeja. Los anarquistas podían, si querían, «ir a por el Todo». Pero, incomprensiblemente, no lo hicieron. Apostaron por el pactismo y la confluencia con el resto de fuerzas, traicionando la estrategia que habían sellado en el congreso de Zaragoza meses atrás. ¿Por qué? ¿Qué les impidió dar el gran salto hacia adelante? ¿Por qué, de repente, tanto respeto hacia la República burguesa? ¿Se vieron sobrepasados por la posibilidad de tomar el poder? ¿Estaban preparados para afrontarlo? ¿Acaso ese «Comunismo Libertario» al que aspiraban, y que había dictaminado como objetivo prioritario en Zaragoza, estaba desprovisto de un plan concreto y real? ¿Qué había pasado? El militante de base José Peirats, ladrillero del Hospitalet que había participado en el asalto del Cuartel del Bruc, recordaría años más tarde que el simple hecho de acudir al llamado de Companys era en sí mismo una derrota, una especie de traición:

> La renuncia se hacía precisamente en el momento en que un grupo de notables de la CNT-FAI había ido a la Generalitat a escuchar las lisonjas que tuvo a bien prodigarles el presidente Companys. [...] este grupo de notables, en el curso de un corto intervalo entró como vencedor y salió como vencido.

Años más tarde, García Oliver recordaría esa conversación que había sellado el triunfo anarquista y que, a su vez, sin ellos proponérselo, había dejado con vida a una Generalitat tendida en la lona, casi moribunda, pero con el fuelle suficiente para seguir respirando:

> Ante todo, he de deciros que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como se merecían por su verdadera importancia [les decía Companys]. Siempre habéis sido perseguidos duramente; y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, que antes estuve con vosotros, después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña, porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y mozos [Mossos d'Esquadra]. Pero la verdad es que, perseguidos duramente hasta anteayer, hoy habéis vencido a los militares y fascistas. No puedo pues, sabiendo cómo y quiénes sois, emplear lenguaje que no sea de gran sinceridad. Habéis vencido y todo está en vuestro poder; si no me necesitáis o no me queréis como Presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis en este puesto que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha, que si bien termina hoy y mi prestigio en la ciudad, no sabemos cuándo y cómo terminará en el resto de España, podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno, y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social.

Tras la reunión y al haberse consumado la falta de legitimidad de una Generalitat debilitada pero no muerta, se constituyó un organismo con representación de los sindicatos y partidos antifascistas que se habían opuesto a la sublevación militar en las calles de Barcelona, el antes anunciado Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña. Esta institución, que acabó actuando como contrapoder del orden republicano, convivió con el gobierno de la

Generalitat durante dos meses, desde el 21 de julio hasta el 27 de septiembre de 1936, época de esplendor máximo de la Revolución. El Comité estaba conformado como sigue: tres delegados de la CNT, tres de la UGT, tres de ERC, dos de la FAI y uno representando a Acció Catalana, POUM, Unió Socialista de Catalunya y Unió de Rabassaires.

Existen discrepancias sobre quiénes fueron los precursores de la iniciativa. Según, José del Barrio, uno de los representantes de la UGT, habían sido ellos, quienes, en la mañana del 20 de julio, aún enfrascados en la lucha, habían propuesto a la CNT formar un organismo que asumiera las funciones del movimiento antifascista en Cataluña:

> Decidimos hacer lo imposible para entrevistarnos con los dirigentes de la CNT en las horas siguientes. Pensábamos que la propuesta debíamos hacérsela principal y personalmente a García Oliver, Durruti y Ascaso. Sesé y yo fuimos encargados de realizar esa entrevista. Se acordó también informar de la propuesta que íbamos a hacer a la CNT a los partidos marxistas, a Comorera en particular, a los de la Unió de Rebassaires, anunciándoles además que nuestro propósito era que esos partidos y los otros que formaban parte del campo antifascista sin ser proletarios, estuvieran debidamente representados en el Comitè Central de Milicias Antifascistas si así lo deseaban. Alrededor del mediodía conseguimos entrevistarnos con Durruti y García Oliver. Les expusimos nuestra opinión sobre la situación en aquel momento y les propusimos la constitución inmediata, urgente, de un Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, indicando cuáles debían ser sus misiones. Durruti consideró enseguida que nuestra propuesta era digna de ser tomada en consideración y que la aceptaba en líneas generales. García Oliver empezó a rechazarla de plano y en bloque. Afirmaba, enardecido, que la victoria sobre los militares fascistas sublevados era la victoria de la CNT exclusivamente; que todos los demás, la UGT y los demás partidos políticos obreros, no teníamos gran importancia [...]. García Oliver no cedió en nada, pero nos pusimos de acuerdo para reunir por la noche una delegación de la CNT y otra de la UGT que discutieran a fondo y con todo el tiempo que fuese necesario la proposición que les habíamos hecho y las que ellos quisieran hacer.

Esta versión se anteponía a la ofrecida por los dirigentes anarquistas, quienes aseguraban que la iniciativa había partido de la reunión que habían mantenido con Companys en la tarde del 20 de julio. Sea como sea, un día después, en la noche del 21 de julio, después de la pacificación definitiva de la ciudad, tuvo lugar en la recién confiscada Escuela de Náutica la primera reunión del recién instaurado comité. Allí, ante la mirada expectante de sus aliados, muchos de ellos viejos enemigos, que, no está demás decirlo, nunca dejarían de serlo, el asturiano Aurelio Fernández, líder anarquista, respondió displicente a una pregunta que tras planear tímida en el ambiente cayó como una bomba en el centro de la sala de reuniones: «¿Quién ha vencido a los golpistas?». La pregunta había salido de la boca del periodista Jaume Miravitlles, diputado de Esquerra y secretario general de la fallida Olimpiada Popular, quien, años más tarde, defendería en sus memorias que la había formulado de otro modo, tal que así: «¿Quién ha hecho la Revolución?». Sin cambiar demasiado el objeto de la pregunta, la respuesta había sido la misma: «Los de siempre: los piojosos», había respondido taxativo Aurelio Fernández.

Pero, ¿había sido así? ¿Habían sido los desempleados, los sin nombre, los muertos de hambre de las barriadas obreras, los que habían derrotado al ejército sublevado en las calles de Barcelona? Puede que sea exagerado pensar que fueran ellos, solo ellos, los que frenaron a los golpistas, pero sin duda, nada de eso hubiese pasado sin su intervención. Como dejaría escrito el historiador Pierre Broué, «la multitud sumergió a los soldados». Sin embargo, la victoria tuvo un coste altísimo: quinientos treinta y dos muertos tras dos días de lucha encarnizada, de los cuales el sesenta y nueve por ciento eran militantes anarquistas.

Es cierto, por otra parte, que las Fuerzas del Orden Público, la Guardia de Asalto, a primera hora, y la Guardia Civil, horas después, cuando la situación estaba ya bajo control, habían resultado decisivas para frenar la sublevación militar. Entre un cuerpo y el otro sumaban cerca de tres mil quinientos efectivos, una cifra nada desdeñable si tenemos en cuenta que el número de soldados sublevados no sobrepasaba los cinco mil. Además, tal como señala el historiador Gonzalo Berger en su reciente artículo «La Unión Militar

Republicana Antifascista, los leales a la República: origen, objetivos e incidencia en la política española (1934-1936)», los responsables del Orden Público en Cataluña, Vicente Guarner y Frederic Escofet, ambos miembros de la UMRA, tenían en su poder una información privilegiada que resultaría clave para hacer fracasar el Golpe.

Días antes de la sublevación, habían sido detenidos tres oficiales de la Guardia de Asalto: el capitán Pedro Valdés, el teniente Conrado Romero y el brigada José Sales Domenech; los tres vinculados a la Unión Militar Española (UME), principal precursora del levantamiento militar. El registro protocolario del apartamento de Valdés reveló un tesoro inesperado. En el interior de un sobre lacrado, escondido en la caja de un gramófono, encontraron los planes detallados de cómo se iba a desarrollar la sublevación en Cataluña. Al parecer, esta información nunca se compartió con el comité central de los Comités de Defensa de la CNT, evidenciado los recelos que habían sentido siempre hacia los anarcosindicalistas y poniendo de relieve la nula coordinación en una hipotética defensa conjunta de la ciudad. Escofet pretendía frenar el Golpe por sí solo, sin contar con el apoyo de la población civil. Nada le daba más miedo que el «pueblo en armas». Sin interpelar a los sindicatos y partidos antifascistas, quienes habían buscado sin recompensa su colaboración, decidió establecer una red de vigilancia alrededor de los cuarteles, relevó a elementos sospechosos de la Guardia de Asalto y planificó una estrategia de resistencia en las calles sin presencia de civiles.

Así pues, a pesar de que las Fuerzas del Orden contaban con esta información privilegiada, fueron los grupos de civiles pobremente armados quienes tomaron la iniciativa durante las primeras horas de la sublevación. Se hicieron fuertes en las barriadas obreras, controlando las principales vías de accesos a la ciudad y dificultando el avance de los militares. Esos vecinos «indeseables», señalados en la prensa como delincuentes de baja estofa, fueron los que frenaron el avance de los golpistas durante la mañana del 19 de julio de 1936. Sería una absoluta necedad negarlo.

Días después, conscientes de su poder, ocuparían los escenarios sagrados del privilegio: los hoteles y restaurantes de lujo, los clubs

deportivos, los centros de producción y las villas ajardinadas. La Revolución había comenzado, los limpiabotas, los pepenadores, los buscavidas de los bajos fondos, esa «turba maloliente y sudorosa» había derrotado a un ejército de profesionales, quién lo iba a decir.

Amparados por su influencia en el recién creado Comité de Milicias Antifascistas, los confederales asumieron la cartera de Orden Público, imponiendo lo que denominaron «orden revolucionario». Por lo tanto, la CNT, con Aurelio Fernández encabezando el Departamento de Investigación de la Generalitat y Josep Asens al frente de las Patrullas de Control, controló el aparato policial en toda Cataluña, efectuando tareas de vigilancia y detenciones. Sin embargo, el resto de las fuerzas obreras, especialmente los comunistas, no cesaron en su intento por acaparar su cuota de poder, conspirando desde el minuto uno para inclinar la balanza a su favor.

En agosto de 1936, las Patrullas de Control en Barcelona contaban con setecientos hombres, distribuidos proporcionalmente entre las distintas organizaciones obreras: CNT, POUM, ERC y UGT-PSUC, siendo los anarquistas los más numerosos. La UGT fue ganando influencia de manera gradual, llegando a asumir la responsabilidad de secciones clave como «Denuncias e Investigaciones», bajo la dirección de la ugetista África de las Heras. Dos meses después, el número de integrantes de la UGT y Esquerra se había incrementado notablemente —de 145 a 180, y de 185 a 296, respectivamente—, erosionando la hegemonía anarquista, que pasó de 325 a 401. Entre el verano y el otoño de 1936, se produjeron numerosos eventos —decretos ley de la Generalitat, traiciones de dirigentes anarquistas, nombramientos de representantes socialistas y comunistas en cargos clave, entre otros— que debilitaron progresivamente la posición de los militantes revolucionarios. Tal como se expuso en el primer volumen de esta trilogía —y se analizará nuevamente en el tercero —, el declive fue resultado tanto de condicionantes internos, diversos y profundos, como de fuerzas externas que actuaron con contundencia incluso antes del estallido revolucionario.

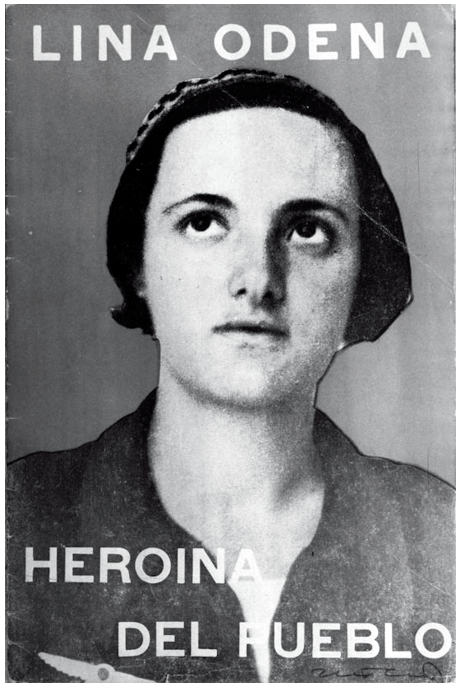
Así pues, la victoria inapelable de los confederales en el campo de batalla durante las «gloriosas jornadas de julio» enfrentó, casi desde el principio, una poderosa amenaza que actuaba en la sombra. Se trataba de la Internacional Comunista, la omnipotente Komintern,

que no veía con buenos ojos la deriva revolucionaria que avanzaba como un torrente por todo el país. Gueorgui Dimitrov, su máximo responsable, declaró en una reunión extraordinaria celebrada la tarde del 26 de julio que debían emplear como fuera todos sus medios para ponerle freno [RGASPI. F. 495, Op. 18. D. 1875.].

> ... en la situación actual sería un error fatal [implantar la dictadura del proletariado]. Por lo tanto, hemos de decir: actuamos bajo la bandera de la defensa de la República [...]. En otras palabras, creemos que en la presente situación internacional es ventajoso y necesario para nosotros llevar a cabo una política que pueda preservar la oportunidad que tenemos de organizar, educar, unificar a las masas y reforzar nuestras propias posiciones en un cierto número de países —España, Francia, Bélgica, etc.— donde hay gobiernos que dependen del Frente Popular y donde el Partido Comunista tiene grandes oportunidades. Cuando hayamos fortalecido nuestras posiciones, entonces podremos ir más allá.

Las palabras de Dimitrov condensan con nitidez la estrategia internacional de la Komintern en un momento crucial: contención táctica en lugar de revolución inmediata. La defensa de la República no se concebía como un objetivo final, sino como una vía transitoria para ganar tiempo, consolidar posiciones y preparar, desde dentro de los gobiernos del Frente Popular —tanto el español como el francés—, las condiciones necesarias para una transformación más profunda. Era una apuesta por la acumulación de poder en el gobierno republicano a medio plazo, que pasaba, inevitablemente, por debilitar y neutralizar el proceso revolucionario que lideraban sus rivales políticos dentro de su propio bando: el POUM y la CNT-FAI.

III. La sombra de Moscú



Cartel propagandístico elaborado por el PSUC después de que Paulina «Lina» Ódena García, máxima dirigente de las JSUC, se quitara la vida al verse acorralada por las fuerzas sublevadas en el Pantano de Cubillas (Granada) al comienzo de la Guerra Civil.

III

Al igual que ocurrió con las entidades cultural-deportivas, descrito con detalle en el primer volumen de la trilogía, los sindicatos también experimentaron su propio proceso de bolchevización en la etapa republicana previa a la Guerra Civil. Ya desde 1932, el secretario del Comité Ejecutivo de la Komintern, Dimitri Manuilsky, ordenó a los dirigentes comunistas locales que crearan grupos de oposición dentro del sindicato socialista UGT. Su intención era descabalgar la fracción reformista al mando de la organización e imponer el relato que más le convenía a Moscú. La infiltración comunista acabó siendo un éxito, atrayendo a la UGT a la estrategia frentepopulista y consumando su asimilación.

A lo largo de todo este proceso, la sindical comunista CGTU (Confederación General del Trabajo Unitaria) no había parado de proponer la fusión con su colega socialista a través de encuentros, reuniones y mítines. Finalmente, durante el mes de diciembre de 1934, después del fallido levantamiento de octubre, se constituyó un Comité de Enlace unitario —con participación de los partidos y sindicatos socialistas y comunistas— con la intención de sopesar esa unificación.

A mediados de 1935, la apuesta de la confluencia ya había cuajado tanto en los sindicatos, como en las organizaciones juveniles y las entidades deportivas-culturales. Mientras tanto, el relato comin-terniano —inoculado con astucia en el seno de las organizaciones obreras—, asomaba en la prensa como convergente y apartidista, tratando de ocultar la verdadera voluntad de los comunistas: tomar el poder.

En noviembre, la UGT y la CGTU unieron definitivamente sus caminos, fusionándose en una sola organización. Esta unificación fue posible gracias a la participación directa de varios dirigentes socialistas —Álvarez del Vayo, Largo Caballero, Margarita Nelken, etc.— quienes, como ya vimos en el primer tomo de la trilogía, actuaban desde hacía tiempo bajo el mandato de Moscú.

Meses después, el 1 de abril de 1936, durante el discurso pronunciado por Palmiro Togliatti —miembro destacado del Secretariado de la Komintern— ante el Presidium de la III Internacional, se reveló el papel jugado por la Internacional Comunista en esta conquista del poder [RCKHIDNI. F. 495. op. 2. D. 222. L. 129-138]:

> ¿Cómo llegamos a un frente único en Francia y España? ¿Cómo llegamos a un acuerdo en Francia con el Partido Socialista? ¿Cuál fue el primer paso para instituir el Frente Popular contra el fascismo? Gracias a las acciones de nuestro partido, gracias a las campañas, mítines, reuniones, organizadas por nuestro partido contra el fascismo, logramos en Francia constituir un Frente Único. En España pasó lo mismo. Gracias a la iniciativa de la clase obrera, vencimos la resistencia de algunos líderes socialistas que se posicionaron en contra del Frente Único.

Pocos días después de aquel discurso, tras meses de conversaciones y presiones encubiertas, se fusionaron definitivamente la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE) y las Federación de Juventudes Socialistas (FJS), dando lugar a las nuevas Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). Era el resultado de un camino iniciado años antes, promulgado sobre todo por una fracción comunista que actuaba siguiendo las directrices marcadas por la Internacional Comunista. Entre el 26 y 30 de julio de 1934, ya se habían reunido en Madrid delegaciones de la UJCE y otra de la FJS para avanzar en el camino de la unificación. Los representantes socialistas desestimaron tal posibilidad, argumentando que ya existía esa unificación en la figura de la Alianza Obrera, impulsada en 1933 por el Bloc Obrer i Camperol (BOC), principal adversario de los comunistas

ortodoxos. Por su parte, los representantes de la UJCE denunciaban que dicha alianza estaba formada por elementos renegados del comunismo acuñado por Moscú —refiriéndose a los militantes bloquistas—, poniendo en duda su legitimidad. Por el contrario, los socialistas argumentaban desde las páginas de *Renovación*, su órgano de prensa, que las ramas divergentes del comunismo ortodoxo eran dignas de su consideración, por lo que la premisa imprescindible para que se produjera la unidad de acción anhelada por los comunistas ortodoxos era que estos ingresaran en la ya existente Alianza Obrera.

Tras un tira y afloja durante el verano de 1934 entre ambas organizaciones juveniles, las disputas callejeras contra un enemigo común —falangistas, carlistas y monárquicos alfonsinos— facilitó su acercamiento. Así, a finales de septiembre, presionado por sus bases, los comunistas ortodoxos cambiaron de parecer y pidieron el ingreso en la antes denostada Alianza Obrera. Las juventudes socialistas se complacieron por la decisión tomada por sus colegas, afirmando que «su sectarismo anterior, verdaderamente contrarrevolucionario, no podía durar demasiado tiempo».

La alianza se afianzó tras los combates de la fallida insurrección de octubre, que en lugar de debilitar al movimiento, lo fortaleció. En el caso de Cataluña, los jóvenes comunistas no solo tuvieron acercamientos con los socialistas, también con los miembros de la fracción obrerista de las JEREC, quienes veían con buenos ojos su deriva nacionalista. Los lugares de confluencia fueron varios, los clubes cultural-deportivos bajo influencia comunista —BCE Ponent, BCE Avanti, el Ateneu Enciclopèdic Sempre Avant, etc.—, los salones de las entidades impulsadas por la Komintern —la Associació d'Amics de la Unió Soviètica (AUS), la Associació d'Intel·lectuals per la Defensa de la Cultura contra la Guerra i el Feixisme (AIDC), el Comité Femení Internacional contra la Guerra i el Feixisme, o la delegación local del Socorro Rojo Internacional—, y los comités pro presos, muy activos a lo largo del año 1935.

Lina Ódena, nombrada responsable de la Unió de Joventuts Comunistes de Catalunya tras la restructuración del PCE, puso énfasis en esa convergencia, apostando decididamente por su labor proselitista entre la juventud trabajadora. Formada en la Escuela

Internacional Lenin, tenían muy claro lo que había que hacer para alcanzar el objetivo. Su atención se fijó en tres nichos: las juventudes libertarias, hegemónicas en Barcelona, los militantes de las JEREC, a los que aspiraba seducir con su nuevo posicionamiento soberanista, y los miembros de la Joventut Comunista Ibèrica, a quienes pretendía abrir los ojos ante lo que ella consideraba una desviación del verdadero comunismo.

Un momento clave de este proceso de confluencia tuvo lugar en el VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en el verano de 1935. Allí se cimentaron las bases de la ansiada alianza, tratando de reunir todas las fuerzas necesarias para frenar el auge del fascismo en todo el continente. La estrategia soviética se adaptó a las necesidades particulares de cada país, en el caso de España: la demanda latente de una alianza que había proliferado entre los militantes antifascistas tras la debacle de la insurrección de octubre de 1934. De hecho, fueron precisamente los acuerdos que surgieron en dicha reunión los que facilitaron el acercamiento entre los comunistas y socialistas españoles.

A modo de ejemplo de esta sintonía, en octubre de 1935, en una carta dirigida al periódico socialista *Claridad*, órgano de la fracción caballerista, el comité ejecutivo del PCE les compartió cuatro propuestas para alcanzar esa tan ansiada unidad: 1) Unidad sindical mediante el ingreso de la CGTU en la UGT; 2) Potenciar las Alianzas; 3) Crear el Bloque Popular Antifascista; y 4) Encaminarse hacia la unidad orgánica de los dos partidos —PSOE Y PCE—, tomando como base las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista.

Lina Ódena no tardó a poner en práctica las disposiciones surgidas del VII Congreso. En noviembre, hizo un llamamiento para la unificación entre las diversas organizaciones juveniles antifascistas de Cataluña, incluidas las soberanistas. Desde el Ateneu Enciclopèdic Sempre Avant, entidad fundada en el verano de 1933 en la barriada de Sants, entre la calle Riego y la Carretera de Sants, donde los comunistas ortodoxos manejaban a su antojo su sección de Estudios Económicos, Políticos y Sociales, impartió una serie de conferencias con la intención de promocionar la unidad entre los asistentes («¿Dónde va la juventud?»; «¿Cómo se hace un mundo

nuevo?»; «Hacia la unificación»). Pere Casanovas, secretario de la organización, favoreció el discurso de Moscú entre los afiliados —solía repartir números de *Correspondencia Internacional*, órgano de prensa de la Komintern para hispanohablantes—, ninguneando a los militantes libertarios y simpatizantes del POUM, también asiduos de la entidad, dejándolos de lado.

En este contexto, los dirigentes de la FJS dieron un giro sorprendente e inesperado. Pasaron de mantener excelentes relaciones con la Izquierda Comunista de Andreu Nin, el Bloc Obrer i Camperol de Joaquim Maurín y la Joventut Comunista Ibèrica de Germinal Vidal —especialmente durante los meses posteriores a la insurrección de octubre de 1934, cuando incluso les habían solicitado unirse al PSOE y a la FJS— a perseguirlos y señalarlos con el dedo. A partir de ese momento, debido a las presiones ejercidas por los agentes de la Komintern, los militantes socialistas comenzaron a ver con otros ojos a sus colegas del comunismo revolucionario.

Uno de los militantes socialistas que experimentó en su propia piel este viraje ideológico fue el jienense Manuel Culebra, alias «Manuel Andújar». Militante de la FJS y asiduo del Ateneu Enciclopèdic Sempre Avant, apostó casi inconscientemente por la corriente ortodoxa. De la mano de otros jóvenes del barrio de Sants como Claudi Esteva Fabregat o Vicente Bailo Gimeno, fue haciendo suyo el discurso marcado por Moscú. Pero, ¿cómo era esto posible? ¿Cómo una fuerza minoritaria, sin apenas incidencia en la clase trabajadora barcelonesa, había logrado asimilar a otra mucho más prolífica y mayoritaria?

Años después, con la perspectiva que le brindaba el paso del tiempo, el líder poumista Wilebaldo Solano, intentó dar respuesta a esta interesante pregunta:

> ... lo más asombroso de este proceso es que el estalinismo, a través de un partido que carecía de prestigio y de fuerzas importantes, lograra absorber al potente movimiento de las Juventudes Socialistas, ejercer una fuerte influencia en una parte del Partido Socialista e imponer en el PSUC tan rápidamente la política y los

métodos de Moscú. Pero, naturalmente, lo que a primera vista aparece como un enigma histórico tiene sus causas y sus explicaciones.

La respuesta estaba en el rol jugado por los agentes y emisarios de Moscú afincados en España —Codovilla, Duclos, Gerö, Martin-Hajdu, Ferry, etc.—, quienes ejercieron una presión constante sobre las juventudes y sindicatos socialistas. El joven comunista Fernando Claudín, secretario general del Comité Nacional de Jóvenes contra el Fascismo y la Guerra —otra entidad pantalla de la Komintern—, llamó a este proceso «la seducción de la Internacional Comunista», poniendo en evidencia su intervención.

Finalmente, durante el mes de diciembre de 1935, los órganos directivos de la FJS y la UJCE comenzaron a construir los cimientos de su futura alianza. Apenas dos meses después, tras el triunfo electoral del Frente Popular, una delegación conjunta de ambas organizaciones acudió a la Unión Soviética para entrevistarse con el comité ejecutivo de la Internacional Juvenil Comunista y así ultimar los detalles de la deseada unificación. A la vuelta, con el respaldo y la aprobación de la Komintern, constituyeron la anhelada Juventud Socialista Unificada (JSU), aceptando los comunistas la palabra «socialista» en su denominación y los jóvenes socialistas el rechazo implícito al trotskismo. La delegación socialista, formada por Santiago Carrillo, Federico Melchor y José Laín, había comprado el relato de la actitud contrarrevolucionaria del trotskismo y asumió como propios los recelos de Moscú hacia el comunismo heterodoxo.

A su regreso a Madrid, según relató Claudín, Santiago Carrillo, secretario general de la FJS, quedó impresionado por Manuilski y el resto de los dirigentes soviéticos, imponiendo inmediatamente su línea de acción.

Así pues, desde su nacimiento, y a pesar de su nombre, las Juventudes Socialistas Unificadas estuvieron bajo la influencia de la Internacional Comunista. Santiago Carrillo, nombrado su primer secretario general, asumió la estrategia comunista sin ningún tipo de pudor, haciendo público sus aspiraciones.

Poco después, se fundaría la filial catalana bajo el nombre de Joventuts Socialistes Unificades de Catalunya (JSUC). A la reunión,

en representación de las juventudes comunistas, acudieron Vicente Peñarroya, Benet Montagut, Luis Fernández, alias «Roca», y Ramón Mercader; y en representación de los socialistas, Antonio López Raimundo, Manuel Culebra, Mariano Martínez Cuenca, Celestí Martí-Salvat, alias «Tía Martina», y Luis Salvadores. El aragonés Antonio López Raimundo, representante sindical de la Federació Catalana de Treballadors de la Banca, fue nombrado el primer secretario general de las nuevas JSUC. La bolchevización de las juventudes socialistas era ya una realidad.

Pocos días después, el 24 de abril, Joaquín Maurín, secretario general del POUM, ponía en tela de juicio esta alianza «antinatura» desde las páginas de *La Batalla*:

> La unificación marxista —si es que el comunismo oficial tiene algo de marxista— que Moscú propaga ahora con insistencia, no es la unificación marxista revolucionaria que nosotros hemos planteado y que nosotros propugnamos y defendemos. Un ardid no puede ser considerado como una base sólida para emprender una gran tarea. La unificación marxista revolucionaria no pasa precisamente por el meridiano de Moscú, sino por el de la revolución proletaria mundial, perspectiva que ni remotamente existe ya para la Tercera Internacional en estos tiempos de pactos militares con potencias imperialistas, de Bloques Populares, de democracia o fascismos.

La marginación de los comunistas divergentes había comenzado. Semanas atrás, el POUM había propuesto la celebración de un acto en Barcelona para conmemorar el Primero de Mayo. Hizo el ofrecimiento públicamente, dirigiéndose a todas las organizaciones que decían formar parte de la Alianza Obrera. Tres de ellas, la Unió Socialista de Catalunya, el Partit Comunista de Catalunya y el Partit Català Proletari (PCP), se opusieron frontalmente a que el acto se llevara a cabo.

Tras la negativa, el comité ejecutivo del POUM —partido, no hay que olvidarlo, que reunía el mayor número de afiliados entre los marxistas catalanes— recibió una invitación firmada por los representantes de la UGT, el CADCI y la Unió General de Sindicats Obrers de Catalunya, sindicato vinculado a la USC, convocándolos

a una reunión en la noche del 25 de abril. Su intención era estudiar la celebración de un mitin conjunto para el Primero de Mayo en el que confluyeran todas las organizaciones obreras. Sorprendentemente, desde el primer momento, el representante de la UGT manifestó la inutilidad de la convocatoria, ya que el PSOE, el PCC, el PCP y el USC tenían acordado celebrar un mitin por sí solos, sin la participación de los poumistas.

Joan Sánchez Marín, el representante de la UGSOC, denunció las artimañas maquinadas por los dirigentes de estos partidos para marginar al POUM y a sus militantes:

> Hay que hablar claro. Aquí tiene lugar una maniobra para impedir que el POUM tome parte en el mitin general del Primero de Mayo. Yo no comparto los puntos de vista del POUM, pero esto no es óbice para que diga las cosas tal como son. Para impedir que hable el POUM, están colocando a las organizaciones sindicales en el mismo plano, lo cual es inaceptable.

La delegación de la UGT se expresó en términos parecidos, constatándose el desacuerdo absoluto que había entre la representación de la UGT y el PSOE. Todas las organizaciones sindicales presentes, excepto una, la Artística Culinaria de Cambrers Marítims, se manifestaron idénticamente. Sin embargo, a pesar de esta postura casi unánime, los partidos se mantuvieron firmes en sus posiciones contrarias a que se celebrara un mitin conjunto, sellando la marginación del POUM.

A principios de junio, la crisis interna que vivía la dirección de la UGT se hizo insostenible, obligándoles a dimitir en pleno. Este vacío de poder fue aprovechado por los comunistas, quienes propusieron un nuevo órgano de gobierno, una especie de comisión permanente que actuó al margen de los estatutos de la organización. Finalmente, el Secretariado fue copado por varios militantes comunistas, siendo José del Barrio, secretario general, y Antonio Sesé, responsable de Organización. A estos dos se les unieron dos representantes de las nuevas JSUC, Antonio López Raimundo y Salvador González Albaladejo, quienes reforzaron la voluntad unitaria y frentepopulista de la organización.

Así, en la primavera de 1936, poco antes del Golpe Militar, los comunistas ortodoxos lograron tomar el control de las juventudes y sindicatos socialistas bajo el pretexto de la unificación. Al mismo tiempo, y no menos importante, consiguieron arrinconar a los comunistas divergentes, a quienes comenzaron a calificar de traidores a la causa de la clase trabajadora.

Por otra parte, la deseada unificación de los partidos en la órbita marxista tuvo que esperar, ya que se produjo a los pocos días de que tuviera lugar la sublevación. Según relató Joaquín Almendros, militante de la filial catalana del PSOE, el punto de partida de la unificación se dio durante una reunión celebrada la tarde-noche del 20 de julio, cuando aún silbaban las balas por las calles de Barcelona. A la cita asistieron: Joan Comorera y Miquel Serra Pàmies, representando a la USC; Rafael Vidiella, Manuel Culebra, Ángel Estivill, y el propio Joaquín Almendros, en nombre del PSOE; Artur Cussó, del Partit Català Proletari; e Hilario Arlandis y Pere Ardiaca, por parte del Partit Comunista de Catalunya. Tres días después, se acordó la unificación, bautizando el partido como «Partit Socialista Unificat de Catalunya». Joan Comorera, de la bolchevizada USC, fue nombrado secretario general. Los representantes comunistas consiguieron convencer al resto de los integrantes para que se adhirieran a la III Internacional. La partida parecía ganada.

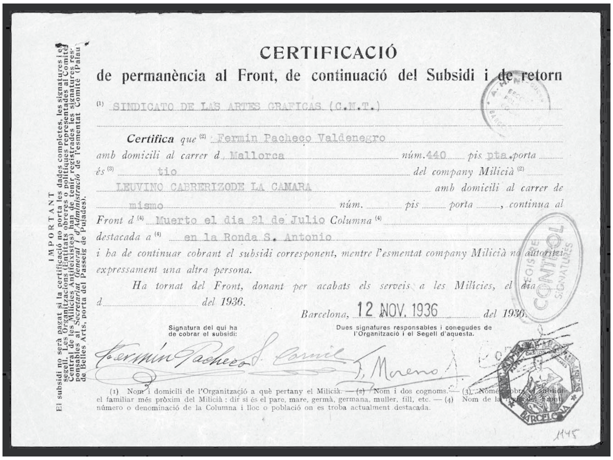
El socialista Manuel Culebra recordaría este proceso irreversible en una entrevista concedida a la escritora Elena Aub en los años ochenta:

> Bueno, mi versión es la siguiente: nosotros veíamos que el absoluto dominio de la calle, de todas las fuerzas energéticas [sic] que es la expresión que se usa ahora estaban en manos de la CNT, la Generalitat era más bien una institución simbólica, la República de Cataluña no jugaba ningún papel, no lo jugó durante el alzamiento, salvo los militares, en la Guardia Civil, en la Guardia de Asalto, que fueron columnas vertebrales; no solamente fue la CNT, en realidad, los elementos decisivos fueron ellos. Entonces había iniciadas unas gestiones de unificación y un Comité de Enlace, y yo les hablé a los representantes socialistas, que eran Vidiella y Almendros, y les manifesté categóricamente que había que conseguir la unidad rápidamente a todo trance; porque sino íbamos inminentemente, en

> Cataluña, al desastre, en medio de aquel delirio confederal, confederal o cenetista. Entonces se produce lo que a mi juicio tiene una significación histórica, basado en ese anhelo de todos, se convierte..., se adjudica o se concede o se da por tácitamente establecido que la secretaría general se pase a manos de Joan Comorera; pero, al mismo tiempo, naturalmente, no había consulta posible, como le llaman ahora a las bases, ¿no?; al mismo tiempo, se determina el ingreso a la Tercera Internacional [...]. Precisamente el hecho de que la unificación marxista tuviera el signo de la Tercera Internacional agrió extraordinariamente las relaciones en el terreno peninsular español, entre socialistas y comunistas; es decir, si se hubiera logrado un partido unificado sin adscripción a ninguna Internacional [...] hubiera sido desde Cataluña [...] un factor equilibrador y armonizador de las fuerzas obreras.

El estallido de la Revolución, y la toma del poder por las fuerzas revolucionarias —en especial, los confederales — puso en alerta a los comunistas ortodoxos, quienes comenzaron a torpedear el proceso revolucionario con todas sus armas.

IV. Un pueblo todo, heroico y decidido



IMPORTANT

El subsidi no serà pagat si la certificació no porta les dades completes, les signatures i el segell. Les Organitzacions (Entitats obreres o polítiques representades al Comitè Central de les Milícies Antifeixistes) han de tenir registrades les signatures responsables al *Secretariat General i d'Administració* de l'esmentat Comitè (Palau de Belles Arts, porta del Passeig de Pujades).

CERTIFICACIÓ

de permanència al Front, de continuació del Subsidi i de retorn

(1) SINDICATO DE LAS ARTES GRAFICAS (C.N.T.)

Certifica *que* (2) Fermin Pacheco Valdenegro *amb domicili al carrer d* Mallorca *núm.* 440 *pis* pta. *porta* ... *és* (3) tio *del company Milicià* (2) LEUVINO CABRERIZODE LA CAMARA *amb domicili al carrer de* mismo *núm.* ... *pis* ... *porta* ..., *continua al Front d* (4) Muerto el dia 21 de Julio *Columna* (4) ... *destacada a* (4) en la Ronda S. Antonio *i ha de continuar cobrant el subsidi corresponent, mentre l'esmentat company Milicià no autoritzi expressament una altra persona.*

Ha tornat del Front, donant per acabats els serveis a les Milícies, el dia ... d ... del 1936.

Barcelona, 12 NOV. 1936 *del 1936.*

Signatura del qui ha de cobrar el subsidi: Fermin Pacheco

Dues signatures responsables i conegudes de l'Organització i el Segell d'aquesta. S. Carnil. J. Moreno

(1) Nom i domicili de l'Organització a què pertany el Milicià. — (2) Nom i dos cognoms. — (3) Només cobra[illegible] subsidi el familiar més pròxim del Milicià: dir si és el pare, mare, germà, germana, muller, fill, etc. — (4) Nom de la [illegible] Front, número o denominació de la Columna i lloc o població on es troba actualment destacada.

REGISTRE CONTROL SIGNATURES

BARCELONA

1145

Barcelona, 12 de noviembre de 1936. Certificado del miliciano difunto Leuvino Cabrerizo de la Cámara, fallecido el 21 de julio de 1936 en la Ronda de San Antonio mientras prestaba servicio en un puesto de control. Este documento otorgaba a sus familiares el derecho a percibir un subsidio.

IV

El 6 de marzo de 1937, ocho meses después de que Timoteo Urieta quedara tendido bajo un charco de sangre en la Plaza Universidad, el Comité del POUM del Distrito V organizó un homenaje en recuerdo de su persona. El acto tuvo lugar a las diez y media de la mañana en la Plaza del Pedró, cercana al domicilio familiar de los Urieta. Asistieron, a parte de los respectivos dirigentes poumistas, los amigos y parientes del difunto, en su mayoría vecinos de la barriada del Raval. Aquel no era el primer homenaje que se le rendía, de hecho, a los pocos días de su muerte, el Ayuntamiento de Barcelona había decidido por decisión unánime rebautizar la calle de San Antonio Abad, la misma por donde había correteado miles de veces en su infancia, con el nombre de «Timoteo Urieta Bono».

El 6 de septiembre de 1936, un mes y medio después de su muerte, cuando la marcha de los acontecimientos políticos habían llegado a un punto decisivo en la zona republicana, el POUM celebró un mitin propagandístico en el teatro Gran Price de Barcelona. Conducido por Julián Gorkin, del Comité Ejecutivo, y Andreu Nin, el secretario general, se organizó en homenaje a los muertos en las jornadas del 19 al 21 de julio. En una platea abarrotada de público, Gorkin recordó la noche anterior a la sublevación militar, cuando unos integrantes del Comité Ejecutivo del POUM, en compañía de otros camaradas, habían acudido de urgencia al Palau de la Generalitat para exigir a Federico Escofet, Comisario General del Orden Público, que les entregara armas cuanto antes. El comisario, entre prepotente y confiado, les había contestado lo que sigue:

> Ustedes permanezcan tranquilos en sus locales, la Guardia Civil y la Guardia de Asalto se lanzarán a la calle al grito de ¡Viva la República! Únicamente en el caso de que fueran derrotados haremos un llamamiento a ustedes para que se echen a la calle.

Julián Gorkin, envalentonado por los silbidos del público al reproducir las palabras de Escofet, recordó con orgullo su réplica:

> ... lo que tenemos que hacer nosotros lo determinaremos nosotros mismos. Lo que necesitamos saber hoy es si podremos disponer de armas para lanzar a nuestros militantes y a nuestros camaradas a la calle en el momento que sea necesario para derrotar al militarismo fascista.

Según Gorkin, el comisario le había respondido en un tono condescendiente que no podían entregarles armas, que si acaso, podían apoderarse de los fusiles liberados por cada Guardia Civil caído en combate. El líder del POUM recordó ante un público entusiasmado, cómo esa noche —haciendo caso omiso a los consejos de prudencia de Escofet— sacaron de donde las tenían escondidas las armas que habían ido acumulando a lo largo de los años. Así fue como los dirigentes del POUM armaron a sus militantes, quienes, a la mañana siguiente, convencidos de su éxito, salieron a las calles para enfrentarse a los golpistas.

Gorkin recordó también a los camaradas caídos en esas jornadas que calificó como «gloriosas». Nombró a Germinal Vidal Lafarga, líder de la JCI, acribillado por el fuego enemigo en la mañana del 19 de julio mientras cruzaba sin cobertura la Plaza Universidad. Nacido el 6 de enero de 1915 en la barriada del Poble Sec, se convirtió tras su trágica muerte en un mito de la lucha antifascista. Hijo de los obreros Vicente Vidal Villar y Rosalía Lafarga Vernis, no tardó en abandonar los estudios para incorporarse como aprendiz en un taller de maquinaria pesada. Al poco tiempo, gracias a un contacto del barrio, se puso a trabajar como conductor de carretillas en la empresa Mateu, dedicada a la logística portuaria. Fue allí, en los muelles del puerto, donde, seducido por el fervor de la lucha sindi-

cal, acabó por afiliarse a la UGT. Tras meses de militancia, se sintió atraído por un partido recién fundado, el Bloc Obrer i Camperol (BOC), colaborando casi desde el principio con *La Batalla*, su órgano de prensa. Tras ganarse el respeto de sus nuevos camaradas, fue elegido miembro del comité ejecutivo de la Joventut Comunista Ibèrica (JCI), las juventudes del BOC.

Participó junto a otros bloquistas como Miquel Pedrola y Josep Rovira en la insurrección de octubre de 1934. Tiempo después, tras el verano de 1935, fue testigo de primera mano de la terrible escisión que se produjo entre los militantes marxistas en Cataluña. Por un lado, se situaban los que se autodefinían como revolucionarios, y por el otro, los que se identificaban como reformistas, ligados a la III Internacional y a su estrategia frentrepopulista. En este contexto, el 29 de septiembre, nacía el POUM, el partido de los marxistas revolucionarios. Decepcionados con los logros alcanzados tras la proclamación de la República en 1931, estos marxistas impulsaron la fundación de un nuevo partido que pretendía aglutinar a todos los que se posicionaban en contra de la República burguesa. En palabras de Wilebaldo, este proyecto político obedecía a una necesidad apremiante de la clase trabajadora nacida en un contexto de crisis del sistema capitalista: crear una sociedad sin clases. Esta actitud revolucionaria, alejada del pactismo que promovían los comunistas ortodoxos, fue desde el primer momento atacada por la Komintern. Sin embargo, a pesar de las presiones ejercidas por la omnipotente Internacional Comunista, el POUM no tardó en convertirse en el primer partido obrero de Cataluña. Lo mismo ocurrió con la JCI, la cual en pocos meses creció de manera exponencial, multiplicando el número de afiliados.

Otro de los jóvenes poumistas que devino mártir en las decisivas jornadas de julio, fue Leovino Cabrerizo de la Cámara, abatido el día 21 mientras realizaba labores de control en la Ronda de Sant Antoni. Leovino, apostado en una vertiente de la intersección entre la calle Sepúlveda y la Ronda, fue tiroteado por un grupo de falangistas que transitaban por la ciudad camuflados en una ambulancia de la Cruz Roja. Junto a Leovino yacía también herido de muerte el poumista Juan José Bonet, compañero de guardia en aquella mañana trágica. Ambos fueron trasladados al Hospital Clínico, donde

murieron dos días después. La ambulancia, bautizada en la prensa como «fantasma», no había sido la única que durante aquellos días había recorrido la ciudad causando terror entre la población civil. La primera había sido pilotada por los falangistas José María Poblador, Santiago Martin Busutil y Mariano Urrea, quienes, amparándose en la confusión provocada por el asalto definitivo a la Capitanía General, se habían adueñado de una ambulancia que circuló durante varios días provocando el caos.

El día 23, el mismo día en que los médicos certificaron la muerte de Leovino, una de las emisoras radiofónicas confiscadas por la milicia emitió una consigna advirtiendo a la ciudadanía sobre la presencia de una ambulancia que llevaba días sembrando el terror en las calles de la ciudad. Tras varios días de profunda angustia, y gracias al despliegue de un dispositivo sin precedentes, en la noche del 23, las fuerzas policiales consiguieron localizarla en la plaza de España, acribillando en el acto a sus ocho ocupantes, todos ellos militantes falangistas. El periódico *La Humanitat* relató lo sucedido:

> Ocho fascistas que asesinaron a cuatro Guardias de Asalto han sido muertos en la plaza de España. Desde hacía dos días que estos ocho fascistas, armados con una ametralladora, sembraban el terror por la ciudad. Ocupaban un automóvil ambulancia. Por este motivo era difícil de localizarlos. Ayer en la tarde, por ejemplo, asesinaron a cuatro Guardias de Asalto. Los automóviles de las milicias populares consiguieron encontrarlo ayer por la noche en la Plaza de España. Se entabló una lucha a muerte de la cual salieron completamente victoriosas las fuerzas populares. Los ocho ocupantes del automóvil fueron eliminados.

Leovino Cabrerizo de la Cámara, nacido en Atauta, Soria, ejercía como secretario del Sindicato del Ramo de las Artes Gráficas en el momento de su muerte. Había sido uno de los fundadores de la Federación Estudiantil de Conciencias Libres, la FECL, entidad que defendía la formación de un alumnado crítico e independiente que «debía emprender por sí mismo el camino de la emancipación». La FECL organizaba charlas, debates, conferencias y editaba su propia revista, *Evolución*, desde donde defendía el derecho al acceso a la

cultura y al conocimiento, entendidos ambos como mecanismos fundamentales para «formar a una juventud crítica que debía prepararse para liderar la Revolución».

Una juventud, sin embargo, que no lo había tenido fácil, que venía de la absoluta intemperie, del más profundo desánimo, que se había dejado arrastrar por la desidia y el embrutecimiento. Sin estímulos ni porvenir, se había dedicado en los últimos años a deambular por las calles de la ciudad sin saber muy bien qué hacer. Una juventud sin rumbo que, en palabras de la *Soli*, constituía «una generación sin orientaciones ni voluntad». Aquellos jóvenes, cuando nadie apostaba ni un duro por ellos, de la noche a la mañana, supieron encontrar el camino de la emancipación de la mano de unos ateneos culturales que comenzaban a proliferar en las barriadas obreras. Estimulados por un torrente de ideas revolucionarias, abrazaron la cultura como elemento liberador. Años después, ya en plena Guerra Civil, en el contexto de la celebración del Día del Libro Antifascista, organizado en el marco de la Feria del Libro, evento que tuvo lugar entre el 13 y el 16 de junio de 1938, varios de aquellos jóvenes revolucionarios vinculados a la FECL, dejaron por escrito su postura, presentando la cultura como «el motor emancipador de la clase trabajadora»:

> Bajo las descargas, las bombas y las pestes, un pueblo todo, heroico y decidido, lucha por una sola cosa: por el derecho a la cultura, no por el pan, ya que los esclavos también están hartos. Para un libertario, lo esencial no es la economía, sino el hombre. Un libertario cree que por la violencia no se realiza ninguna revolución profunda en el hombre, sino por la persuasión, por la cultura. En este sentido, los libertarios creemos que la base firme de toda revolución en el orden social se halla en una revolución profunda de la cultura, el espíritu del hombre. Los libros son el vivero de la cultura.

El Día del Libro Antifascista se desarrolló en varios locales de la ciudad de Barcelona: Casal de la Cultura, Sede del CADCI, Casal d'Esquerra Francesc Macià, Casa CNT-FAI, Teatro Stadium, etc. La jornada, que, en realidad, abarcaba tres días, recibió el apoyo de la Consejería de Cultura de la Generalitat y se organizaba desde la re-

giduría de cultura del Ayuntamiento de Barcelona, encabezada por el entonces comunista Víctor Colomer Nadal, quien, hasta hacía bien poco, había ejercido como presidente del Ateneu Enciclopèdic Popular. Muchas entidades —editoriales, sindicatos, librerías, asociaciones, etc.— instalaron sus puestos en la Plaza Catalunya. Destacaba la gran variedad de ponentes que amenizaron el evento a lo largo de las tres jornadas. Entre ellos encontramos a los filósofos Josep Maria Capdevila y Jaume Serra i Hunter, al escritor comunista Àngel Estivill, y a los poetas anarquistas Lucía Sánchez y Federico Gerardo Ruffinelli, responsable, junto a la valenciana Olimpia Gómez, del departamento de propaganda del consejo regional de la SIA, Solidaridad Internacional Antifascista.

Ruffinelli, de nacionalidad uruguaya, había llegado a la ciudad a mediados de 1937. Lo había hecho desde el puerto de Dakar y como polizón. Su intención era vivir en carne propia esa Revolución que había leído con entusiasmo en la prensa. Desde que pusiera pie por primera vez en Barcelona, había desarrollado una prolífica labor periodística en una gran variedad de publicaciones anarquistas. Algo que le había llevado a ocupar el puesto de secretario de propaganda de la Federación Local de las Juventudes Libertarias. Durante esa época, difundió asiduamente en los medios su profunda admiración por los jóvenes revolucionarios españoles. En *Tierra y Libertad,* órgano de prensa de la FAI, dejaría escrito lo que sigue:

> Las juventudes españolas están a la vanguardia en la lucha por las libertades populares. Para un joven que llega de un país capitalista, el asombro no puede ser mayor. Hasta ahora nos habíamos acostumbrado a las pequeñas organizaciones que aglutinaban solamente algunos centenares o millares de miembros, y que, por su poco caudal numérico, aunque tuvieran una capacidad ideológica sobresaliente, no lograban tener la eficacia suficiente para hacer retroceder al enemigo. Pero en España nos encontramos con las grandes organizaciones juveniles libertarias de masas, fuertes en caudal y en comprensión ideológica. Recién en España es cuando comprendemos la misión histórica del Anarquismo y la forma de organización capaz de llevarnos a realizar aquella misión de una manera total. Las juventudes anarquistas españolas son mayoría en los frentes y en la producción y son las brigadas de choque de la Revolución a escala mundial.

Ruffinelli no exageraba en sus palabras, estaba en lo cierto. Aquel caudal libertario no tenía freno, o al menos no lo había tenido durante un par de meses, entre julio y septiembre de 1936. Lo que estaba ocurriendo en España era algo excepcional en el contexto europeo, ya que en ese preciso momento, la gran mayoría de los jóvenes de clase trabajadora del Centro y el Este de Europa —especialmente en Alemania, Austria, Hungría o Rumania—, estaban tomando el camino opuesto, engrosando las filas de organizaciones fascistas, seducidos por la imagenería nacionalista. Pero, aunque en España la clase trabajadora había sido capaz, en parte y en un primer momento, de pararle los pies a los militares golpistas, este triunfo inicial, trasmutado sorprendentemente en Revolución, fue poco a poco evolucionando hacia un gobierno de orden, absoluta y conscientemente contrarrevolucionario. Y fue así, como un año después del estallido de la Guerra Civil Española, aquella fuerza arrolladora inicial había sido apaciguada. ¿Quién, en aquellas circunstancias, se había atrevido a ponerle freno? Eso mismo se preguntó Ruffinelli mientras paseaba por las calles de una ciudad que desde hacía varios meses había dejado de ser revolucionaria, donde el orden burgués había vuelto a campar a sus anchas. Porque, a pesar de sus ensoñaciones —esto mismo escribía en una carta fechada en septiembre de 1938, cuando hacía tiempo que la Revolución había sido finiquitada: «[aquí] los proletarios se sienten dueños y señores de sus destinos»— y en contra de las habituales aspiraciones de un poeta anarquista, Barcelona volvía a ser una ciudad burguesa, implacablemente burguesa, donde los camareros trataban de usted a los clientes y las propinas volvían a aceptarse con normalidad. Lo sorprendente en este caso era que, a pesar de aquel retorno al estadio prebélico, o lo que es lo mismo, pese aquella vuelta a la desigualdad, Ruffinelli, obcecado como estaba en su paraíso anarquista, seguía insistiendo en su utopía particular:

> Aquí, en España, entre luto y sangre, se forja un mundo nuevo. Música de fragua. Música de martillo y yunque. Aquí luchamos y aquí moriremos. Queridos amigos: si muero en esta bella tierra, no me lloréis. Aquí morimos todos para que los que vienen tengan derecho a la sonrisa.

Aquellas manos recias y párpados ardientes que Ruffinelli describió con entusiasmo en la prensa anarquista local, estaban, en su opinión, construyendo el futuro, un futuro que, por qué negarlo, había dejado de ser palpable, volviendo de nuevo a ser una vaga e imprecisa ilusión que se escurría entre sus dedos. En aquel mundo recién conquistado, pensaba Ruffinelli, no había lugar para más abusos ni humillaciones, y mientras lo imaginaba, absorto de tanta ingenuidad, una nube negra de sospecha comenzaba a asomar sobre su cabeza.

«Nadie podrá cercenarles el deseo de libertad y justicia», así se autoconvencía, refiriéndose al ciego deseo de los jóvenes revolucionarios. Mientras escribía estas palabras, una voz grave y rotunda ponía en duda sus intenciones desde los micrófonos de un estudio de radio estalinista, tachándoles de espías fascistas. Sólo querían «liberarse del yugo de una clase dominante que los había oprimido sin descanso», escribía Ruffinelli a modo de convencimiento. Pero en aquel momento ya poco importaba. Aunque llevasen consigo una montaña de razones justas y honestas, nada parecía tener valor. Desde la distancia, desde el prisma inocente y esperanzado de un recién llegado, no era descabellado pensar que los antifascistas revolucionarios estaban forjando un mundo nuevo, opuesto al capitalismo salvaje que azotaba Europa. Sin embargo, algo no encajaba. A pesar de sus conquistas irrefutables, había una sensación indefinida, aún sin nombre, que flotaba en el aire: una desconfianza latente que ponía en duda su conducta y sembraba una sombra de sospecha sobre sus legítimas aspiraciones. Porque si te acercabas lo suficiente, si ponías el foco en los detalles, descubrías que ya no manaba nada de aquel caudal revolucionario, alguien lo había secado, sellando sus conductos, taponando su fuente primigenia, su manantial, alguien que temía que aquella Revolución se desbordara y se llevara todo por delante. Pero ¿quiénes eran? ¿Quién se había atrevido a arrebatarles el derecho a la sonrisa?

V. Atletas guerreros

De droite à gauche : Notre camarade MARTIN, fusillé par les fascistes espagnols ; HANNARD, du Club du Croissant et le camarade MERCADER

* * *

Montaña de Montjuïc, finales de julio de 1936. Después de que el «pueblo en armas» frenara la sublevación militar en Barcelona, tres organizadores de la Olimpiada Popular posan ante la cámara. De izquierda a derecha: Ramón Mercader, líder de las JSUC, Henri Segard, responsable de la comisión ciclista de la FSGT, y Andrés Martín del Llano, miembro de la directiva de la Internacional Deportiva Roja y del Comité Central de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). Esta imagen aparecerá reproducida el 16 de septiembre de 1936 en la edición de *Sport*, órgano de prensa de la FSGT, rindiendo homenaje a Andrés Martín, fusilado por las tropas franquistas en el frente de Extremadura.

V

La mañana del 19 de julio, la Olimpiada Popular, concebida hasta el momento como una medida defensiva para frenar el auge del fascismo, se transformó casi inevitablemente en un arma ofensiva para derrotar el Golpe Militar. De los seis mil atletas que habían acudido a Barcelona para participar en el evento, unos doscientos desafiaron la orden de permanecer en sus habitaciones y salieron a la calle para enfrentarse a los golpistas. La mayoría procedía de organizaciones afines al comunismo ortodoxo, destacando especialmente la presencia del sindicato francés Fédération Sportive et Gymnique du Travail (FSGT), resultado de la unificación de la comunista Fédération sportive du travail (FST) con la socialista Union des sociétés sportives et gymniques du travail (USSGT). Entre las veintitrés delegaciones, encontramos a clubes de exiliados antifascistas italianos y alemanes residentes en Francia, organizaciones deportivas comunistas procedentes de los Estados Unidos de América, Suecia, Checoslovaquia o Hungría, asociaciones deportivas judías, como la belga Yidisher Arbeter Sport Klub (YASC) y la asociación deportiva Hapoel de Palestina, o un equipo del cantón de Ginebra o de la región de Castilla. Casi todas las entidades participantes habían experimentado en los últimos meses un proceso de bolchevización que había transformado por completo sus designios y objetivos. La huella de la Komintern se intuía en cada una de sus decisiones.

Como vimos en el primer tomo de esta trilogía, entre el 15 y el 18 de julio llegaron a Barcelona miles de atletas obreros provenientes de diversas partes del mundo. Mientras se instalaban en la ciudad, un contingente del Ejército español acuartelado en África se

alzaba en armas contra el gobierno legítimamente elegido. Ante esta situación, el agente comunista György Martin-Hajdu, alias «Jordi Martin», designado hacía unos meses como director técnico de la Olimpiada Popular, se reunía de urgencia en el vestíbulo del Hotel Olímpic con cuatro representantes de la delegación francesa: Auguste Delaune, Robert Mensión, Albert Guillevic y Jean Guimier. Lo acompañaban su mano derecha, el dirigente de las JSUC Ramón Mercader, y el también comunista Andrés Martín del Llano, secretario general de la FCDO y delegado español en el Comité Ejecutivo de la Internacional Deportiva Roja. La noticia de la sublevación no tomó por sorpresa a ninguno de los allí presentes; era un secreto a voces, algo sabido y esperado por todos.

Desde el primer momento, comenzaron a tomar medidas para proteger a los atletas desperdigados por toda la ciudad. Contrariamente a las recomendaciones transmitidas por radio por Jaume Miravitlles, secretario del Comitè Organitzador de l'Olimpíada Popular (COOP), quien insistió a los deportistas que mantuvieran la calma, la cuadrilla comunista, con Andrés Martín del Llano a la cabeza, invitó a todo el que quisiera unirse a la lucha armada a acudir a los locales de los sindicatos y los partidos políticos. Una fotografía publicada días después en el periódico *Sport*, órgano de prensa de la FSGT, confirmó la acción proactiva de los comunistas, mostrando a Ramón Mercader, de las JSUC, Henri Segard, responsable de la comisión ciclista de la FSGT, y Andrés Martín del Llano, del FCDO, con el fusil al hombro. Dos meses después, Jean Guimier recordaría en *Sport* el papel jugado por sus camaradas españoles en la defensa del Hotel Olímpic, alojamiento donde se hospedaban gran parte de los atletas:

> Todavía puedo verlo [se refería a Andrés Martín del Llano] en el vestíbulo del Hotel Olímpic, con su compañero Mercader (a quien vimos el domingo en Pershing, con el antebrazo atravesado por una bala) [habla del evento deportivo que tuvo lugar en París el 13 de septiembre en apoyo a la República española], ambos armados con sus rifles y completando la pequeña tropa de Guardias de Asalto que vigilaban la Plaza España.
>
> Los vuelvo a ver a ambos, en aquella espléndida mañana del 21 de julio, cuando, por primera vez desde nuestra llegada a Barcelona,

tuvimos la oportunidad de relajarnos en el magnífico estadio de Montjuic.

Cansados, con los ojos ardientes, nos confiaban sus esperanzas, su alegría al ver definitivamente reprimida la revuelta rebelde en Barcelona.

Horas antes de que salieran los militares de los cuarteles, Jaume Miravitlles había convocado una reunión con el resto de los miembros del COOP. En dicho encuentro, les pidió que renunciaran a las banderas rojas y a los cánticos revolucionarios durante el acto inaugural, ya que, en su opinión, podrían ser considerados una provocación. La unidad en el seno del comité organizador comenzaba a desquebrajarse. La tensión se palpaba en el ambiente. Espesa como niebla matutina, auguraba una jornada trágica y sangrienta. Miravitlles insistió en que debían mantener un perfil bajo y conciliador, tenían que evitar como fuera la confrontación. No obstante, era ya demasiado tarde, algunos atletas comenzaron a olvidarse de las pruebas deportivas y centraron su atención en cómo conseguir armas para defenderse. Por la tarde, la CNT y la UGT declararon la huelga general en todo el territorio. La sublevación militar en la península parecía algo inminente.

Tras recibir la noticia del Golpe Militar en Melilla, miembros de la Asociación Cultural Judía (AJC), entidad integrada en el comité organizador de la Olimpiada Popular, comenzaron a patrullar las calles de la ciudad desoyendo el llamado a la calma. El ingeniero judeoalemán Max Friedemann, uno de sus miembros más activos, recordaría años más tarde aquellas horas inciertas en *Brigada Internacional ist unser Ehrenname*, editado por la República Democrática Alemana en 1976:

De Marruecos llegaban noticias alarmantes. El Gobierno del Frente Popular surgido de las elecciones, se dejaba tranquilizar por las hipócritas declaraciones de lealtad de los generales a pesar de las advertencias del Partido Comunista.

Los Partidos Comunistas de España y Cataluña y otras organizaciones obreras exhortaban a los compañeros a estar extraordinariamente atentos. El 16 de julio de 1936 se formaron grupos de obreros que patrullaron toda la noche por las calles cercanas al puerto y ante

> los cuarteles de Barcelona. Fueron días muy tensos para nosotros. La mayoría trabajábamos todo el día en las empresas, por la tarde ayudábamos en el Comité preparatorio de la Olimpiada Popular y por la noche hacíamos patrullas de vigilancia.
>
> El 18 de julio, ya avanzada la tarde, nuestro jefe de grupo [Francis Ferry] nos envió a casa a Golda —mi mujer— y a mí. Hacía dos noches que no dormíamos. Muertos de cansancio fuimos con el tren de cercanías a Sarriá, donde vivíamos [en un segundo piso del número 41 de la calle Àngel Guimerà].

Igualmente, el voluntario Eduard Vivancos, cenetista vinculado a la FECL y a la Federació Catalana d'Atletisme, evocaría años después un sabotaje en las instalaciones eléctricas del Estadio de Montjuïc, recinto donde, de haberse celebrado, habría tenido lugar la ceremonia inaugural:

> Durante todo el día corrían rumores muy alarmantes sobre una inminente rebelión militar. El gobierno aseguraba que tenía la situación controlada, pero nadie se lo creía. Cuando los jóvenes gimnastas se preparaban para practicar sus ejercicios, uno de los organizadores anunció con voz afligida: «Manos fascistas han saboteado las instalaciones eléctricas. Resolveremos el problema y mañana todo estará preparado para la inauguración de los Juegos».

No era el primer sabotaje que sufrían los Juegos, habían padecido muchos más en los días y semanas anteriores. Como vimos en el primer tomo de la trilogía, grupos monárquicos y falangistas se habían dedicado a boicotear el evento desde todos los ámbitos posibles: prensa, vía pública, reuniones clandestines, círculos diplomáticos, comités de empresa, etcétera. De igual manera, el grupo comandado por Sazja Kindermann —agente del Partido Comunista Alemán residente en Barcelona— había hecho lo propio contra la red nazi que operaba en la ciudad, con miras de desenmascarar las Olimpiadas que iba a organizar en verano el gobierno alemán.

Al menos desde finales de 1935, cuando el eslovaco Alfredo Herz, otro de los refugiados que ejercían como informante, había empezado a redactar informes para el Servicio de Inteligencia del

partido, los refugiados comunistas germanohablantes habían comenzado a crear grupos de autodefensa para repeler los ataques de sus adversarios políticos. Formado en un primer momento por Alfredo Herz y Werner Hermelin, se dedicaron a recaudar información sobre la trama nazi y sus aliados locales, para luego, semanas más tarde, comenzar con las acciones directas.

El atleta polaco Emanuel Mink, llegado a Barcelona el 18 de julio con la comitiva del YASK, recordó años más tarde los movimientos del grupo de Kindermann en las horas previas a la sublevación militar [entrevistado por Arno Lustiger en el 2000]:

> ... Nos contaron [los refugiados comunistas] que ya el día 17 de julio se habían aprovisionado de armas, pues en aquel entonces era un secreto a voces que los militares se sublevarían. Un grupo compuesto por seis personas se dedicó a ir por las tiendas de artículos de caza y compró algunas escopetas y un revólver. A ese grupo pertenecían Szaja Kindermann y Jacques Penczyna, ambos obreros judíos de Bélgica que habían encontrado trabajo dos años antes en Barcelona.

Si damos por ciertas las palabras de Mink, el grupo de Kindermann —formado por Franz Löwenstein, Lini Bunjes, Max y Golda Friedemann [nacida Weid], Chaim Besser [Hubert von Ranke], Seppl Hermann, Werner Hermelin, Jacques Penczyna, Alfredo y Käthe Herz, Fanny Schönheit y el propio Sazja— ya estaba armado cuando se produjo el alzamiento. Y no solo disponían de armas: también contaban con información clave y objetivos cuidadosamente seleccionados en las semanas previas al golpe, como las sedes encubiertas de la red nazi y los domicilios de sus principales dirigentes.

Utilicemos los recuerdos de Max para reconstruir el momento exacto en que los refugiados antifascistas se percataron del inicio de la sublevación militar:

> Por la mañana muy temprano nos despertó un camarada gritando: «¡En la ciudad se está disparando!»

Inmediatamente nos pusimos en marcha. El tren de cercanías no funcionaba, así que fuimos a pie a la ciudad. En las afueras todo estaba aún tranquilo. Avanzamos sin dificultades hasta la Diagonal, en el límite del centro de la ciudad. Allí se separaron nuestros caminos: mi mujer debía ir hacia la plaza de España y al estadio, donde estaban alojados numerosos deportistas extranjeros [Hotel Olímpic]. Ella era responsable de su asistencia. Mi meta era el edificio del Partido Comunista de Cataluña [c/Aviñó, 34]. Utilizando la protección de los árboles y los salientes de los edificios, corrí hacia el centro de la ciudad. En muchas calles los fascistas disparaban contra los trabajadores desde los tejados, los balcones, las esquinas de las calles, los portales de las casas.

¿Qué había pasado? A las 4 de la madrugada habían salido los soldados del cuartel de Pedralbes. Después los propios soldados nos contaron que sus oficiales les habían mentido; les habían dicho que debían proteger a los participantes de la Olimpiada Popular ante ciertos grupos anarquistas que tramaban desórdenes. Lo mismo se les había dicho a los soldados de otros cuarteles. ¡Pero los fascistas no habían contado con el pueblo! No habían contado con la vigilancia y el espíritu de combate de los trabajadores y no esperaban que la Guardia de Asalto mantuviese su lealtad a la República, ni que incluso grupos aislados de la Guardia Civil —a pesar de estar entrenada como tropa contra la clase trabajadora—, pudiera inclinarse del lado de la República.

Los trabajadores se enfrentaron valientemente a los soldados. Bloquearon las calles y exhortaron a los soldados no sólo a no disparar sobre sus hermanos de clase sino también a volver sus fusiles contra sus propios jefes traidores. Algunos soldados se unieron a los trabajadores y otros se volvieron a sus pueblos.

Sólo un departamento de artillería marchó al centro de la ciudad, ocupó los edificios de la plaza de Cataluña, las sedes de teléfonos y telégrafos, el Banco Alemán Trasatlántico y el Hotel Colón. Pero estos edificios fueron reconquistados, planta por planta. Tejados y balcones fueron limpiados de francotiradores.

Entretanto yo conseguí llegar a la sede del Comité Central.

—¡Dadme un fusil! —le dije a un camarada.

—No tenemos ningún fusil, tú mismo debes conseguirte uno —me contestó.

—Bueno, pues dime cómo se maneja un fusil.

Un camarada me lo explicó, mi primera instrucción militar duró minuto y medio.

—¿A dónde he de ir ahora? —pregunté.

Me dijeron que el ataque contra la Capitanía. La jefatura de la guarnición militar de Barcelona era inminente.

La Capitanía se encontraba cerca del puerto, entre la estación principal y la columna de Colón. Corrí hacia allí. En un amplio semicírculo en torno al edificio se encontraban ya muchos trabajadores, unos con los brazaletes rojos de los partidos socialista y comunista y otros con los pañuelos rojos y negros en el cuello de los anarquistas y sus sindicatos.

Pocos de ellos estaban armados. Algunos tenían un revólver, otros, escopetas de caza o carabinas. El edificio de la Comandancia estaba protegido por barricadas y en las ventanas, protegidas por sacos terreros, se veían fusiles y ametralladoras en posición de ataque. Nuestro fuego permaneció sin efecto hasta que vino en nuestra ayuda un grupo de la Guardia de Asalto.

Acercaron un cañón de pequeño calibre, lo apuntaron desde una distancia de unos 300 metros directamente sobre la puerta y dispararon algunos tiros. Por la brecha atacamos Capitanía. Los soldados no dispararon sobre nosotros. Sólo algunos oficiales ofrecieron resistencia y fueron dominados. Avanzamos hasta el depósito de armas y requisamos todas las existencias de armas y municiones. Después cada uno tomó todo lo que pudo y lo llevó a la sede de su organización, allí donde se estaban formando las milicias.

Mientras Friedemann y compañía se dirigían a la sede del PCC en busca de instrucciones, los atletas se despertaban con el estruendo de los disparos y las bombas. El inglés Tom Binet, representante de un club obrero de Stepney, fue testigo de las primeras escaramuzas desde la ventana de su habitación en el Hotel Olímpic (*Stepney Citizen*, 1936):

Me desperté muy temprano por la mañana con lo que pensé que eran vigorosos pelotazos [...]. Asomándome al balcón vi una calle angosta desierta, exceptuando por la presencia de seis civiles armados, miembros de la patrulla nocturna de la Milicia Obrera. Desde el final de la calle de enfrente vi un grupo de hombres y una mujer desde detrás de una barricada de piedras erigida en forma rápida, disparando hacia un auto que cruzaba la calle a una velocidad fatal.

Los atletas recibieron órdenes contradictorias de los organizadores, por un lado, debían permanecer encerrados en sus habitaciones, y por el otro, podían, si querían, enfrentarse a los golpistas. Entre quienes tomaron esta última decisión se encontraban dos italianos: Annibale Caneparo, alias «Renati», y André Jaccod, ambos militantes de las juventudes del Partido Comunista Italiano, exiliados en París desde principios de los años treinta.

El 1 de agosto, diez días después de que el Golpe fuera derrotado en Barcelona, *Il Grido del Poppolo*, periódico comunista editado en Francia por refugiados italianos, relató las jornadas de lucha a través de la voz del joven Jaccod:

> Aquí están los deportistas italianos que regresan de Barcelona. Los acompañamos el viernes pasado [puede que se refiera al jueves 17 de julio] por la tarde a la estación de Austerlitz. Agitaron alegremente la tricolor italiana con el lazo rojo [...]. Cuando el tren se puso en marcha todos sentimos un poco de envidia por el tren que partía. Pero los envidiamos aún más cuando supimos que fueron espectadores de la lucha épica del proletariado de Barcelona y de todo el pueblo de España. Regresamos a su encuentro y corrimos hacia Jaccod, quien era el responsable de nuestros deportistas. «¿Qué impresión tuviste nada más llegar a Barcelona?», le preguntamos.
>
> —Había mucha tensión en el ambiente. Comenzó la huelga, los militantes obreros estaban en estado de alarma. Unos compañeros españoles nos aconsejaron que no fuéramos al hotel, de lo contrario tendríamos que quedarnos. Así nos despertaron los primeros disparos a las cuatro de la mañana en las Ramblas, en frente del Hotel Euskalduna. Por radio ordenaron a los atletas que salieran de sus habitaciones. Al fin y al cabo, la noche anterior ya nos habían contado algo sobre el golpe militar en Marruecos. El fuego de ametralladora continuaba, a las seis se escuchó nítidamente un disparo de cañón. Bajo nuestra responsabilidad, el corredor Renati [Annibale Caneparo] y yo, nos pusimos en marcha. Unos cientos de metros nos separan de la plaza de Cataluña. Avanzamos por calles desiertas, las ametralladoras seguían crepitando. Nada más llegar a la plaza nos encontramos con un grupo de jóvenes comunistas españoles. Nos anunciaron que todos los regimientos de Barcelona se habían levantado contra el gobierno.

—¿Pero cómo podíais entenderos si no hablas español? —le interrumpimos.

—¡En determinados momentos los trabajadores siempre se entienden! [...]. Llegó otro militante y nos explicó que los rebeldes fascistas habían ocupado la central telefónica al otro extremo de la plaza. Éramos doce comunistas, y nos encaminamos hacia esa dirección. En el centro de la plaza nos encontramos con un grupo de Guardias de Asalto. Con las manos en alto, un pañuelo blanco en la mano, nos acercamos a ellos. Nos preguntaron si éramos del Frente Popular. Respondimos que sí [...]. Los soldados se unieron a nosotros y juntos nos dirigimos hacia la central telefónica. Los rebeldes levantaban la bandera blanca, nos acercábamos y luego empezaban a disparar de nuevo. Junto a nosotros, había cinco españoles heridos, Renati hizo todo lo posible para ayudarles. Hacia las diez de la mañana la posición de los rebeldes asediados se tornó cada vez más difícil. Los militantes obreros de la CNT llegaban en coches requisados. Algunos camaradas lograron penetrar en la planta baja del edificio, otros disparaban a través de las ventanas contra los rebeldes atrincherados en el interior. Finalmente se produjo la rendición. El centro de comunicaciones de la gran ciudad fue arrebatado a los rebeldes.

—¿Y luego?

—Luego continuamos. Nos pusimos a disposición de la milicia obrera [las JSUC]. En un coche incautado estuvimos junto a los compañeros españoles en todos los puntos donde la lucha era más intensa. En el centro de los jerosolimitanos [convento de las Clarisas de Jerusalén], en la casa de la Compañía Italiana de Navegación, en el cuartel del puerto [...].

—¿Y quién había en la empresa italiana?

—Fieles a sus tradiciones de enemigos del pueblo, los dirigentes fascistas italianos habían puesto el edificio de esta compañía naviera al servicio de los rebeldes [...]. Es inútil que ciertos periodistas, como Orio Vergani [periodista del *Corriere della Sera* arrestado durante aquellas jornadas y liberado poco después gracias a las presiones diplomáticas], se inventen historias. Ningún trabajador español odia a los trabajadores italianos. Los inmigrantes italianos de Barcelona

que fueron repatriados por el Gobierno italiano a bordo del «Principessa Maria» debían servir de argumento para difamar al pueblo español, enemigo de los generales facciosos, enemigo de Hitler y Mussolini. El pueblo español victorioso no se arrepentirá de sus acciones contra el Dr. Berni [Giulio Berni Baldini, secretario por entonces del *Fascio* de Barcelona], o el Conde Spalletti, representantes calificados, no de la nación, sino de las doscientas familias italianas.

—¿Hubo entusiasmo entre las milicias obreras?

—¡Fue algo increíble! Hombres, mujeres, jóvenes, competían entre sí para ir a los lugares más peligrosos, para poder tener un arma en sus manos. ¡Sin saqueos! ¡Sin robo! Lo que se les quitó a los hoteles fascistas se entregó inmediatamente a los hospitales. ¡Una maravillosa disciplina revolucionaria! Es el alma de un pueblo bañado en libertad, invadido por un noble desprecio al ver a los generales fascistas desatar la guerra civil, hundiendo su patria en un mar de sangre.

La crónica de *Il Grido del Poppolo* finalizaba con un llamado a la unidad de acción. Los militantes comunistas italianos exiliados en Francia, acompañados de sus compatriotas socialistas, inspirados por la fiebre de la alianza antifascista, fundaron durante esos días un comité de ayuda para apoyar a sus «valientes hermanos españoles». La Guerra Civil Española estaba acelerando el proceso de bolchevización iniciado meses atrás por la Komintern.

Entre los militantes del JSUC con quienes se encontraron Jaccod y Rinati aquella mañana de julio, se hallaba una joven atleta madrileña que había llegado para participar en la Olimpiada Popular. Según el periodista francés J. E. Pouterman, era una estudiante de Medicina que ejercía como delegada de las JSU en Madrid. Ella misma le hizo saber que se llamaba María Petra Sendón Galán. Así la describió cuando se topó con ella en Tardienta a principios de agosto de 1936:

Su nombre es largo pero es muy pequeña y sus ojos son de un gris brillante. De hecho, sólo tiene 19 años. Madrileña y estudiante de Medicina, vino a Barcelona para asistir a la Olimpíada Popular, delegada por las Juventudes Comunistas de Madrid. Ella me habla

sonriendo; su gorra de policía colocada cranealmente sobre su cabello castaño, armoniza admirablemente con sus precisas observaciones sin el menor rastro de pose o bravuconería. Sin embargo, ya goza de gran autoridad entre sus camaradas: son ellos quienes me dirán más tarde, cuando ella no esté, que el 19 de julio, durante la toma de la central telefónica ocupada por los soldados fascistas, ella fue una de las primeras en lanzar el ataque. Esa misma noche, fue hecha prisionera por un grupo de fascistas armados y pasó un día entero atroz, sufriendo los peores ultrajes de sus carceleros. Sólo 24 horas después fue liberada por sus compañeros.

Otro testigo directo de los hechos fue Louis Eudlitz, jefe adjunto del Secretariado de Estado de Educación Física del gobierno francés. Como máximo representante oficial de su delegación, Eudlitz fue retenido en el Hotel Colón por los militares golpistas en las pocas horas de iniciarse la sublevación. Germaine Decaris, enviada especial del diario *L'Œuvre* para cubrir la Olimpiada Popular, lo entrevistó días después en París:

En cuanto a mí, estuve durante doce horas prisionero en el Hotel Colón. Cuando inquirí a uno de los líderes fascistas que me dejaran salir del hotel para unirme con el groso de nuestra delegación en el Hotel Olímpic, que sabíamos que estaba en peligro, se negó rotundamente.

Liberado a las 16:30 de ese mismo día por la Guardia Civil, pude afortunadamente, bajo mi propia responsabilidad, ir a buscar a nuestros compañeros. Descubrí que el Hotel Olímpico, en el que ondeaba una gran bandera con nuestros colores, había sido ametrallado. Los atletas fueron conducidos a los sótanos.

En la tarde-noche del 19 de julio, el Golpe Militar había fracasado en gran parte de la ciudad. Solo resistían el cuartel de Atarazanas, cerca del puerto, y el cuartel de San Andrés, a unos kilómetros del centro. Así lo recordaría Max Friedemann, uno de sus asaltantes:

... ese día [19 de julio] casi pudieron ser barridos los fascistas por todas partes, excepto en el cuartel de las Atarazanas, muy bien ase-

gurado en el puerto. Por la noche se construyeron barricadas. Al amanecer nos abrimos paso metro a metro, y al mediodía pusimos el cuartel bajo el fuego por ambos lados. Después atacamos. Finalmente su dotación dejó de resistir. Los oficiales fueron apresados. Con eso, aparte de algunos tiradores en los tejados, el golpe quedó derrotado en Barcelona. El Frente Popular había conseguido la victoria.

En todos estos combates ya tomaron parte combatientes internacionales, emigrantes o participantes en la Olimpiada Popular, entre ellos los camaradas Franz Löwenstein y Werner Hermelin, quien aguantó firme en un distrito de las afueras para hacer retroceder a los sublevados. El 22 de julio fue publicada por decisión del gobierno republicano la «Ley sobre la formación de unidades de tropa para la liberación de las zonas ocupadas por el enemigo».

Los antifascistas alemanes que habían participado en los combates callejeros se juntaron en una unidad de combate en el marco de las milicias recién creadas y se dieron el nombre de «Grupo Thälmann».

Meses después, Werner Hermelin, quien en ese momento estaba destinado en el servicio de prensa de las Brigadas Internacionales, redactó un informe sobre los primeros pasos del grupo [Archivo Federal de Berlín Lichterfelde; SgY11 / V 237 / 1 / 4]:

Cuando nació el Grupo Thälmann se encontraban en Barcelona —precisamente el 18 de julio de 1936, día de la sublevación de los rebeldes—, ocho activos antifascistas. A ellos se unieron inmediatamente después del 19 de julio algunos camaradas de habla alemana que habían venido a Barcelona para la Olimpiada Popular. Los nombres de estos primeros ocho antifascistas eran:

Max Friedemann, actualmente coronel en el Estado Mayor de la Mixta, director de las comunicaciones.

Franz Löwenstein, actualmente teniente, ayudante del general Gómez.

Cheim Besser, ahora teniente, ayudante del jefe de Estado Mayor de la XIII Brigada.

Werner Hermelin, comisario político para todos los extranjeros en el frente de Aragón, posteriormente activo en el Servicio de Prensa de Albacete.

Gustav Schnitzer, teniente en el frente de Aragón.

Eisick Hoffmann, ahora en Barcelona como civil a causa de enfermedad.

Ewald Maus, ahora, igualmente, civil.

Martin Führer, que fue dos veces herido, preguntar a Fritz Arndt dónde vive ahora.

Egon Illfeldt, actualmente redactor en la CNT, Barcelona.

Hessenthaler, también ahora redactor de la CNT, Barcelona.

Sholleck, ahora civil.

Los deportistas que estaban en Barcelona para la Olimpiada Popular y se nos añadieron, eran:

Erwin [nombre tachado y corregido, en su lugar pone Gerhart Wohlrath] ahora comisario político en una unidad de ametralladoras en el frente de Aragón.

Käthe Hempel, que estuvo diez meses en primera línea de fuego como enfermera.

Otto Bosch, ahora brigada (¿) [el interrogante aparece en el original] en el frente de Aragón.

Emanuel Mink, actualmente en la XI Brigada, que fue herido.

Abrascha Krassiolick [Krasnowiecki], muerto el 14 de abril de 1937 como teniente junto a Tardienta.

El 19 de julio, el partido [KPD] había ya decretado el estado de alarma tres días antes del alzamiento de los rebeldes. Los ocho camaradas antes citados estaban ocupados en atender al estado de alarma y en organizar la Olimpiada Popular. La mañana del 19 de julio tomamos parte activa en la derrota de la rebelión. Los compañeros Friedemann y Löwenstein participaron en los ataques contra el cuartel de artillería de las Atarazanas y contra el cuartel principal, la Capitanía. Yo por mi parte, Hermelin, luché con los republicanos en un barrio de las afueras para mantener a raya a los sublevados. Los otros compañeros fueron utilizados por el partido hermano catalán [PCC].

El 20 de julio y los siguientes días, tras la derrota de la sublevación, estuvieron dedicados a buscar y encarcelar a los fascistas. Los camaradas Schaja [Sazja Kindermann] y Alfred Herz [Alfredo Herz], que era representante del Partido, se ocuparon del registro y confiscación de documentos importantes en el Consulado Alemán y en las oficinas de la Lufthansa.

El 22 de julio fue publicada por el Gobierno la «Ley de Milicias» para la formación de las tropas que debían liberar las zonas ocupa-

das por los fascistas. En este sentido se hablaba entonces sólo de Zaragoza y Sevilla.

Tras la confiscación del Hotel Colón por las milicias de la UGT, tuvo lugar la formación del Grupo Thälmann por los compañeros citados anteriormente. Entre los muchos españoles que se alistaron esos días, estos compañeros permanecimos juntos y fuimos así encuadrados como grupo.

Este grupo destacó entre los demás por su gran disciplina y por ello se le encargó el mantenimiento del orden dentro de las milicias que se estaban formando. Los compañeros no estaban nada de acuerdo con este encargo. Decían. con razón, que «Si a los extranjeros les encargan precisamente imponer el orden entre los españoles, eso va a dar una impresión horrorosa». Así que decidimos que cada camarada extranjero se buscara a un camarada español de confianza y le convenciera, hablándole y explicándole, de la importancia de la disciplina y el orden interior.

La táctica dio resultado: a los pocos días un grupo de españoles se encargó del orden interno.

Las jornadas de lucha del 19, 20 y 21 de julio dejaron un reguero de heridos y muertos, entre ellos varios voluntarios extranjeros. Entre los caídos se encontraba el joven antifascista alemán Johann Frey, de veintiún años. Al parecer, vinculado al KPO, escisión del Partido Comunista Alemán. *Avant*, órgano de prensa del POUM, lo señaló como «uno de los nuestros». También perdieron la vida los atletas austriacos Gregor Starke y un tal Mechter, quienes supuestamente murieron en el asalto definitivo al cuartel de Atarazanas. Finalmente, el miércoles 22 de julio, tras un tira y afloja entre los organizadores, la Olimpiada Popular fue definitivamente cancelada.

Un día antes, a las cinco de la tarde del día 21, un atleta francés de apellido Corbier fue mortalmente herido por un disparo en el corazón mientras esperaba para partir en un convoy en dirección a la frontera. Eudlitz lo recordaría días después desde su despacho en París:

Los automovilistas franceses, con sus coches particulares, habían pedido a nuestro cónsul que organizara una caravana el martes por la tarde para llegar a la frontera [...]. De acuerdo con el cónsul, fija-

mos el punto de encuentro frente al consulado. Era el lugar más seguro de la ciudad para nosotros... Al menos eso creíamos, ya que allí ondeaba la bandera francesa. Les pedimos a los participantes que colocaran una bandera lo más grande posible en el capó de sus autos.

Tuvimos que salir a las 16.30 horas, bajo la protección de la policía de la Generalitat y de la milicia popular. A la hora señalada, el autobús y una quincena de coches, todos profusamente adornados con banderas, se reunieron en la plaza de Cataluña. La calma era entonces total. Hacía más de doce horas que no se producía ningún tiroteo. A las cinco de la tarde, justo cuando la caravana estaba a punto de partir hacia la plaza de la República, se produjeron intensos disparos desde los tejados de los hoteles y edificios colindantes.

En la plaza se concentraban, no sólo los que se marchaban, sino también cientos de otros franceses que habían acudido para despedirnos. Uno de nuestros compatriotas, el joven deportista Corbier, de la Escuela Normal de Nevers, recibió un disparo en el corazón cuando salía del coche. Se desplomó frente a las tiendas de novedades Jordà.

Los guardias de asalto y los milicianos del Frente Popular que debían acompañar a la caravana y protegerla se dispusieron inmediatamente a responder.

Esa misma tarde, en agradecimiento a los seis mil atletas que habían acudido a Barcelona, se realizó un desfile que desembocó en la Plaza de la República, hoy plaza Sant Jaume. El atleta británico Tom Binet dejó escrito que, a pesar del peligro y la confusión —disparos desde los tejados, barricadas y controles aleatorios y desproporcionados—, desfilaron «orgullosamente con los gaiteros escoceses a la cabeza». La delegación de YASK también fue engullida por esa ola de entusiasmo que había empapado la ciudad en las últimas horas. Dov Liebermann, su presidente, pronunció un discurso enfervorecido desde el centro de la plaza, recordando los cuatrocientos cincuenta años que habían pasado desde la expulsión de los judíos de España, arguyendo que el pueblo judío y el español luchaban por fin hombro con hombro contra un enemigo común: el fascismo. «Su victoria —refiriéndose a los republicanos españoles— traerá nuestra libertad», concluyó.

Ese mismo día, Max Friedemann, tras escuchar las palabras de Liebermann desde el centro de la plaza, y después de una breve con-

sulta con Hubert von Ranke, alias «Chaim Besser», delegado del KPD en Barcelona, impulsó la creación de un grupo de voluntarios extranjeros que debían partir cuanto antes para el frente. El polaco Emanuel Mink, uno de sus integrantes, recordaría años más tarde la formación de la mencionada unidad militar [entrevista del historiador Arno Lustiger en el 2000]:

> ... Habíamos venido a desafiar al fascismo en un estadio y se nos dio la oportunidad de combatirlo de manera muy sencilla [...]. En las principales calles de Barcelona, vimos enormes carteles llamando a las armas a los trabajadores. Junto con un amigo húngaro nos presentamos el 21 de julio en una oficina de reclutamiento. Explicamos a los funcionarios que nosotros, en tanto que deportistas obreros judíos, queríamos combatir a los fascistas y recibimos un carné que nos acreditaba como soldados de la milicia obrera [...]. Me hicieron miembro del Grupo Internacional que se formó al día siguiente, el grupo se dio así mismo el nombre de Thälmann [...] estaba integrado casi exclusivamente por judíos polacos y judíos alemanes que ya vivían en España antes del golpe [...]. Nos formamos el 23 de julio en la plaza Cataluña y marchamos hacia la estación [en realidad, fue el día 24]. Miles de personas nos saludaban con entusiasmo por las calles. Entonamos canciones revolucionarias, como Avanti popolo, Junge Garde o Rote Fahne [...]. En mi compañía había cinco parejas, de las cuales tres estaban en nuestro grupo, Max y Golda Friedemann, Franz Loewenstein y su esposa, y Gerthart Wohlrath y Käthe Hempel, ambos de suiza.

Gerhart Wohlrath, un ebanista alemán residente en Suiza desde 1933 e informante del KPD en el país alpino, llegó en bicicleta a Barcelona desde Zúrich junto a su compañera Käthe Hempel. Su intención inicial era participar en la Olimpiada Popular, pero la trascendencia de los acontecimientos se lo llevaron por delante. Así lo recordó en el libro *Brigada Internacional ist unser Ehrenname*, editado por la República Democrática Alemana en 1976:

> A causa de los extraordinarios acontecimientos apenas pensábamos ya en la Olimpiada Popular y nos dedicamos a buscar la oficina del Partido Comunista. Por todas partes colgaban banderas: unas ro-

jas y negras con las letras CNT y FAI, otras rojas con las letras UGT, otras también rojas con la hoz y el martillo en las que se podía leer POUM, había banderas a franjas rojas y amarillas que eran de los republicanos de izquierdas catalanes y otras tricolores con los colores de la República. Pero... ¿dónde estaba la bandera del Partido Comunista de España? Tras algún tiempo localizamos la oficina del partido. Allí encontramos al camarada Fritz [Franz] Löwenstein que, con algunos otros emigrantes alemanes, vivía desde hacía algún tiempo en España y ya había participado activamente en los combates de Barcelona. Nosotros dos nos inscribimos como voluntarios en la milicia y fuimos con Fritz al día siguiente al hotel Colón en la plaza de Cataluña, donde nos fueron presentados otros alemanes: Werner Hermelin y Walter Boch, natural de Kempten in Allgäu [se refiere, en realidad, a Otto Bosch], que después cayó en la batalla del Ebro. Recuerdo especialmente a los valientes camaradas polacos Mundek [Emanuel Mink] y Abrascha [Krasnowiecki] que nunca perdían la calma en los momentos más críticos. Abrascha tampoco perdía el humor, fue conocido en todo el sector del frente a causa de su casco de acero inglés. Cuando en el Parque del Oeste los marroquíes le arrojaron una granada y él la lanzó de cabeza con su casco detrás del talud de la trinchera, donde explotó sin causar daños, Abrascha se hizo verdaderamente legendario. También está enterrado en tierra española.

Como Grupo Thälmann nos juntamos con unos veinticinco más. Los días y semanas siguientes llegaron más: italianos, ingleses, polacos y alemanes. Se crearon las primeras centurias. El estadio se convirtió entonces en el centro de los voluntarios extranjeros. Se halla en lo alto de la ciudad, en la ladera de Montjuich, el parque bellamente construido para la Exposición Mundial de 1928, y el estadio se acababa de preparar para la Olimpiada Popular.

Así pues, la tarde del 24 de julio, tras una breve instrucción militar, el «Grupo Thälmann» partió hacia el frente integrado en la columna del PSUC. Bajo el mando de José del Barrio y Antonio Trueba, se presentó ante sus camaradas —según indicaría semanas después el *Neue Presse*— como «Grupo Judío Thälmann».

Por otro lado, Andrés Martín del Llano, con su tarea ya cumplida en la capital catalana, puso rumbo a Madrid, donde inmediatamente se puso a disposición del recién fundado Quinto Regimiento,

unidad militar fundada por el Partido Comunista de España. Militante de primer orden, miembro de la directiva de la Internacional Deportiva Roja y del Comité Central de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), además de exalumno de la Escuela Internacional Lenin, donde había recibido instrucción militar, fue designado como máximo responsable del Batallón «La Pasionaria», unidad formada casi exclusivamente por militantes de las JSU. El verdadero factótum del batallón fue, sin embargo, el agente italiano de la Komintern Vittorio Vidali, alias «Carlos Contreras», quien designó a Martín del Llano como hombre de confianza.

Después de actuar con éxito en la defensa de Madrid, a principios de agosto, el batallón fue designado al frente de Extremadura. Hasta el momento, Martín del Llano había hecho un gran trabajo al mando del grupo, dotándolo de una oficina militar, una biblioteca, una orquesta y un diario al que habían nombrado *Joven Guardia*. Tenía apenas veintidós años y había logrado organizar una unidad militar compuesta por más de doscientos jóvenes dispuestos a enfrentarse al fascismo.

El general José Riquelme, responsable del Frente de Extremadura en el Ejército republicano, viéndose superada en los últimos días por el avance de las tropas sublevadas, decidió reforzar el sector del Campo de Arañuelo, enviando un destacamento integrado por tres batallones al mando del teniente coronel Julio Mangada: el Cuerpo de Infantería del «Regimiento Wad/Ras», el «Batallón Ciclista» de Alcalá de Henares, y el Batallón «La Pasionaria». Los dos primeros fueron destinados a Navalmoral, mientras que los jóvenes comunistas fueron trasladados a Peraleda de la Mata, donde se hicieron fuertes. El 28 de agosto, tras semanas de resistencia heroica, las tropas del general Yagüe asaltaron finalmente Peraleda, asestando un duro golpe a la moral de las JSU y llevándose prisionero a un malherido Martín del Llano.

Como le pasó al resto de los supervivientes, Andrés Martín del Llano fue ejecutado en el puente sobre el Tajo, en la carretera que lleva a Bohonal de Ibor. Su cuerpo fue arrojado al río. Dos semanas después, el 16 de septiembre, su amigo Jean Guimier, recordó sus últimas horas de vida en *Sport*:

En un último ataque, hace ocho días [no atina la fecha], con viejos fusiles y una ametralladora casi estropeada, su batallón mantuvo a raya al enemigo en Peraleda de la Mata. Gravemente herido, no retrocedió. Permaneció en primera línea hasta el final, animando a sus milicianos con sus últimos alientos. Los regulares marroquíes, los «nacionales del general Franco» lo atraparon y fusilaron.

Martín es un héroe de la juventud española; es un apóstol del deporte libre. Toda su vida luchó por la libertad, mostrando simpatía por todos aquellos que querían romper sus cadenas.

¿Cómo, ante este brutal final, que priva al movimiento antifascista y deportivo español de un valioso activista (también habla ruso y francés), no recordar aquella tarde de principios de junio en la que estuve con él en el cine Marivaux?

Allí se proyectó la película «Los marinos de Kronstadt». Martin, como nosotros, admiraba la calma y el heroísmo de los marineros ahogados. Probablemente no pensó en ese momento que tres meses después él, un joven español amigo de Francia, sabría caer bajo las balas de reacción, mostrándose digno de los héroes de Kronstadt. Los deportistas franceses recordarán a Andrés Martín, quien es un ejemplo para todos nosotros.

Mientras Martín del Llano abandonaba Barcelona y ponía rumbo a Madrid, sus amigos del «Grupo Thälmann» se subían a un tren con destino al frente de Huesca, instalándose poco después en Torralba de Aragón. Werner Hermelin lo recordaría en un informe escrito para el servicio de inteligencia de las Brigadas Internacionales:

El 24 julio a las 5 de la tarde salimos de la Estación del Norte con el primer convoy español de la UGT.

El mando se hallaba en manos del general José del Barrio, del secretario del Sindicato de los empleados de restaurantes de la UGT, general Manuel Trueba y del periodista del Partido, Ángel Estivill.

Éramos unos 800 hombres. De ellos como máximo unos 600 estaban armados con carabinas y fusiles. Munición había poca.

La mayoría de la gente del tren eran miembros de la UGT y militantes del PSUC. Además se encontraban entre nosotros anarquistas que se nos habían unido por relación personal o por casualidad; en todo caso eran una minoría.

Durante el viaje vino de algún lado la propuesta de dar a nuestra

Columna el nombre de «Bakunin-Marx». Luego el nombre se transformó en «Marx-Bakunin» y después de algunos días en «Carlos Marx», hoy 27 División13. Por la noche pernoctamos en Lérida.

25 julio. La continuación del viaje nos llevó hasta Barbastro. Allí se separó a una parte de la columna y se la llevó en autobuses a Sariñena. De nuestro «Grupo Thälmann» se encontraban en ella los camaradas Friedemann, Hermelin, Maus y Scholleck. Dormimos en Sariñena. A lo largo del viaje y en los cuarteles el entusiasmo de población estuvo por encima de todas nuestras esperanzas.

Entre el 3 y 5 de agosto, el periodista y traductor J. E. Pouterman, firma habitual de la prensa comunista —*L'Œuvre*, *Paris-Soir*, *L'Humanité*— llegó a Tardienta para escribir un reportaje para la revista *Regards*. En el artículo, publicado el día 13, salió retratado un ingeniero antifascista alemán, que él describió como líder del «Grupo Thälmann», y no era otro que Max Friedemann:

Un tipo alto y delgado con ropa de campaña, quien, al parecer, se unió a las milicias recién iniciada la guerra, es el primero en acercarse a nosotros. Dice haber participado en los combates de la plaza de Cataluña. Es ingeniero eléctrico. Hoy comanda un grupo de diez hombres y forma parte del Comité de la Centuria. Mientras nos explica frente a un gran mapa topográfico la ubicación de su columna en Tardienta, no deja de firmar papeles y de hacer preguntas a algunos de sus compañeros. Habiendo terminado con el mapa, quiere presentarnos a su grupo, el conocido como «Grupo Thälmann». No hace falta decir que todos son comunistas. Visito el primer piso. Colchones en el suelo, un tocador y una gran sala de estar. Los milicianos ya están en la cama. Salimos a la calle. El ingeniero vestido de campo nos invita a cenar. En una pequeña trastienda hay un poco de patatas con jamón y salchicha. Bebemos mientras los demás se sientan. Nos sirven agua. Al final de la comida, se servirá a todos un vaso pequeño de coñac. A la mesa, nos cuentan los episodios de la toma de Tardienta.

Del 18 al 31 agosto, el «Grupo Thalmann» lideró una acción importante en el frente de Tardienta: la toma de la ermita de Santa Quiteria. Ya en ese momento integraban el grupo cerca de un centenar de milicianos.

Diez días antes, el comunista alemán Franz Raab, exiliado en París desde comienzos de 1936, llegaba a Barcelona con la intención de alistarse en las milicias antifascistas. Sus credenciales de veterano de la Primera Guerra Mundial e instructor en el Rotfrontkämpferbund le abrieron de inmediato las puertas del Grupo Thälmann, librándose de hacer la instrucción militar obligatoria. El partido le adjudicó un coche blindado con el que debía marchar hacia el frente. Nada más llegar, fue testigo del asalto a la ermita de Santa Quiteria:

> Los fascistas atacaron en Tardienta y rompieron nuestras filas, ocupando los montes de alrededor. Una altura domina el pueblo y el canal; en su cumbre está situado un pequeño convento: la Ermita. Ocupada por los fascistas, la Centuria Thälmann recibió la honrosa misión de asaltar el monte.
>
> Este ataque contra la Ermita de Tardienta, que hizo popular el nombre del Grupo Thalmann en toda España, significó un increíble heroísmo por su insuficiente preparación. No había bastante munición. El relevo que se esperaba no llegó nunca, y la comunicación entre las diversas secciones dejaba mucho que desear. Durante la noche, y amparándose en la oscuridad, fue posible trepar al monte sin ser visto por los fascistas. La primera guardia que, sin sospechar nada, preguntó por la consigna, oyó antes de morir: «Proletarios alemanes!». Inmediatamente se produjo un tiroteo violentísimo; algunas veces no se sabía dónde estaba ni quién era el enemigo. Una vez pasados los primeros momentos de sorpresa, en el momento álgido de la batalla, la Centuria comienza a cantar *La Internacional*, en español, en alemán, en catalán, en danés, en húngaro y en polaco, se elevó la canción de libertad de los trabajadores del mundo por los montes y por el espacio.
>
> A la mañana, la artillería y la aviación fascista volvieron atormentar los oídos con su estruendo. Todavía pudimos oír: «Hemos luchado hasta agotar la última bala, resistiendo hasta quedar en la mitad de nuestro efectivo. Todos los camaradas estaban cansados hasta el agotamiento y ya sin poder apenas manejar el fusil. Pero la llave había sido arrebatada al enemigo».

El domingo 30 de agosto, en el periódico republicano *Frente Popular*, aparecía publicada una entrevista a una de las asaltantes de

la loma de Santa Quiteria. La escogida era la holandesa Fanny Schönheit, quien se había distinguido en el asalto:

Hemos tenido noticia de que se hallaba hospitalizada en Montjuic la valiente guerrillera Fanny, llegada del frente aragonés. ¿Herida? No. Cansada de las demás campañas; necesitada de una cura de reposo de siete u ocho días para vencer su alteración nerviosa. ¿Herida ella? ¡No! ¡Si, según dice, los fascistas no tienen puntería! Con un camarada que habla la lengua holandesa, hemos ido a ver a Fanny. La hemos encontrado rodeada de flores, ramilletes de flores que le envían como homenaje a su heroísmo. Es bonita, la piel bruñida, los ojos azules y el cabello rubio. Tiene 23 años. Fuma unos cigarrillos elegantes. Aquello no parece un hospital de sangre; se asemeja, más bien, el camerino de una vedette. El compañero le habla en su lengua y nos presenta. Pero ella protesta y dice que entiende el catalán.

Hemos dicho que Fanny es una muchacha rubia, de facciones bonitas, de unos ojos de vedette, con la piel bruñida, unos brazos torneados y unas espaldas robustas, de línea deportiva. Que tiene veintitrés años. Y que allí, rodeada de flores, tiene un gesto elegante que no recuerda la ametralladora. Es holandesa, de Rotterdam. Se llama Fernanda Schoonheit. Está reñida con la familia a causa de sus ideas comunistas.

—Holanda —nos dice— es el país más burgués del mundo. El diario en que yo colaboraba se dice liberal, pero no publica ninguna idea de izquierda; por eso yo nunca he podido escribir de política; únicamente trataba de arte y de música. Por eso mismo, también, no puedo enviarles crónicas de la revolución catalana.

—Es usted valiente— le decimos. Explíquenos sus gestas.

—No soy valiente... —nos replica. No soy valiente como dicen... ¡Si hasta me atribuyen cosas que no he hecho!

Cuando estalló la revuelta, Fanny se alistó en el PSUC. Sabía manejar la ametralladora y por eso fue destinada a la sección de ametralladoras. Salió con la columna mandada por Del Barrio y Estivill.

—El primer choque me impresionó mucho. Mejor dicho, nos

impresionó a todos. Para muchos fue una sorpresa; por lo visto pensaban que íbamos de excursión... Algunas mujeres se retiraron a la retaguardia.

—¿No tuvo usted ganas de hacer lo mismo?

—Eso no. Si nosotros fallábamos, ¿qué harían los compañeros? Las ametralladoras han de proteger a la columna. Pero me iba a impresionar mucho, mucho... Fue en Grañén. Nos atacaron tres aviones. Yo no había visto nunca un bombardeo aéreo... El último vagón de la columna estaba cargado de dinamita y fue aquel el que bombardearon.

—¿Y lo hicieron volar?

Fanny ríe.

—No... Tienen muy mala puntería...

Nos enseña un trozo de metal que guarda en el cajón de la mesilla de noche. Es un pedazo de una bomba fascista que le cayó muy cerca. Recuerdo de ese primer encuentro. Lo muestra emocionada.

La primera acción en la cual tomó parte Fanny, fue el ataque fracasado de los fascistas en Tardienta.

—Yo tenía plantada mi máquina junto a un pequeño lago. Nos ordenaron que tratáramos de colocarnos en lo alto de un montecillo. Había que caminar cerca de dos kilómetros. Dos kilómetros, cargados con las máquinas, los trípodes, las cajas de municiones... Mientras íbamos por el llano, las balas caían sobre nosotros. Pero había que avanzar, nos lo habían ordenado. Pasamos por la orilla del lago, escondidos entre la maleza. Por fin llegamos al sitio designado. ¡Allí sí que iba a haber buena faena! Los fascistas llevaban granadas de mano y marchaban por un terreno llano; el blanco era magnífico. Además, ¡mire si son tontos! caminaban en fila india, a medio metro de distancia uno del otro. Naturalmente, caían como espigas. No costaba nada. ¡Son muy tontos! Después huían, huían, abandonándolo todo. Tienen mucho miedo. Nosotros somos más valientes.

Para demostrarnos el miedo que tienen los fascistas, nos explica que dos días después del combate de Tardienta, se presentó en nues-

tras filas un artillero que se había escapado de Almudévar aprovechando el pánico que les había producido un intenso bombardeo de nuestra aviación. Este artillero estaba vigilado, porque sospechaban que se podía escapar, pero la desbandada fue tan grande que se olvidaron de él. Diga que todos los ataques aéreos producen entre los fascistas el mismo pánico extraordinario.

—El fugitivo se dirigió a mí —dice Fanny— porque yo estaba delante de todos. Yo le conduje al campamento.

Fanny Schönheit, nacida Rotterdam en 1912, era la hija única de familia acomodada. Comenzó muy pronto a interesarse por los libros y la lectura. En el instituto coincidió con Neeltje Bakker, hijo de Jacobus Bakker, líder del sindicato de oficinistas, con el que entabló una profunda amistad y de quien fue tomando conciencia militante. Por aquel entonces conoció también al poeta Victor van Vriesland, quien la introdujo en el departamento de redacción del periódico *Nieuwe Rotterdamsche Courant*, donde luchó con uñas y dientes para ganarse un puesto. En 1930, a los dieciocho años, publicó su primer libro bajo el pseudónimo de Hans G. Rink. No lo hace sola, le acompaña el ilustrador y amigo, Pieter den Besten; lo titulan *La Argentina*. Durante estos años amplia su red de contactos, pasando a trabajar también para otro periódico, el *De Groene Amsterdammer*. En la primavera de 1934, enviada por esta publicación, se marchó a la Unión Soviética, convirtiéndose en una ferviente comunista.

A finales de ese mismo año, y tras un paso fugaz por Argel, se trasladó a Barcelona con la intención de quedarse. Lo hizo como corresponsal del *Nieuwe Rotterdamsche Courant*. No tarda mucho en hacer amigos, entre ellos, Lou Lichtveld, alias Albert Helman, y el poeta Jan Jacob Slauerhoff, con el que mantuvo una breve relación durante su periplo norteafricano.

La historiadora Yvonne Scholten, autora de *Fanny Schoonheyt. Een Nederlands meisje strijdt in de Spaanse Burgeroorlog*, nos acerca a la Fanny anterior a la Guerra Civil Española:

Fanny solía describir en su correspondencia el día a día en Barcelona, que hacía, dónde iba, con quién había estado, a quién había co-

nocido. En aquellas detalladas descripciones no hallamos ni una sola mención sobre el estado de agitación constante que vive la ciudad, ni una señal si quiera sobre su compromiso político, nada que haga presagiar lo que vendrá después. En una de ellas pide a su amigo Neelje —Neeltje Bakker— que la acompañe a Ibiza, «el lugar más barato sobre la Tierra», para pasar un verano plácido y divertido [...]. No obstante, esta imagen de una Fanny típicamente burguesa es finalmente desechada por la opinión de una amiga común de la época. Se trata de Marina Ginestà, una famosa militante comunista, que recuerda el primero encuentro con Fanny a finales de 1935, en una de las primeras reuniones de las juventudes comunistas: «¡Cómo olvidarla! Fanny era alta, rubia y fumaba. ¡Fumaba! Ninguna mujer en aquella época fumaba en público, ella lo hacía. Los hombres la respetaban, eso lo recuerdo bien. A nosotras, las mujeres militantes, no nos hacía mucho caso».

La mañana del 19 de julio de 1936, mientras Fanny salía de su apartamento en el número 4 de la calle Escudellers con la intención de acudir cuanto antes a la sede del PCC, gran parte del regimiento militar de Barcelona había salido en tromba de los cuarteles dispuestos a descabezar el régimen republicano. Militante convencida, Fanny se sumó a sus compañeros en la defensa de la ciudad. Semanas después, en una carta dirigida a su amigo Neeltje, describió cómo ella y sus camaradas se habían colado en un cuartel desde la azotea de un edificio contiguo, cogiendo desprevenidos a los soldados:

> Yo llevaba una camiseta amarilla, era muy llamativa. ¡Fue un milagro que no me dispararan!

Al día siguiente, con la metralleta al hombro, Fanny se unió al recién formado «Grupo Thälmann», partiendo al frente dos días después. Semanas más tarde, se uniría al grupo un fotógrafo judeoalemán que residía en Barcelona desde hacía al menos cuatro meses. Su intención era cubrir la estancia del grupo en el frente de Huesca. Se trataba de Hans Guttman, habitual del círculo de refugiados comunistas que conspiraban desde las tabernas del centro. Natural de Colonia, había trabajado como asistente de cámara e iluminación en la pujante industria cinematográfica alemana de los años treinta, pero el advenimiento del nazismo, había trastocado sus planes,

viéndose obligado a establecerse en París. Simpatizante del Partido Comunista Francés, cubrió la «Manifestación internacional de los deportistas contra el Fascismo y la Guerra», celebrada en París entre el 11 y 15 de agosto de 1934, donde pudo haber coincidido con Jean Guimier, Auguste Delaune o Ramón Mercader. Tras ser expulsado de territorio francés, debido tal vez a su militancia, viajó por Grecia e Italia antes de recalar definitivamente en España.

Llegó a Barcelona a mediados de 1936, puede que durante el mes de abril, ya que su archivo fotográfico contiene imágenes de las festividades de Semana Santa y las conmemoraciones del quinto aniversario de la proclamación de la II República. El 19 de julio, preparado para cubrir la Olimpiada Popular, vivió en primera persona los combates en las calles de Barcelona. A partir del 21 de julio, una vez establecido el Comité Central de Milicias Antifascistas, participó activamente en la organización de las columnas que, a partir del día 22, salieron hacia el frente de Huesca. Gracias a la datación de su archivo fotográfico, sabemos que Gutmann permaneció en la ciudad hasta el 28 de julio. El 1 de agosto comienzan a aparecer en su archivo fotos fechadas en Tardienta, la primera es un retrato grupal de milicianos de la Columna del Barrio-Trueba. Ese mismo día, puede un poco más tarde, hablamos, eso sí, de principios de mes, tomó varias fotografías a su amiga Fanny Schönheit, vieja conocida del comité organizador de la Olimpiada Popular y de la Asociación Cultural Judía. Al dorso de la imagen dejó escrito:

> La voluntaria antifascista holandesa Fanny Schoonheyt, instructora de ametralladoras de la Columna del PSUC Del Barrio-Trueba, fuma un cigarrillo mientras colabora en la vigilancia de las faenas agrícolas en el pueblo oscense de Tardienta.

Durante su estancia en Tardienta, Gutmann tomó otras tantas fotografías. Una de ellas, generaría una gran polémica entre historiadores décadas más tarde. Se trataba de la imagen de un miliciano del «Grupo Thälmann» —aún por identificar— que, debido a un error fatal, Gutmann había titulado: «Sacerdote capturado por las fuerzas republicanas, instantes antes de ser fusilado» [ver Retratos]. Este dato confundió a varios historiadores que identificaron al

hombre como el sacerdote Martín Martínez Pascual, fusilado en Valdealgorfa, Teruel, el 18 de agosto de 1936. La confusión llegó a su fin cuando salieron a la luz las fotografías que había tomado el voluntario inglés Alec Wainman en su paso por el frente de Huesca. Wainman había fotografiado a esa misma persona, puede que también en la misma zona de Tardienta, en un sector ocupado por milicianos de la UGT y el PSUC, donde se encontraba destinado el «Grupo Thälmann». Por lo que la pregunta sigue estando vigente: ¿Quién era ese miliciano? ¿Quién pudo haber sido? Existen varias posibilidades. Pero, vayamos por partes.

Primero, excluimos del grupo a los milicianos cuyos rostros pudimos identificar: Max Friedemann, Franz Lowenstein, Chaim Besser, Emil Hessenthaler, Salomon Weinrot y Egon Illfeld. Segundo, dado que Gutmann, siendo uno de ellos, conocía perfectamente a los miembros del reducido grupo de refugiados comunistas que residían en Barcelona antes de la guerra, determiné que debía ser un voluntario con quien no hubiera frecuentado, es decir, alguien a quien nunca hubiera visto antes. Esto redujo la investigación a unos pocos, los cuatro atletas que se unieron al grupo tras cancelarse la Olimpiada: Gerhart Wohlrath, Emanuel Mink, Abrascha Krasnowiecki, y Otto Bosch. De los cuatro, el primer descarte fue Emanuel Mink, de quien encontré su rostro en una ficha conservada en la carpeta de los voluntarios polacos que acudieron a la Guerra Civil Española, disponible en el RGASPI. El segundo fue Gerhart Wohlrath, a quien identifiqué en una foto grupal de prisioneros comunistas hallada en el catálogo digital del Archivio di Stato del Cantone Ticino. La imagen, fechada en 1942 en el Campo de Gordola, campo de internamiento creado por el gobierno suizo para tener bajo control a «extremistas de izquierda», encajaba perfectamente con su trayectoria personal, ya que la documentación certificaba que había estado recluido en Gordola. El tercer y último descartado fue Abrascha Krasnowiecki, a quien logré identificar gracias a una combinación casi milagrosa: las palabras de Wohlrath junto con las fotos tomadas por Alec Wainman durante su paso por Tardienta [ver Retratos]. En cuanto a las palabras del primero, vimos como en el artículo titulado «Als Arbeitersportler zur Volksolympiade», publicado el 1976 en *Brigada Internacional ist unser*

Ehrenname, mencionaba que Abrascha había sido fácilmente reconocible en todo el frente por llevar un «casco de acero inglés».

En cuanto a la foto tomada por Alec Wainman que iba a ayudarme a descartar a Abrascha, perteneciente, de hecho, a la misma colección donde aparecía el miliciano que había suscitado la primera confusión, se trataba de un retrato a medio cuerpo de otro miliciano que llevaba puesto un casco de acero con el emblema de la hoz y el martillo pintado a mano. Aunque Wainman lo llamó «Hermann» —quién sabe por qué—, no podía ser otro, tenía que ser Abrascha, ya que él era el único de los voluntarios del grupo que llevaba casco.

Así pues, con todos los descartes sobre la mesa, el miliciano fotografiado por Wainman y Gutmann a mediados de agosto en Tardienta, solo podía ser uno: Otto Bosch. Pero, ¿quién era Otto Bosch? Vamos a ello.

La primera referencia sobre su persona nos la dio Wohlrath, quien, debido a una mala jugada de sus recuerdos, lo llamó «Walter» en lugar de «Otto» y dijo que era bávaro, natural de Kempten im Allgäu (en esto sí acertaba). La segunda nos la ofreció Werner Hermelin, quien advirtió se llamaba «Otto Bosch» y había llegado a Barcelona para participar en la Olimpiada Popular. La tercera y definitiva nos la dio la escritora y poeta estadounidense Muriel Rukeyser, y fue un absoluto milagro. Sumergiéndome en los papeles de Muriel donados por ella misma a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, me topé con un recorte de prensa amarillento que llevaba por título «In Remembrace of Otto Boch». Se trataba de un obituario publicado en un periódico alemán en el marco de la Olimpiada celebrada en Múnich de 1974, el cual contenía su firma, y decía así:

> Bávaro, corredor, ebanista,
> luchador por un mundo mejor.
> Cualquiera de sus familiares y amigos,
> que deseen más información,
> por favor escriban a...

Diecinueve días después de la clausura de la Olimpiadas de Múnich, la revista estadounidense *Esquire*, publicó un artículo de

Muriel bajo el título de «We came for Games. A memoir of the People's Olympics, Barcelona, 1936» [«Vinimos por los Juegos. Una memoria de la Olimpiada Popular, Barcelona 1936»], donde relató su estancia en Barcelona durante los Juegos fallidos. En un pasaje del reportaje, evocaba la figura de Otto, a quien no había podido borrar de su mente:

> Otto, en el muelle, me miró profundamente. «Ustedes harán lo que puedan en América», dijo, «y yo en España». Él sonrió, con su propia felicidad. No iba a correr en los juegos. Se había alistado en la milicia y se iba a Zaragoza... Hablamos de mi regreso a España, pero no era muy real. Estos días fueron todo lo que pudimos ver. «Regalos de la Revolución», dijo. Había estado esperando luchar contra el fascismo desde que Hitler llegó al poder.

Muriel Rukeyser conoció a Otto Bosch la segunda noche que pasó en Montcada, a las afueras de Barcelona, después de que el tren que la trajo a España tuvo que detenerse al haberse convocado la huelga revolucionaria. Esa misma noche, según describiría Muriel, mantuvieron relaciones sexuales en el vagón «mientras se escuchan las botas de los soldados en el andén». Lo sabemos porque lo describe detalladamente en su novela autobiográfica *Savage Coast*, donde «Otto» aparece mencionado con su alter ego «Hans», y «Muriel» con el de «Helen».

Como dejó escrito Hermelin y confirmó Muriel años después, Otto Bosch llegó a Barcelona con la intención de participar en la Olimpiada Popular. Lo hizo como corredor de fondo, representando, lo más probable, a un club de refugiados alemanes establecidos en Francia, Bélgica o Holanda. Perteneciente al Rote Jungfront de la región de Baviera, se había visto obligado a abandonar Alemania en 1933 tras la toma del poder por los nazis. Desde entonces, llevó una vida nómada, pasando de un país a otro, sintiéndose perseguido por las autoridades. Según Muriel, Otto no tenía documento de identidad, ni patria, era, en palabras de los gobiernos donde se alojaba, un «extranjero indeseable».

El artículo de *Esquire* me tenía reservada otra sorpresa. En el margen inferior izquierdo de su segunda página, escorada a un cos-

tado, como si tratara de pasar desapercibida, asomaba una fotografía de Otto. Al parecer, se la había enviado a Muriel desde el frente, así, al menos, lo confirmaba la nota al pie. La verdad, es que ese encuentro inesperado me desilusionó. A simple vista no se parecía al miliciano retratado por Wainman y Gutmann en Tardienta. Se mostraba encogido, desaliñado, había perdido la energía desbordante de los primeros días de guerra. Anteriormente, Muriel nos había dejado una pista en el texto, describiendo su cara como un «rostro de Brueghel». Tanto el uno como el otro, el miliciano desconocido y el Otto aparecido en *Esquire*, encajaban perfectamente en esa descripción basada en los lienzos del pintor flamenco. En ambas fotografías, una de mayor calidad que la otra, los dos milicianos desprendían una aurea mística, rebosante de paz y calma, algo extraño en un contexto de guerra. En la foto de *Esquire*, Otto dirigía la mirada al lector bajo la sombra proyectada por un gorro de lana, lo que situaba la imagen en invierno, varios meses después del inicio de la contienda. Al contrario, la foto de Tardienta fue tomada en pleno verano, cuando la guerra aún tenía tintes revolucionarios. Sin embargo, en ambas imágenes el miliciano aparecía sonriendo, destacando en su rostro esos pómulos altos y prominentes, perfilados en «madera tallada», como dejaría escrito la propia Muriel. También coincidía el contorno de la barda, donde ambos tenían una clapa exagerada en ambos lados de la barbilla. En sendas imágenes, el miliciano resultaba especialmente atractivo. Por lo que comprendemos como Muriel se pudo enamorar tan locamente de él. Sin embargo, a la luz de todo lo expuesto hasta el momento, y muy a nuestro pesar, no podemos confirmar que el miliciano anónimo retratado por Wainman y Gutmann sea Otto Bosch. Por tanto, su identificación sigue, por ahora, abierta.

Otto y Muriel se cartearon durante dos años, luego, en el verano de 1938, la correspondencia se detuvo violentamente. En el *Diccionario de Voluntarios Alemanes* publicado en 2015, aparece en el apartado destinado al «Grupo Thälmann» como «Walter Boch», natural de Kempten en Allgäu, «muerto en la batalla del Ebro».

A pesar de que no he podido identificar al miliciano retratado por Gutmann y Wainman, sí he logrado, en cambio, ponerle rostro

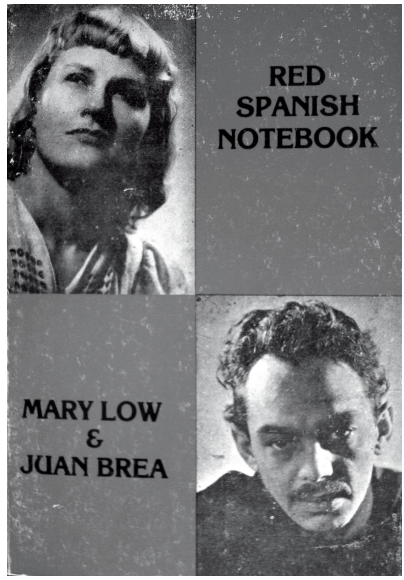
al atleta polaco Abrascha Krasnowiecki, quien hoy en día sigue en paradero desconocido en el campo de batalla.

El 31 de agosto de 1936, en el contexto de la visita de Wainman, el «Grupo Thälmann» recibió la orden de asaltar las posiciones enemigas en Pompenilllo, cerca de Huesca. Tras alcanzar el objetivo el frente se estabilizó en esa posición. Días después, el periodista del *Daily Worker*, Tom Wintringham, visitó al grupo, dando voz a Abrascha, de quien dijo era el cocinero del batallón:

> A mediados de septiembre de 1936, el día en que la guerra cumplía dos meses, fui desde Barcelona hacia el frente para visitar al Grupo Thälmann. Tras diez horas conduciendo llegué al Hospital Británico establecido en Grañen. De allí me trasladaron a Pompenillo, donde se encontraba una base médica avanzada. Un entusiasta doctor me dijo que no contaban con ningún tipo de transporte y que tampoco había mucho para cenar, ya era demasiado tarde. Pero los alemanes te alimentarán, concluía. Fue entonces cuando conocí Abrasha, el primer cocinero de la Centuria. Su sopa era generosa y penetrante (...) Casi todos ellos eran alemanes, muchos de ellos, judíos como Abrasha (...) Sam Masters, un Eastender, único inglés, me dio un enorme manojo de uvas azules, aplastadas y pegajosas (...) Hablamos sobre el Grupo Thälmann. Eran casi en su totalidad inmigrantes alemanes que ya residían en Barcelona cuando estalló la guerra.

Abrascha Krasnowiecki, mejor conocido como «Krasny», nació en el seno de una humilde familia judía de Bialystok, Polonia. Desde muy joven frecuentó los círculos bundistas, donde fortaleció una profunda conciencia de clase. Tras un reguero de detenciones y ante el acoso policial, tomó la decisión de emigrar. Se asentó en Amberes, donde entró contacto con las asociaciones judías de base obrera. Fue expulsado en repetidas veces del país. Abrascha se convirtió en su exilio belga en un futbolista de grandes dotes. El 17 de julio de 1936, partió junto a Emmanuel Mink con la delegación del YASC para participar en la Olimpiada Popular. Tras el Golpe Militar se unió al «Grupo Thälmann». «Krasny» murió en acción de guerra el 14 de abril de 1937, su cuerpo descansa en un lugar indeterminado del Frente de Aragón. Descanse en paz.

VI. Toda la barahúnda de revolucionarios



Portada del libro *Red Spanish Notebook*, obra de Mary Low y Juan Breá, editado por Martin Secker y Fredric Warburg en la ciudad de Londres en 1937. Sobre el libro, George Orwell comentó tras su publicación: «Durante varios meses, mucha gente creyó que las personas eran iguales y debían actuar según su creencia. El resultado fue una sensación de liberación y una esperanza difíciles de concebir en nuestra atmósfera contaminada por el dinero. Es aquí donde reside el valor de *Red Spanish Notebook*» (*Time and Tide*).

VI

En el verano de 1936, mientras cientos de refugiados extranjeros y nacionales procedentes de Barcelona desembarcaban en Marsella huyendo del fervor revolucionario, un exiliado político italiano hacía el camino inverso junto a un puñado de camaradas. Se llamaba Domenico Sedran, aunque entre sus compañeros era conocido como Adolfo Carlini. Cuarenta y cuatro años más tarde, en el verano de 1980, Domenico concedió una entrevista a la publicación italiana *Crítica Comunista*:

> En agosto de 1936, abandoné Marsella junto a un pequeño grupo de camaradas italianos en dirección a la España revolucionaria. En Perpiñán, la última localidad francesa, nos encontramos con más voluntarios que venían de otros lugares y nos fuimos uniendo a ellos. Anduvimos a pie por la carretera a través de un largo túnel que atravesaba los Pirineos. El camino nos llevó a Portbou, al otro lado de la frontera. Desde allí, tomamos el tren hacia Barcelona. En el trayecto pudimos ver desde la ventana como los campesinos nos devolvían el saludo con el puño alzado, parecían convencidos de la victoria. Una vez en la ciudad, nosotros, bordiguistas, trotskistas, maximalistas, fuimos conducidos al Hotel Falcón, donde ya residían cinco trotskistas italianos que habían participado activamente en la jornada revolucionaria del 19 de julio. Este grupo de italianos lo integraban: Nicola di Bartolomeo, un napolitano que había sido nombrado por el comité ejecutivo del POUM como responsable de los voluntarios extranjeros; Lionello Guido, de Chioggia; Placido Magreviti, siciliano; Pino y Pietro, milaneses [...]. Allí me encontré también con otro toscano, un tipo muy fiel a la persona de Fosco, alto y seco, se hacía llamar Tosca [se refiere al refugiado antifascista Cristofano Salvini].

Además, estaban también el maximalista Etrusco Benci, Giuseppe Bogoni, Renzo Picedi y los bordiguistas Bruno Zecchini, Renato Pace, Emilio Lionello y Enrico Russo, quien tomó el mando de la columna al mostrar cierta habilidad militar.

Las noticias de la guerra de España riegan París de norte a sur y de este a oeste. En las barriadas obreras de la capital francesa se entonan canciones revolucionarias en honor a los antifascistas españoles. La partida definitiva de la clase trabajadora europea se está jugando en el tablero español. Camilo Berneri, un militante anarquista italiano, exiliado en suelo francés desde 1926, sabe que ha llegado el momento que tanto esperaba. El 29 de julio, once días después de que estallara la Guerra Civil, cruza los Pirineos junto a un puñado de camaradas. Barcelona les recibe en la cúspide revolucionaria. Nunca más olvidarán ese amanecer del sur de Francia, ni aquel vagón abundante de idiomas y esperanzas, ni aquella última noche ebria antes de pisar por primera vez España, nunca mientras siguieran con vida. Al fin, tras una década de detenciones y exilio, Berneri había encontrado el lugar donde plasmar sus sueños.

Recién llegado a Barcelona, se puso inmediatamente a disposición del Comité Regional de la CNT, sito en la Vía Layetana, un edificio imponente, requisado al comienzo de la Revolución. Una de sus primeras acciones fue la formación de una columna de voluntarios italianos que acabó integrándose en una de las milicias de la CNT. El acta de la fundación se firmó el 17 de agosto y ese mismo día partieron al frente de Aragón. Tras el bautismo de fuego en Almudévar, a pocos quilómetros de Huesca, Camilo decide volver a Barcelona. Se instala junto a Francisco Barbieri, camarada libertario, en un pequeño apartamento ubicado en la Plaza del Ángel. Un objetivo los impulsa: crear un periódico en lengua italiana que se convierta en el altavoz del anarquismo en España. Finalmente, el 9 de octubre ve la luz el primer número de *Guerra di Classe*.

Meses antes, a finales de julio y en plena vorágine revolucionaria, Perpiñán se había convertido en una escala obligatoria para los voluntarios extranjeros que aspiraban a llegar a Barcelona. La británica Mary Low fue una de las tantas mujeres que se habían atrevido a dar el gran salto al vacío de la experiencia revolucionaria,

desembarcando en la ciudad el día 19 de agosto. Había cruzado el sur de Francia siguiendo los pasos de su compañero Juan Breá, un poeta surrealista de origen cubano que había recorrido el mismo trayecto una semana antes, llegando a la ciudad el día 9. Fue un año más tarde, con el intenso recuerdo de lo vivido en España, cuando Mary y Juan, establecidos desde la primavera de 1937 en Praga, profundamente decepcionados por el curso que habían tomado los hechos, decidieron publicar de la mano de su editor, Fredric Warburg, un libro a cuatro manos sobre sus experiencias en la Guerra Civil Española. Al libro lo titularon *Red Spanish Notebook*, y en él describieron de forma detallada los primeros seis meses de guerra, de julio a diciembre de 1936. En uno de los primeros párrafos del libro, la pareja describía con contagiosa excitación su paso por Perpiñán en el verano de 1936:

> ... Perpiñán era parada obligada en el camino hacia Cataluña. Se detenía uno allá algunos días, de ida o de vuelta, hacía contactos, intercambiaba información, hacía planes para un regreso al combate con las ansias renovadas. Perpiñán había estrenado una vida nueva y febril y vivía una excitación de la que se había apresurado a apropiarse. Todo el mundo pasaba por ahí tarde o temprano. Los secretos se susurraban de boca a boca, de café en café. Se había convertido desde el inicio de la revolución española en una especie de parada obligatoria.

Un año después de la precipitada huida de Low y Breá de la Barcelona postrevolucionaria, el escritor británico George Orwell, recluido en Wallington desde finales del verano de 1937 e inmerso en la escritura frenética de *Homenaje a Cataluña*, elogió su libro en una reseña publicada el 9 de octubre de 1937 en la revista británica *Time and Tide*. Decía así:

> Durante meses una cantidad inmensa de gente creyó en el valor de la igualdad humana y actuaron en consecuencia. El resultado fue un sentimiento de liberación y esperanza que es difícil de concebir en un mundo sujeto al dinero como en el que hoy vivimos. De ahí es donde *Red Spanish Notebook* toma su valía, te muestra lo que el

> ser humano es capaz de hacer cuando se comporta como ser humano y no como parte del engranaje de la máquina capitalista.

Mary y Juan se habían conocido en octubre de 1933 en el París de entreguerras, en el famoso café-restaurante Coupole de Montparnasse, durante el transcurso de una reunión taciturna y febril de los caballeros surrealistas. La pareja, que, desde entonces, no se separa, frecuentó las grandes figuras de la corriente vanguardista parisina, entablando amistad con gran parte de ellos: Benjamin Péret, André Breton, Victor Brauner o Wifredo Lam. La pareja comparte su compromiso con las vanguardias artísticas, integrándose primero en las filas del surrealismo y más tarde en las del trotskismo.

Juan Breá Landestoy había nacido el 5 de noviembre de 1905 en Santiago de Cuba. Era el fruto de un matrimonio formado por un capitán del ejército cubano y una joven dominicana de sangre siboney. De educación autodidacta, constituyó a los veintidós años la única formación surrealista de la isla, el denominado Grupo H. Años más tarde, tras la muerte de Juan, Mary Low describiría la fundación del grupo:

> Durante los años veinte, en Santiago de Cuba, un grupo de jóvenes ardientes y desconocidos resolvieron dar nuevas formas y fauces al espíritu cubano. Su amplio gesto de aventura lo iba a comprender todo: literatura, acción e ideas. Un instinto lúcido y combativo, un ingobernable hastío de lo manido y lo falso, los había reunido con el propósito de salvar al país de su incuria, su languidez y su retraso cultural. Uno de ellos, Juan Breá, figura de fuego que habría luego de destacarse sobre el escenario revolucionario y literario de varios países europeos, se brindó para asaltar la ciudadela de la opinión pública y burguesa.

Un año después de la creación del Grupo H, Juan se integró en la AIE, siglas de la Ala Izquierda Estudiantil, organización universitaria de cariz revolucionaria. Tras una acción propagandística, fue detenido y encarcelado en la prisión de la isla de Pinos. Tras varios meses de reclusión, fue puesto en libertad.

Juan, como tantos otros revolucionarios, ante el constante acoso de la policía machadista, tomó la decisión de exiliarse, escogiendo México como destino. Allí, se alojó, junto a otros refugiados, en el minúsculo apartamento del destacado disidente cubano, Julio Antonio Mella, ubicado en pleno centro de la Ciudad de México. En aquel humilde habitáculo, convertido en casa de acogida, coincidió con un refugiado político italiano que se hacía llamar Enea Sormenti, aunque su verdadero nombre era Vittorio Vidali, agente encubierto de la Komintern que actuaba en México como representante oficial del Socorro Rojo Internacional. Años más tarde, bajo el nombre ficticio de «Carlos Contreras», se convertiría, al inicio de la Guerra Civil Española, en precursor del Quinto Regimiento, cuerpo de élite del ejército republicano creado a iniciativa del Partido Comunista de España. En palabras de Justo Martínez Amutio, gobernador socialista de Albacete, Vidali era «una mezcla de espía, agitador comunista y gánster, duro e implacable contra todos aquellos que consideraba obstáculos de la política de Moscú».

Semanas más tarde de la llegada de Juan Breá a México, Vidali fue señalado como principal sospechoso del asesinato de Julio Antonio Mella, viéndose obligado a esconderse primero y a exiliarse después. Según explicó el poumista Julián Gorkin en su libro *El asesinato de Trotski*, Vidali había amenazado con matar a Mella en el transcurso de una reunión acalorada del Buró Político del Partido Comunista Mexicano: «¡Quiénes se oponen como tú [a la línea marcada por Moscú], no merecen otra cosa que la muerte». El italiano huiría de México semanas después acompañado de su compatriota Tina Modotti, compañera de militancia con la que mantenía una relación sentimental. En ese México convulso e inquietante, Breá coincidió con una jovencísima y por entonces desconocida Frida Kahlo, con la que entabló una gran amistad.

Tras el asesinato de Julio Antonio Mella y la progresiva persecución de la corriente trotskista, Juan decidió poner rumbo a España. Afincado en Barcelona, se integró rápidamente en el ambiente de la militancia disidente. Semanas más tarde, como ya comenzaba a ser habitual y fruto de una acción propagandística por las calles de la ciudad, fue detenido y encarcelado. En la prisión coincidió con Andreu Nin, dirigente por entonces de la Oposición Comunista Es-

pañola, quien le marcó profundamente. Fue durante esa época cuando Breá envió literatura trotskista a Cuba, facilitando el florecimiento de la corriente crítica al estalinismo. En 1932, regresó a la isla como convencido antiestalinista. En agosto, participó en la fundación de la OCC, Oposición Comunista Cubana, formada casi exclusivamente por militantes expulsados del Partido Comunista y militantes del AIE. Coincidió en la organización con Armando Machado, compañero de Mary Low tras la muerte del propio Juan, y Lincoln Larramedy, amigo de la infancia.

Con el recrudecimiento de la represión machadista, Breá se vio obligado a tomar de nuevo el camino del exilio, dejando atrás los proyectos de libertad y justicia que ambicionaba para su país. A su llegada a París, le sorprendió la noticia de la caída del régimen cubano y la instauración de un gobierno comandado por el catedrático Ramon Grau y el militar Fulgencio Batista. Durante esas semanas en las que convivían sentimientos enfrentados —la impotencia del exilio que lo alejaba de los acontecimientos de los que quería ser partícipe y la excitación provocada por el ritmo frenético y estimulante de la vida parisina— se topó por primera vez con la británica Mary Low, el amor de su vida.

Desde aquel primer encuentro, Juan y Mary aceptaron con naturalidad la afinidad que sentían el uno por el otro. Como si no pudiera ser de otro modo, actuando como fantasmas surrealistas, se lanzaron a vivir la vida con arrojo y soltura, viajando de allá para acá, recorriendo Europa de norte a sur y oeste a este —Praga, Viena, Belgrado, Estambul, Bucarest, Bruselas, Londres, etc. —, intercalando los paseos europeos con cortas estancias en Cuba, donde Mary aprovechó para aprender español. A principios de 1936, acabaron instalándose definitivamente en Bruselas, ciudad que los acogió con entusiasmo. Fue allí donde recibieron las primeras noticias de la Revolución Española. Finalmente, a mediados de agosto, después de establecer contacto con elementos del POUM, Mary Low se subió al tren que una semana antes había tomado Juan. El destino era el mismo: la Barcelona Revolucionaria. Low lo dejaría por escrito en *Red Spanish Notebook*:

El tren de tercera clase rumbo a Barcelona salió de noche de la Gare d'Orsay [...]. El revisor sostenía mi billete en la mano. Yo miré al suelo. La palma de su mano era gruesa, recia y arrugada. Sostuvo un buen rato el billete entre los dedos, lo dobló por donde ponía Barcelona mientras yo escrutaba en sus ojos dentro del círculo que trazaba una línea entre la visera de su gorra y su bigote.

—¿Es ahí a dónde va?

—Sí —dije.

Se quitó la gorra de la frente y me estrechó súbitamente la mano.

—¡Camarada! —dijo, sosteniendo fuertemente mi mano y mirándome—. Que tengas buena suerte, camarada. Que tengan todos mucha suerte —añadió.

Una vez en Barcelona, Mary se reencontró con su compañero en el Hotel Falcón, asaltado por refugiados antifascistas italianos durante la jornada del 19 de julio y requisado por el POUM pocos días después. Nuevamente un pasaje de *Red Spanish Notebook* nos ilustra:

Recuerdo cuando llegué allí la primera noche. Había sido el hotel más concurrido de la ciudad, a mitad de las Ramblas, yo me había alojado ahí mismo anteriormente. Ahora los toldos parecían quemados por el sol, las rayas rojas de la tela habían perdido color y, a lo largo de los balcones, un gallardete erizaba su lengua escarlata. El vestíbulo estaba atestado de toneles de vino, cestas y sillas, y recuerdo que me sorprendió el desorden informal y el buen humor que me recibieron en cuanto entré [...]. Al otro lado, las puertas del cristal del vestíbulo se abrían a un comedor donde tomé mi primera comida comunitaria. Subí a la habitación que me habían asignado. En el primer piso había un salón al aire libre, bajo una claraboya, con mesas y sillas en las que se había congregado la gente [...]. Mi habitación estaba cerca de ese salón y daba a las Ramblas. Recuerdo que abrí la ventana y me incliné sobre la barandilla del balcón para asomarme y ver el bullicio de la calle.

Uno de los primeros inquilinos en alojarse en el Hotel Falcón bajo control revolucionario, fue Leone Tralci, un refugiado anarquista de origen italiano. Nacido el 28 de junio de 1901 en Roncade, pueblo cercano a Treviso, se estableció en Barcelona a principios de 1935. Políticamente muy activo, acabó siendo encarcelado por su

actividad subversiva durante el Bienio Negro, periodo que abarcó desde noviembre de 1933 hasta febrero de 1936 y cuyo mandato estaba en manos de una coalición conservadora formada por el Partido Radical y la CEDA. Tralci fue uno de los presos políticos liberados de la Cárcel Modelo en la mañana del 19 de julio de 1936. Tras participar en la lucha callejera, protagonizando el asalto al Hotel Falcón, se alistó en la primera columna del POUM que partió hacia el frente el 24 de julio.

A lo largo del mes de agosto de 1936, el Hotel Falcón alojó a una gran cantidad de voluntarios extranjeros que llegaban de todos los rincones de Europa para combatir al fascismo. La alemana Eva Eisenschitz era una de ellas. Conocida también como Eva Sittich, fue una de las muchas antifascistas que abandonaron Berlín tras el advenimiento del nazismo. Asentada en los Países Bajos desde 1933, formó parte del círculo del KPO. Tras el Golpe Militar y el estallido de la Revolución, decidió partir hacia España. Lo hizo acompañada de su marido, Hans Sittich, también militante comunista. Años más tarde, dejaría escrito su paso por el Hotel Falcón en un artículo titulado «A German Communist in the Spanish Civil War», aparecido en la publicación comunista *What Next?*:

> El Hotel Falcón estaba repleto de extranjeros, en su mayoría inmigrantes franceses, alemanes e italianos. Muchos habían estado viviendo en España durante algunos años e inmediatamente se pusieron a disposición de la revolución. Fuimos instalados por Elsa Homberger, una alemana que hablaba español con fluidez.

Elsa Homberger, natural de Frankfurt del Main, había llegado a España en 1932 para trabajar como asistente doméstica en una casa de huéspedes que el matrimonio alemán formado por Ludwig Steyer y Eva Durselem Ramelow acababa de inaugurar en el pueblo costero de Tossa de Mar. Steyer era uno de los numerosos humanistas alemanes que incomodados por el ascenso del nazismo habían decidido emigrar en busca de las libertades ultrajadas. A finales de 1932, el matrimonio alemán inauguraba la Pensión Steyer, situada en primera línea de mar. Elsa actuaría desde entonces como institutriz de los hijos de Ludwig, quienes, a su vez, aprovecharon la pre-

sencia en el pueblo de artistas de renombre para tomar clases de pintura. Oswald Petersen discípulo de Jean Matisse, fue uno de sus maestros. Mientras su mujer e hijos disfrutaban de la vida sencilla y pausada de Tossa, Ludwig hacía viajes ocasionales a Alemania para promocionar su negocio, distribuyendo folletines publicitarios en las principales ciudades alemanas, Berlín, Hamburgo o Munich, donde ofrecía una estancia a módico precio en «el lugar más bello del mundo».

A mediados de 1933, Elsa conoció a Gerhart Henschke, un refugiado antifascista alemán llegado a Tossa en busca de empleo. Poco después, harta del trabajo y ávida de aventuras, rompió con los Steyer y, junto a Gerhart, se trasladaron a Sitges, donde montaron una librería y una pequeña tienda de arte. En agosto de 1936, una vez iniciada la guerra, y después de hacer una visita fugaz al frente, se trasladaron definitivamente a Barcelona, donde, de la mano de Willy Brandt, futuro canciller de la Alemania Federal, trabajaron en el boletín alemán del POUM.

Otros de los voluntarios extranjeros que residieron en el Hotel Falcón durante los primeros meses de guerra, fueron los estadounidenses Charles y Lois Orr.

Charles Andrew Orr nació en North Branch, Michigan, el 15 de noviembre de 1906. Se licenció en Ciencias Económicas en la universidad del Estado y poco después comenzó a trabajar para la Sociedad de Naciones. Militante socialista, se especializó en las condiciones laborales de la clase trabajadora y sus estrategias de lucha, desarrollando varios estudios que tuvieron cierta popularidad, entre ellos *A study of indian boycotts*. Charles conoció a la que sería su esposa, la bella y alegre Lois Cusick, en los pasillos de la universidad, siendo él, profesor, y ella, alumna de primer año. Tiempo después, sin conocerse aún demasiado, Charles le propuso matrimonio. A comienzos de 1936 se celebró la boda. A los pocos días, se fueron a Europa a pasar la luna de miel. Charles tenía por entonces treinta años, Lois apenas alcanzaba los diecinueve.

Los Orr llegaron a Barcelona pocas semanas después de que estallara la guerra, en plena catarsis revolucionaria. Los primeros días se alojaron en una modesta pensión cercana a las Ramblas, en una bocacalle sombría que «apestaba a perfume barato y orín». Aso-

mados al balcón de su humilde estancia, observaban el ajetreo febril de los milicianos y de las milicianas que transitaban excitados de un lado a otro del paseo arbolado. Deseosos de convivir con ese entusiasmo, a simple vista inaccesible, se lanzaron a la calle al encuentro de la Revolución. Paseando por las callejuelas del centro, se toparon con una comunidad cada vez más numerosa de extranjeros, socialistas, anarquistas, bundistas, comunistas, bordiguistas, del norte, centro y este de Europa, estibadores irredentos, estudiantes desacomplejados, obreros en paro e intelectuales lúcidos que inundaban las plazas, calles y tabernas, participando activamente en la consumación de sus ideales.

Los Orr, como parte integrante de la burguesía militante, vivieron la Revolución como un destino turístico de temporada. Esta tendencia tuvo su plasmación directa en las calles de Barcelona, donde, fruto de una dinámica capitalista que seguía actuando entre bambalinas, aparecieron de la nada puestos callejeros en los que tenderos ávidos de negocio hacían el agosto vendiendo insignias y recuerdos de los partidos y sindicatos obreros. Los Orr consumieron Revolución: compraron sombreros e insignias del POUM, alpargatas de miliciano y unos monos azules —prenda hasta hacía poco reservada a la clase trabajadora— que lucían con absoluto descaro. No fueron los únicos, el sistema capitalista, ante la afrenta grosera de las clases populares, parecía invencible, se adaptaba a la nueva situación, sin inmutarse, sin una mueca de fastidio; seguía adelante, el negocio debía continuar.

Sin pensarlo mucho, dejándose arrastrar por la corriente revolucionaria que describían con entusiasmo en sus cartas y diarios, los Orr decidieron deshacerse de su ropa burguesa y la amontonaron en el armario de su pensión a la espera de una segunda oportunidad. A partir de entonces, se vistieron con ropas obreras, lucían cara de obrero, mirada y gesto de obrero. Embutidos en su mono azul, se paseaban por los cafés y las terrazas con aire festivo y alegre.

A los pocos días de su llegada, el matrimonio Orr abandonó la pensión en la que se alojaba y se instaló en el Hotel Falcón. Un par de días antes habían comenzado a trabajar para el órgano de propaganda del POUM. Charles fue designado como editor de *The Spanish Revolution*, diario en lengua inglesa del POUM, mientras

Lois entró a trabajar como locutora en la Radio del partido, donde coincidió con otros voluntarios extranjeros.

Entre el 27 y el 30 septiembre, reclinada sobre una mesa con vistas a Las Ramblas, Lois escribió una carta a su familia (LÖWY, Michael. *Letters from Barcelona*. New Politics, 2010):

> ... Charlie y yo hemos sido alojados en el Hotel Falcón, el cual ha sido requisado por el POUM y convertido en alojamiento para milicianos y voluntarios extranjeros afines al partido. Trabajamos para la publicación en lengua inglesa del partido, *The Spanish Revolution*, y también para su radio. Colabora con nosotros una chica inglesa casada con un cubano, se llama Mary Low. Nuestro trabajo consiste en traducir artículos de *La Batalla*, órgano de prensa del POUM, leerlos en la radio y llevarlos al papel. Anoche coincidimos por casualidad con un compatriota de Nueva York. Desde que estalló la guerra ha pasado la mayor parte del tiempo en el frente, en primera línea de fuego. Viene procedente de Suiza, donde le sorprendió el golpe. Es un socialista convencido [se trata de Ernst Erber, líder del Young People's Socialist League, quien participó activamente en la difusión de la causa trotskista, escribiendo artículos para *Joventud Comunista* y *La Batalla*, además de formar parte del equipo de *The Spanish Revolution*]. Se unió a nosotros para ir al cine a ver Chapaiev, pagamos solo 3 céntimos por asiento.

Franz Borkenau, un escritor austriaco que llegó a Barcelona en las mismas fechas y también frecuentó a la colonia del Hotel Falcón, describiría meses después en *El reñidero español*, el fuerte impacto que le había causado la ciudad:

> Era algo abrumador. Era como si hubiésemos desembarcado en un continente diferente a cualquiera de los que habíamos visto con anterioridad.

Quince días después de enviar aquella última carta, entre el 14 y 15 de octubre, Lois, incapaz de guardar para sí todo lo que estaba experimentando, decidió compartir con su hermana Anne el entusiasmo que la envolvía:

> ... Tenemos una oficina preciosa. Está situada en las Ramblas de los Estudios, el famoso bulevar del que te hablé. Cada vez que escuchamos tambores y el repicar de una marcha nos asomamos al balcón para contemplar el desfile. Compartimos el espacio con italianos, alemanes, franceses y holandeses. Al mando de los boletines en lengua extranjera está un holandés, se llama Lou Lichtveld [recuerden este nombre, nos lo volveremos a encontrar].

Lois Orr, poseída por una pasión inquieta, no paró de escribir. En una carta fechada el 27 de octubre de 1936, describía la «abundante comunidad extranjera que participaba activamente en la Revolución» con nombres y apellidos. Les hablaba del ya mencionado Lichtveld, un prestigioso escritor holandés, así como de los miembros del ILP —John McNair, Georges Kopp, el jovencísimo Bob Smillie y la parlamentaria Jennie Lee—, o del líder de la League for a Revolutionary Workers Party, el estadounidense Max Fields, con quien trabaron una estrecha amistad.

Otra de las amigas que citó con asiduidad en su correspondencia fue la suiza Clara Thalmann, joven antifascista que había venido a Barcelona para participar en la Olimpiada Popular. Como Lois, marcada por lo vivido en España, nos regaló años más tarde una radiografía de la numerosa comunidad de voluntarios extranjeros que anidaban en el Hotel Falcón (Thalmann, Clara y Pavel. *Viviendo la revolución del 36*. Barcelona: Descontrol, 2020):

> ... toda la barahúnda de revolucionarios de todos los países, por supuesto de los partidos componentes del Buró de Londres [IV Internacional]: comunistas consejistas de Holanda, trotskistas de América, Francia, Inglaterra y América del Sur, maximalistas italianos, anarcosindicalistas alemanes, el Bund judío, todos estaban alojados en el Hotel Falcón.

*

Barcelona, verano de 1936. Mary Low y Lois Orr, dos revolucionarias advenedizas que comparten espacios comunes en el decomisado Hotel Falcón, entablan amistad de un día para otro, casi sin

darse cuenta. Agarradas del brazo, deambulan por los bulevares floreados de la ciudad. Sin previo aviso, porque una Revolución no se avisa, son inoculadas por el contagioso virus de un mundo sin clases. Contaminadas por esa fuerza irrefrenable, se dejan arrastrar por la corriente. Paseando por la ciudad, experimentan un cambio tanto por dentro como por fuera de sus cuerpos inmaculados, blancos, sin cicatrices ni magulladuras. Se sienten escandalosamente libres. A menudo se incomodan por ese exceso de libertad, pero qué pueden hacer. Nada. Para salir del paso, deben deshacerse de los clichés que llevan a cuestas, solidificados con empeño por sus familias de clase media. Lejos quedan ya las jovenzuelas pálidas y obedientes de otros tiempos, poco o nada persiste en ellas. Recorren las Ramblas de arriba abajo. Se cuelan en el Hotel Gran Oriente, en cuyas barras interiores devoran bocadillos de pimientos, de salchicha de ajo, de cerdo crujiente o de pescado fresco. Pasan algunas tardes en los reservados del Café Automàtic, bar futurista situado en los bajos del Hotel Continental, o en el Café de las Ramblas, con sus sillas duras y sus mesas de mármol, centro neurálgico de los jóvenes maestros de la Revolución. Cuando se cansan, como si fueran las protagonistas de una obra de teatro escrita allí mismo, en el momento presente, toman asiento en una amplia terraza bañada por el sol y contemplan fascinados su mejor obra: una ciudad sin clases.

Desde hace días, las calles y plazas de la ciudad pertenecen a la clase trabajadora, son terreno conquistado de la Revolución. En los recuerdos de ambas, se dibuja a la perfección la imagen punzante de una urbe revolucionaria en estado de gracia. Su nacionalidad o pertenencia social no supone un obstáculo para comprometerse con la lucha, sino todo lo contrario. Asumen su papel con naturalidad y entusiasmo, un rol —hay que decirlo— que viene de nuevo, está recién estrenado.

A pesar de que puede parecer ficticio, ajeno a su origen burgués, las dos amigas se mueven con soltura, seguras de sí mismas. Ambas se sienten especiales. Han sido elegidas para formar parte de la avanzadilla de un mundo nuevo que ha venido para quedarse, un mundo que habían imaginado una y mil veces en los salones acolchados de sus hogares, y que ahora, a miles de quilómetros de distancia, están construyendo con sus propias manos. Observándolas pasear por las

Ramblas uno sentiría de inmediato el malestar propio del sensato, ese fastidio que siente el prudente ante el intrépido. Viéndolas pasar, pareciera como si alguien les hubiera rebanado de cuajo la poca cordura que les pudiera quedar.

Y sin embargo, locas o lúcidas, como arrastradas por una fuerza mayor que ellas mismas, siguen caminando por una ciudad que ya no es la misma. Han sido tocadas por el fulgor de una Revolución que no pregunta por apellidos ni pasaportes, una llamarada breve pero intensa que transforma a quien se atreve a rozarla. En sus pasos ligeros por las Ramblas resuena la osadía de quienes, aún sin conocer el precio, apuestan por la utopía.

No saben —nadie lo sabe todavía— que ese verano será corto, que los sueños que ahora toman forma en los cafés, en los pasillos de los hoteles ocupados, en las terrazas soleadas, serán pronto perseguidos, archivados y traicionados. Pero eso es aún futuro, y en ese instante todo parece posible.

Mary y Lois han dejado atrás sus vidas anteriores como si se desvistieran de un abrigo viejo e incómodo. Se han convertido, sin pedir permiso, en actrices principales de una obra sin guion, escrita a golpe de coraje. Y aunque el telón caerá demasiado pronto, mientras dure el aplauso, seguirán creyendo —con la convicción febril de los que aman sin medida— que el mundo nuevo ya ha comenzado.

VII. La cuidad en la que todos querían estar

Retrato del poeta surrealista francés Benjamin Péret (Rezé, 4 de julio de 1899 - París, 18 de septiembre de 1959). Militante del Parti Ouvrier Internationaliste (POI), llegó a Barcelona el 5 de agosto de 1936 junto a Léopold Sabas y Jean Rous, delegados franceses en la IV Internacional. Instalado desde su llegada en el Hotel Falcón, Mary Low recordó su estampa surrealista en *Spanish Red Notebook*, describiéndolo con un fusil al hombro «mientras acariciaba a un gato querendón».

VII

A finales de julio de 1936, poco después de que estallase la Guerra Civil Española, el comité ejecutivo del Independent Labour Party (ILP), partido comunista británico desvinculado de la III Internacional, decidió emprender una campaña para recaudar fondos a favor de la lucha antifascista revolucionaria que tenía lugar en España. En poco tiempo, consiguieron acumular una cifra considerable, unas quinientas libras que, poco después, fueron entregadas a John McNair, secretario de la organización. Fue en ese momento, con el mandato a cuestas, cuando McNair puso rumbo a Barcelona. Allí, ya le esperaban varios dirigentes del POUM, partido hermano del ILP.

En su largo viaje a Barcelona, McNair se reencontró a medio camino con Marceau Pivert, líder del Parti Socialiste Ouvrier et Paysan (PSOP). McNair lo recordaría años más tarde en un breve texto, publicado a finales de los años 70 y titulado *Spanish Diary*:

> En mi camino hacia Barcelona recalé un par de días en París, alojándome en casa de mi amigo Marceau Pivert, por entonces miembro del gabinete de Asuntos Exteriores del gobierno de León Blum. Tras una charla amigable y fraternal, y sin que le insistiera demasiado, me entregó una carta de recomendación para facilitarme el camino hacia Perpiñán. Sin embargo, y a pesar de las facilidades, el viaje fue terrible. Cuando llegué a las dos de la tarde del día siguiente, los termómetros marcaban más de 30 grados a la sombra. Esperé en el interior de la estación hasta la llegada de un taxi que me llevara al Bar de la Republique, cuartel general del Comité Central de Milicias Antifascistas en Francia. Identifiqué al propietario y le entregué

> la carta. La leyó y sin pronunciar palabra me invitó a brindar con vino barato francés. Le agradecí el ofrecimiento e insistí en mi voluntad de llegar cuanto antes a Barcelona, esa misma noche si fuera posible. Me dijo que no había problema, que, si me esperaba un momento, lo arreglaría. El «momento» duró tan solo un par de horas, dos milicianos aparecieron por la puerta dándome la bienvenida: «Ah, tú debes de ser el camarada inglés que trae el dinero». «¡Sh...!» alcancé a decir. Sonrieron. «Lo sabemos, tenemos un coche ahí fuera esperándote». A medianoche llegamos sanos y salvos a Barcelona. Una vez allí fui conducido hasta al final de las Ramblas, concretamente a la Plaza del Teatro, donde se encontraba la sede del Comité Ejecutivo del POUM [puede que McNair se refiera al comité local, sito en el Teatro Principal]. Una vez hechas las presentaciones me reuní entre otros con Andrés Nin, Julián Gorkin, Pedro Bonet y Dino Moulines, los cuales acabarían siendo grandes amigos míos. Aquella misma noche me dieron una habitación en el Hotel Falcón, mi domicilio a partir de entonces.

Para precisar la fecha exacta del desembarco de McNair en Barcelona, voy a valerme de un artículo aparecido el 17 de diciembre de 1937 en el *New Leader* y firmado por él mismo. En la nota aseguraba haber conocido a Andrés Nin la noche del 22 de agosto de 1936, fecha de su llegada. Tras concretar el método elegido para entregar la ayuda, McNair decidió volver a Londres para organizar el traslado. «Volví a Londres el 7 de septiembre», dejó escrito en su diario. Ya en la capital británica, tras varias reuniones, el Comité Ejecutivo del ILP emprendió su propia campaña de ayuda, la Spanish Aid Campaign. En pocos días enviarían su primer convoy a través de Édouard Serre, director de Air France y socialista convencido. Decidieron además comprar una ambulancia con parte del dinero recaudado. Un tal William B. Martin, militante del ILP, se presentó como voluntario para llevarla a España. Le acompañarían Bob Edwards, figura destacada del partido, y dos enfermeras del Spanish Medical Aid Committe.

El 27 de septiembre, la ambulancia salió de Clapham, distrito del sudoeste de Londres, rumbo a España. Una vez llegaron a Barcelona, no tardaron en desplazarse al frente de Huesca. En su interior, a parte de la expedición británica, integrada por los dos miembros del ILP y las dos enfermeras antes citadas, iban doce vo-

luntarios extranjeros, entre los que iban la mencionada Eva Sittich. Ella misma lo recordó años más tarde en «A German Communist in the Spanish Civil War»:

> ... íbamos dieciséis en la ambulancia que había sido donada por el ILP. Estábamos apostados en Tierz, un pueblo cercano a Huesca en manos de los franquistas. A lo lejos se veía el Pirineo aragonés, azul y cubierto de nieve. El frente estaba estancado. Allí conocí al marido de Elsa [Elsa Homberger], Gerhart [se refiere a Gerhart Henschke]. Había sido director del Teatro Breslau, hablaba español con fluidez y podía hablar durante horas sobre arte. Leímos juntos El Quijote.

De igual modo, Mary Low también recordó el paso de Eva por la ambulancia del ILP en las páginas de *Red Spanish Notebook*:

> También había otro tipo de personal de ambulancias. Estaba Eva, que se marchó en la ambulancia Joaquín Maurín que nos había mandado el ILP. Era una flemática joven alemana que consiguió llegar hasta Huesca durante un virulento ataque. Martin, el comandante de artillería irlandés, se la encontró sola en el puesto de socorro, con las manos ensangrentadas hasta las muñecas.

Finalmente, tras varios encuentros, mítines y reuniones en suelo británico, John McNair decidió poner rumbo de nuevo a Barcelona:

> Finalmente cedimos al ruego de dos de nuestros mejores hombres, Bob Smillie, líder de las juventudes del ILP, y Ted Fletcher, de Birmingham. Nos acompañarían en el traslado definitivo, no como soldados, sino como representantes del partido y para que, del algún modo, colaborasen con las juventudes del POUM [...]. Al fin salimos de Londres la mañana del Guy Fawkes Day [5 de noviembre]. La expedición la formábamos John McGovern, Bob Smillie, Ted Fletcher y yo. A nuestra llegada a Barcelona nos recibieron con todos los honores, ya que John era parlamentario del gobierno británico y nos ofrecieron una habitación doble en el Hotel Continental.

Tras una corta estancia en la ciudad y una visita relámpago a Madrid, John McGovern volvió nuevamente a Londres para continuar con sus labores de parlamentario. Por su parte, McNair continuó formando su equipo desde Barcelona:

> Una mañana al llegar a mi oficina, una joven alta y espigada, con fuerte acento de Oxford, esperaba sentada en la entrada. Se llamaba Sybil Wingate y había venido para convertirse en mi secretaria. A la pregunta de que se le ofrecía había respondido en tono convincente: «Me gustaría ayudar en lo que pueda».

Sybil Wingate, provenía de una familia de exploradores británicos de alta alcurnia. Su hermano Orde Wingate había sido asignado ese mismo año a la agencia de inteligencia del Mandato Británico en Tierra Santa, donde jugaría un papel clave en la aspiración sionista. Por su parte, Sybil, aburrida de la vida plácida de los salones de la aristocracia británica, decidió marcharse a Barcelona con el pretexto de realizar una investigación de posgrado en la Universidad de Barcelona. Su padre, Sir Reginald Wingate, aceptó a regañadientes la propuesta de su hija.

A mediados de noviembre, las oficinas del ILP en Barcelona contaban con un equipo estable de cuatro personas: John McNair, Bob Smillie, Ted Fletcher y Sybil Wingate. Además de la sección británica, el POUM contaba con otras secciones extranjeras. La francesa estaba dirigida por Max Petel, la estadounidense por Charles Orr, y la alemana, en la que trabajaban Willy Brandt y Max Diamant, por Peter Blachstein.

Max Diamant, uno de los líderes del SAP, había llegado a finales de septiembre de 1936 a Barcelona. Nacido el 3 de agosto de 1908 en la ciudad polaca de Lodz, su padre, Michael Diamant, era un obrero militante con un largo historial de detenciones. A principios de los años veinte, la familia abandona Polonia y se traslada a Zeitz, Alemania. Allí, el pequeño Max terminó sus estudios en la escuela primaria. En otoño de 1924, la familia se trasladó de nuevo, esta vez a Leningrado. Lo hicieron para «vivir la experiencia del comunismo». Tras una breve formación en una escuela militar, en la prima-

vera de 1927, Max comenzó a trabajar como periodista. Tras una corta pero fructífera experiencia como redactor, se convirtió en editor de la revista juvenil *Die Saat*. Ese mismo año, el joven Max abandonó la Unión Soviética en dirección a Mannheim, donde acabó instalándose. Casi de inmediato, comenzó a integrarse en los círculos socialistas de la ciudad, donde coincidió con Paul Levi, Kurt Rosenfeld y Max Seydewitz. Por entonces ya se gana la vida como periodista, escribiendo para el *Volksstimme* y el *Leipziger Volkszeitun*g. A principios de los años treinta, fue testigo del auge del nazismo, lo que le llevó a extender su compromiso político, afiliándose al SPD, Partido Socialista Alemán. Pero, no por mucho tiempo, ya que, tras varios encontronazos con la directiva del partido, sería finalmente expulsado. El 4 octubre del 1931, se encontró entre los fundadores del SAP, partido que nacía de la camarilla crítica del SPD. Durante esa época, conoció a Ani, su futura esposa. En la primavera de 1933, tras el advenimiento del nazismo, perseguido por su filiación política y su condición de judío, se trasladó a París, donde continuó su carrera de militante. En noviembre de 1936, cuatro meses después del estallido de la Guerra Civil Española, el comité ejecutivo del SAP lo envió a Barcelona. Al llegar, se integró en el apartado político del POUM. Bajo la tutela de Peter Blachstein, se convirtió en el encargado de la edición del *Die Spanishe Revolution*, la versión alemana del órgano de prensa del POUM. Poco antes de acabar la guerra se exilió a México, formando parte de la antiestalinista Liga Pro-Cultura Alemana.

Esta comunidad de voluntarios extranjeros abiertamente antiestalinistas, la mayoría arribados a Barcelona durante el verano de 1936, tomaron rápidamente conciencia de lo que estaba en juego. Acostumbrados a los señalamientos del comunismo ortodoxo en los países donde residían —Bélgica, Francia, Suiza, etc.—, descubrieron que la persecución no era exclusiva de allí, sino que afectaba a todo el continente.

El 6 de septiembre, varios de aquellos voluntarios extranjeros fueron invitados a participar en el mitin que organizó el POUM en el Gran Price. Allí, ante un público entregado, aparte de rendir homenaje a los mártires del 19 de julio, fijaron la posición del partido en el momento presente.

Cuatro días antes, *La Humanitat*, órgano de prensa de Esquerra, se hacía eco de unas palabras pronunciadas por Companys durante una visita a Tàrrega:

> Hacemos la Revolución y estamos en guerra, y hemos de tener presente que si no ganamos la guerra lo perderemos todo [...]. Nuestro primer objetivo debe ser ganar la guerra.

La Revolución comenzaba a ser atacada desde todos los flancos, los poumistas eran conscientes de ello. En el mitin, Julián Gorkin advirtió sobre la delicada situación en la que se encontraban:

> Trabajadores de Cataluña, trabajadores de toda España: Nos recordaba el camarada Solano, con la emoción juvenil de la representación que tiene aquí, que quien hoy preside todavía los destinos de la República española se veía obligado a reconocer hace unos días que la monarquía no había caído en 1931, sino que acababa de hundirse ahora, gracias al impulso de la clase trabajadora española. Camaradas: es esta la condenación más absoluta de la propia política del señor Azaña; es éste el más positivo reconocimiento del fracaso político de los republicanos, el tener que decir ante el mundo entero, postrado en admiración ante la gesta revolucionaria del proletariado español, que los republicanos, a quienes se confió la gobernación del Estado en 1931, no han sido capaces de hundir el régimen monárquico y de ir hacia la instauración de una República progresiva, y que únicamente la clase trabajadora revolucionaria, con las armas en la mano, ha sido capaz de hundir aquella monarquía [...]. Camaradas y amigos: Son estos momentos de tan alta gravedad para todos nosotros, momentos en los cuales nos jugamos el porvenir del proletariado español y del proletariado internacional a una sola carta; son estos momentos de tal modo graves, que es preciso que hablemos con toda claridad, que no sembremos el menor confusionismo, que pronunciemos las palabras justas y las palabras claras. Hace unos días, Indalecio Prieto, que gobierna hoy en España, de acuerdo con Largo Caballero, que inspira el periódico *Claridad*, decía que había que decir la verdad, que había que pronunciar palabras de verdad, que había que hablar con toda claridad. Pues bien, camaradas; antes de que ellos lo dijeran, nosotros lo aplicábamos ya. Quienes hemos dicho la verdad

> siempre, quienes hemos hablado siempre con claridad, muchas veces tropezando con un sinnúmero de hostilidades, no necesitamos esa recomendación, y no tenemos sino que continuar hoy como ayer hablando con claridad y diciendo la verdad.

Luego, tomó la palabra el francés Michel Collinet, representante de la Gauche Révolutionnaire, partido adherido a la IV Internacional, quien hizo una oda a la juventud revolucionaria europea. Entre el público se encontraban Mary Low, Charlotte Margolin, Max Petel, Juan Breá y Benjamin Péret.

Aquel acto no fue solo una reunión política más, sino la cristalización de un momento irrepetible: el latido unificado de una juventud europea que, desafiando fronteras y lenguas, se reconocía en la esperanza común de una Revolución verdadera. Las palabras de Collinet, vibrantes y decididas, parecieron encender aún más los ánimos de quienes lo escuchaban, conscientes de que estaban escribiendo, quizá sin saberlo, una de las últimas páginas luminosas de aquella esperanza compartida. Poco después, el curso de la historia les impondría nuevas sombras. Pero esa tarde, en esa sala, los nombres y rostros que se dieron cita representaron algo más grande que ellos mismos: la posibilidad de otro mundo.

*

El 5 de agosto de 1936, el gran poeta surrealista francés Benjamin Péret llegó a Barcelona acompañado del cineasta Léo Sabas y el dirigente trotskista y delegado del Secretariado Internacional del Movimiento por la IV Internacional, Jean Rous. Venían con la misión de estrechar lazos con el POUM. Tanto Sabas como Péret, militantes del Parti Ovrier Internationaliste (POI), llegaban con la tarea específica de acompañar a Rous. Una vez se apearon del tren en la Estación de Francia, fueron recibidos por una delegación del POUM, quienes, tras darles la bienvenida, los alojaron en el Hotel Falcón.

La ciudad con la que se topó Péret ese verano de 1936, era una urbe convulsa, rebosante de un entusiasmo tan contagioso como extraordinario. Péret, que hasta entonces había estado contando los días que le quedaban para emprender el viaje, se dio cuenta, tras una primera impresión, que sus expectativas se habían quedado cortas ante la asombrosa realidad que observan sus ojos. Azorado por la misma impresión, Hanns-Erich Kaminski, periodista alemán llegado a Barcelona en esas fechas, dejó escrito en *Ceux de Barcelone*, obra publicada en 1937, que:

> ... en todas las casas, en todas las paredes, en todas las vestimentas, en los coches y vagones, se veían frases y dibujos alusivos a la lucha contra el fascismo [...]. Esta propaganda no parecía organizada ni artificial, no procedía de ningún ministerio, surgía del fondo del alma del pueblo.

Como le pasó a Péret, Kaminski fue zarandeado por ese proceso revolucionario que lo ponía todo en cuestión, incluso la sagrada República burguesa y su sacrosanto derecho a la propiedad. Sus protagonistas, los que habían salido a la calle el 19 de julio, no reconocían ninguna institución, ni aceptaban ninguna ley o autoridad, su único propósito era echarlo todo por los aires y, sobre esas ruinas, rehacer el mundo de nuevo. La vida, como dejaría escrito Kamisnski, comenzaba como si fuera el primer día sobre la faz de la tierra:

> ... [ante tales circunstancias] buscar los caudillos [de este proceso] resultaba inútil: los hombres no eran más que oleadas de un inmenso mar agitado de fuerzas misteriosas. Y es precisamente esta fuerza la que ha hecho, hoy, de la pequeña Cataluña una enorme potencia, no por sus posibilidades materiales, sino por su influencia moral. Esta es la razón por la cual no hablo de otros lugares de España, a pesar de que en muchas regiones fieles al gobierno republicano la Revolución es mucho más profunda de lo que se acostumbra a decir. Y es que en Cataluña la Revolución ya ha vencido. Después del trágico derrumbamiento de la Revolución Rusa, Cataluña se ha convertido en el hito de todo un mundo que ve, en ella, una esperanza, un inicio.

Había comenzado una nueva era. Los trabajadores se habían apoderado de los medios de producción, la seguridad, los transportes y la justicia. Las calles se habían llenado de hombres y mujeres sin miedo, convencidos de su éxito. Confiados, se llenaban la boca de esperanza. No sólo había sentimientos positivos en sus acciones, también había rabia y revanchismo, querían eliminar de raíz el principal causante de sus males, querían librarse de los yugos del pasado y acabar de una vez por todas con la España de «rosario y mano dura». Los capitalistas, los representantes de la Iglesia, los militares y los dirigentes de los partidos reaccionarios estaban en su punto de mira. Por eso, recorrían las calles, para darles caza. Sabían que sólo se tenían a sí mismos, estaban solos, no podían contar con nadie más en su hazaña revolucionaria. Vacilar en este momento sería tanto como comprometerlo todo. Debían conservar sus armas, tan preciadas como sus vidas, y comenzar a implantar la sociedad sin clases que tantas veces habían imaginado.

Sin embargo, lejos, muy lejos, de esa visión revolucionaria de la vida, se encontraba un aparato propagandístico de la Komintern contrariado e incómodo, incapaz de controlar esa deriva opuesta a su estrategia y ajena a sus propósitos. Un par de días antes de que llegara Péret a Barcelona, *L'Humanité*, órgano de prensa del Partido Comunista Francés, siendo fiel a la línea marcada por Moscú, publicaba en primera plana una nota que, presumiblemente, le había hecho llegar el PCE. Decía así:

> El Comité Central del Partido Comunista de España nos ha pedido, en respuesta a los fantasiosos e interesados relatos de cierta prensa, que informemos a la opinión pública que el pueblo español, en su lucha contra los facciosos, no apunta hacia la instauración de la dictadura del proletariado y no tiene más que un solo objetivo: LA DEFENSA DEL ORDEN REPUBLICANO Y EL RESPETO A LA PROPIEDAD.

A esta nota, el Comité Ejecutivo del PCF añadía que en la lucha de «salvación nacional», así la llamaban, se habían unido todos los estratos sociales de la población trabajadora, así como todas las organizaciones, no sólo los partidos republicanos, comunistas,

socialistas, sindicalistas, sino también los conservadores, como el Partido Nacionalista Vasco, y los soberanistas, como Esquerra Republicana de Catalunya, concluyendo que en España «se establecía el deber de todos los hombres de orden, sin excepción, de estar con los defensores de la República».

Si echamos un vistazo a la prensa francesa de tendencia comunista o socialista de la época —*Le Populaire*, *L'Œuvre*, *L'Humanité*, *Regards*, etc.—, nos sorprende comprobar que ninguna hacía referencia al proceso revolucionario, simplemente lo ignoraban, haciéndolo, por ello, desaparecer. En todos y cada uno de estos rotativos, mayoritarios entre la clase trabajadora francesa, se referían a la Guerra Civil Española como «una guerra nacional contra el invasor fascista», donde la clase trabajadora y la burguesía iban de la mano para hacer frente a un enemigo común, siguiendo, como no, la estela iniciada por la estrategia frentepopulista.

Parte de esta campaña de ocultación deliberada de la Revolución y puesta en valor del orden y la alianza antifascista, fue la entrevista que a principios de agosto concedió Hilario Arlandis, responsable de Agitación y Propaganda del PSUC, al periodista comunista Georges Soria, corresponsal en España de la revista *Regards*:

> Fue en el Hotel Colón, donde actualmente se encuentra la sede del Partido Socialista Unificado de Cataluña, donde pude contactar con Arlandis, uno de los dirigentes más respetados del movimiento obrero catalán. Arlandis, durante las jornadas trágicas de Barcelona, como todos sus hermanos en Cataluña, se enfrentó en las calles a los militares fascistas [...]. Ahora está a cargo de la propaganda del partido. Las primeras palabras pretenden clarificarnos cuál es la naturaleza de la reacción que suscitó en los catalanes y españoles un único impulso contra el fascismo.
>
> —Antes que nada quisiera afirmar que no se produjo como algunos medios dijeron, en desorden, saqueos y anarquía. Usted mismo ha observado que las masas populares, por el contrario, han organizado el orden de su victoria. No podemos decir que en Barcelona se maltratara a los extranjeros. Quisiera decir cómo actuamos con ellos: hicimos una búsqueda, pudimos obtener pruebas de la connivencia que existía entre los nazis y las fuerzas rebeldes. Tenemos documentos que acreditan su complicidad con los insurgentes.

—En su opinión, ¿cuáles son las causas profundas del movimiento insurreccional?

—El 16 de febrero [tras el triunfo electoral del Frente Popular] comenzaron a conspirar. Íbamos a acabar con sus privilegios. Por eso, el ejército y las derechas impulsaron un enorme movimiento de resistencia contra las reformas. El ejército no quería que desapareciera en los pueblos el dominio de los sacerdotes y sus escuderos. El ejército se opuso a la reforma educativa, al aumento de los salarios. Es la desaparición de estos privilegios lo que provocó la insurrección.

—¿Cómo es posible que las masas trabajadoras, ignorantes de las tácticas militares, hayan podido derrotar a un ejército?

—Esto se explica por el hecho de que la gran mayoría de los soldados, partidarios de la democracia y el progreso social, a menudo volvieron sus armas contra quienes los habían engañado. Tened en cuenta el valor de nuestros milicianos, su valentía, su desprecio por la muerte, y entenderéis por qué en 36 horas fue posible la victoria en Cataluña [...]. Nuestra victoria, además, fue posible gracias al frente único de las masas. Sin un frente unido, habríamos sido derrotados desde el primer día.

Arlandis obviaba en sus palabras a los miliantes anarquistas, principales responsables de la gesta popular del 19 de julio. Señalaba que había sido la unidad antifascista, el frente único, lo que había propiciado la derrota fascista, eludiendo que horas antes de que salieran los golpistas de los cuarteles, tanto militantes anarquistas como simpatizantes poumistas, habían acudido a las autoridades en busca de armas sin encontrar respuesta. Ambos habían salido a la calle en defensa propia, despuestos a dar su vida para transformar la sociedad, no para defender a un régimen que los había perseguido y hostigado una y otra vez en los últimos años.

Días después, el 11 de agosto, Benjamin Péret escribió una carta a su amigo André Breton anticipando lo que iba a suceder en el futuro, el decaimiento de la Revolución y el triunfo inapelable de sus enemigos :

Querido André,

[...] Todo empieza con sólo cruzar la frontera. La primera casa que se encuentra uno en territorio español —una gran mansión ro-

deada por un parque— ha sido confiscada por el comité obrero de Puigcerdà. En Barcelona no hay policía, la guardia roja circula en coches requisados por la FAI, el POUM y el PSUC. Se debe tener gran cuidado en tenerlo todo en regla ya que te arriesgas a ir a la cárcel donde se fusila al delincuente sin ningún tipo de proceso. Los anarquistas son prácticamente los dueños de Cataluña y la única fuerza que puede hacerles frente es el POUM. La relación entre estos y nosotros [los comunistas heterodoxos] es de 3 a 1, lo que no es mucho, además, en las actuales circunstancias, puede cambiar. Nosotros tenemos 15.000 hombres armados y ellos de 40 a 50.000. Los comunistas [se refiere a los ortodoxos: PSUC] que se han unido a tres o cuatro pequeños partidos representan una fuerza bastante ridícula. El viernes decían en su periódico que no se trataba de la revolución proletaria sino de apoyar a la República y que, cualquiera que pretendiese hacer la revolución, se encontraría con sus milicias enfrente. Están anunciando su intención de sabotear la revolución, pero no creo que tengan la fuerza suficiente.

El enardecimiento que desprende la carta se entiende perfectamente por la experiencia que emanaba del hábitat perfecto que para un poeta era la Revolución en sí misma. Péret se adaptó inmediatamente a ese nuevo estado de cosas. Se proletariza, se pasea de un lado al otro embutido en su mono azul y luciendo orgulloso sus espardeñas. Como él, otros tantos intelectuales extranjeros siguieron sus pasos. El disfraz de la Revolución anegaba las calles de Barcelona. Sumergido en la vorágine revolucionaria, consciente de estar viviendo algo único, quizás irrepetible, concluyó otra carta dirigida a Breton con esta frase: «La única tristeza es la muerte. Me quedaré hasta el final».

Es fascinante ver y escuchar a Péret desde los ojos y boca de otros testigos del proceso revolucionario. Esto ocurre en un pasaje de *Red Spanish Notebook*, donde el francés aparece como escolta del Hotel Falcón:

> La noche que llegamos al Hotel Falcón, había un famoso poeta francés haciendo guardia junto a los demás. Era la última persona que hubiera esperado encontrar. «Es tan extraordinario estar aquí, es como vivir de nuevo», había dicho.

Inmerso en esa corriente contagiosa, Benjamin Péret volvió a encontrar el amor en la figura de una joven artista surrealista, la gerundense Remedios Varo. Se enamora al instante. Como él mismo recordaría años más tarde, se «sintió preso de un flechazo punzante». Un flechazo que, en lugar de desangrarlo, le acabaría insuflando una energía nueva, extraña, que no había sentido antes. Por entonces, Remedios comparte piso y estudio con el pintor surrealista Esteban Francés, un pequeño apartamento situado en los aledaños de la plaza Lesseps, convertido en lugar de encuentro de la entusiasta colonia de artistas surrealistas catalanes. Para Péret es imposible mostrarse indiferente ante el magnetismo de la jovencísima Varo. No hay forma de echarse a un lado, debe, por lo menos, intentarlo. Y eso hace.

Barcelona es en aquel momento el lugar idóneo para avivar una historia apasionada, es el marco soñado para que dos amantes surrealistas hagan de su vida su mejor obra. Las paredes de la ciudad se despiertan cada mañana engalanadas con carteles propagandísticos que llevan la firma de sus íntimos amigos: Helios Gómez, militante del PCC, Fulgencio Martí, Lluís Muntané o Óscar Domínguez, con quien había coincido una temporada en París. De un día para otro, Péret se introdujo en su mundo, convirtiéndose en un logicofobista más, nombre con el que eran conocidos el grupo de amigos de Remedios Varo.

A partir de octubre, la mecha prende. Benjamin y Remedios acuden a las fiestas de la mano para con cualquier excusa desaparecer y volver a aparecer con la sonrisa en el rostro. El amor había triunfado. Desde ese momento, compartieron más de diez años de vida, en España, Francia y luego en México, donde Remedios se convirtió en una de las artistas más aclamadas de su generación.

Más allá de su relación amorosa, Péret mantiene fielmente su compromiso político. El 5 de octubre, de nuevo desde Barcelona, Péret anuncia a André un cambio repentino en el clima revolucionario:

> Mi querido André:
>
> No tengo noticias de nadie, ni sé si os han llegado mis cartas y mis postales (he mandado a todo el mundo), ya que, aquí, correos

> funciona como puede y, si hago caso a las poquísimas cartas llegadas a los camaradas, deben seguir unas rutas tan raras que tardan tres semanas para llegar de París a Barcelona. Aquí todo, poco a poco, vuelve al orden burgués. Todo el mundo, aunque sea despacio, se va acomodando. Los anarquistas se dan de besos en los morros con los burgueses de la izquierda catalana y el POUM les sonríe sin parar. Ya no quedan en las calles hombres armados como cuando llegué. La Generalitat lo tiene todo controlado (aunque con manos temblorosas) y los revolucionarios del 19 de julio colaboran lealmente con ella rompiendo de esta manera la duplicidad de poderes que se estableció después de la insurrección. Así que, por el momento, en el terreno político y económico: aplastamiento de la Revolución.

Como explicaba Benjamin, la Revolución estaba siendo sutilmente estrangulada por una comunión de fuerzas que actuaban en las sombras. El pulso se libraba en todas partes, en el frente y en la retaguardia, durante el día y la noche, discretamente, sin levantar sospechas, y más que en ningún otro lugar, en esa ciudad, Barcelona, donde todos querían estar.

Quizás no se dieran cuenta en un primer momento, imbuidos como estaban por el fervor revolucionario, cegados por aquel enamoramiento fugaz que los lanzaba sin miramientos contra el enemigo. Pero, aquellos jóvenes de las barriadas obreras de la ciudad, militantes anarquistas en su mayoría, habían entendido la exacta dimensión de su proeza: las calles eran suyas, les pertenecían. Sin embargo, pronto, muy pronto, dejarían de serlo. Por lo menos, y eso ya nadie se los quitaría, habían transformado durante unos meses las viejas y anquilosadas dinámicas capitalistas de los medios de producción, habían cambiado la relación entre obrero y patrón, suprimiendo, al menos aparentemente, la alienación que los trabajadores arrastraban desde hacía siglos, habían tomado el control de las fábricas, ocupando los espacios burgueses y dándoles un uso social, como fue el caso, por ejemplo, del Hotel Ritz, que en apenas unos días pasó a estar bajo control anarquista con el nombre de Hotel Gastronómico N.º 1, actuando desde entonces y durante unos meses como un comedor social.

Pero, eso ya no bastaba, dos meses y medio después de haber estallado la Revolución, nada de eso bastaba. El virus de la conspira-

ción se había inoculado en sus cuerpos indefensos, expandiendo el terror de arriba abajo para infectarlo todo, cada acto y cada pensamiento, como la rabia.

En septiembre de 1936, apenas dos meses después de haberse iniciado, la III Internacional decidió poner fin al proceso revolucionario. Lo hizo sin miramientos, a toda costa, haciendo uso de las técnicas más despiadadas de la coacción y la amenaza. El PSUC, su aliado local, un partido evidentemente minoritario que desde su fundación, el 23 de julio de 1936, se había adherido a la III Internacional, actuó como el principal ejecutor de este aplastamiento implacable. Este partido que, poco a poco, había ido ganando adeptos entre comerciantes y pequeños propietarios, había sido el resultado de la fusión de la federación catalana del Partido Socialista Obrero Español, el Partit Comunista de Catalunya, la Unió Socialista de Catalunya y el Partit Català Proletari. Desde su creación, se había presentado como un partido de orden, defensor del retorno a las dinámicas previas a la Revolución. Aliado de ERC en el gobierno de la Generalitat, hizo todo lo posible para erradicarla. Ambos partidos, tachados por militantes poumistas y confederales como furibundos reaccionarios, defendían su postura ante la opinión pública como una estrategia para ganarse el apoyo de las democracias occidentales y atraer a las clases medias. El reloj de la cuenta atrás de la Revolución estaba ya en marcha.

Conclusión

Inicié la andadura por las calles de las barriadas obreras del distrito de Les Corts. Lo hice para conocer de primera mano las raíces de aquella Revolución que estallaría a finales de julio de 1936, un proceso emancipatorio que, a pesar de la firme voluntad de sus impulsores, apenas se prolongaría en el tiempo durante tres meses, hasta el 26 de septiembre, cuando los dirigentes anarquistas, desvinculándose de las aspiraciones de su base militante, cegados por las presuntas necesidades del esfuerzo bélico, aceptaron formar parte del gobierno de la Generalitat, provocando paradójicamente el tiro de gracia definitivo al Comité de Milicias Antifascistas, principal baluarte de la Revolución y razón misma de su lucha.

Relaté las razones que llevaron a una comunidad de marginados, vilipendiados y estigmatizados por los órganos de poder, a emprender un proceso revolucionario que durante un corto espacio de tiempo trastocaría los cimientos de una debilitada república burguesa. Y que, a su vez, sin ellos proponérselo, pondría en jaque los planes de una todopoderosa Internacional Comunista que llevaba ya varios años agitando el avispero de la política española.

Para entender en profundidad este proceso revolucionario que se prolongó hasta septiembre de 1936, momento en el que los comunistas ortodoxos comenzaron a desplazar a los revolucionarios —anarquistas o poumistas— de los órganos de poder, asfixiando poco a poco los logros de la Revolución, me sumergí en las barriadas obreras del distrito de Les Corts en los años previos al estallido de la Guerra Civil Española. Lo hice de la mano de varios de sus vecinos más jóvenes: José Granero, Concha Pérez, Sara Berenguer, Cosme y

Ginés Zafra, Juan Anadón, etc., quienes, a través de sus acciones, nos mostraron las ganas y los motivos que los llevaron a tomar las armas en el corto verano de 1936.

En este caso, utilizando la metodología microhistórica como una herramienta para comprender los procesos históricos, he tratado de describir cómo aquellos que hasta entonces se habían mantenido en los márgenes de la sociedad tomaron las riendas del devenir colectivo. Así fue, como a lo largo de la II República, los jóvenes obreros fueron tomando consciencia de su poder, emancipándose de sus mayores y de las estrategias de emancipación del pasado, asaltando por la fuerza el mundo al que espiraban.

Desde el comienzo de los años treinta, las barriadas obreras de Les Corts habían vivido un intenso proceso de politización. Cantera de la militancia confederal, se convirtieron en espacio de socialización y militancia, siendo víctimas por el camino del desprecio y la estigmatización avivados por unos medios de comunicación afines al poder. Entre sus vecinos encontramos a decenas de obreros que, habiendo sido represaliados durante la II República, vieron en la sublevación militar una oportunidad para resarcirse y hacer realidad unas ambiciones revolucionarias que habían ido alimentando a lo largo de sus años de militancia.

Su principal objetivo, muy al contrario de proteger al régimen republicano, era la fundación de un mundo nuevo alejado de la lógica capitalista, libre de la explotación y el egoísmo del que eran víctimas, sin clases, privilegios, ni propiedad privada. Para entender esta legítima aspiración, hemos seguido también los pasos de los hermanos Urieta Bono, hombres de acción del Distrito V que participaron en las huelgas, piquetes y sabotajes que dominaron el escenario político de la Barcelona republicana anterior a la Guerra Civil. Este fervor revolucionario se hallaba muy presente en la juventud obrera adscrita al POUM y a la CNT-FAI, ambas ampliamente representadas en las barriadas obreras. Sin embargo, en otras fuerzas locales antifascistas, como el PCC o el PCP, el ademan revolucionario fue diluyéndose a la medida que la Komintern iba imponiendo su relato en sus comités ejecutivos, haciéndose más evidente en el transcurso de la guerra. El líder anarquista Diego Abad de Santillán, apuntaría

años después en *Por qué perdimos la guerra* como los comunistas consiguieron frenar las ansias revolucionarias de las masas españolas, sometiéndolas a una disciplina de hierro, haciendo olvidar al «pueblo en armas» la verdadera razón de la lucha que estaban disputando.

Como vimos en el primer capítulo de este libro, la semilla de las aspiraciones revolucionarias estaba ampliamente diseminada por las barriadas obreras de la ciudad. Por lo tanto, no fue una casualidad, sino más bien una consecuencia, que Barcelona fuera la cuna de la Revolución. Los militantes antifascistas que se habían sentido perseguidos y hostigados durante años, vieron en el proceso revolucionario una oportunidad para enmendar lo vivido, asaltando por la fuerza los órganos de poder de quienes les habían criminalizado y estigmatizado. Barcelona se convirtió de un día para otro en la ciudad en las que todos querían estar. Antifascistas provenientes de los cinco continentes, se lanzaron en tropel a vivir la experiencia revolucionaria.

A pesar de que gran parte del discurso historiográfico incide en el caos e improvisación cuando habla de la Revolución Española, poco había de caótico e irreflexivo en la conducta de esos jóvenes revolucionarios —anarquistas o comunistas divergentes— que asaltaron el poder en el verano de 1936, más bien todo lo contrario. No estoy, por ello, obviando los desmanes —robos, secuestros, fusilamientos sin juicio— que se produjeron en los primeros compases de la Revolución. Simplemente, estoy poniendo el foco en los logros: la creación de una sociedad sin clases, basada en la solidaridad, la libertad y el apoyo mutuo.

Los protagonistas del proceso revolucionario no eran unos ilusos recién llegados; la experiencia de las luchas pasadas, los años de militancia clandestina, las ganas irrefrenables de construir un mundo nuevo, la solidaridad innegociable, los objetivos comunes, o el establecimiento de unos lazos íntimos y duraderos entre sus militantes, eran razones suficientes para encauzar adecuadamente sus ambiciones políticas. Como diría el pensador anarquista Eliseo Reclús, «la anarquía era, en realidad, la más alta expresión del orden». Ejemplo de ello lo encontramos al comienzo de la guerra,

cuando muchos de los propietarios de las fábricas se dieron a la fuga, abandonado tras de sí la producción, siendo los comités obreros los que tomaron las riendas, en muchas ocasiones, optimizando los procesos productivos. O cuando, durante las primeras horas que siguieron al Golpe Militar, los jóvenes militantes de las barriadas se lanzaron a asaltar los cuarteles acatando un plan previamente establecido, siguiendo a pies juntillas las órdenes que les llegaban de los Comités de Defensa de cada barriada. O cuando colectivizaron los medios de producción agrícola, alcanzando altos grados de excelencia, tanto en la gestión, como en los resultados, demostrando que no necesitaban a los capitalistas para que la rueda siguiera rodando. Un mundo nuevo podía ser instaurado de manera libre y autogestionaria; era una verdad inapelable.

Aunque resulte paradójico, el Golpe Militar, planificado para frenar en seco las aspiraciones revolucionarias, había significado el desencadenante de la Revolución. La ocupación del espacio público, la ruptura radical con el pasado capitalista, la implantación de un nuevo modelo de sociedad, tanto en el campo como en las ciudades, alentado en todo momento por una cultura anarcosindicalista desarrollada en los años anteriores en las barriadas obreras de la ciudad, demostró que esa teoría tantas veces difundida en los atriles de los ateneos libertarios podía, al fin, llevarse a la práctica libre y espontáneamente.

Los comités obreros de las barriadas ocuparon los espacios controlados durante años por los antiguos amos de la ciudad. Les lavaron la cara, dándoles nuevos usos y funciones, redefiniendo el sentido de su existencia, concebidos a partir de entonces como protectores y facilitadores del bien común. Esta nueva realidad, defendida a punta de pistola, era visible a todas horas y en todas partes, estaba presente a diario en la actividad cotidiana de los y las barcelonesas, en el trabajo, en los espacios de ocio, en el transporte público, así como en el trato, la moda y las costumbres. El orden burgués estaba siendo borrado del mapa para poner en su lugar ese mundo sin clases tantes veces imaginado. No obstante, la implementación de estas medidas revolucionarias fue torpedeada desde el primer momento por un cúmulo de fuerzas reaccionarias que se escondían bajo la bandera del antifascismo y una hipotética gobernabilidad.

Estamos hablando de ERC y el PSUC, que en Cataluña se proclamaron defensores del orden establecido. Los jóvenes revolucionarios, militantes de la CNT-FAI y el POUM, se vieron obligados a ceder ante las amenazas de las autoridades republicanas, quienes se aferraban al aventajado mantra «primero ganar la guerra y luego hacer la Revolución». A partir del mes de septiembre, tal y como denunciaría Benjamin Péret en una carta enviada a su amigo André Breton, «la Revolución estaba siendo aplastada impunemente por una coalición de comunistas y republicanos de ERC». El hostigamiento a los jóvenes revolucionarios solo acababa de empezar.

En el capítulo «La sombra de Moscú», vimos como este proceso impulsado por fuerzas contrarrevolucionarias cimentó las bases para aniquilar el espíritu de los jóvenes obreros de las barriadas, quienes pensaban que solo se podía ganar la guerra haciendo la revolución social. Esta Revolución construida de abajo arriba, fue vista como una amenazaba para las aspiraciones de Moscú, quien la estrangularía sin descanso, utilizando la mentira, la calumnia y el asesinato.

Así pues, podemos decir que la intervención soviética fue una de las culpables del fin del proyecto revolucionario. Esta intervención, —no hay que olvidarlo—, había comenzado años antes de que estallara la Guerra Civil, cuando la Komintern se infiltró en el seno de las organizaciones obreras locales —sindicatos, juventudes, entidades deportivo-culturales— con la intención de implantar el relato del frentepopulismo. Así fue, por ejemplo, como en la primavera de 1936, el PCC en Cataluña y el PCE en el resto de España, lograron tomar el control de las juventudes y sindicatos socialistas bajo el pretexto de la unificación. En este contexto, los comunistas divergentes comenzaron a ser calificados como traidores a la causa de la clase trabajadora, convirtiéndose en apestados de los órganos de poder republicano.

El capítulo «Atletas guerreros» ha servido como escaparate del exitoso proceso de bolchevización que afectó a las entidades deportivas de base obrera en el marco europeo.

Actuando como colofón del primer tomo de la trilogía, donde tratamos el papel jugado por la Komintern en esta trama de control y dominación, hemos dado voz a los atletas extranjeros que, una vez

cancelada la Olimpiada Popular, se unieron al «pueblo en armas» para derrotar a los militares golpistas, convirtiéndose en la primera unidad militar de voluntarios internacionales que partió al frente de Aragón.

Entre los precursores de este grupo de milicianos se encontraban varios de los fundadores de la Asociación Cultural Judía, entidad precursora de la Olimpiada Popular bajo control comunista. Varios de ellos, como Sazja Kindermann, Alfredo Herz o Hubert von Ranke, resultaron claves en las futuras purgas estalinistas que diezmaron a la militancia revolucionaria a lo largo de la Guerra Civil Española (ver Libro III de la trilogía).

En definitiva, este segundo tomo ha permitido poner rostro a los verdaderos artífices de la Revolución, el baluarte donde debería haber descansado, sino fuera por la traición de los dirigentes revolucionarios y el juego sucio de los estalinistas, las posibilidades de éxito en su enfrentamiento contra la amenaza fascista.

Retratos

Abad de Santillán, Diego

Arlandis, Hilario («Juan Armengol»)

Ascaso Abadía, Francisco

Badia i Capell, Miquel («Capità Collons»)

Berenguer Laosa, Sara

Bosch, Otto [?]

Breá Landestoy, Juan

Bunjes, Lini

Carrasquer Launed, Félix

Castellví i Fontanet, Otilia

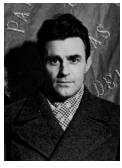
Codovilla, Vittorio («Medina»)

Companys i Jover, Lluís

Del Barrio Navarro, José

Delaune, Auguste

Dencàs i Puigdollers, Josep



Díaz Ramos, José

Durruti Domínguez, Buenaventura

Fernández Sánchez, Aurelio

Feldmann, Franz («Francis Ferry»)

Friedemann, Max

García Oliver, Juan

Ginestà i Coloma, Marina

Gómez Rodriguez, Helios

Gutmann, Hans

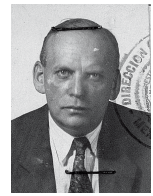
Hessenthaler, Emil

Illfeld,
Egon

Kindermann, Sazja
(«Scheyer»)

Krasnowiecki,
Abrascha

Low,
Mary



Martin-Hajdu, György
(«Jordi Martin»)

Martorell i Virgili,
Josep («el Ros»)

Mercader Del Río,
Ramón

Mink, Emmanuel
(«Mundek»)

Miravitlles i Navarra,
Jaume

Montagut i Algueró,
Benet

Ódena García,
Lina

Péret, Benjamin

Pérez Collado,
Concha

Rukeyser,
Muriel

Samblancat Salanova,
Ángel

Sanz García,
Ricardo

Schönheit, Fanny
(«Fanny López»)

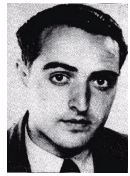
Sesé Artaso,
Antonio

Somoza García,
Sergio

Solano Alonso,
Wilebaldo

Valdés i Valdés,
Miquel

Valentín Ramos,
Tomás



Vidal i Lafarga,
Germinal

Vidali, Vittorio
(«Carlos Contreras»)

Wainman,
Alec

Bibliografía

ABAD DE SANTILLÁN, Diego. Por qué perdimos la guerra. Madrid: Editorial Almuzara, 1977.

BAYÓ, Susana. Mary Low: A Trotskyist with the POUM in Barcelona. Bulletin of Spanish Studies, 2018, vol. 95, no 9-10, p. 311-324.

BERENGUER, Sara; RODRIGO, Antonina. Entre el sol y la tormenta. Seuba Ediciones, 1988.

BERGER MULATTIERI, Gonzalo (2024). La Unión Militar Antifascista, los leales a la República: origen, objetivos e incidencia en la política española (1934-1936). Pasado y Memoria, 29, pp. 258-279.

BIZCARRONDO, M., & ELORZA, A. (2004). Las Brigadas Internacionales. Imágenes desde la izquierda. Ayer. Revista De Historia Contemporánea, 56(4), 67–91.

CAUVET-LAUVIN, H. L'Ateneu Enciclopèdic Sempre Avant de Sants: Histoire d'une institution de culture populaire dans un quartier ouvrier de Barcelone, 1933-1939. Directora: Claire Andrieu. París:Institut d'Etudes Politiques de Paris, 2010.

CARRASQUER, Félix. Una experiencia de educación autogestionada: Escuela" Elíseo Reclús," calle Vallespir 184, Barcelona: años 1935-1936. 1981.

CASTELLVÍ, Otília; De las checas de Barcelona a la Alemania nazi (Veinte años de una vida). Barcelona: Acantilado, 2008.

CHAVES PALACIOS, Julián. Consecuencias del franquismo en la España democrática: legislación, exhumaciones de fosas y memoria. 2019.

CLAUDÍN, Víctor, et al. Julián Gorkin: Testimonio de un Revolucionario Profesional. 1980.

DALMAU I TORVÀ, Marc. L'expropiació de la ciutat popular: La destrucció de la Colònia Castells de Barcelona (1923-2014). 2016.

DELPERRIÉ DE BAYAC, J., 1968. Les Brigades internationales. Paris: Fayard.

DEL BARRIO, José. Del 20 al 23 de julio de 1936. Del 20 al 23 de julio de 1936. Puntualizaciones. [S.l.], [19--]. (Documento mecanografiada incompleto).

DROESCHER, Werner. Odyssee eines Lehrers. Múnich: Hirthammer, 1976.

DURGAN, Andy. With the POUM International volunteers on the Aragon Front (1936-1937). Ebre 38: revista internacional de la Guerra Civil, 1936-1939, 2018, no 8.

EALHAM, Chris. La lucha por Barcelona: Clase, cultura y conflicto 1898-1937. Madrid: Alianza, 2005.

EALHAM, Chris. «La lucha por la calle»: la venta ambulante, la cultura de protesta y la represión en Barcelona (c. 1930-1936). Ayer, 2011, p. 173-205.

ELORZA, Antonio; BIZCARRONDO, Marta. Queridos camaradas: la Internacional comunista y España, 1919-1939. Barcelona: Planeta, 1999.

ENZENSBERGER, Hans Magnus. El corto verano de la anarquía. Anagrama, 2006.

ESTEVE JUÁREZ, Luis A. De Manuel Culebra a Manuel Andújar: la formación de un escritor: estudio y edición de sus escritos periodísticos (1928-1939). 2018.

FRIEDMANN, Golda (1983): Hans Beimler in Barcelona. In: Maaflen, Hanns (Hrsg.): Brigada Internacional ist unser Ehrenname Ö Erlebnisse ehemaliger deutscher Spanienkämpfer. Bd. 1. Berlin: Militärverlag der Deutschen Demokratischen Republik, S. 54-58.

FRIEDMANN, Max (1983): Kämpfe in Barcelona. In: Maaflen, Hanns (Hrsg.): Brigada Internacional ist unser Ehrenname Ö Erlebnisse ehemaliger deutscher Spanienkämpfer. Bd. 1. Berlin: Militärverlag der Deutschen Demokratischen Republik, S. 41-44.

GANDER, Catherine. Muriel rukeyser and documentary: the poetics of connection. Edinburgh University Press, 2013.

GARCÍA OLIVER, Juan. El eco de los pasos. Faximil Edicions Digitals, 1978.

GARDINIER, Suzanne. " A World That Will Hold All the People": On Muriel Rukeyser. Kenyon Review, 1992, p. 88-105.

GORKIN, Julián. Les communistes contre la révolution espagnole. FeniXX, 1978.

GORKIN, Julián. Los asesinos de Trotski. archive du, 2016.

GORKIN, Julián. Caníbales políticos: Hitler y Stalin en España. México D.F: Ediciones Quetzal, 1941.

GORKIN, Julián. El revolucionario profesional: testimonio de un hombre de acción. Aymá, 1975.

GUARNER, Vicente. Cataluña en la guerra de España 1936-1939. Madrid: Gregorio del Toro, 1975.

GUILLAMÓN, Agustín. Barricadas en Barcelona. Barcelona, Espartaco Internacional, 2007.

GUILLAMÓN, Agustín. Los Comités de Defensa de la CNT (1933–1938). Barcelona: Aldarull Edicions, 2011.

GUILLAMÓN, Agustín. Cartas enviadas desde España (A. Breton y B. Péret). Barcelona: Fundación Andreu Nin, 2011.

HERNÁNDEZ QUERO, Carlos; DE LA CRUZ SALANOVA, Luis. Cuando los suburbios dejaron de ser periferia. La lucha por el control de la calle en el Madrid de los años 1930. Rubrica contemporánea, 2019, vol. 8, no 16, p. 67-86.

HERRERÍN, Ángel. Camino a la anarquía: La CNT en tiempos de la Segunda República. Siglo XXI de España Editores, 2019.

KAMINSKI, Hanns-Erich. Ceux de Barcelone. Paris: Denoël, 1937.

LACRUZ, Francisco. El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona. Librería Arysel, 1943.

LÓPEZ, Montse; DURAN, Antoni Castells. Conxa Pérez, dona treballadora i llibertària. Espai de llibertat: revista d'esquerres per a la formació, la reflexió i l'agitació politica, 1998, no 10, p. 29-36.

LÓPEZ PARRA, Miguel. En Campos de Concentración de Francia, CELL Federica Montseny, 2022.

LOW, Mary; BREÀ, Juan. Red Spanish Notebook: The first six months of the revolution and the civil war. City Lights Books, 1979.

LÖWY, Michael. Letters from Barcelona. New Politics, 2010, vol. 12, no 4, p. 135.

LUSTIGER, Arno. Schalom libertad. Juden im Spanischen Bürgerkrieg. Frankfurt: Athenäum, 1989.

MARÍN, D. «Anarquistas y sindicalistas en L'Hospitalet: La creación de un proyecto de autodidactismo obrero», en: OYÓN, José Luis. El cinturón rojinegro, Barcelona: Edicions Carena, 2004.

MARTÍN ASENSIO, Gustavo. The Comintern in Spain Before the Civil War. Red Tide Rising. London: Bloomsbury, 2024.

MARTÍNEZ, Mariano. La muralla invisible. Memorias de un murciano militante en Cataluña, 1909-1939, Fundació Campalans.

MCNAIR, John. Spanish diary. Independent Labour Publications, Greater Manchester Branch, 1979.

MIRAVITLLES, Jaume. Més gent que he conegut. Barcelona: Edicions Destino, 1981.

MOLINELLI, Edoardo. L'Olimpíada Popular del 1936: utopia sportiva e internazionalismo antifascista dei Giochi di Barcellona. Passato e presente: rivista di storia contemporanea: 119, 2, 2023, 2023, p. 69-89.

MORENO, Manuel. Lina Odena: lluita de dona. Fundació Pere Ardiaca, 2008.

MORONI, Sara. Concha Pérez Collado: anarquista, miliciana en la Guerra Civil española. Germinal: revista de estudios libertarios, 2008, no 5, p. 99-114.

MOTA MUÑOZ, José Fernando. ¡Viva Cataluña española!: historia de la extrema derecha en la Barcelona republicana (1931-1936). Universitat de València, 2020.

MUNIS, G. Obras Completas. Muñoz Moya editores, Brenes/ Llerena, 1999-2003.

OYÓN, José Luis. La conservación de la vivienda popular en las periferias urbanas. El caso de Barcelona y la Colonia Castells. Scripta nova: revista electrónica de geografía y ciencias sociales, 1998, no 21.

OYÓN, José Luis. La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936. Ediciones del Serbal, 2008.

OYÓN, José Luis, et al. Barcelona 1930: un atlas social. Edicions UPC, 2021.

PAGÈS, Pelai. El movimiento trotskista en España (1930-1935): la izquierda comunista de España y las disidencias comunistas durante la Segunda República. Ediciones Penainsula, 1977.

PAZ, Abel. Durruti in the Spanish revolution. AK Press, 2007.

PEIRATS, José. La CNT en la revolución española. Ruedo ibérico, 1971.

PÉRET, Benjamin: Oeuvres Completes. Tomes 5 et 7. Livrarie José Corti, Paris, 1989 et 1995.

PÉREZ MORENO, Rubén. LA 26ª DIVISIÓN Entre la retirada y el internamiento en el campo de concentración de Vernet D'Ariège. Cuadernos republicanos, 2015, no 88, p. 105-136.

POZO GONZÁLEZ, Josep Antoni. El Poder revolucionari a Catalunya durant els mesos de juliol a octubre de 1936: crisi i recomposició de l'estat. Universitat Autònoma de Barcelona, 2003.

PRADAS, M. L'anarquisme i les lluites socials a Barcelona 1918-1923: la repressió obrera i la violència, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Monsterrat, 2003.

PUIGSECH, Josep. Bilateral Relations between Spain and the USSR during the Civil War under Pressure from the International Brigades. 2023.

REIN, Raanan. El desafío a los Juegos Olímpicos de Berlín 1936: Barcelona, la Olimpiada Popular olvidada y los atletas judíos de Palestina. Historia Contemporánea, 2018, no 56.

ROCA VERNET, Jordi. (2015). La memòria de la sociabilitat popular al barri de Sants a través dels espais (pp.283-326). Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2015.

RODRÍGUEZ, Berta Alcañiz. Fragments d'infància i de joventut de Claudi Esteva Fabregat. Arxiu d'Etnografia de Catalunya, 2018, no 19, p. 91-98.

RUKEYSER, Muriel. Letter to the Front. Harvard Vocarium, 1992.

RUKEYSER, Muriel. Savage coast. The Feminist Press at CUNY, 2013.

RUKEYSER, Muriel. We Came for Games. Savage Coast, 1974, p. 281-98.

SCHOLTEN, Yvonne. Fanny Schoonheyt: een Nederlands meisje strijdt in de Spaanse burgeroorlog. JM Meulenhoff, 2011.

SILES, Gregori. Oyón, José Luis, La quiebra de ciudad popular, espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936. Barcelona: Edicions del Serbal, 2008. Revista Catalana de Sociologia, 2009, no 24, p. 79-82.

SOLANO, Wilebaldo. El papel de Nin en la revolución española. Biografía breve de Andreu Nin., 2006, p. 47-56.

SOLANO, Wilebaldo. Révolution dans la guerre d'Espagne (1930-1939). Syllepse, 2016.

SOUTO KUSTRÍN, Sandra. Una unificación inacabada: la formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (verano 1934/ verano 1936). 2021.

TATJER, M. «Los orígenes de la vivienda social en Barcelona: Las cooperativas de viviendas en el primer tercio del siglo xx». A: Col·loqui sobre El desarrollo urbano de Montreál y Barcelona en la época contemporánea. Universitat de Barcelona, 5-7 de maig de 1997

THÄLMANN, Clara y Pavel. Viviendo la revolución del 36. Barcelona: Descontrol, 2020

TOSSTORFF, Reiner, et al. Max Diamant y el SAP frente al POUM. Ebre 38: revista internacional de la Guerra Civil, 1936-1939, 2018, no 8.

VALENTÍN, Manu. El exilio judeoasquenazí en Barcelona (1933-1945): un rompecabezas que pide ser esclarecido. Entremons: UPF Journal of World History, 2014, p. 1-33.

VALENTÍN, Manu. La Guerra Civil Española como primer acto de la resistencia judía contra el fascismo. Ebre 38: Revista Internacional de la Guerra Civil, 2018, n. 8.

VALENTÍN, Manu. Voces caídas del cielo: historia del exilio judío en Barcelona (1881-1954). Barcelona: Comanegra, 2019.

VALENTÍN, Manu. Los cimientos: La Contra[R]evolución Española (1931-1936). Barcelona: Ojo de buey, 2024.

VEGA, Eulàlia; TERMES, Josep. Entre revolució i reforma: La CNT a Catalunya (1930-1936). (No Title), 2004.

VIDALI, Vittorio. Comandante Carlos. Cultura Popular, 1986.

VILLA GARCÍA, Roberto. La CNT contra la República: la insurrección revolucionaria de diciembre de 1933. Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales, 2011, n. 25, p. 177.

VV. AA. (1960). Historia del Partido Comunista. Paris. Editions Sociales.

WOHLRATH, Gerhart. Als Arbeitersportler zur Volksolympiade. In: Maaflen, Hanns (Hrsg.): Brigada Internacional ist unser Ehrenname Ö Erlebnisse ehemaliger deutscher Spanienkämpfer. Bd. 1. Berlin: Militärverlag der Deutschen Demokratischen Republik, S. 44-48.

Fuentes

Archivos públicos

Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social (RGASPI)

RGASPI. F. 495, Op. 18. D. 1875. / RGASPI. F. 495. Op. 32. D. 109. L. 14-52, 151-157. / RGASPI. F. 495. Op. 32. D. 214. L. 21-25.

Centro Ruso para la Preservación y el Estudio de los Documentos de la Historia Contemporánea (RCKHIDNI)

RCKHIDNI.F. 494. op. 2. D. 222. L. 129-138

Bundesarchiv (BARCH)

Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR im Bundesarchiv (SIMPO): RY I 6/10/46.

SD Presseübersicht: R 58/2321Bundesarchiv (BARCH)

International Institute of Social History (IISH)

CNT (España) Archives: 61D.2 / C48.2 / 72D.2A / C58.3 / 90A.4 / 005B.18 / 26A.2B

Federación Anarquista Ibérica Archives: CP-63.4 / PE-22A.2 / PE-41A.1

Library of Congress, Washington, D.C.

Muriel Rukeyser Papers. Box 1:56. Manuscript Division («Diary») / Muriel Rukeyser Papers. Box 1:52. Manuscript

Division («In Remembrance of Otto Boch»)

Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH)

CDMH: Entrevistas a Manuel Andújar Muñoz realizada por Elena Aub y Enriqueta Tuñón en Madrid entre los días 26 de diciembre de 1979 y 16 de enero de 1990. Signatura:PHO,10,ESP,8 [Signaturas anteriores]Fecha creación:1979-12-26 , Madrid (España) -1990-01-16 , Madrid (España) Nivel de descripción: Unidad Documental Compuesta.

Archives Nationales du Monde du Travail (ANMT)

Fédération française du sport travailliste-FFST / Fédération sportive et gymnique du travail-FSGT.

Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona

A100 - Acció i òrgans de govern (1821-2015) / A105 - Padró municipal d'habitants (1930-1996)

Archivo de la Delegación del Gobierno en Cataluña.

Subdelegación del Gobierno. Registros de Asociaciones. Expediente de la Asociación Cultural Judía.

Tribunal Militar Territorial 3 (TMT3)

Oliverio García Martínez: Hombre, 26 años (natural de Cádiz, Cadiz, Andalucia, España) | Residente en Barcelona, Barcelona, Cataluña, España | Consejos de guerra. Sumarísimo, numero de causa 023753 (1940-1943) | Resolucion: Veinte años y un día de reclusión mayor | Referencia del archivo: 38050

Arxiu Històric de Girona (AHG)

Govern Civil de Girona. Expedients de frontera i d'investigació: AHG170-478

Expedients d'investigació d'activitats i persones. Expedient d'investigació de les activitats de: Perez Güell, Joan. / AHG170-478-T2-49376; Títol formal: Expedient de frontera de: Pérez Guell, Juan

Archivo Federal de Berlín Lichterfelde

SgY11 / V 237 / 1 / 4

Archivos privados

Memorias inéditas de Francis Ferry Linder

Índice antroponímico

Abad de Santillán, Diego, 122, 136, 227, 232
Anadón Acer, Juan, 30, 36, 41, 49, 70, 71, 90, 102, 227
Arlandis, Hilario, 152, 220, 221, 232
Arnau Martínez, Rafael, 70, 71, 72, 73, 74, 75
Ascaso Abadía, Francisco, 119, 138, 232
Azaña, Manuel, 51, 216
Badia, Miquel, 82, 96, 232
Berenguer Laosa, Sara, 36, 49, 66, 89, 90, 104, 107, 226, 232
Berenguer Madrid, Francisco, 35, 90, 91, 104
Binet, Tom, 170, 178
Breá Landestoy, Juan, 195, 198, 199, 200, 201, 217, 232
Breton, André, 199, 221, 222, 230
Bosch, Otto, 176, 180, 190, 191, 192, 193, 232
Bunjes, Lini, 168, 232
Burguete Train, Santiago, 33, 34, 92, 107
Codovilla, Vittorio, 149, 232
Colomer i Nadal, Víctor, 160
Comorera, Joan, 138, 152, 153
Companys i Jover, Lluís, 136,137, 139, 216, 232
Cabrerizo de la Cámara, Leovino, 154, 157, 158
Carrasquer, Launed, Félix, 88, 89, 98, 107 232
Castellví i Fontanet, Otília, 29, 232
Culebra, Manuel, 148, 150, 152
Chillarón Rayuela, Mariano 31, 45, 46, 48, 49, 70, 92
Chillarón Sanz, Felipe, 31, 46, 48, 49
Del Barrio, José, 138, 151, 180, 182, 232
Delaune, Auguste, 165, 189, 232
Dencàs, Josep, 81, 82, 85, 87, 232
Díaz Sandino, Felipe, 97
Diamant, Max, 214
Estivill, Àngel, 152, 160, 182, 185
Durruti, Buenaventura, 119, 136, 138, 232
Fernández Sánchez, Aurelio, 108, 136, 139, 141, 232
Ferry, Francis, 21, 149, 167, 232
Friedemann, Max, 164, 166, 168, 170, 174, 175, 176, 179, 190, 232

García Martínez, Oliverio, 31, 32, 40, 41, 42, 44, 70
García Oliver, Juan, 28, 69, 92, 119, 129, 136, 137, 138, 232
Ginestà, Marina, 188, 232
Granero Gimeno, Vicente, 30, 32, 33, 34, 35, 40, 70, 90, 102, 106, 107, 108
Granero Gimeno, José, 71, 75, 76, 226
Gómez, Helios, 223, 232
Gorkin, Julián, 155, 156, 200, 212, 216
Guillén Bertolín, Cocha, 35, 90
Guimier, Jean, 165, 181, 189
Gutmann, Hans, 189, 190, 191, 193, 232
Hempel, Käthe, 176, 179
Hermelin, Werner, 168, 175, 176, 180, 182, 183, 191, 192
Herz, Alfredo, 21, 167, 168, 176, 231
Hessenthaler, Emil, 176, 190, 232
Homberger, Elsa, 203, 213
Illfeld, Egon, 176, 190, 233
Jaccod, André, 171, 173
Kaminski, Hans Erich, 218
Kindermann, Sazja, 21, 167, 168, 176, 231, 233
Krasnowiecki, Abrascha, 176, 180, 190, 194, 233
Lichtveld, Lou, 187, 207
López Parra, Miguel, 34, 48, 114
López Raimundo, Antonio, 150, 151
Low, Mary, 22, 195, 197, 199, 201, 206, 207, 210, 213, 217, 233
Lowenstein, Franz, 168, 175, 176, 180, 190
McNair, John, 207, 211, 212, 213, 214
McGovern, John, 213, 214
Margolin, Charlotte, 217
Marrugat Añón, Francisco, 129, 130
Martín del Llano, Andrés, 163, 165, 180, 181, 182
Martin, Jordi, 147, 165, 233
Martorell i Virgili, Josep, 35, 133, 134, 135, 233
Maurín, Joaquim, 148, 150, 213
Mercader, Ramón, 150, 163, 165, 189, 233
Mink, Emanuel, 168, 176, 179, 180, 190, 194, 233
Miravitlles, Jaume, 139, 165, 166, 233

Montagut, Benet, 150, 233
Nin, Andreu, 155, 200, 210
Ódena, Lina, 143, 146, 147, 233
Orr, Lois, 204, 207
Orwell, George, 23, 195, 198
Péret, Benjamin, 22, 199, 210, 217, 218, 219, 221, 222, 223, 230, 233
Pérez Collado, Concha, 26, 28, 29, 32, 35, 48, 49, 54, 55, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 83, 87, 88, 89, 90, 95, 96, 97, 98, 105, 107, 108, 111, 112, 113, 226, 233
Pérez Collado, José, 31, 70
Pérez Güell, Juan, 35, 40, 54, 55, 56, 109, 112
Pouterman, J. E., 173, 183
Rosquellas Corrons, Pompeyo, 31, 35, 49, 64, 89, 90, 133
Ruffinelli, Federico, 160, 161, 162
Rukeyser, Muriel, 191, 192, 233
Samblancat, Ángel, 32, 70, 233
Salamanca del Amo, Mauricio, 42, 44, 45
Sanz García, Ricardo, 18, 119
Schönheit, Fanny, 168, 185, 187, 189, 233
Serra i Hunter, Jaume, 160
Serra i Pàmies, Miquel, 152
Sesé, Antonio, 138, 151, 233
Solano, Wilebaldo, 117, 148, 216, 233
Togliatti, Palmiro, 145
Urieta Bono, Timoteo, 125, 126, 127, 155
Urieta Bono, Nicolás, 125, 126, 127, 128, 134
Valentín Ramos, Tomás, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 19, 114, 233
Vidal i Lafarga, Germinal, 117, 122, 123, 125, 148, 156, 233
Vidali, Vittorio, 181, 200, 233
Von Ranke, Hubert, 21, 168, 179, 231
Wainman, Alec, 190, 191, 193, 194, 233
Weid, Golda, 167, 168, 179
Wohlrath, Gerhart, 176, 179, 190, 191
Zafra Fajardo, Cosme, 35, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 113, 116, 226
Zafra Fajardo, Ginés, 19, 35, 40, 80, 82, 84, 85, 113, 114, 222